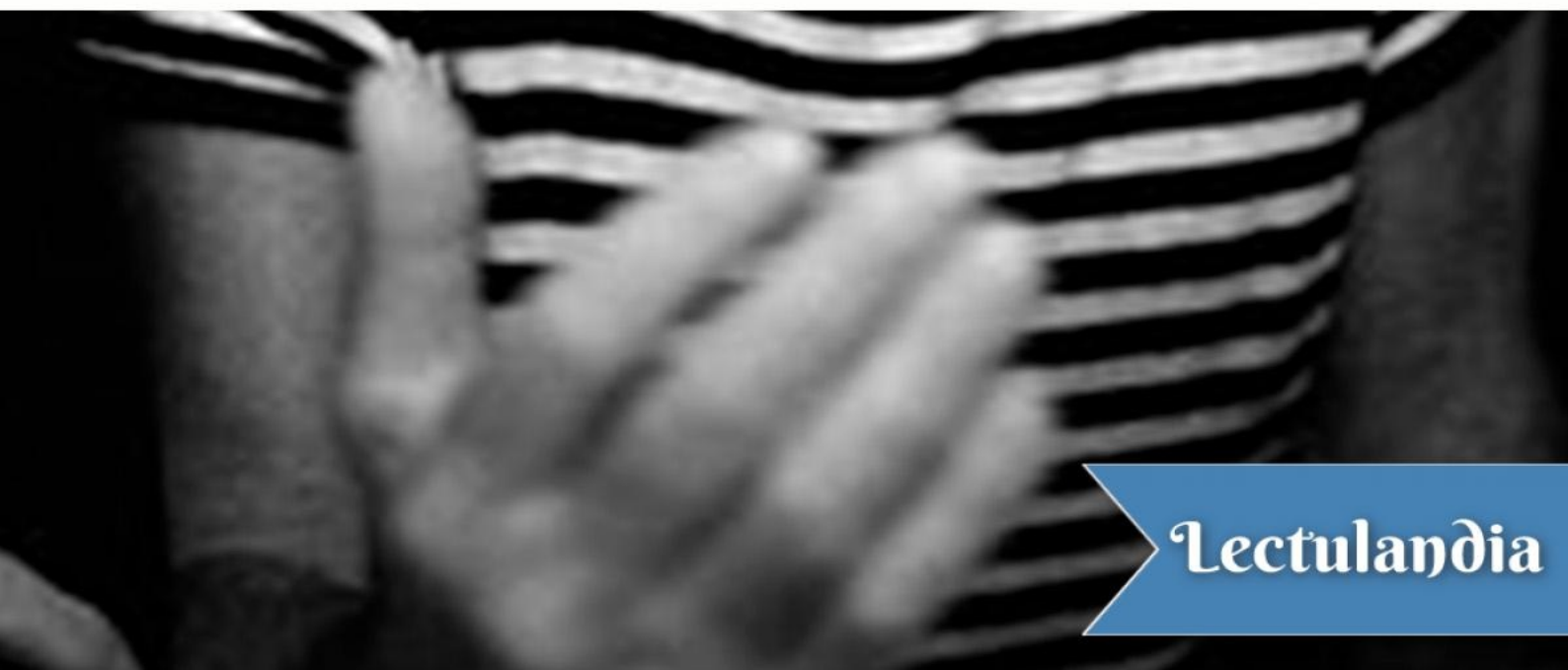




Bohumil Hrabal

Los palabristas



Lectulandia

Los palabristas es un libro de relatos que Hrabal escribió en los años cincuenta y que publicó, por primera vez, en 1964 en Praga.

Diez relatos y una novela corta constituyen esta selección narrativa del escritor checo Bohumil Hrabal, autor de más de sesenta títulos. Palabrista («Pabitél» en checo) es un neologismo del autor que remite a la persona que es a la vez entusiasta y locuaz: liantes empedernidos, jocosos, embusteros...

Quienes conozcan la trayectoria vital de Hrabal (doctor en Derecho, operario de altos hornos, ferroviario, empaquetador, pasante de notario, cliente fidelísimo de la cervecería El tigre dorado...) advertirán el poso biográfico de los ambientes de estos relatos.

Bohumil Hrabal ha gustado a los checos por su barroquismo (que suele perderse en las traducciones) y por su capacidad para introducir lo humorístico en el relato plebeyo o en la grisura triste de la narración costumbrista. Pero... por desgracia, el sentido de lo gracioso es de las cosas menos exportables. El humor de Hrabal es tributario del de Jaroslav Hasheck y su buen soldado Schweyk. Un humor de urinarios y de exageradas alabanzas a lo que todo el mundo sabía que no funcionaba, pero que no se podía criticar.

Bohumil Hrabal

Los palabristas

ePub r1.0

Café mañanero 01-07-2023

Título original: *Pábitel*
Bohumil Hrabal, 1996
Traducción: Eva Kruntorádová & Núria Mirabet
Rige bajo normativa RAE de la época

Editor digital: Café mañanero
Primera edición EPL, 07/2023
ePub base r2.1

BOHUMIL HRABAL

Los Palabristas

*Algunas manchas son
imposibles de sacar
sin dañar el tejido.*

RECIBO DE TINTORERÍA.

JARMILKA

1

Estoy de nuevo en los altos hornos. Desde la lejanía ya veo a la empleada de la cantina, Jarmilka, arrastrando los cubos llenos de sopa. Ando más deprisa hacia ella y la miro hasta que baja la vista. Ya está de seis meses, y cuando abre la boca me convenzo una vez más de que le falta la mitad de la dentadura. Pero ella es sencilla, es decir, la belleza de las bellezas. Voy andando a su lado y le susurro:

—Jarmilka, ¿para cuándo es la boda?

Y ella responde con decisión:

—¡El día que no se haga de noche!

Le digo:

—¡Vaya, vaya! ¿Ya no me quiere?

Y ella afirma:

—No. Porque siempre está rondando por aquí, por Poldovka, parece como si llevase mucha prisa.

Dejo en el suelo los cubos que le ayudaba a transportar, la miro con un reproche, y ella baja los párpados. Debajo de sus ojos veo unas ojeras endurecidas, le veo las manchas de mujer embarazada... Hoy también lleva la chaqueta de algodón atada con un cordel.

Levanta la vista y dice:

—¿Por qué se queda pasmado?

Le explico:

—Porque últimamente usted está muy fría conmigo.

Levanto los cubos y prosigo el camino, porque no hay derecho a que una mujer embarazada cargue con tanto peso.

En la esquina de la escuela profesional, Jarmilka se apoya a la pared y vomita. Cuando se gira hacia mí, su carita agotada se disculpa:

—Ya pasó.

Y con ambas manos sopesa su vientre voluminoso y añade:

—Usted ya lo sabe, tío^[1], estoy embarazada.

Le digo:

—¿Y qué? ¿Su novio ya ha ido a su casa?

Se ilumina:

—Sí. Ya fue. Yo estaba en la cama y llegaron los muchachos de Cvrcovice y empezaron a gritar por encima de la valla, *Señora, ¿está en casa Jarmilka?* De manera que mi madre salió a la puerta y dijo, *¡Vaya que huéspedes, señor Jaroslav! ¿Cómo es posible hacer un niño a nuestra muchacha y después dejarla plantada?*

Jarmilka se detiene y su cara se endurece:

—Y sabe, tío, ¿qué le respondió?

—Pues no lo sé.

Jarmilka empieza a gritar:

—Le dijo a mi madre, Bueno, ¿y qué pasa, tía? ¿Ya mí que me cuenta? Dígame usted, ¿es así cómo debe hablar un novio? Levanto los cubos y reconozco:

—No. Por lo menos yo no habría hablado de esta manera.

—Ya ve. Y nos tenemos que casar... Pero yo ya no le buscaré más. Su madre tiene la culpa de todo, yo no se lo perdonaré.

Un día iré allí deprisa y le diré, *Pues aquí tiene a su querido hijito, se lo puede meter... ¡ya sabe dónde!*

Se enfada, pero en aquel momento entramos en el comedor donde los hombres le dan la bienvenida:

—¡Eh, muchacha! ¡Qué bombo llevas! ¿Te has tragado una moneda?

Pero Jarmilka no se deja acobardar:

—¡Imbéciles...! ¡Todos fingís que estáis solteros, y a la que una mujer habla con vosotros enseguida la calumniáis, y además le mandáis anónimos a su casa diciendo que anda detrás de los tíos casados!

Jarmilka está gritando, pero sonrío, incluso se siente complacida. Ella les conoce, y ellos también la conocen. Los hombres le acarician la espalda, ella se aparta, la sopa se derrama. Les amenaza con el cucharón:

—¡Deja! ¡Te voy a dar un cachete!

Y yo la miro desde una cierta distancia, la comparo con todas las mujeres que he conocido, y no puedo dejar de mirarla. Me como la sopa despacito. Tengo tiempo. Estoy de nuevo con ella.

Se sienta al final de la mesa, con una fuente de estaño se refresca la mejilla.

Le digo:

—Usted decía que el domingo habló con el señor Jaroslav...

Me contesta desde detrás de la fuente:

—Sí, pero no me hizo ningún caso. Todo el rato estuvo bailando con otra, y mi hermana se enfadó, durante el baile se le acercó y le dijo, *¿Es que no tienes pizca de vergüenza, tú, palurdo? ¡Le hizo un hijo a mi hermana, y después baila con otra!*

Jarmilka se levanta.

—¡Y él dio una bofetada a mi hermana, en pleno baile! Dígame, tío, ¿es correcto eso?, ¿eso de dar una bofetada a una dama en pleno baile?

—No —le digo.

—¡Pues ya ve! ¡Pero yo iré a juicio, y él me tendrá que pagar!

—Jarmilka, ¿me oye? Todo va a terminar bien. Lo que él quiere es sólo que antes de la boda lo persiga un poco.

Recoge los platos de la sopa y un poco confundida mira hacia el infinito. Después se entenece:

—¿Usted cree? ¿Lo cree de verdad? ¡Yo quiero a aquel estúpido con toda mi alma! Dígame, tío, ¿cómo sería mi vida? Se me habría estropeado todo lo que me queda de vida. Cuantos ruegos, cuantas lágrimas, cuantos gemidos...

—Hace un gesto negativo con la mano.

Me levanto. Debo marcharme.

Jarmilka abre la puerta y dice gritando:

—¡Vuelva, tío, vuelva otra vez!

2

Entre los talleres y los hornos yo removía un montón de chatarra oxidada. Después la cargaba en las vagonetas que conducían el hierro hasta los hornos. Cuando me incorporé, ¿quién venía por el camino? Jarmilka con el cubo y un cajón de madera.

Pasé por encima de la chatarra.

—¿Qué tal? —le dije.

—¡Oh!, precisamente las viejas acaban de decirme que Jarda^[2] les dijo, *¡Vete a saber con quién lo hizo, la perdida!*, pero hoy en la parada del autobús le cantaré las cuarenta. —Jarmilka se sentó en el cajón.

—Me pondré delante de la puerta, y delante de todo el mundo le diré, *¿Qué tal, señor Jaroslav? Perdón que le moleste, pero es que yo fui muy buena al sentarme con usted en la cuneta, ¿verdad? Y ahora dice que vete a saber con quién lo hice, que soy una perdida. No merezco que me traten así. Le doy las gracias.* —Con el puño se golpeaba la frente.

—¿Por qué? ¿Por qué tuve que ir a aquel baile? ¿Por qué?

Aquel día llegaron unos amigos y, *Ven con nosotros, Jarmilka, ven a tomarte un vaso de vino.* Y yo fui como una estúpida. La sala de baile estaba llena a rebosar, y Jarda y yo estábamos reñidos desde hacía seis meses. Miré alrededor de la mesa, y precisamente él estaba sentado. Y como ya lo había visto, perdí la cabeza, y él también. Bailamos juntos, no me soltó ni un momento, y después, por la noche, fuimos andando a casa...

Su mirada era amarga, después recordó:

—Sabe, tío, sus amigos quieren ayudarme. Me encerrarán dentro de un armario de una de sus casas, después invitarán a Jarda y empezarán a hablar de nuestra boda. ¡Ya tenemos la contraseña! Cuando uno de mis amigos diga, *¡Tú, católico embustero!*, yo abriré la puerta del armario y saldré. ¡A ver qué es lo que dice Jarda! Que buena idea, ¿no? Pero, tío, ¡toquemos madera!

Se levantó y cogió el cajón, y por encima de la nieve comenzó a correr hacia la cocina.

Grité a sus espaldas:

—Jarmilka, ¿qué hay hoy para comer?

Respondió gritando:

—Sopa de comino, tocino ahumado, e infusión de rosas. Pero la idea del armario es buena, ¿verdad?

Asentí con la cabeza, que era muy buena idea, pero vi al irreflexivo señor Jaroslav dando una bofetada a Jarmilka delante del armario.

Pero ¿qué podía hacer yo? Prefería cargar chatarra, por ello me pagaban. Cuando terminé el encargado me mandó acarrear grafito. Vasek Průcha escogió las palas. Empujamos la vagoneta desde la vía abandonada hasta el cobertizo. Saqué los envoltorios de las hileras de sacos amontonados, llenos de grafito muy finamente molido. Después, con una pala afilada, corté los sacos, y Vasek cargaba el grafito que iba saliendo.

Le dije:

—Parece que carguemos todos los pecados del mundo.

—¿Por qué los pecados? —dijo Vasek mientras alzaba una pala llena de grafito y lo hacía desaparecer todo en una nube—. ¡Más bien es un trabajo de ángeles!

—¡Cuidado, coño!

—¿Por qué? —se alegró Vasek, e iba tirando dentro de la vagoneta las palas de grafito molido, después de cada palada se formaba una columna de polvo que nos entraba por detrás de la camisa, la nariz y la boca.

Después Vasek salió completamente negro de aquel nubarrón, pero con la dentadura blanca. Se apoyó en la pala y dijo:

—Yo también fui un saco como éste. Cuando en el campo de concentración los diputados presumían de las malas jugadas que hacían a los demás, yo me callaba, pero después les decía, *Usted, señor diputado, está protegido por la inmunidad parlamentaria, y puede decir todo lo que quiera. Pero ¿cuál es el mensaje que mandó al señor Oberland cuando sus partidarios fueron a detenerlo?* Me iba haciendo el listo, hasta que me trasladaron a una oficina. Allí estaba mi superior, uno de Viena, y comenzó a adoctrinarme en marxismo, no le importaba en absoluto lo que yo dijera. Al cabo de dos años me dijo, *Hoy trabajas aquí de Schreiber*^[3] *por última vez, pero a partir de hoy ya eres otro hombre, ya estás instruido y puedes ir esparciendo el veneno.*

—Bueno, ¿y qué?

—Pues que ahora ese veneno es toda mi felicidad, toda entera.

—Es una cuestión de punto de vista —le dije.

—Sí. Y por eso estoy a favor. Y si alguien se opone firmemente, yo le digo, *¡Y a pesar de todo estoy de acuerdo!* —dijo Vasek Prücha mientras vaciaba el grafito.

Después recordó^[4]:

—Cuando los SS se aburrían, nos llamaban a formar y organizaban una jornada infantil. Primero nos hacían bailar la Barentanz. Y al cabo de diez minutos los más débiles desfallecían y los SS los mataban a golpes. Después teníamos que formar en Ganzenmarsch^[5] después jugábamos a Blindkuh^[6], y otra vez mataban a porrazos a los que se caían. Jugábamos a saltar y parar, a rayuela, y al final a barriles rodando.

Apoyé la pala, cogí a Vasek por los hombros y le miré, pero en él ya no había el menor rastro de lo que acababa de contar. Cuando bajamos un saco de grafito, salió una rata asustada. Vasek dijo:

—¡Mira, una rata! Los SS tenían jaulas llenas de ratas, y para divertirse las alimentaban con pan. Nosotros sólo podíamos conseguir pan atrayendo las ratas hacia otro lugar para que uno de los *Häftlinge*^[7] se lo robara. Una vez una rata mordió a un *Haftling*, y se murió.

Yo recordé:

—Cuando yo estaba en el campo de trabajo amaestré a una rata. Exactamente a las doce y media salía de las cloacas, y yo la alimentaba. Llegó a comer a sólo medio metro de distancia de donde yo estaba. Un día los compañeros la atraparon con una trampa, la tiraron a la canal de ácido clorhídrico, y se quedaron mirando cómo primero se le caían los pelos, y después la piel.

—No tenías por qué decírmelo —me respondió amargamente Vasek Prücha—. Yo no puedo ver cómo maltratan a los animales. En Kremnica vi a un cochero que estaba azotando a su caballo, y yo le di algunos puñetazos, y él me dio latigazos.

Dije:

—Cuando los alemanes abandonaron Silesia, durante las heladas de invierno, mandaron trenes con ganado a la estación donde yo trabajaba. En unos vagones abiertos. El viaje duró catorce días. Las ovejas se comieron su propia lana, tenían muchísima hambre. ¡Y las vacas..., si tú las hubieses visto, Vasek, las vacas inocentes...!

Vasek se secó una lágrima negra, y dijo con una voz ronca:

—¡Y además eso! ¡No tenías por qué decírmelo! Porque a pesar de que los alemanes transportasen a las personas de la misma forma... Las personas saben pensar... —se quedó pensativo y después se corrigió—: Pero lo que

ocurre es que cuando ya están tan débiles se parecen a las ovejas. ¿De qué serviría un gesto? Los torturadores no entienden nada. Para ellos eres como un puñado de estiércol. En nuestro campo había un SS al que llamaban *der eiserne Gustav*^[8], y llegó a ser capaz de eliminar tres mil personas por trimestre en la cantera. Para la hornada siguiente siempre escogía a los más fuertes. Una vez me miró, y yo a él. En su mirada se concentraban todo el odio y toda la maldad. Pero él sonrió y dijo secamente, *Na nu, so was, der Hund noch lebt*^[9]?

Vasek Průcha vació la última palada en la vagoneta. Al llegar al comedor Jarmilka nos llamó:

—¡Caramba chicos! ¿Qué horas de llegar son esas?

Le dije:

—¿Me ha guardado algún panecillo?

—Pero tío, si no me ha entregado los cupones...

—Mírelo bien, Jarmilka, ¡dentro del armario!

—No hay nada.

—Pues mírelo mejor. Ayer había un panecillo, hoy también tiene que haber uno.

—Tío, no haga que Dios se enfade —exclamó Jarmilka abriendo el armario. Todas las estanterías estaban realmente vacías. Cerró la puerta y dijo en voz baja:

—A no ser que quiera un panecillo untado con mantequilla...

Me acercó dos panecillos y explicó llena de agradecimiento:

—Usted, tío, es un hombre muy bueno. Siempre me ayuda a transportar los cubos.

Yo me comí un panecillo, el otro se lo había dado a Vasek, nos bebíamos un té frío.

Vasek comenzó a explicar:

—*Eisener Gustav* escogía a los más fuertes para la cantera, y a su lado había otro que escogía a los más débiles para el gas. Y los pobres lo sabían, y gastaban sus últimas fuerzas levantando piedras y exhibiendo su vitalidad. Pero el SS se reía, *Ach, Sie sind so jung und kraftig!*,^[10] y tuvo una idea típica de un SS, que nada de gas, que los escogidos irían a recoger hierbas medicinales, *Krauter sammeln*^[11]. Y ató a los judíos de dos en dos. Cuando la fila empezó a avanzar, se dieron cuenta de que los llevaban al gas. Un bailarín judío y su compañero se pusieron a correr, y con sus cabezas derribaron al SS, y los demás judíos que estaban atados también se pusieron a utilizar sus cabezas... Pero a toda prisa llegaron otros SS que diezmaban la fila de las

hierbas medicinales, y al bailarín lo mataron a puntapiés. Si no me falla la memoria, sólo los judíos fueron capaces de rebelarse de aquel modo.

Y yo le escuchaba, y miraba a Jarmilka, que al lado de un pequeño armario estaba contando el dinero, murmuraba algo, se llevaba las manos a la cabeza, se lamía la punta de los dedos, y contaba de nuevo.

Vasek le preguntó de forma un tanto ruda:

—Jarmilka, ¿ya tiene un nuevo amigo?

Ella dejó de contar, y cuando vio que Vasek le miraba el vientre se ruborizó y dijo:

—¡Pero qué dice! ¡Él me daría tal bofetada que yo vería las estrellas! —Y estaba contenta porque ya tenía a alguien que le diese de bofetadas. Este simple pensamiento le llenó los ojos con lágrimas de felicidad. Después ordenó el dinero encima de la mesa, abrió el armario, y tocó las tazas con los dedos.

Cuando ya las había contado dijo:

—Jarda está terriblemente nervioso porque no puede ir a la taberna, está enfermo. Cuando estuvo de baja por última vez, fue a la taberna Na rúzku, pero su amigo le delató y le descontaron el sueldo de tres días. Una vez en el baile se me acercó Ota, el que lo había denunciado, pero yo le dije, *¡Señor, no tenemos nada que decirnos! Cuando volvió le dije Señor, yo no bailo con delatores. ¡Váyase al infierno! ¿Vale?* Eso se lo dije en la sala de baile, eran otros tiempos... Jarda me hacía mucho caso, íbamos al estanque a hacer el amor.

Jarmilka se ahogó y se puso encarnada. Se desabotonó la chaqueta, y salió corriendo hacia los hornos.

3

Tal como estábamos, negros, bajamos por la escalera hacia el depósito de la cal. Al llegar abajo nos pusimos a caminar cogidos de la mano, el fino polvo nos llegaba a los tobillos. Vasek recordó:

—En el campo de concentración andábamos exactamente así, pero esposados... El jefe de policía de Moravská Ostrava y el diputado comunista de Ostrava, Bílek. Baca, el jefe de policía, era bajito, y Bílek un gigante. Siempre caminaban delante de mí y se contaban cosas, ¡Señor Baca, tanto que llegó a perseguirme, y ahora me tiene aquí, bien cerca! Pero señor diputado, ¿Cómo pudo escaparse, si yo había dado la orden de detención? *Señor Baca, en aquellos tiempos usted tenía unos policías muy tontos. Me preguntaron a mí, al diputado Bílek, la dirección del diputado Bílek, y yo, señor Baca, llevaba barba y un uniforme de guardabosques.*

Vasek cogió la pala de un rincón, yo un rastrillo, y hacíamos descender la cal de las paredes, porque hasta allí la pala autoprensora no llegaba, después llegó la grúa, abrió sus mandíbulas, se dejó caer sobre el montón de cal, le dio un buen mordisco, y se levantó.

—¿Sabes qué me molesta? —se quejó Vasek—. Esa manía de nuestros directivos de andar persiguiendo a los escritores, en los jardines..., y siempre de punta en blanco.

—Es cierto —dije—. Recuerdo que Lenin iba elegante, ¡y su mujer, Krupskaja! A menudo veo aquella imagen. Lenin sentado en una butaca cubierta por una funda blanca y componiendo su discurso sobre el regazo. Y a pesar de que yo entonces era católico, lo veo perfectamente en el palacio sin luces, sin calefacción, señalando a través de los cristales algo que aún no existía. Decía, *Allí construiremos una central eléctrica, allá una fábrica de máquinas de sembrar, allá una de tractores...*

Vasek Průcha caminaba emocionado para arriba y para abajo, arrastraba las piernas por la cal que le llegaba hasta las rodillas.

Y levantó los brazos:

—Sí, veo aquel sueño. Y soy feliz de vivir precisamente en esta época. Una simple mirada a los gráficos de producción, y ya respiro mejor, porque los nuevos ideales deben ganar. Al fin y al cabo se trata de una gran fe, ¡y yo soy terriblemente fiel!

La grúa volvió a bajar y se hundió, nosotros nos apretujamos contra la pared. Levantó un montón de cal, volvió a subir rápidamente, hacia las vagonetas, con un sonido alegre.

Vasek se sentó sobre la cal.

—¿Te conté lo de los Bibelforscher^[12]?

—No...

—Pues imagínate. Vivían en su pabellón, y cada seis meses los SS les querían hacer firmar un documento conforme abandonaban su iglesia, les decían que de ese modo podrían regresar a su casa. Pero sólo firmaron tres. Tres checos. Al principio de la guerra el jefe del campo era un austríaco que se llamaba Lowitz. Hacía formar a los Bibelforscher y les preguntaba al azar. ¿Firmas?, y si la respuesta era negativa Lowitz se sacaba la pistola y lo mataba de un tiro. Lo hacía nueve veces, una detrás de otra. Después siempre se giraba hacia su séquito, y como si hubiese ganado una apuesta, decía con la sonrisa del vencedor, *Na, was hab ich gesagt*^[13]? Durante nuestra estancia en el campo las hizo de todo calibre. Al lado de la letrina había una pequeña habitación que llamábamos *Kapuff*, estaba llena de escobas, grandes y pequeñas. Bueno, no exactamente...

Vasek se puso un dedo en la frente:

—Entonces Pohl ya estaba... ¡Pohl! El que hizo clausurar la puerta del *Kapuff*, no había ninguna ventana. Por el agujero del techo llenó de *Bibelforscher* aquella habitación, hasta el techo. Después mandó tapar el agujero con una manta, ocho horas después la mandó sacar, dos tercios de *Bibelforscher* estaban muertos. Preguntó a los vivos, ¿Firmaréis la renuncia a vuestra iglesia?, y todos le dijeron que no. Eso del *Kapuff* lo repitió varias veces, la respuesta siempre era, Nein^[14]. Para aquellos *Bibelforscher* el anticristo número uno era el papa, y el número dos, Hitler. Y hoy he leído en el periódico que el papa bendijo al exjefe del campo de concentración de Sachsenhausen.

Él miraba hacia el exterior del depósito, la nieve iba cayendo.

—Vasek, ¿viste a Himmler?

—Sí, lo tuve a dos metros de distancia.

—¿Verdad que a primera vista ya se notaba que era un hijoputa?

—¡Qué va! ¡Si parecía un cura! Y el conde Bernadott estaba con él, era miembro de la Cruz Roja. Nosotros, los *Haftlinge*, los fuertes, estábamos en primera fila de la formación, detrás estaban los más débiles... Y delante de la cantina había cerdos abiertos en canal, en los armarios había guisantes, arroz, cerdo, y debajo de cada artículo estaba su precio... El conde Bernadott, como representante de la Cruz Roja, nos preguntaba, ¿Por qué están aquí?, y nosotros, tal y como nos lo habían enseñado, respondíamos, Triple asesinato..., asesinato de un menor..., incesto con una hija menor... Esas cosas eran las más corrientes...

—¿Y el *Hochverrat*^[15]?

Vasek se incorporó de un salto y volvió a arrastrarse arriba y abajo por la cal.

—¿Qué dices? ¿Hochverrat? Todo tenía que estar en el mejor de los órdenes posibles. Pero a pesar de ello, hoy todavía no me lo creo. Cuando me presentaba al conde como asesino de mi padre, le guiñaba el ojo... Pero el conde estaba satisfecho, saludaba a Himmler estrechándole la mano y se iba con él al Lager^[16] de los musulmanes.

—¿Qué era eso?

—Era el lugar donde yacían los enfermos moribundos. Los SS los cubrían de paja, sobre la paja ponían colchones, lo mostraban al conde a través de la ventana, *Eso está preparado por si se dan casos de cólera*, y el conde estrechaba la mano a Himmler.

Después llegó la grúa y nosotros descargamos la cal. Yo estaba muy cansado, pero Vasek Prücha estaba pletórico de salud y felicidad, irradiaba fuerza, como si todo lo que había vivido no le hubiese hundido, sino que le hubiese dado vitalidad. Pero yo sabía perfectamente que cuando regresó sólo pesaba cuarenta y cinco kilos. Ahora se reía, y una espuma blanca le brillaba en la comisura de los labios... Subimos por la escalera y salimos del oscuro depósito hacia la tempestad de nieve, y miramos las grúas electromagnéticas que se lanzaban contra la chatarra, que arrancaban todo tipo de piezas, y que se elevaban con su víctima para dejarla caer más tarde dentro de las vagonetas. Continuamos andando y después tuvimos que pararnos. Una de aquellas grúas bajaba hacia el montón de chatarra azul que el imán atraía, juntando unas piezas con otras y transportándolas por el aire hasta la vagoneta.

—¡Eso sí que sería la unidad! —sonrió Vasek.

—Lo sería..., ¿pero, cuánto pesas?

—Noventa y dos quilos. Los checos somos muy espabilados. ¡Nadie nos llega a la suela del zapato! Había gente de veinte nacionalidades distintas, pero sólo los checos sabíamos dónde estaba cada cosa y cómo conseguirla. Dónde comprar el pan..., etcétera. —Se refregó las manos—. Qué raro, cuando estamos en grupo nos gusta pelearnos, pero como individuos somos unos genios. Es raro. Una vez leí que durante las guerras napoleónicas diez húsares austríacos muy fácilmente hicieron añicos a treinta franceses, pero una división francesa venció muy fácilmente a una división austriaca... O un americano, es más valiente y está mejor cualificado que un alemán. Pero una compañía alemana ya son palabras mayores... ¿Te interesa?

—Sí que me interesa —le dije, pero envidiaba la buena salud de Vasek.

—Pues fíjate, en este patio una compañía de americanos en cautividad se moriría de hambre, pero una compañía de rusos siempre encontraría algo con qué alimentarse. Con las hierbas se harían una sopa, cogerían la grasa de los cojinetes de bolas y de las vagonetas y se harían una pasta para untar lo que fuese. ¡Y sobrevivirían! O una vieja rusa ¿qué te crees? ¡Es capaz de pasarse dos días tendida en la nieve esperando un camión alemán! A una vieja rusa le dieron un tonel de gasolina, y lo transportó al frente rodando... Yo por los rusos me juego cualquier cosa... Sólo los alemanes me desconciertan. ¡Si los alemanes se desarmaran...! Y los paquetes que mandaban al frente... Unas pocas golosinas para que los soldados no se durmiesen, algo de glucosa, fruta confitada. El paquete era pequeño, pero permitía aguantar dos días. También nos sorprendía que con los medios mínimos consiguiesen el máximo. ¡Pero los rusos! Fueron el motor de propulsión... ¿Las mujeres? No representaban nada. ¡La idea!

Yo dije:

—Pero esa idea ya debería estar en marcha, ya debería funcionar...

—¡Es cierto! Pero yo miro hacia delante. A pesar de saber que hay gente en contra, para mí lo más importante es lo que tengo en el horizonte. Y eso es el socialismo... ¡Ah, y me olvidaba! Había un SS muy espabilado, se llamaba Bagoda. Llamó a un médico y le pidió que abriese el tórax de un *Haftling* vivo, para poder ver un corazón humano palpitando.

—¡Dios mío! —Me llevé las manos a la cabeza, abrí la puerta del comedor, y me sacudí la nieve.

Jarmilka estaba contando el dinero.

Después se giró, me cogió por una manga, y cerró los ojos muy feliz:

—¡Imagínese! Han venido a traerme un mensaje. Jarda ya arregló la casita del patio de su casa. Me ha dicho que mañana vaya a fregar el suelo, que

Jarda ha dicho que pensase dónde quiero colgar los retratos de la familia, el espejo...

4

Hoy nieva de nuevo. La nieve no es blanca, es la de Kladno^[17], mezclada con polvo. Voy a buscar a Jarmilka en la cantina. La veo de pie, a un lado, mientras una repartidora tras otra se acerca a los cestos donde la vendedora tira los panecillos después de contarlos. Veo a Jarmilka que tiene las manos juntas bajo el vientre y que levanta un papelito con el número de la vez y grita:

—¡Helenka, démelos!

Por fin Helenka le llena el cesto de panecillos, le coge los cupones y yo, de un salto, ayudo a Jarmilka a levantar el cesto que le cuelgo a la espalda.

Las repartidoras gritan:

—Jarmilka, ¿es tu novio?

Y ella sonríe:

—No, no. ¡Qué va! ¡Jarda me haría una cara nueva!

Cojo los cubos llenos de café y salimos a la penumbra. Al lado de la valla de la cantina hay unas cabezas de ternera brillantes. Le digo:

—¿Qué tal?

—Bien, tío, bien, pero toque madera. En el segundo turno de trabajo Jarda se ha herido un pie con las tenazas. Ayer yo estaba sentada junto a la ventanita, y de golpe frena un coche, sale un hombre y me dice, *Yo soy fulano de tal, si quiere ver a Jarda, pues vámonos*. Y yo fui... Herrgott^[18], tío, ándese con cuidado, no se dé un golpe, ¡en un santiamén se irán a la porra noventa y siete coronas!

Me asusto y le digo:

—¡Caramba!

Y Jarmilka prosigue:

—Su padre salió a recibirme, y su madre me dio media docena de huevos y un kilo y medio de harina para hacer pasta de bizcocho y galletas. Así pues, estuve sentada un buen rato, él lloraba porque no podía ir a la taberna. Cuando nos despedimos le dije llorando, *Jarda, acompáñame*. Pero él me

respondió, *¡Estúpida! ¿Crees que puedo, con este pie?* Su padre me acompañó hasta Stechelcev, y ya fue mucho.

—Y la boda. ¿Cuándo será?

—Creo que en marzo. Estaré aquí hasta febrero, y después, ¡adióóó, adióóó a los altos hornos de Poldovka!

Jarmilka se gira, y con una mano saluda a las chimeneas humeantes. Enseguida pregunta:

—Y usted, tío, ¿está solo?

Le digo:

—Todavía me queda un hermano, pero está en el hospital desde hace tres meses.

Jarmilka me consuela:

—Que sus padres enloquecieran tan pronto...

No sé qué decirle, así pues, vamos andando desde la penumbra hacia la luz de los faroles, se oye la radio de la fábrica con la música de una banda, los Mugrauer, con una voz alegre cantan, *Las lentejuelas verdes del senderito, del senderito...*

Jarmilka, que lleva atadas las correas del cesto, levanta su cabecita y grita hacia el cielo:

—¡Váyanse todos a la porra, y no me recuerden más la polka! ¡Ahora me toca a mí sufrir las consecuencias! Quería comprar un cochecillo, pero ¡cuatro mil! ¿De dónde puedo sacarlas sin robarlas? ¿Y dónde conseguiré la canastilla? ¿Dónde? ¿Dónde? Pero los Mugrauer no oyen la voz de Jarmilka, siguen cantando: ... *iré a la madrugada, porque yo sé muy bien...* Jarmilka se señala con su dedito y dice:

—¡Éstos son los consejos que dan a las muchachas! ¡Yo también me lo tenía bien aprendido, y ahora me lo encuentro! ¡Lo que estoy tocando vale miles de coronas!

Se nos acercan y se alegran las mismas voces, pero desde otro amplificador..., ^[19] *para que nuestros padres sepan que yo voy a verte...*

Jarmilka hace una mirada encantadora y dice:

—Nadie puede huir de esas voces, lo tienen muy bien montado. Entramos en el comedor, dejo los cubos sobre la mesa, Jarmilka desabrocha las correas, se saca el abrigo, hoy va muy mal vestida, pero a mí sus vestidos me gustan muchísimo, son el no va más de los vestidos.

Cuando termino de comer voy a cargar manganeso con Vasek Průcha. Vasek levanta una piedra de cuarenta kilos y la apoya en el canto de la canal.

—Precisamente nosotros transportábamos unas piedras como ésas para la valla que el Sturmbandführer^[20] Lowitz nos hacía construir para los osos que sus soldados le habían mandado desde Noruega —dijo mientras dejaba caer la piedra en la canal.

—Dime, Vasek, ¿por qué razón vosotros, los comunistas, lo pudisteis soportar?

—¿Cómo? Pues los comunistas teníamos en nuestras manos toda la organización del campo de concentración. Pues así. Por ejemplo, el diputado del Reichstag, el señor Najux, comunista, sabía que el diputado comunista checo estaba en camino hacia el campo. Najux, como jefe de pabellón, lo esperó en la entrada, allí le saltó encima y fingió que le pegaba, que lo deshonraba..., pero lo metieron en el bloque que él quería. Después empezó la deformación de los nombres, el cambio de números..., al final todo el mundo era una persona completamente diferente. Pero un día, cuando desde el exterior regresábamos al campo, a un Haftling se le cayó un papelito del bolsillo, se trataba de las últimas noticias de la emisora rusa...

—Lo detuvieron, lo registraron, debajo de la Wäsche^[21] le encontraron una emisora secreta —me cuenta Vasek mientras va construyendo un dique en la canal—. Y al pobre lo cogió *der eiserne* Gustav. Primero le rompió las manos, le puso los dedos hacia arriba, por muchos sitios, pero el Haftling no soltó prenda, después lo llevaron al jardín y le pasaron una apisonadora, para construir aceras, por encima..., hasta que lo mataron. Pero no consiguieron que soltase prenda. ¡Qué cerdo era Gustav! —suspira Vasek mientras lanza rápidamente manganeso, un mineral duro y frágil, que al romperse forma unas aristas brillantes como el petróleo.

—A veces Gustav venía antes del toque de diana y no dejaba que la campana sonase... Él mismo había sacado el badajo y venía a despertarnos a golpes de badajo... Decía que era como una madre que diese besitos en la frente de sus hijos... De este modo mató a golpes a cinco o seis presos que dormían... Después colgaba de nuevo los cinco o seis kilos de metal, se calzaba los guantes, montaba a caballo, iba a bañarse... A veces en el campo incluso vivíamos momentos enternecedores. Los que habían venido del *Moorgebiet*^[22] nos contaban unas cosas tan horribles, que nosotros nos sentíamos felices de estar allí, en una región seca... Venían de algún lugar pantanoso de cerca de Lünebursk. Al principio de la guerra allí había sólo un destacamento para delincuentes profesionales, que trabajando en las marismas reducían sus penas a la mitad. Después trabajaron allí incluso presos políticos, a causa de la mortandad... Vivían en unas chabolas construidas sobre pilares

de madera, siempre tenían humedad, trabajaban de sol a sol, rellenaban las marismas, después plantaban brezo, sobre el brezo plantaban el bosque. Cantaban una canción muy triste que al final incluso nosotros cantábamos, los de otros campos también... Era más o menos así... —*Vasek se incorpora—.* *Wir sind Soldaten... wir rüchen mit Spaten, für uns ist kein Frühling da*^[23]. Después era más o menos así... *Vemos el sol a través de un velo de mosquitos...* Y terminaba así, *Die Arbeit ist unendlich...*^[24]

Me quedo con el manganeso al lado de la canal. Miro la balsa donde se limpian las aguas residuales, como el agua está caliente, el césped alrededor de ella está verde. Después cargamos, nos sentamos un rato, pero a Vasek todo le recuerda aquellos seis años...

—Yo trabajaba en el transporte. Un día íbamos en una vagoneta por encima de un antiguo arenal donde en aquellos tiempos trabajaba el llamado *Sonnenkommando*^[25], había gente mayor desnuda que se moría bajo el ardor del sol de julio. Se quedaban en pie hasta que se morían o los mataban a golpes.

Sus cuerpos eran delgados, como ramitas, y sus pies hinchados como si fuesen jarras... Los SS les reventaban las ampollas y los viejos chillaban..., corrían y chillaban de una forma extraña... y nosotros, en la vagoneta, íbamos por encima de ellos, nos reíamos a gusto, nos moríamos de risa, ¡qué cómico era! Después nos miramos entre nosotros y nos dijimos, *¿Dónde estamos?*, y sabes, aquella carcajada nuestra era algo más profundo que el llanto.

Cogemos los últimos pedazos de manganeso, nos cogemos por el brazo e, inclinados, avanzamos contra el viento. La nieve nos abofetea y nos obliga a cerrar un poco los ojos.

En una esquina nos topamos con Jarmilka.

—¿Qué le ocurre? —le digo.

Se acurruca.

—¡Me he olvidado de comprar cigarrillos para los hombres, y ahora no quieren devolverme el abrigo de pieles! ¡Pero que se lo metan donde quieran! De todas formas enseguida termino de trabajar...

Vasek me pasa su brazo por los hombros y contempla a Jarmilka con los mismos ojos que yo.

—Nosotros, Jarmilka, la queremos mucho, y cuando nazca su hijo la iremos a visitar.

Hace una mueca y se ruboriza:

—¡Espero que sea verdad! —dice corriendo hacia la cantina y sacudiendo sus manos enrojecidas bajo los copos de nieve.

5

Por encima de los hornos la grúa transportaba una vagoneta atada con cadenas, pero debajo de ella todos trabajaban tranquilamente. Después la vagoneta descendió, y el conductor de la grúa la depositó exactamente sobre las vías. La empujé, hice una señal, y se asentó sobre la vía.

Cuando el encargado se cruzó conmigo me dijo:

—Simadl no ha llegado... ¡En la puerta tienes un gitano! —Y siguió corriendo hacia los hornos eléctricos.

Miré hacia la puerta y vi a Vasek acompañado de un gitano con sombrero.

—¡Bueno, patriarca, no te quedes parado mirando y ven a empujar la vagoneta! —le grité. El gitano se puso a andar lentamente, sin ninguna gana.

—No lo trates como a tu madre... —me aconsejó Vasek—. ¡Son como niños!

El gitano sólo se apoyaba en la vagoneta.

—¡Herrgott, gitano, empuja!

—Ay..., señor malo, malo... —murmuraba el gitano.

—¡No lo trates así! —me aconsejó Vasek de nuevo—. Hitler los diezmó, y ahora lo estás haciendo tú. Si hubieses visto a los gitanos bajitos andando por el campo, cogidos de la mano, y cantando marchas alemanas... Después los mataron como a las putas... —me dijo mientras abría con un palo de acero una caja llena de silicio plateado.

Pero el gitano no se sentía bien en los hornos, se consideraba como un huésped, enseguida se notaba que sólo pensaba en la manera de esfumarse.

—Patriarca, no irás a ninguna parte. ¡Veo que ya estás preparando una! —le grité.

—¡Dios mío! ¡Sagrado corazón de Jesús! ¡El gitano tiene que comer!

—¡Pero no haces nada para ganarte el pan! ¡Primero se trabaja y después se come!

—No. El gitano primero comer y después trabajar. Y hace frío.

—No se porte así con él —me dijo Vasek mientras tiraba el silicio en la vagoneta.

—Bueno, patriarca, mira. Calientate cerca del horno, siéntate en el espacio vacío, dentro de media hora iré a buscarte...

—Oh..., señor, señor bueno..., bueno..., bueno... —El gitano temblaba y se puso a correr.

—¡Hombre, desde luego tú...! —se rió Vasek—. Lleva una navaja encima, dice que el jefe no le apuntó tres jornadas y que lo quiere degollar. Me ha enseñado el arma. Y tú lo riñes.

—A mí la gente perezosa no me gusta.

Me subí a la vagoneta por la parte frontal y con las manos enguantadas esparcí el silicio.

—Mira —Vasek se apoyó sobre un palo—, yo a veces también miro a la gente como lo haces tú, pero cuando me acuerdo de Sachsenhausen enseguida me vuelvo benévolo. El hombre es algo completamente distinto de lo que estamos acostumbrados a leer en los libros de texto. Por ejemplo, cuando los SS se aburrían no nos daban de comer, pero a los cocineros les daban tanta comida como querían, y más de un barril de cerveza, y uno de aguardiente, y cuando estaban tan hartos que con un dedo se podían tocar la comida en la garganta, recibían la orden *nieder*^[26]... y enseguida *auf*...^[27], ¡*nieder... auf!* Y después les hacían rodar por el suelo hasta que lo vomitaban todo, los *Häftlinge*..., entonces escogían a los profesores, a los artistas... se lo tenían que comer todo del suelo... A los descendientes de la generación que se enorgullecía de haber conocido a Goethe, a los SS, eso les producía mucha risa, y les divertía muchísimo. ¡Oh, Heinrich Kampfe! —Cuando Vasek lo recordó dio un golpe de palo a la vía—. Un hombre muy atractivo, con una cintura fina como una virgen, ancho de hombros, el sombrero ligeramente caído sobre la frente... En resumen, una elegancia, pero un asqueroso. Si un *Häftling* no le gustaba, como *Lagerkommandant*^[28], sacaba un lápiz rojo y escribía en la frente del preso un número que indicaba el plazo en que debía ser liquidado. Durante las fiestas se liberaba a algunos *Häftlinge*. Era como una lotería... ¿Me tocará a mí? Heinrich Kampfe preguntaba la nacionalidad. La única condición para liberar a alguien era que estuviese sano. Escogía a un pobre desgraciado, y... *Wan geboren?*, *wo geboren*^[29]?... etc., durante cerca de un cuarto de hora, hasta que al final Heinrich Kampfe preguntaba, *und sind Sie gesund?*,^[30] y aquel pobre, con la voz más sana del mundo gritaba, *Jawohl*^[31]! Entonces Heinrich se inclinaba y le escribía en la frente el número rojo, porque aquel *Häftling* era un embustero. Así se cargaron incluso al

campeón de Europa de atletismo de cien y doscientos metros, al holandés Osendarp. Le prometieron que si ganaba la carrera contra los dogs de Heinrich podría regresar a su casa... Le pusieron un collar de salchichas, cuando sonó la señal salieron el campeón de Europa y los dogs... Osendarp les llevaba ventaja, y hubiera mantenido su libertad hasta el final, pero un SS le atravesó la pierna de un tiro, los dogs lo descuartizaron y se murió...

Volcamos el silicio y amontonamos las cajas vacías...

El gitano se acercó de nuevo, cuando vio que había trabajo se cogió el vientre y comenzó a quejarse:

—¡Virgen Santísima! ¡El gitano está malo...! ¡Al gitano le duele la tripa!

Yo le dije:

—Vete..., vete, gitano... Con un poco de suerte romperás la letrina con tu peso.

El gitano se puso contento:

—¡Oh, señor bueno!

Fue directo a comerse la sopa.

Cuando ya habíamos aplanado la vagoneta de silicio salimos hacia el almacén. Allí estaba un empleado temporal muy delgado, todos le llamaban Átomo.

Abrió los brazos:

—¡Chicos, dadme la enhorabuena! ¡He vuelto a nacer!

Le dije:

—¿De qué estás hablando?

—He pasado diez días en la cárcel... ¡Por un error!

Vasek le felicitó, después le dijo:

—¿Qué tal los experimentos?

—¡Muy bien! Al principio el profesor no me creía. ¡Pero construí un cañón de cátodos y se quedó petrificado! ¡Aún me da miedo que detrás de mi culo se encienda el universo entero...! Por eso prefiero trabajar en el aprovechamiento de la electricidad natural. ¡Hay muchísima! Las líneas de fuerza en un campo magnético..., un montón de tensión de alta frecuencia... ¡Lo primero que construí fue una pistola electrónica! El profesor Fanin dudó un momento, yo me acerqué a la ventana y pregunté, *¿De quién es aquel perro?* El profesor dijo, *Mío, se llama Haryk*. Yo apunté al can con la pistola electrónica, apreté..., y el perro se desplomó... El profesor Fanin lo fue a buscar enseguida, le hizo la autopsia del cerebro..., ¡lo tenía hecho añicos! ¡Chicos! Con la electricidad natural captada podría eliminar la *Standard Oil Company*, el carbón, los motores de explosión ¡Por todo ello andan

persiguiéndome...! ¡Me quieren encerrar en la sombra! ¡Pero yo lo quiero patentar en Baltimore!

—¡No está mal! —dijo Vasek rascándose la cabeza.

Cogimos el mango de la puerta y Átomo gritaba detrás de nosotros:

—¡Chicos, hoy la utopía, mañana la realidad!

Entramos en el comedor.

Jarmilka me hizo una señal con la cabeza, enseguida me di cuenta de que se trataba de una noticia triste. Me cogí la cabeza, miré hacia otra parte y pregunté:

—¿Qué ocurre?

—¿Sabe usted, tío? Es tan triste que las muchachas de mi edad ya estén felizmente casadas... ¿Y yo? Todo lo que le conté era pura ilusión, todo, pensaba que al despertar todo sería como yo lo había imaginado... Pero él no me quiere, no se va a casar conmigo... Ni me habla... Yo pensaba que tal vez se sabría...

Yo tenía una taza en la mano, la dejé sobre la mesa y la volví a coger. No sabía qué decirle. Cambié de tema:

—Yo ya sé que a usted le gusta mucha bailar, ¿no es así?

Los ojos de Jarmilka estaban llenos de lágrimas, pero en su mirada ya empezaba a apuntar la alegría.

—¿A mí? Iba a todas las fiestas. Si se bailaba en Kladno, iba a Kladno, si había música en Bustéhrad, iba a bailar a Bustéhrad, cuando la banda tocaba en Hrebec, yo bailaba hasta reventar en Hrebec... ¿Y en casa, en mi pueblo? ¿Qué voy a contarle...? Éramos un grupo de treinta, nuestros amigos eran todos corpulentos, si alguien me echaba una mala mirada, ellos arreglaban las cuentas...

Yo la estaba mirando, y me daba cuenta de que cada frase la alejaba piadosamente de su vientre.

Le dije:

—¿No nacerá antes?

Se tocó el vientre:

—¡No, no, seguro que no! Si me lo hizo el dos de septiembre, lo volcaré el dos de junio... ¡Pero venga, usted, contaremos los panecillos!

Se levantó el delantal y yo iba tirando allí los panecillos que contaba.

—Hay noventa y seis.

Jarmilka cogió una bandeja con tazas llenas de café. Su compañera le gritó:

—¡No salgas de aquí! ¡Si vas a los hornos te pondrás a llorar de nuevo!

—Pues vaya usted, tía... —dijo Jarmilka.

Después se acercó a su pequeño armario, se quedó parada mirándolo, se bajó el pañuelo de la cabeza hasta los ojos, inclinó la cabeza. La vieja avanza hacia ella, le pasa la bandeja, y Jarmilka cuenta con los dedos a quién debe llevar café:

—Uno para Ondrej, uno para el encargado, uno para los planchistas, uno para Marka, la responsable de la boca del horno, uno...

6

Estoy al lado del siete, uno de los hornos de Martin, pregunto a Mudra:

—¿Hombre, se ha visto?

Se vio, pero finge que no se vio.

—¿Dónde?

Le digo:

—En Praga, en la Narodní Trida^[32], delante de los antiguos almacenes *Papez*, donde ahora está una casa de discos. En una valla publicitaria de dos metros estaba el que había ganado el Premio Nacional al Trabajo... ¡Usted!

Él ya se había visto, y no sólo una vez, pero sigue jugando:

—¿Yo estoy colgado?

—Sí —le digo—. Aaasí, grande. Cubre toda la pared. Parece un escritor.

Mudra balancea sus caderas, coge un gancho pequeño, se pone las gafas, hace una señal a Marka, la responsable de la boca del horno, para que apriete el botón. El horno de color púrpura está ardiendo, Mudra indica al ayudante lo que debe hacer con la colada tempestuosa.

Después se acerca lentamente:

—¿Y cómo voy vestido?

—Lleva una camisa abierta y un abrigo de vestir.

—¿Ah, sí? ¿Dice que hay una fotografía? —finge que no lo sabe—. Y ahora van a colgar otra más reciente..., con corbata. Me alegro de que me lo hayas dicho. Tengo que llevar a mi mujer a Praga para que vea quién soy. Ella otra vez hace de las suyas... ¿O sea que está en la Narodní Trida?

La grúa ya ha llegado. Vasek y yo tenemos que ir cargando los hornos, me subo a una escalera, giro la palanca, la grúa carga el horno y se convierte de nuevo en una grúa normal. Su base se desplaza y la palanca con el gancho desciende. Vasek acopla las cadenas enrolladas..., enganchamos las vagonetas por delante, la grúa las desplaza. Cambió la posición de la palanca, las cadenas se meten en la parte frontal de las vagonetas, mientras tanto la grúa se levanta, vuelco una vez manganeso, otra calcio, después silicio...

Miro a mi alrededor, por la plataforma viene andando Jarmilka.

—¡Buenos días, Jarmilka! —sonrío, y mientras hablo cojo la cadena.

—¡Ni me hable! ¡Me faltan cincuenta coronas!

—¿Cómo es posible?

—Parece que las he perdido...

Marka, la responsable de la boca del horno grita a Jarmilka:

—Tú, la del bombo, ¿cuándo cantarás nanas?

Jarmilka gira la vista, se sienta en el banco de al lado de Marka, que en ese momento, durante el descanso, teje un jersey pequeñito, cada dos por tres se lo estira sobre el regazo y lo contempla largamente. Jarmilka se limpia los dedos y coge el jersey pequeñito.

—¡Cuidado, Jarmilka, que no se te escapen los puntos!

—Marka —se ruboriza Jarmilka—. ¿Son dos del derecho y dos del revés, no?

Ella pregunta, pero yo veo que está avergonzada, que ella nunca hará un jersey de punto, que sólo pregunta porque no quiere que Marka le haga preguntas a ella, le devuelve la labor y recoge las tazas de la sopa, mientras tanto la joven señora Marka sigue haciendo calceta, puede hacer calceta tranquilamente porque tiene todos los documentos en regla, porque en casa tiene a un hombre bueno, y en el vientre una criatura...

—¿Dónde está Jarmilka?

El conductor de la grúa le devuelve la taza.

—¿Ya te han llamado los del Departamento de Asuntos Sociales?

Todos rodean a Jarmilka, ella baja la vista.

—Sí, me han llamado, tío, me llamaron pero no fui. Fue mi madre, y cuando le preguntaron cómo y por qué, mi madre también se puso a llorar, entonces vinieron a casa y me hicieron a mí las preguntas, pero yo no podía decir nada...

—Mira Jarmilka, ahora ya se trata de la criatura... —el conductor de la grúa le pasa el brazo por los hombros.

—Ya lo sé..., pero yo no quiero denunciarlo, no le deseo ningún mal, es así:

—¡Pero ahora se trata de tu hijo!

—Se trata... —dice Jarmilka—. Pero hay cosas que son verdad y otras que no lo son... ¿Para qué tenemos que usar las instituciones?

Las lágrimas se le caían por encima del delantal...

El viejo encargado de las canales le dice:

—¿Sabes una cosa, Jarmilka? Cuando sea el momento primero irás al Departamento de Asuntos Sociales y sólo después irás al juzgado... Mi Laura y yo también pusimos el carro delante de los caballos, entonces yo estaba haciendo la mili, recibí una citación, fui al juzgado, y el juez me dijo, *¡Siéntese y enciéndase un pitillo! Le voy a dar una mala noticia.* Pero yo le dije, *Señor juez, yo quiero a mi Laura y cuando vuelva de la mili enseguida nos casaremos. ¡Nosotros nos queremos!* Él me preguntó, *¿Es decir que usted es el padre?* Yo le dije, *Sí, sí, lo soy,* y lo firmé. Laura me esperaba delante del juzgado y rápidamente nos fuimos a un hotel a pasárnoslo bien. Los viejos tiempos eran así, las personas más inocentes...

—¡Tal como debe ser! —exclama Jarmilka entre lágrimas. Después se calma y me pregunta—: Tío, ¿qué le parece? ¿Si las cosas no salieran bien debería mandar una carta a Jarda rogándole...?

Pero llegan tres trabajadores de las canales, uno de ellos exclama:

—Oye gruñón, qué te parece, ¿ponemos una equis a Chomutov^[33]?

El viejo, con una voz ronca, dice:

—Yo no lo haría... Como máximo apostaría en una múltiple, la última vez me equivoqué, ¡puse un maldito dos!

Jarmilka tira del delantal del viejo.

—Tío, ¿qué le parece?, ¿debo mandar una carta a Jarda?

El viejo vuelve a abstraerse, después dice:

—Yo preferiría asegurarme, Zbrojovka uno, *equis, dos.* A Chomutov, como sorpresa, le pondría un uno, seguro...

—¡Por Dios, tío! ¿Debo mandarle una carta?

Pero el viejo trabajador de las canales dirige una mirada asesina a su alrededor y dice a sus amigos en voz baja:

—Los favoritos son los Altos Hornos... Pero ya hace dos noches que el baloncesto no me deja dormir. El Bratislava me preocupa mucho.

Jarmilka se planta delante del viejo:

—Jesús, tío. ¿Se la debo mandar o no?

El viejo trabajador de las canales aparta a Jarmilka como si fuera una cortina, y salta:

—Al Bratislava tanto podemos ponerle un uno como un dos... En baloncesto un empate es una excepción... ¿Pero y si...? —se preocupa el de las canales.

El de la grúa contesta en su lugar:

—Inténtalo, Jarmilka... —De un salto se sube a la grúa y todos vuelven al trabajo.

Jarmilka se queda un rato de pie, y mira a la joven casada que continúa con su labor. Después baja la escalera, desde la plataforma primero se la ve hasta la cintura, después sólo la cabeza, después desaparece...

Después del mediodía bajé a las duchas, quería que el responsable me abriese el vestuario. Había olvidado que me pusieran el sello a los cupones de racionamiento del azúcar. Fui a los sótanos, después a la sala de las calderas..., pero el responsable no estaba en ninguna parte. Subí por la escalerilla, miré hacia abajo, hacia la caldera, por si estaba echándose una siesta..., y abajo, tendida en el suelo, estaba Jarmilka. Bajé en silencio, ella dormía. Dormía con unos trapos debajo de la cabeza.

El horno entornado silbaba a unos dos metros de su pelo.

Me senté a su lado, le cogí una mano y le toqué la frente. Estaba ardiendo. Tenía un vientre tan prominente que pensé que ya iba a dar a luz.

Se despertó.

—Eh, tío, ¿es usted?

—¿Qué le ocurre? —le dije.

Se pasó la mano por la frente.

—Me siento mal...

—¡Pues voy a buscar al médico!

—No, no hace falta. Ya he ido yo... Hoy es mi último día de trabajo. ¿Qué hora es?

—La jornada ya se ha terminado... Las doce y media.

—¿No ha preguntado por mí la vieja? ¡No puede imaginarse lo mala que es! Pero tal vez sea porque no sabe qué es tener hijos... Cuando podía tener prefería abortar... ¡Ahora no puede! La vaciaron completamente.

—¡Usted tiene fiebre!

—Ya lo sé... Mis zapatillas están empapadas... Pero tío, ¿verdad que cuando esté en casa vendrá a verme?

—¡Ya sabe que sí! ¿Cómo puede pensar que no iré? Iré con mucho gusto. Con Vasek...

—¡Qué ilusión...! Pero ahora déjeme sola.

La dejé, subí la escalerilla, y al llegar al puentecito no pude evitar girarme, volví a ver a Jarmilka enroscada de una forma muy extraña, como si no pesase más de quince kilos.

—¡Tío!

—¿Qué quiere?

—Venga, voy a decirle algo...

Bajé deprisa y me acerqué a ella.

—¿Qué ocurre, pequeña...?

—Tío, ¡présteme un billete de veinte! Me compraré golosinas para el camino...

—¡No faltaría más!

Le di un billete de veinte, subí rápidamente la escalera y fui a ducharme... Después, cuando ya estaba limpio, subí arriba, donde estaba el reloj para fichar.

Jarmilka estaba apoyada en el marco de la puerta y miraba un punto del techo.

—¿Se siente mejor?

Hizo una mueca con los labios.

—Ya me siento bien... Estar aquí por última vez está bien, la última de verdad...

—Podrá irse de paseo —la animé.

—¡No! Tendré mucho trabajo. Mi hermana y yo le haremos la canastilla, iré a comprar muchas cosas... Tal vez seré incluso capaz de comprarle el cochecillo. Ya lo sabe, tío... —Me miró—. Va a nacer un niño y debemos darle la bienvenida. Voy a fichar. Y cuando tenga tiempo, vaya a verme... No sé cómo me sentiré, pero ¡vaya!

Jarmilka me dio su mano por primera vez. Su palma era humana, sencilla, rasposa como la lengua de un gato. Retuve aquella mano hasta que Jarmilka la retiró.

Cuando ya estaba en la puerta me di la vuelta, ella, con una mueca en los labios, miraba de nuevo al techo.

8

Un día de agosto me subí a la moto de Vasek Průcha, tal como se lo habíamos prometido, fuimos a ver a Jarmilka. Era el mediodía, el sol brillaba tanto que la vegetación se había vuelto azul y los tejados rojos de los pueblos dañaban la vista.

No encontramos a nadie en el pueblo. A través de las paredes de los establos se oía el ruido de las cadenas de las vacas atadas.

Al lado de la capilla, sobre el césped y a la sombra de los tilos estaba sentada una vieja. Iba descalza, los dedos de sus pies estaban sucios de barro. El pañuelo de la cabeza le tapaba los ojos, sólo se le veía la barbilla.

Vasek le preguntó:

—Tía, ¿dónde vive Jarmilka?

Se alzó el pañuelo, pero el sol era tan intenso, que volvió a bajárselo por encima de los ojos.

—¿Cuál de ellas? Aquí hay dos...

—Quisiéramos visitar a la Jarmilka que trabajaba en Kladno.

—¡Ah, sí! ¡Ésa...! Ya pasó todo. Su hijo nació antes de tiempo, pero metieron al pequeño Jarda en una especie de jaula. Y ahora el mocoso ya está hecho un hombre. Pero todas esas cosas trastocaron a la muchacha. Ahora yace en la cama como si no tuviera alma, no es buena para nada.

—¿Señora, cómo podemos llegar hasta allí? —le preguntó Vasek.

—Pues tienen que bordear aquella casa tan grande, tienen que bajar, en la esquina verán la casita del remendón Marvánek... Cuando estén allí, desde la esquina, verán una casita que parece un embarcadero. Allí vive Jarmilka... En la ventana hay unos geranios..., ¡se los regalé yo! Si consiguen que les hable, salúdenla de parte de la vieja jardinera, ella ya sabe...

Vasek aceleró, el aire era tan cálido que parecía que avanzábamos por el agua caliente.

Vasek frenó en la esquina, después avanzó un poco más, y a nuestros pies se abrió una vista con una casita blanca que realmente parecía un

embarcadero. Después bajamos por un caminito lleno de grandes ocas.

Se hizo el silencio, con el calor el aire ondeaba como una persiana transparente. Vasek dejó la moto apoyada en la valla, se secó el sudor y dijo:

—¿Por qué veo tantos colores?

Nos dimos la vuelta.

—¡La madre de Jarmilka no está en casa! ¡Ha ido al médico con el pequeño Jarda!

Era la jardinera. Estaba allí arriba, en la esquina, y gritaba la noticia formando una trompeta con sus manos. Llevaba un vestido de una tela basta, desgastada de lavarla, sus brazos y sus piernas eran negros, parecía la muerte.

—La bruja... —suspiró Vasek.

Pasamos por un huerto con chirivías, zanahorias, coles, y unas remolachas enormes. Después entramos al pasillo.

Encima del armario había, seguramente desde las últimas Navidades, un abeto pequeño y seco, los adornos de papel crujían con la corriente de aire... Vasek cogió el mango de la puerta.

La habitación estaba llena de sol, sobre la mesa estaba un gato enorme. No se movió, pero nos observaba a través de la rendija de sus ojos. En un rincón había una cama de campesinos, encima estaba colgada una imagen de Jesús rasgándose una túnica azul, con el dedo señalaba su corazón lleno de llamas y bordeado de espinos.

Sobre la cama estaba Jarmilka vestida con el mono de trabajo, las mantas, arrugadas, estaban a los pies de la cama, tenía un brazo debajo de su cabeza y estaba mirando el techo exactamente igual como lo hacía en el comedor de los altos hornos...

Le dije en voz baja:

—Jarmilka, ya estamos aquí. Vasek Prücha y yo. Todos los de los hornos le mandan saludos. Todos preguntan, *¿Cuándo volverá aquella chica?* Los de las grúas dicen, Nadie nos trae la merienda como Jarmilka. La encargada del comedor le manda saludos...

Vasek se sacó de la cartera un pequeño jersey azul, mientras lo tenía en el aire sujetándolo por los hombros, sus manos temblaban.

—Le hemos traído eso... —balbuceó—. Eso se lo mandan todos los de los altos hornos... Dicen que además le mandarán unos zapatitos..., unos peúcos..., y las mujeres de los hornos preguntan si tiene suficientes pañales.

Se pasó la lengua por los labios.

—Y la responsable de las bocas de los hornos, Marka, dice que está tejiendo un abrigo de punto para el pequeño Jarda.

Pero Jarmilka seguía mirando hacia el techo apenada, tenía la frente empapada de gotas de sudor y miraba al infinito, hacia un mundo sin personas...

Vasek se llevó la mano al pecho.

—En todas partes cuecen habas, Jarmilka... Yo... en mi casa tampoco lo tengo... Cada quince días repito lo mismo... La mujer me ayuda a preparar las maletas..., abajo me espera un taxi, y después digo a la mujer, *¡Si tú me echas, yo me voy!*, y la mujer me dice, *¿Yo te echo?*, y le digo, *¡Si me echas y me tengo que ir... pues yo me voy!*, y ella, *Pues vete, pero que conste que yo no te echo, y yo le digo, ¿En serio?*, y ella me mira de un modo... y empieza a deshacer las maletas, yo bajo a pagar el taxi... Pero al cabo de quince días el taxi vuelve a esperarme bajo las ventanas. Y todo, Jarmilka, porque no podemos tener hijos. Usted, Jarmilka, tiene un niño...

Nos quedamos mirando a Jarmilka, pero ella no nos hacía ni caso... Parecía que no quería saber nada de nada, que todo le era indiferente...

—¡Jarmilka! —Vasek se arrodilló al lado de la cama—. Todos, en serio, todos preguntan por usted, ¿me oye? ¡Nosotros dos la queremos, y volveremos! Ahora debemos marcharnos... ¿Me oye?

Vasek se incorporó y los dos la miramos. Estaba claro que las palabras no servían de nada...

Nos hicimos una señal con los ojos, y en silencio andamos de espaldas hacia fuera. El gato seguía sobre la mesa, se levantó y, bajo el sol que transportó su calor hasta una esquina de la mesa, se tendió un poquito más lejos.

La ropita del niño estaba al lado de la cama, y la imagen de Jesús seguía abriéndose la túnica azul y señalándose el corazón rojo con pinchos y maleza en llamas.

Pero Jarmilka no se movió. Lo había oído todo, pero no se sentía involucrada. ¿O quizás...?

Cerramos la puerta, y al salir la luz del sol parecía un bloque de níquel fundiéndose en un horno eléctrico.

La jardinera aún estaba arriba, con ambas manos se hacía sombra en la cabeza.

Gritó:

—¿Ha hablado?

Vasek hizo un movimiento negativo con la cabeza y una mano.

—¡Bien! —gritó la jardinera—. ¡Tenía tanta vergüenza que se quería ahorcar!

Vasek dijo:

—¡Resignación! A veces mi mujer se trastoca tanto que yo también tengo ese pensamiento. Pero después me repongo. Espero que la pobrecita también se reponga...

Y señaló la casita inocente que parecía un embarcadero, la de los geranios rojos en la ventana donde apareció la carita aplastada de Jarmilka.

—¡Saluden a todos los de los hornos! —exclamó y volvió a desaparecer.

EL SEÑOR NOTARIO

1

Cada mañana el señor notario rezaba en la capilla familiar. Era una habitación con vidrieras en las ventanas. En una estaba san Dionisio, que tras su decapitación fue capaz de levantarse y de pasear por el patíbulo su cabeza cortada. En la otra estaba representado un mensajero que había errado su camino, y devolvía una mano cortada a su punto de partida, al lado del cuerpo mutilado de santa Águeda.

El señor notario estaba de rodillas y rezaba, pero al mismo tiempo se reprochaba no haber hecho sus gárgaras. Después se santiguó, se levantó y abrió la ventana.

Cuando ya se había acostumbrado a los rayos matinales, subió la vista por encima de los tejados azules y, por encima del río, miró a la otra orilla, empezó a respirar el aire húmedo con gran complacencia.

—¡A-bue-laaa, a-bue-laaa! —gritaba desde abajo una voz infantil—. ¡Abuela, Zdénecek se come las cagarrutas del perro!

Y el señor notario se puso de puntillas y dejó caer su vista por el interior del patio de la antigua fábrica de cerveza, allí ya no se fabricaba nada, pero vivían algunas familias. Abajo, al lado de la bomba de agua, estaba una niña, con un delantalito rojo y un sombrero de paja, señalando a un niño de tres años que con sumo placer se estaba metiendo algo en la boca.

Y una mujer delgada salió del lavadero, levantó las manos y gritó:

—¡Malditos chiquillos! ¿Cómo podré terminar la colada? —Cogió a su nieto y lo sacudió encima del desagüe.

—¡Marrano, más que marrano! ¡Ya verás cuando tu madre llegue a casa. Té azotará de lo lindo! —lo amenazaba.

Después de pensarlo un poco dio una bofetada al chiquillo, y las cagarrutas salieron volando. Enseguida se metió con la niña:

—¿Por qué me miras ahí parada como un coche? ¡Búho! ¡A ti también te daré una tunda que tus ojos bizcos van a ponerse bien! ¡Toma, cógelo! —Y se sacó un pito del bolsillo del delantal azul—. ¡Desapareced de mi vista!, id a la

cocina a jugar. Y tú, Lidia, si ocurre algo toca el pito, yo ya acudiré... Sí, vosotros, par de bandidos, ¿cómo queréis que termine de hacer la colada? — La abuela levantó de nuevo sus manos azules de tanto lavar.

El señor notario cerró la ventana, salió de la sala para ir hacia un pasillo tenebroso, y después entró directamente en su despacho.

—Buenos días, señor notario —le saludó la pasante mientras regaba las plantas.

—Buenos días, señorita, buenos días —murmuró el viejo señor, después se restregó las manos—. ¿Qué hizo ayer?

—Jugué a tenis... E imagínese, señor notario, perdí, perdí contra una señora que tiene quince años más que yo..., perdí por dos sets. ¿No es terrible eso? —dijo sacando las hojas secas del tronco de los geranios.

—Vaya, vaya —dijo el señor notario—. ¡A juzgar por lo que he oído, usted es una excelente tenista!

—¡No, tanto no! —Se ruborizó la pasante—. Aún me falta mucho para serlo, pero es que estaba nerviosa.

—¿Es decir que su rival era mejor?

—Eso tampoco. Pero es que yo soy así. Siempre que se trata de algo importante salgo perdiendo... ¡Lo lamento tanto! ¡Se trataba de subir de nivel dentro del club!

—Pues ya ganará otra vez, pero ¿qué hizo luego?

—Luego, cuando ya estaba oscuro, me desahugué llorando en el vestuario, después fui a bañarme. Con el bañador nadé a contracorriente hacia arriba, hacia los robles, ya estaba oscuro, y sobre el robledal salió la luna, una luna enorme y amarilla que se reflejaba hasta donde yo estaba, sentada en una piedra y chapoteando con los pies en el agua en que se reflejaba la luna amarilla...

—¿Y luego? —El señor notario levantó las cejas.

—Después entré en el río y nadé en el agua cobriza, me gustaba la idea de nadar en el reflejo de la luna, con un brazo apartaba el color de cobre, se me puso cobrizo, en realidad, señor notario, estar en el agua era una delicia...

—¿Y después?

—Después me asusté.

—¡Caramba!

—Sí —dijo la muchacha sentándose a la máquina de escribir—. Imagínese, señor notario, que a la sombra del robledal, de repente, en la sombra profunda, vi tres pantalones cortos de color blanco que se paseaban.

—¿Cómo es posible...? —se extrañó el viejo señor.

—Sí tres pantalones blancos, me quedé quieta entre las cañas, como un ratoncito. Y los tres pantalones caminaban por la orilla del río y pude oír cómo hablaban entre ellos... ¿Sabe qué era?

—¡Eso me tiene muy intrigado!

—¡Eran tres hombres desnudos! Estaban muy morenos, y como habían tomado el sol en pantalones, pues sus brazos, piernas y troncos se confundían con la sombra del robledal, ¡caminaban desnudos! Los tres iban desnudos... Y yo, señor notario, pensé que andaban los pantalones solos —se ruborizó la pasante.

—¿Y lo vio todo?

—Todo, absolutamente todo... Se trataba de tres jóvenes estudiantes, tan jóvenes como yo...

—Sería muy bonito —dijo amargamente el señor notario—. Sería precioso, una chica joven en el agua cobriza y tres pantalones blancos a la sombra del bosquecillo... ¿Pero, qué hizo luego?

—Después nadé hasta el club, pude oír cómo en el robledal los tres estudiantes se lanzaban al agua... Me sequé y me fui para casa.

—¿Y en casa?

—En casa me senté y me puse a dibujar debajo de la lámpara —dijo la pasante.

—¡Eso es exactamente lo que yo quería oír! —se alegró el señor notario.

Y la muchacha se levantó, y le puso delante una lámina de dibujo sobre la que en la noche anterior había dibujado una inscripción: *Al padre meritorio, que después de una vida larga y fecunda encuentres un descanso ligero debajo de la tierra.*

—¿Es decir que me lo escribió? —se alegró el viejo señor. Pero al leer de nuevo la inscripción para su tumba, que él mismo se había inventado, se quedó pensativo.

—Hmmm... ¿Pero por qué no *descanso en el cielo*? —preguntó.

—Es que usted me lo dictó así —se inquietó la pasante.

—Correcto, pero, señorita, las inscripciones de las tumbas son algo importante. A mí me gustaría tener una inscripción que aún leída al cabo de cien años dé a entender la clase de persona que soy yo.

—Señor notario, ¡en el cementerio judío leí una inscripción muy bonita! *De la tierra a la tierra...*

—¡Ésa es una inscripción judía! —El señor notario se defendía levantando sus manos—. Señorita, ¿usted no ha entendido que el cristianismo elevó al hombre a hijo de Dios? Y si la resurrección no existe, pues todo lo

que hacemos en ese mundo es *vanitas vanitatis*... ¡Pero se me ha ocurrido una idea! ¡Señorita, escriba! —El viejo señor se espabiló. Y cuando la pasante estaba preparada, comenzó a dictar—: *Atenuaba mi resplandor... me he igualado a mi polvo para poder iluminarme en el cielo...*

Cuando la pasante terminó de escribirlo él le preguntó:

—¿Qué hará hoy por la tarde?

—Iré a ver a la modista, ¿sabe, señor notario?, quiero que me hagan una blusita modernista de seda blanca con rayas rojas, así, ajustada al cuello, una blusita muy decente, como las que llevaban las institutrices, como la que llevaba Paula Weselá en la película *Mascarada*, o en aquella, si es que la vio, en que actuaba con Joachim Gotschalk, en la película *Te estoy esperando*...

—¿Y luego?

—Luego iré a jugar al tenis y me bañaré de nuevo en el río, al anochecer... Y quizás, señor notario, me bañaré desnuda como los tres estudiantes de ayer, si alguien anduviese por la otra orilla del río vería un bañador de mujer de color blanco, porque mis brazos y piernas morenos se confundirían con la sombra del bosquecillo de robles... —dijo mirándole con ojos de complicidad. Pero se dio cuenta de que el señor notario no tenía compasión, y añadió educadamente:

—Y después, al llegar a casa, dibujaré cómo atenuaba su resplandor y se igualaba a su polvo... —Y estiró su cuerpo sin saber atenuar el resplandor de su juventud.

El señor notario bostezó, todavía tenía su boca medio abierta, pero su dentadura postiza ya se había cerrado.

—Muchas gracias —dijo sentándose a la mesa—. Pero mientras llegan los clientes seguiremos con el último punto de mi testamento —dijo hojeando los documentos que había sacado de un cajón.

Después se levantó y empezó a andar tranquilamente por el despacho.

Se paró delante de la ventana abierta del segundo piso y, por encima de los geranios y de los tejados, se puso a contemplar el río, en él los árboles andaban patas arriba. Seguía dictando:

—Que mi ataúd sea metálico, ricamente decorado, con un pequeño motivo egipcio, con decoración interior. Que durante mi entierro redoblen todas las campanas, que la cámara funeraria esté tapizada, el suelo cubierto con tela negra y en el cabezal una cruz suntuosa con ángeles..., pero ¿al atardecer iré a bañarse desnuda?

—Desnuda... ¿y qué? ¡Ya estará oscuro! —dijo la muchacha, y sus hábiles dedos resonaron en la máquina de escribir.

—¡Qué bonito! —dijo el viejo señor, y al oír que la máquina había enmudecido prosiguió—: Y en el cabezal una cruz suntuosa con ángeles..., treinta y seis velas de un cuarto de kilo... —dictaba, pero al oír unos pies que se arrastraban por el patio se asomó por encima de los geranios.

Y por el patio de la fábrica de cerveza avanzaba con dificultad el viejo cochero jubilado. Caminaba de una forma extraña, parecía que esquiase o pedalease. Iba a sentarse al sol, se sacó una pipa con una chapa que impedía que se le cayese de la boca desdentada, después se estuvo un rato escupiendo, se sentó junto a la pared, parecía un arbusto roto, pero de joven... ¡*Dios mío, durante su juventud!*, recordaba el señor notario, aquel cochero había maltratado a sus dos mujeres hasta matarlas. A la primera, si no quería complacerlo, la arrastraba por el pelo hasta un baúl de marinero, levantaba la tapa y metía dentro su trenza deshecha... Y a la otra mujer, al contrario, le anudaba las trenzas, descolgaba el cuadro de Jesús, y colgaba a la mujer por el pelo, así podía hacer con ella lo que quería... Tal vez a las mujeres les gustaba, tal vez quedaban satisfechas, algunas mujeres son el verdadero instrumento del diablo.

—Señor notario —le recordó la pasante—, treinta y seis velas de un cuarto...

—¡Ah, sí! Pues... —El señor notario se dio la vuelta, y cuando ya había mirado suficiente rato los rizos menudos, como de negro, de la pasante, prosiguió—: ... El coro de hombres de la catedral cantará una canción fúnebre, tres sacerdotes bendecirán, y cuatro acólitos guiarán el séquito hasta el cementerio... Al frente de la comitiva, el organizador..., detrás de él la guardia de honor..., la cruz, las luces..., al lado del coche los empleados con luces..., quince coches de punto y dos coches funerarios... —iba dictando libremente el viejo señor y al mismo tiempo miraba el cielo azul, como si lo que decía lo fuese copiando del cielo despejado en el que las golondrinas iban dibujando monigotes...

Y la pasante escribía tan deprisa que parecía que dejase caer las letras del testamento en un tarro de latón.

Un grito en el patio obligó al señor notario a apoyarse con ambas manos en el marco de la ventana.

Allí abajo, al lado de la fosa séptica, estaba el portero gritando:

—¡Lád'o, Lád'o, Lád'ooo!

Y la ventana de la planta baja se abrió y de ella salió una cabeza muy bien peinada que dijo:

—¡Papá! ¿Qué ocurre?

El portero gritó:

—¿Qué ocurre? ¡Ven a ayudarme a llevar ese palo al río, lo limpiaremos!
—gritaba señalando la pértiga con la que removía la fosa séptica.

—¡Pero papá, yo tengo las manos limpias! —gritó el joven desde la ventana.

—¡Te digo que vamos a limpiar el palo! —gritó el portero sacando la pértiga de la fosa. El joven irrumpió en el patio corriendo, llevaba una camisa blanca, enseguida cogió la punta limpia de la pértiga.

—¡No! —chilló el portero—. ¡Esa punta la llevo yo, tú coges aquélla!

El joven se defendió:

—Yo llevo una camisa limpia, y una corbata nueva, y una corbata así no la tiene nadie en toda la ciudad. —Pero su padre le ordenó:

—Yo te lo mando, te lo ordeno, soy tu padre. ¡No pretenderás que yo lleve la punta sucia de mierda! —aulló el portero señalándose.

—¡Yo tengo una corbata nueva! Pues voy a sacármela... —Se dio la vuelta.

Pero el padre insistía:

—No, quiero que me obedezcas de inmediato. En qué quedamos, ¿la coges o no la coges?

El joven reflexionó y dijo:

—No la cojo, no la cojo porque llevo esa corbata.

El portero se desgañitaba y gritaba al cielo:

—¡Vosotros sois así, toda vuestra generación de holgazanes! ¡Diantre, que yo, yo que soy el padre, tenga que llevar siempre, en lugar de vosotros, la punta sucia de mierda...!

El hijo dijo:

—¡Padre, si eso lo puede entender cualquiera! Si dentro de poco tengo una cita, no voy a perder el tiempo con el retrete. ¿Cómo podría dar dentro de nada la mano a Olina?

—Pero señor notario, hemos olvidado algo —dijo la pasante—. ¿Cuántos recordatorios?

—¿Recordatorios? —se asustó el señor notario—. Escriba que cuatrocientos. Y la misa de difuntos en la catedral de san Jiljí... ¿Corro demasiado...? Está bien... Un coro masculino cantará *Animas fidelium...*, después, al lado de mi tumba, tres sacerdotes harán Libera acompañados por el canto del coro... —dictaba el viejo señor, pero no podía evitarlo. Se puso de puntillas y vio que por el portal salían el portero y su hijo, entre los dos llevaban la pértiga para limpiarla en el río, el notario miró la mano del portero

que sujetaba el extremo sucio de la vara, y el viejo señor asintió con la cabeza y prosiguió dictando—: ... El cadalso decorado exactamente igual que durante el funeral..., los diez primeros bancos cubiertos de damascos negros...

Y del patio de la fábrica de cerveza subió un silbido insistente.

Abajo, al lado del pozo del agua, estaba una niña con un sombrero de paja que tocaba el pito, lo tocaba sin parar, escondía el silbato debajo del sombrero de paja, tocó el pito hasta que del lavadero salió su abuela que por el camino se secaba las manos en el delantal mojado y gesticulaba con las manos al sol y gritaba:

—¡Eh, vosotros bandidos! ¿Y ahora qué ocurre? ¿Por qué no estáis jugando?

La niña iba arrastrando un zapato por el césped y se quejaba:

—¡A-bue-laaa, Zdénecek se ha cagado en la alfombra y yo lo he pisado!

Y después siguió tocando el pito.

La abuela dio una bofetada a la niña y el silbato se le saltó de la boca.

—¡Maldita sea! ¿Pero qué piensas, que puedes silbar por cualquier tontería? Esta tarde yo aún tengo que ir a servir, ¿y vosotros dos, bandidos, me hacéis esto? A este paso, ¿cuándo terminaré la colada?

El señor notario se encogió de hombros y se apartó de la ventana. Se sentó a la mesa y dijo:

—La inscripción que usted me escribió ayer, el epitafio para la losa, la adjuntaremos al testamento, porque una persona de mi edad no sabe nunca el día ni la hora. Y mañana, cuando usted traiga la inscripción... me igualaba a mi polvo..., entonces la cambiaremos, ¿de acuerdo?

—Muy bien —dijo la muchacha, y se quedó mirando de qué forma hablaba el viejo, sabía que sus dientes postizos se cerrarían antes de que finalizasen las palabras. También había notado que el señor notario antes de estornudar se sacaba rápidamente el pañuelo del bolsillo y se lo apretaba contra los labios. Se imaginó lo que ocurriría si el señor notario se atase la dentadura con un hilo de seda como el que tenía su abuelo para sujetarse los quevedos... Y su abuelo llevaba también otro hilo, un hilo negro con el que se ataba el sombrero, un hilo atado a un ojal para que el viento no se lo llevase... Pero ¿y si el señor notario estornudase tan fuerte que la dentadura le quedase colgada del hilo como los quevedos del abuelo, como el sombrero del abuelo?

—Brrr... —Se estremeció la muchacha.

—¿Hace frío aquí? —se extrañó el señor notario.

—No, la muerte me ha tocado^[34] —dijo abrazándose y acariciándose los brazos.

—¡Una expresión muy bonita! —dijo el señor notario, y se sumergió en un contrato mercantil que ya llevaba póliza. Estaba mecanografiado cuidadosamente, cosido con un hilo rojo y blanco con un sello de lacre al final. Cuando terminó de leerlo se levantó. Por la ventana abierta veía el río sobre el que se inclinaba una camisa blanca que agitaba una vara en el agua. El guardapolvo del portero casi se confundía con el color del río. Los dos hombres se levantaron y se miraron en silencio, la camisa blanca también se reflejaba en la superficie del río, donde el joven, como un artista de circo, estaba colgado por los pies, también...

—¡Señorita! ¡Apunte! —El notario se dio la vuelta impetuosamente—. ¡Aprisa, antes de que se me olvide...! El ataúd es mi cuna y la inscripción fúnebre sobre la losa es mi fe de bautismo... ¿Por favor, me lo repite?

2

El matrimonio Schiesler, el campesino y la campesina de Bosin, fueron los primeros en llegar. Hacía un cuarto de siglo que el señor notario los conocía, desde que fueron a verle de recién casados, los dos vestidos de campesino y con el misal, él llevaba unas botas de caña alta, unos pantalones de montar de algodón y un sombrero de cazador, los dos tenían un aire majestuoso, como los reyes. Hoy, en cambio, están envejecidos y van vestidos como en la ciudad.

—Pues... ¿qué me cuentan? —preguntó el notario tras ofrecerles unos sillones.

—No hay ninguna novedad, sólo que nuestro vecino se ha vuelto loco —dijo el campesino.

—¡Caray! —el señor notario fingió que se extrañaba.

—¡Pues sí! Nuestro vecino tenía una cerda que tuvo cochinitos, pero todos, excepto uno, se murieron de parálisis. Los vecinos alimentaron el cochinito con una botella, y el animal corría tras ellos como si fuese un perrito. Cuando creció los vecinos decidieron matar al cerdo. Pero como lo tenían de escondidas, una noche el viejo bajó a la bodega, y el cerdo detrás de él, porque tal y como he dicho, los perseguía como si fuese un perrito. Cuando ya estaban en la bodega, el cerdo puso su cabeza en el regazo del vecino, sólo él podía rascarle las orejas. El amo le metió en la boca el mango del hacha, para que no chillase. Pero entre ambos tiraron el candelabro, y el vecino, que había pinchado mal al cerdo, lo tuvo que pinchar con un cuchillo. Después se estuvo una hora seguida sentado sobre el cerdo, hasta que se desangró en la oscuridad. Pero el cerdo creía que lo había pinchado otra persona, y se quedó arrimado al amo hasta que perdió toda la sangre. Y después el amo salió de la bodega, se desplomó sobre la cama, y empezó a llorar, y ya nadie pudo consolarlo. Y lo tuvieron que llevar a *Kosmonosy*^[35]. Y yo me digo, ¿ser amigo de los animales? ¡Jamás de los jamases!

—¡Dios mío! —exclamó el señor notario—. ¿Y usted estaba allí?

—No. Me lo contó todo la hermana del vecino, Libuse, aquella que, como usted sabrá, tiene a la chica en la cama desde hace treinta años. ¿La conoce?

—¿La del número dieciséis?

—La misma. ¿Sabe lo que ocurrió?

—No, no lo sé...

—Pagaron muy caro haber ido al cine a la ciudad. Daban una película de Chaplin, con aquel muchacho, Gogan, que interpretaba el papel de ángel, y Libuse se prometió que su Lubise, para la fiesta de Navidad, tendría un disfraz de ángel idéntico. Y con unas plumas le hicieron las alas, bueno, era muy bonito, pero la niña se resfrió, cogió una gripe cerebral, y desde entonces está en la cama como Lázaro en el sepulcro.

—¡Ahora... caigo! Los Hodac —se acordó el señor notario—. Su segundo hermano tiene una casa en el número veintiséis, ¿no es así, señora Schieslerová? ¿Cómo les va a los Hodac?

—Bien. Se compraron siete jornales de tierra —dijo la campesina juntando sus manos en el regazo—. Sólo que su Karlícek ha pasado a mejor vida. Precisamente mañana se cumple un mes del entierro. También pagó cara su amistad con los animales. Tenían un potrillo que había aprendido a ir a buscar azúcar a la cocina, algo lo asustó, se dio un golpe con una columna, se trastocó y rompió los muebles. El viejo Hodac saltó sobre él, pero antes de que pudiera ponerle una manta sobre los ojos, dio un golpe a Karlícek. Y después empezó a dolerle la pierna, lo tuvieron que llevar al hospital y allí le cortaron la pierna, mientras lo estaban haciendo se murió. Los Hodac quisieron ver a su hijito dentro del ataúd, pero lo abrieron y lo cerraron rápidamente, porque la pierna cortada yacía al lado del cadáver del niño. Pero aparte de eso, señor notario, la vida de pueblo es muy aburrida, no pasa nada que merezca la pena ser contado. En ese sentido ustedes aquí, en la ciudad, están mucho mejor. Sólo que..., ¿sabe dónde vive el viejo Král? —se animó la campesina.

—¿En el número catorce? —sonrió el señor notario.

—Exacto. Pues Král, el muy tonto, subía al desván con la criada, y allí hacían el amor. Una vez le cogió un calambre y se quedó unido a la criada.

—Vaya, vaya —se intranquilizó el señor notario mientras miraba a la pasante a quien se le encendió la nuca.

—¡Sí, sí! —dijo la campesina moviendo el sombrero con plumas de halcón—. Y tuvimos que llevar escaleras de mano, y lana, y cuerdas, y bajamos al patio a los fornicadores, dentro de una lona. Parecía, que Dios me perdone, parecía, a la luz de los faroles, aquel cuadro del altar, el descenso de

la cruz... Cuando desatamos la lona, entonces la vieja Králová, la misma que está tan orgullosa porque educan a su hija en un convento, pues la vieja Králová les pegó con un látigo, y su marido perdió los sentidos. ¿Y sabe usted? No sirvió de nada ni darles latigazos, ni tirarles agua fría, ni pincharlos con un cuchillo. Tuvo que acudir el señor médico. Se mantenían unidos como los calvinistas y su fe.

—¡Qué cosas! —murmuró el señor notario—, pero de todas formas tengo que constatar que la gente de los pueblos está mucho más cerca de la naturaleza —añadió.

—Es lo único —dijo el campesino aflojándose la bufanda amarilla y apretándose la pajarita verde con un dedo—. Incluso quisieron violarnos a la catequista ¡Parece mentira lo que la gente es capaz de hacer! Un día soleado ella bordeaba el bosquecillo por allí, por donde se llama *na ptáku*, y un tipo en bicicleta con una americana azul la adelantó. Y cuando la catequista se internó por el bosque, pues el tipo saltó encima de ella desde los arbustos y le dijo, *Vamos*, y la quiso violar. Pero la catequista, miembro del *Sokol*^[36], dio un golpe a las partes del tipo, y él tuvo que coger la bicicleta, y la catequista lo llevó a patadas hasta la comisaría. Resultó ser un comerciante de ganado de Prelouc, como excusa dijo que sólo quería ir de vientre, pero la catequista, delante de la policía, le dio una bofetada, y el comerciante de ganado se hundió y lo admitió todo, todo lo que había ocurrido, y prometió no volverlo a hacer nunca más. Excepto eso, señor notario, en el pueblo no ocurre nada, no es como cuando nosotros éramos jóvenes. —Parpadeó el campesino.

—Pero Ludvík, cuenta también al señor notario —recordaba la campesina sonándose con un pañuelo de batista y llenándose, a pesar de ello, los dedos de mocos—, di cómo atrapasteis a nuestro tonto del pueblo, cómo se lo manejaba... Va... —lo animaba la campesina.

—¿No será demasiado salvaje? —el señor notario se asustó y miró a su pasante cuyo perfil brillaba con un sudor plateado.

—¡Qué va! Se trata de la vida misma —lo tranquilizó la campesina.

—¡Desde luego! —el campesino casi se enfadó—. No tiene la menor importancia, se trata solamente de la inocencia infantil. Como teniente de alcalde fueron a buscarme porque un vecino se había envenenado con un aguardiente destilado en casa. Yo recomendé que, para que lo expulsase, cogiesen una escalera de mano y lo colgasen por los pies. Pero el vecino ya había digerido la bebida. Entonces recordé cómo se hacía en casa, con mi abuelo. Enterramos al vecino con estiércol caliente, porque él ya casi estaba frío, y cuando tirábamos la última palada, oímos que detrás de la valla una

cabra balaba de una forma extraña. Nos preguntamos qué pasaba, saltamos las vallas, y atrapamos al tonto del pueblo, el tartamudo, Bohousek...

El señor notario se levantó, y tras ponerse los dedos sobre sus labios morados acercó su oído a la boca del campesino.

Y él le susurró algo, después el señor notario se hundió en su butaca.

—Entonces cogimos el látigo y algunos palos —prosiguió el campesino en voz alta—, le dimos tal tunda que dejó de tartamudear. Pero, aparte de eso, ¿qué clase de vida llevamos en el pueblo? No hay teatros, ni cines, ni hoteles... ¡La ciudad! —se quejó nostálgicamente el campesino.

—Quizás —dijo el señor notario, y vio que entre los dedos de la pasante el documento temblaba ligeramente, al ritmo del corazón de la muchacha—. Pero para nosotros, los cristianos, Dios está en todas partes, en el pueblo, en la ciudad, donde esté el hombre, allí, en su corazón, vive Dios. El resto, como ustedes ya saben muy bien, es *vanitas vanitatis*. Por ello nosotros, los cristianos, como hijos de Dios, hacemos un contrato con él en todo lo que se refiere al alma. Porque nosotros, también como ciudadanos, podamos tratar con contratos los hechos relacionados con la propiedad. Supongo que es la razón que los ha traído a mi consulta, la cuestión de qué hacer con las propiedades en caso de muerte... ¿No es así? —preguntó el señor notario cuando vio que los campesinos ya se habían calmado con la conversación.

—Eso es —respondieron ambos al unísono.

El señor notario se puso en pie y empezó a hablar:

—Así pues, hablaremos de los tipos de testamento —dijo, y mientras hablaba miraba por la ventana, miraba la otra orilla del río, donde el sol había obligado a los colores a evaporarse casi completamente.

En aquel momento llegó una barquilla roja con listas amarillas, una barquilla pintada como un carro de helados, la barquilla del señor Brichnác, el maquinista de tren jubilado. Aquella barquilla en la popa tenía unas inscripciones en letras ornamentales, sobre cada remo, escrita también en letras ornamentales, estaban las señas completas del señor Brichnác, que iba en bermudas y remaba, en la cintura de las bermudas también estaban bordadas, en letras mayúsculas, todas las señas del señor Brichnác, que en sus pies llevaba unos zapatos de lona con las señas escritas muy meticulosamente. El señor notario miraba el río y se deleitaba, y seguía hablando de las últimas voluntades. Mientras tanto la barquilla roja salpicaba los árboles con reflejos rojos. El señor notario recordó que hacía unos años que toda la ciudad fue a dar la bienvenida al obispo titular de Letomérice. La estación estaba llena de juventud, baldaquines, estandartes, el ayuntamiento en pleno, música..., pero

el tren especial del obispo titular llevaba retraso, y el jefe de estación dio paso, por otra vía, a un tren de mercancías conducido por el maquinista señor Brichnác. Justo después de pasar el semáforo, el conductor sacó su cuerpo afuera y bendijo el andén dibujando con la mano una cruz bien grande... Las niñas comenzaron a tirarle flores y la banda de música empezó a tocar *Mil veces...*, pero por la estación estaba pasando un tren de carbón... La barquilla roja desapareció detrás de un sauce llorón y trasladó a otro lugar todos sus reflejos e inscripciones...

—Y por todo ello, incluso con la propiedad se puede medir el amor paterno hacia los hijos, que seguirán administrando el patrimonio heredado... —concluyó el señor notario.

En el despacho se hizo el silencio.

—Pues, señor notario... —El campesino se pasó la lengua por sus labios—. Nosotros pensamos..., en resumen, ¿cómo podría decirlo...? O sea que nuestro hijo mayor, Ludvík, lo heredará todo, pero pagará a Anezka, nuestra hija... Le dará 50 000... y nosotros viviremos en la casa pequeña... —murmuró el campesino hecho un lío, apretó su barbilla contra el pecho y se tapó la pajarita verde—. Y a ti, ¿qué te parece? —preguntó.

—Yo quisiera que en el contrato constase que una vez al mes Ludvík, mi hijo, debe enganchar los caballos al carro y acompañarme al cementerio de Krinec... —dijo la campesina. Una lágrima le resbaló por la mejilla, en su recorrido hizo una pasta con el maquillaje barato, y lo acumuló al lado de la boca arrugada.

—Es decir —resumió el notario—, que la señorita conseguirá la lista, es decir el acta catastral, el viernes próximo ustedes vendrán con dos testigos, y redactaremos el borrador. ¡Señorita, escriba!

El señor notario se acercó a la ventana, estuvo un rato mirando el río, y empezó a pensar en el maquinista señor Brichnác, que por la noche saldría a dar un paseo en su bicicleta de la marca Premier, una bicicleta con un manillar ergonómico, desde la palomilla se subiría al pedal ya a punto. En la bicicleta, en letras ornamentales, están escritas las señas completas del señor Brichnác, inclusive el número de su casa. Aquella casita donde todas las cosas están marcadas, pintadas y numeradas, parece un camino provisto de señales de senderismo, blancas y verdes para el jardín, blancas y negras para el almacén del carbón, azules y marrones para el excusado...

—¿Señorita, está preparada? ¡Empecemos!... En el caso de que Dios nos llame a la Eternidad, ordenamos lo siguiente: Primero... —el señor notario

dictaba mientras miraba la superficie fluida del río, y como siempre, no se cansaba de contemplarla...

3

Pasado el mediodía el señor notario cogió su bastón y se fue a dar un paseo. Mientras iba andando desde el molino hacia el puente, le adelantaron dos personas que iban en tándem y que con el manillar le tocaron ligeramente una manga. Habían salido durante la pausa del mediodía, se trataba de dos hermanos, los estanqueros, vendían tabaco y periódicos al lado del teatro. Uno era ciego, iba en el asiento de detrás, el otro iba sentado delante. Al señor notario, cuando todavía fumaba, le gustaba comprarse los puros en su estanco, le gustaba notar que el invidente dominaba el estanco con el tacto. Por la forma de toser del señor notario sonreía, sacaba la cabeza por la ventanilla y lo saludaba:

—¡Buenos días, señor notario!

Y se daba la vuelta y estiraba su brazo directamente hacia el estante correcto, el de los puros Puerto Rico, después cogía el billete que también reconocía con los dedos, del mismo modo que conocía al señor notario por sus tos. En aquel momento los dos estanqueros estaban pedaleando por la orilla del río, una vez más sus retratos invertidos se movían por el agua tranquila, sus cabezas desaparecieron debajo de las faldas de los tilos, pero sus pies seguían golpeando los pedales, como si se tratase de los ejes acoplados de una locomotora, y otra vez se repitieron en el río, como una máquina fantástica de cuatro ruedas... El señor notario les miró y pensó qué ocurriría si una noche los estanqueros se emborrachasen y se sentasen a la bicicleta doble al revés, el ciego delante, y el otro detrás.

¡Quién sabe dónde llegarían! Quizás si no encontrasen a nadie el ciego llegaría a su casa, quizás conocía tan bien el camino como los billetes por el tacto, como la manera de toser de sus conocidos..., pensaba el señor notario. Y bordeando los establos abandonados con unas cabezas de caballo rojas sobre la puerta, salió hacia los huertos. En silencio pasó por delante del estanco, siempre le daba reparo mirar hacia allí. Incluso aquel día vio de reojo las manos del estanquero que reposaban sobre el mostrador, detrás de la

ventanilla, las manos del herido de guerra quemadas por un lanzallamas. Por ello lo condecoraron y le dieron un estanco...

El señor notario bajó al río por la escalera de piedra, miraba la ciudad con glotonería, las ventanas de colores. En la otra orilla estaba una mujer con una blusa encarnada que llevaba un cesto de ropa para lavar, se arrodilló sobre una pasarela y miró su propia cara en el agua tranquila, continuamente se arreglaba el peinado que se le deshacía, el señor notario vio a otra lavandera que se inclinaba como si quisiese salir del agua, pensó en la dama de corazones de una baraja de naipes... Pero la lavandera cogió una sábana blanca de la cesta, se inclinó, y borró su retrato...

Y por la orilla del río, por la marga de la otra ribera, se paseaba el señor deán con un bombín, y un deán vestido de negro, exactamente igual, andaba por el río cabeza abajo, y cuando la blusa de la lavandera y el abrigo negro del deán se aproximaron, apareció un punto encarnado encima de una exclamación negra, y la misma figura nació en el agua, pero con el significado opuesto, y cuando la lavandera saludó al clérigo, él hizo una pequeña reverencia y con un movimiento largo se sacó el bombín. En el reflejo del río parecía que el deán cogiese agua con su sombrero...

El señor notario miraba atentamente hacia la otra orilla, y lo percibía todo. Después se puso en cuclillas, cogió agua con sus palmas y se lavó la cara ceremoniosamente. Subió a la orilla del río y bordeando las vallas salió de la ciudad.

Al lado de un campo de cerezos, sobre una lancha invertida, estaba una mujer joven en traje de baño que tricotaba un jersey amarillo, un niño desnudo estaba estirado boca abajo sobre la madera para lavar, y con una ramita pescó algo en el agua. El señor notario suspiró dulcemente, después miró hacia la otra orilla del río donde empezaban unos prados kilométricos, sobre un caballo blanco llegó un hombre joven y moreno, descalzo, sólo llevaba pantalones, fue directamente al vado y comenzó a atravesar el río. Y otro caballo empezó a reflejarse, parecía como si las dos cabalgaduras estuviesen enganchadas por las pezuñas. El caballo blanco estiró las riendas, bajó su cuello, y con su boca se bebió su propio retrato.

—Mamá, ¿qué es eso? —preguntó el niño plantado con las piernas separadas delante de la mujer joven del bañador, con los dedos sujetaba algo flácido.

—¡Tíralo enseguida, Famflík! —gritó ruborizándose.

—Pero mamá, ¿para qué sirve?

—¡Te he dicho que lo tires enseguida!

—¡Cuando me hayas dicho para qué sirve!

—Todavía no necesitas saberlo, ya tendrás tiempo...

—¡Pero yo quiero saberlo! —El niño descalzo pataleaba.

—¡Y yo te repito que lo tires enseguida! —gritó la madre dejando las agujas de tricotar.

Pero el niño se puso a correr, y la madre detrás de él. Cuando tendió la mano hacia el niño fugitivo, él, desesperado, se puso en la boca lo que había pescado en el río.

—¡Ya verás cuando se lo diga a tu padre! —gritó la joven mujer pegando al niño que había tropezado y se había caído a los pies del señor notario.

La joven madre con una mano sacó aquello de la boca del niño, con la otra le pegó mientras chillaba asustada:

—¡Ya verás cuando se lo diga a papá, marrano, más que marrano!

Arrancó aquello de la boca del niño y, con asco, lo tiró muy lejos.

Después siguió tricotando, y de repente tuvo la sensación que iba en bicicleta y que alguien le metía una vara entre las ruedas. Se dio la vuelta y vio al señor notario desnudándola con la mirada, contemplaba su cuerpo con tanto placer y experiencia que ella se tapó las ingles con una mano, y los senos con el otro brazo. Y así anduvo hacia atrás hasta que se quedó sentada en la lancha, y enseguida se puso delante el jersey que estaba tejiendo.

—Hmmm —ladró el señor notario, y se hundió el sombrero hasta las cejas, y después se fue. Entre sus dedos hacía girar el bastón, y con un aire juvenil decapitaba las flores y miraba el caballo que estaba nadando en el río, vio cómo emergía lentamente y cómo salía del agua con el jinete, y cómo de nuevo de sus rodillas salía un caballo invertido que con su pezuña piafaba sobre su propio retrato. Después el jinete, con el talón descalzo, dio un golpe muy fuerte en el flanco del caballo, que resonó, y el caballo comenzó a trotar por encima del vado salpicando su propia copia.

El señor notario tenía prisa.

Al pasar por delante del estanco tampoco miró, pero una vez pasado, de reojo se dio cuenta de que no había visto aquellas manos rojas. Se paró, y después oyó unos gemidos. Anduvo hacia atrás y miró al interior del quiosco. El estanquero estaba tendido en el suelo con un ataque de epilepsia, yacía de una forma extraña, entre los estantes y la silla, casi totalmente cubierto de cigarrillos.

El señor notario anduvo alrededor del estanco, y cuando cogió el mango de la puerta se dio cuenta de que estaba cerrada. Regresó sobre sus pasos, y a través de la ventanilla pudo ver la llave en la cerradura. Dejó el bastón, subió

la ventanilla y metió medio cuerpo en el quiosco. Estiró sus dedos para poder abrir, pero perdió el equilibrio y se cayó adentro de cabeza. Primero vio las manos quemadas por el lanzallamas, después se cayó y su cara se le quedó sobre las mejillas del estanquero, aquellas mejillas tan estropeadas por la guerra que parecían haber sido metidas en un recipiente con aceite hirviente. Después, con el talón, sacó un cajón de su sitio, y ambos fueron cubiertos por montones de monedas. El señor notario liberó una mano, abrió, y salió rodando a la luz solar.

Era exactamente el momento en que la repartidora del periódico *Vecerní české slovo* llegaba en bicicleta. Sobre el portaequipajes delantero y trasero llevaba paquetes de periódicos, cuando vio al señor notario dando volteretas y al estanquero tendido en medio de cigarrillos y monedas, bajó de la bicicleta y se quedó patitiesa, con las piernas separadas y sujetando el manillar.

—¡Señora Vorlicková, ayúdeme! —dijo el notario.

Pero la repartidora de periódicos estaba petrificada.

El señor notario sacó al estanquero acompañado de los cigarrillos y las monedas. Después le desabotonó la camisa, le dio unos golpecillos en las mejillas y le secó el sudor abundante. La repartidora ya se había repuesto, pero no podía mover más que el dedo pulgar. Es decir que como mínimo tocaba el timbre de la bicicleta.

Enseguida llegó mucha gente corriendo, abrieron los puños cerrados del estanquero, trajeron agua del río, y lavaron el pecho del pobre hombre. El señor notario tenía en su regazo la cabeza del estanquero y acariciaba aquel cráneo quemado durante la guerra que parecía el resultado de coser muchos trozos de distintas pieles.

—Señora Vorlicková, ¿por qué no va a avisar a su mujer? —dijo el señor notario.

Pero la repartidora de periódicos seguía tocando el timbre y de repente se puso a chillar.

—Recojan el dinero y los cigarrillos —observó el notario.

Seguía acariciando al estanquero mientras miraba al otro lado del río, donde estaba sentado un pescador que metía un pececito vivo en el anzuelo, un pececito vivo y brillante como un espejo, lo metió en el anzuelo con sumo cuidado para no romperle la raspa, y después lo tiró al río, formando un gran arco... Y en el espejo del río, delante de él, como el rey de picas, estaba de nuevo otro pescador...

—Vayan a buscar al médico —aconsejó el notario.

EL ENTIERRO

1

—Esta noche he tenido un sueño muy agradable, he soñado que yo estaba arrodillado en el bosque, delante de una trilladora, y que san José llegaba volando por los aires y dibujaba una gran cruz delante de mí. Y por la mañana he sabido enseguida que iba a apostar por el *hoquey* sobre hielo y el ciclismo, porque san José es el diecinueve del mes tercero^[37]... —dijo Jarda abotonándose el abrigo.

Un poco más tarde Jarda quería decir a Pepík que la *Sportka* ayuda a soñar y a descubrir el significado de los sueños, pero todo el recuerdo le fue arrebatado por un gran trompazo, el ruido de cristales rotos y un montón de juramentos. Los dos quedaron empotrados en la cloaca alquitranada de un urinario público, y cuando Jarda se levantó se dio cuenta de que hasta allí había llegado un ocho pintado sobre un vidrio translúcido.

—¡Hombre..., alpinismo! ¡El ocho! —dijo Jarda con mucha alegría.

—Pero fíjate en mi abrigo —dijo Pepík mirándose sus mangas.

—¡Nos lo ha mandado el cielo! —se alegró Jarda sujetando aquel pedazo de vidrio delante de su vista—. ¡Y además te aseguro que los demás números no tienen tanto valor cómo ése! ¡Ha sido el destino! Fíjate, por la mañana el hoquey sobre hielo y el ciclismo, y ahora el alpinismo...

—Y yo tendré que llevar mis prendas a la tintorería... —respondió secamente Pepík.

Al salir de los urinarios lo vieron todo. Justamente delante de Palmovka^[38] un camión había embestido un reloj público de cristal, uno de aquellos tan altos con cuatro esferas. El trompazo había derribado todas las esferas, que estaban sobre los adoquines, y la construcción metálica se había doblado por encima de los urinarios, los amigos sólo pisaban números.

—¿Se dan cuenta de la suerte que han tenido? —dijo un policía que llevaba un bloc de notas ceñido por una goma de un tarro de confitura—. No les ha ocurrido nada, ¿verdad?

—No.

—¿Han visto algo?

—¡No... sólo lo hemos oído! —Jarda señaló los urinarios.

—Bien, pueden marcharse —les dijo el policía caminando hacia el chófer del camión, que con los dedos temblorosos estaba poniendo en orden sus documentos.

—¡Alpinismo! Dentro de una semana seremos ricos —dijo Jarda besando el pedazo de cristal que tiró sobre los adoquines repletos de vidrios.

Pepík consultó su reloj y dijo:

—Eso está muy bien ¡Pero tenemos que ir al entierro!

Mientras subían por la calle Prazska soplabla un viento tan fuerte que tenían que andar encorvados.

Jarda fantaseaba:

—Con la *Sportka* siempre puedes esperar un poco de magia. ¡Devanarse los sesos no sirve de nada! Yo una vez me dediqué a escribir todos los números que salían, ¿y sabes una cosa?, ¡las regatas y las canoas no salieron ni una sola vez! Además, el número judío de la fortuna ha salido una sola vez, y nuestro trece de la mala suerte ya ha salido nueve veces. Tu tío Adolf, a quien vamos a enterrar, decía, *Los topos hacen sus agujeros en las horas impares, los números impares traen buena suerte*. Una vez apostamos sólo por los impares y, ex profeso, sólo salieron números pares...

Jarda se detuvo para retomar aliento.

—¡Se trata de eso, de tener una relación muy personal con los números! Tendríamos que encontrar una forma predestinada de ser amigos de los números, tendríamos que establecer con ellos una relación casi amorosa. Y basta. Tal vez aquel *Spartak*^[39]... para mí es un trasto corriente, pero si, por ejemplo, me atropella sólo un poquito, su matrícula ya significará algo para mí. Por lo tanto...

—¡Jarda! ¡Cuidado! —exclamó Pepík pegando un salto. Había visto un camión que descendía y del que se había desprendido un tonel muy pesado que fue a parar justamente bajo las ruedas del Spartak que circulaba por Prazská. A unos metros de ellos. Enseguida se elevó una columna de polvo amarillo, después se oyó un choque y el balido de los neumáticos.

Pepík estaba al lado de una señal y se miraba con desesperación el traje de luto que, sin poderlo evitar, ya estaba tan amarillo cómo aquella nube amarilla de la que Jarda acababa de salir tambaleándose.

—¡Maldito payaso! ¡Vaya forma de conducir! —gritó Pepík dentro de la nube mientras miraba sus ropas.

—¡No blasfemes! —Le tapó la boca Jarda—. ¡Es una indicación del cielo! —dijo señalando la columna de polvo amarillo que el viento ya empezaba a disolver, el polvo se esparcía por la nieve ennegrecida y por la pendiente de debajo de Balkán, e incluso por Krejcárek^[40].

—Seguro que este mes nos forramos —dijo asfixiándose. Después se puso a andar alrededor del *Spartak* que emergió de la nube, se arrodilló sobre una capa de medio metro de polvo, y limpió la matrícula que el viento enseguida tapaba con el polvo amarillo. Se concentró en los grupos individuales de números y los limpió rápidamente.

—¡Saltos al agua!

Siguió mirando...

—¡Equitación!

Rápidamente los limpió de nuevo...

—Y gimnasia rítmica —gritó a la tercera.

El viento llenó de nuevo de polvo la placa, y de debajo de la carrocería fue arrancando aquel polvo amarillo de anilina que se esparció mucho más. El chófer del *Spartak* seguía al volante, tenía los ojos cerrados y pensaba que todo era un sueño, que quizás cuando abriese los ojos nada sería como lo que había visto y oído... Por fin los abrió, y vio un *Tatra 111*^[41] que descendía a gran velocidad, penetraba en la montaña polvorienta y ensuciaba las ventanillas del *Spartak*.

—Gimnasia rítmica —se alegraba Jarda.

—¡Vaya gimnasia...! —El dueño del *Spartak* se armó de valor y bajó del coche—. ¡Dios mío, y lo estreno hoy! —dijo, y cuando notó que el polvo le llegaba hasta las rodillas se llevó las manos a la cabeza.

—Me da miedo mirarlo. Por favor, ¿qué hay debajo de las ruedas? —dijo muy preocupado, y unas arrugas le atravesaron la cara hasta las orejas.

—Un tonel de anilina de dos toneladas —le dijo Pepík.

—¿Quién me mandaba salir? —El dueño se golpeaba la frente con la palma amarilla—. ¡Cómo se va a poner mi mujer! Me da miedo mirarlo... ¿Está muy destrozado?

—¿Y yo, y mi traje? ¡Vamos a un entierro...! Se me ha muerto un tío... —suspiró Pepík mirando el capó del coche. Después dijo—: No está muy abollado. Sólo la rueda izquierda está arrancada..., el guardabarros está un poco enrollado y el radiador un poquito hundido...

—¡Cómo se enfadará mi mujer! —El automovilista se cubrió la cara.

—Puede imaginarse que no se pondrá contenta... Pero lo peor es..., ¿se lo digo? —preguntó Pepík consultando el reloj que acababa de limpiar.

—¡Dígamelo! ¡Estoy preparado para cualquier cosa!

—Pues la carrocería está desplazada.

—¡Dios mío! —se lamentó el dueño—. ¡Vaya Nochebuena tendremos mañana!

Desesperado se introdujo en el Spartak sin quitarse el abrigo que también estaba amarillo. Del asiento de atrás cogió un plumero con plumas de gallo, salió a gatas del coche recién estrenado y comenzó a sacar el polvo con gran nerviosismo.

Un niño bajaba en trineo por la pendiente pelada y se acercó al coche. Cogió un puñado de polvo de anilina, tiró de la manga del propietario, y preguntó:

—¿Señor, eso qué es?

—¡Ay, ay, ay, ay! —gritó el dueño—. ¡Vete si no quieres que haga un disparate! ¡Sólo tengo un sistema nervioso! —gritó agitando en el aire las plumas de gallo de colorines.

—Le mandaremos un policía de la comisaría de Prazska —dijo Jarda poniéndose en camino. Iba repitiéndose, *Salto en el agua...*, *equitación...*, *gimnasia rítmica...*

2

En el cementerio de Olsany soplab a un viento tan fuerte que las ramas desnudas de los árboles sobresalían como astas de bandera. Al lado de la capilla del cementerio los trompetistas entumecidos movían sus dedos e hinchaban sus carrillos, pero casi no se les oía, el viento les arrancaba el sonido de las trompetas.

Pepík leyó el nombre de su tío en el tablón de anuncios, después gritó:

—¿En qué dirección han ido?

Un trompetista entreabrió sus ojos sin dejar de tocar, y con el instrumento de cobre le indicó algún lugar...

—Allí... —dijo Pepík indicando la dirección. El músico tocaba y asentía con la cabeza y, con los dedos enfundados en unos guantes con las puntas cortadas, iba apretando las clavijas.

—Estos músicos están tocando como si estuviesen escribiendo con un lápiz, con mucha ligereza. —Jarda estaba inspirado.

Pero quizás en algún sitio en la dirección del viento, en Zizkov^[42], el viento aplastaba la música fúnebre contra una pared y la gente se preguntaba extrañada, *¿Qué significa esa música fúnebre...?*

—¡Creo que están allí!

—¿Cómo dices? —Pepík se puso la mano en la oreja amarilla.

—¡Que creo que están allí! —gritó Jarda, y enseguida comenzaron a correr entre las tumbas. Pero la ceremonia ya se había terminado. El cura levantó el aspersorio y mojó el ataúd. El viento era tan fuerte, que los asistentes al entierro se tenían que aguantar el sombrero con ambas manos, y las gotas de agua bendita fueron a parar a la tumba de al lado. El menudo monaguillo, vestido de morado, no paraba de luchar contra el viento, para que no le arrebatase la cruz, y las cintas le abofeteaban de vez en cuando.

—¿Cuál es esa sección? —gritó Jarda.

—¡La novena en cifras romanas!

—¿Cuál? —gritó Jarda.

Y Pepík, para vencer al viento, gritó tan fuerte como pudo:

—¡La novena en cifras romanas!

Pero en aquel instante el viento dejó de soplar, toda la comitiva se dio la vuelta para mirar al asistente al funeral, tardón y amarillento, que gritaba alegremente:

—¡Regatas!

BAMBINI DI PRAGA, 1947

1

La campana tocaba a mediodía.

El señor Hyrman, un carnicero gigante con un pequeño pendiente en la oreja izquierda, abrió el cristal exterior del escaparate y, por encima de una hilera de cabezas de cerdo y a través de unas esparragueras, miró hacia el interior de su tienda.

—¡Señores! —gritaba su mujer en la tienda—. ¡En las carnicerías y en las tocinerías la limpieza es media salud!

Y con un paño pequeño sacaba el brillo a las baldosas, y sus senos se movían de un lado para el otro, y cuatro agentes de seguros, representantes de *Ayuda a la vejez*, le miraban el escote.

—No pueden ni imaginarse —añadió la carnicera— hasta qué punto las esparragueras son capaces de absorber la grasa del aire.

—Por eso en los cementerios hay saúcos —dijo el agente señor Bucifal—. Cuando un saúco echa raíces, la absorbe toda en un par de años. ¡Mi señora, la salchicha estaba buenísima!

—Mi señora —dijo con la boca llena el señor Krahulík, el director de *Ayuda a la Vejez*— ¿Estas salchichas son de Kostelec o de Frankfurt? —Se inclinó y se limpió los labios con el mantel.

Y la carnicera se reía, trajo jamón en lonchas, levantó una loncha rosada por encima de la boca abierta del joven guapo y exclamó:

—¡Un jamoncillo especial para el señor Viktor!

Y el agente de seguros, el señor Viktor Tüma, una belleza de tipo beréber, lamió los dedos de la carnicera, y con sus rizos, como por azar, le dio un ligero golpecito en los senos.

—Ni de Kostelec ni de Frankfurt —dijo la carnicera—. ¡Estas salchichas las hacemos nosotros! ¡Yo y mi maridito!

Señaló hacia el escaparate donde el señor Hyrman, de rodillas, metía un limón amarillo en la boca del cerdo.

—¡Está arrodillado exactamente como la estatua del señor obispo, cardenal y duque de Hohenstejn en el cementerio de Mala Strana, en Smíchov! —dijo el señor Viktor.

—¿Usted también es católico? —Se alegró la carnicera.

—También —dijo el señor Viktor abriendo su boca y sus ojos azules. La señora Hyrmanová se inclinó, le puso en la boca una loncha finísima de jamón, y permitió que le mordiera afectuosamente un dedito.

Cuando el señor Hyrman lo vio, cogió el limón, y lo empotró en la cabeza de cerdo.

—¿Señores, desean algo más? —exclamó la carnicera.

—¡Más salchichas!

—¡Y para mí rábano picante!

—¡Y para mí rábano picante con mostaza!

—¡Y para mí, por favor, más jamón! —dijo el agente señor Tonda^[43] Uhde, un hombre elegante, tenía una rosa entre sus dedos y llevaba una gabardina tirada con negligencia sobre los hombros.

La carnicera se dirigió a la trastienda, y los agentes de seguros, por encima de las esparragueras y de la cabeza calva del señor Hyrman, miraban hacia la plaza donde, desde la columna de la peste, llegó una mujer en bicicleta, en el manillar llevaba una corona de flores decorada con unas hojas puntiagudas y unas cintas moradas movidas por el viento. La mujer levantaba la barbilla para evitar las hojas de mahonia.

—¿Qué pone en la cinta? —preguntó el jefe.

Y quiso dirigirse hacia el escaparate. Al dar el primer paso tiró del taburete al agente Tonda Uhde, que se cayó de espaldas, y el jefe dio una zancada para evitarlo, a pesar de ello le dio un golpecito en la cabeza.

Después se apoyó en el escaparate, retiró las esparragueras, y empezó a reírse, y sus lágrimas gotearon sobre la mano del señor Hyrman que estaba de rodillas en el escaparate.

—A las doce del mediodía se cierra —dijo el carnicero—, cogió una cabeza de cerdo y la partió.

—Su mujer nos ha invitado. —El jefe recobró la calma.

—¡Qué ideas más idiotas! —Tonda se enfadó.

—¿Saben lo que ponía? —El jefe se dio la vuelta—. Ponía *Duerme dulcemente* —dijo eructando—. ¿Quién piensa en mí? —dijo soñador.

—En alguna parte han tirado de la cadena del *water* —dijo Tonda arrugando el entrecejo y sacudiéndose la gabardina.

—Dios mío, que puntilloso que es ese agente —suspiró el jefe. Recogió la rosa del suelo, puso en ella sal y pimienta, le dio un mordisco y después se dedicó a investigar su gusto masticándola alegremente, se deleitaba.

—¿Para entremés? ¡Fenomenal!, pero no le irían mal unas gotas de salsa *Worcester*. ¡Pero, divirtámonos! Señor Bucifal hoy hace una semana que usted está de prueba con nosotros por este distrito. Y yo todavía no sé por qué dejó de trabajar en el Servicio de la Catedral.

—¡Porque me discutí con un cura!

La carnicera llevaba platos con salchichas calientes.

—¿Usted se discutió con un cura? —se extrañó.

—Con un cura. Por culpa de santa Teresita —dijo el señor Bucifal.

—¿Es ésa la mostaza del cura? —preguntó Viktor.

—La del cura —dijo secándose los ojos, el rábano picante le hacía saltar las lágrimas.

Y los agentes le miraban el escote, sin vergüenza, y con sus cabezas asentían como expertos. El señor Hyrman entró en la tienda, tenía sus pequeños ojos y orejas tirados hacia atrás, como un caballo a punto de morder. Entró en la trastienda y salió de ella con la vara para bajar las persianas, se paró delante de las esparragueras. Era inmenso, y tenía la espalda tan ancha, que la tienda quedó a oscuras.

—Tengo que bajar la puerta —dijo y salió a la acera.

—¿Por culpa de santa Teresita? Cuéntenoslo —le animaba la carnicera. Cogió una silla, se cogió al respaldo y se quedó arrodillada en ella.

Y no paraba de reír, empezó a ir hacia delante y hacia atrás sobre la silla, y su falda le iba subiendo, apareció una rodilla regordeta. La señora Hyrmanová iba hacia delante y hacia atrás mirando el techo, cuando iba hacia atrás sus senos se enderezaban como conos de azúcar, y los agentes se quedaban desconcertados. El señor Viktor Tüma, que ya pagaba dos pensiones de alimentación para sus hijos, y que estaba celoso de todas las mujeres encinta, no por que estuviesen encinta, sino porque el hijo no era de él, dejó la salchicha y juntó las manos, como los católicos, para poder saborear mejor aquella maravilla de la naturaleza.

Y el señor Hyrman se aguantaba en el palo para bajar las persianas y se espeluznaba por lo que estaba haciendo su mujer.

—Es que, señora mía —el señor Bucifal tragó saliva—, las imágenes sagradas son increíblemente frágiles. Como esta salchicha. Así pues, un día yo llevaba la Teresita de yeso a Zbejsín. Abro la caja del camión, y vaya por dónde, la imagen tenía las manos rotas.

—Las manos. —La carnicera empezó a reírse—, y el cura, ¿qué?

—El cura se llevó las manos a la cabeza. Digo, *Señor cura, voy un momento a la droguería a buscar una bolsa de yeso y le engancharé las manos, como en el hospital.* Pero el reverendo señor, que no, que quería tener una Teresita sana.

—¿Sana? —Se reía la carnicera.

—Y así pues, tuve que devolver la imagen —proseguía el señor Bucifal—, encargué otra, y cuando vuelvo a estar en Zbejsín, dejo la imagen sobre un peldaño y voy a la iglesia con la factura. Y en el último escalón está el reverendo señor que mira por encima de mi hombro... Me doy la vuelta y ¡mocoso idiota!

—¿El cura? —Se reía la carnicera.

—No. Un mocoso estúpido que iba en bicicleta y que con el manillar tocó la imagen que empezó a caer... Y el cura baja corriendo y en el último momento coge a Teresita y dice, *¡Por un tris no ha tenido que ir a buscar a Teresita por tercera vez!*

Y me mosqueó, y no tenía que haberlo hecho. Digo ¡a pesar de que usted sea el representante de Dios, no voy a permitir que me mosquee! Y empujé la imagen, y se cayó, y se rompió en mil pedazos. Y el reverendo señor mandó una carta al Servicio de la Catedral y me dio un empujón a mí. Y es así cómo me convertí en agente de *Ayuda a la Vejez*. ¿No hay más rábano picante?

—Ahora mismo lo traigo —dijo la carnicera—. ¿Sabe que cuando yo tenía diecisiete años quena ingresar en un convento?

—¿De hombres? —preguntó el jefe.

—Hoy sí..., pero entonces era muy beata... Pero mi padre murió y tuve que cambiar los rosarios por el cuchillo de carnicera. ¡Ay señores! Con mis manitas soy capaz de cortar unas lonchas de jamón tan finas, tan finitas... —dijo soñadora la señora Hyrmanová dejando de balancearse, después puso un pie sobre las baldosas, pero la falda arremangada se le quedó clavada entre los muslos, y el señor Hyrman, cuando lo vio, meneó la cabeza, y el pendiente de oro de la oreja brilló en el lóbulo, como un punto de cobre debajo de un interrogante. Se le desencajó la barbilla.

—Amigo, ¿qué le ocurre? —le preguntó hipócritamente el sombrerero Kurka.

—Nada...

—¡No me diga! Mi mujer y yo mirábamos desde nuestra tienda y ella me ha dicho, *¡Vilda! Hyrman tiene una cara tan pálida como la grasa del jamón. Allí ocurre algo* —dijo el sombrerero.

—¡Ah, eso! Mire usted mismo. Hay tres hombres en la tienda.

—Tal vez un control, ¿no? —se alegró el sombrerero.

—¡Qué va! —mintió el señor Hyrman—. Han llegado, han pedido cubiertos y especias, ellos mismos se han traído la carne de sus casas. ¡Me da miedo entrar porque haría algún disparate!

—¿Y el cuarto?

—Se ha traído tres huevos en una bolsa de papel, me ha pedido que se los hiciese pasados por agua, porque está a régimen. Yo se los he hervido, él ha aparecido a mis espaldas, ha levantado un dedo, y me ha advertido. ¡*Duros no, sólo tres minutos!*

—¡Qué horror! —se alegró el sombrerero—. Desde que la religión ya no es obligatoria en las escuelas, la gente se ha depravado terriblemente. Honestamente, amigo, lo lamento mucho —dijo el señor Kurka incapaz de disimular la alegría de su voz.

Regresó a su pequeña tienda, pero a mitad de camino se arrodilló fingiendo que se ataba los cordones de los zapatos... se reía tanto, que las lágrimas reventaban en la punta de su zapato. ¡*Qué suerte!*!, se decía.

El señor Hyrman puso el gancho del palo dentro de la anilla de la persiana metálica y tiró con todas sus fuerzas. Pero la persiana estaba bloqueada, él hizo un nuevo intento, la puerta no cedió.

El carnicero miró el interior de la tienda a través del escaparate, vio que la falda de su mujer estaba subida, como si quisiese atravesar un río, no se pudo contener y tiró con todas sus fuerzas.

El gancho había salido de la anilla de hierro y el señor Hyrman atravesó la acera caminando hacia atrás, después dio unos pasos más pequeños, como si en la espalda llevase una mochila con diez toneladas de ladrillos, como si su cuerpo se viera empujado por un deseo irrefrenable de dar una voltereta hacia atrás... Y el señor Hyrman, para equilibrar la caída inminente, agitaba sus pies, se aguantaba con el palo para bajar la persiana y oponía resistencia a las fuerzas que querían que él, el dueño de una próspera carnicería y tocinería, se cayese en la plaza de espaldas.

Dos púdicas aprendices de la tienda y fábrica de fajas y sujetadores *Lydie* estaban sentadas en el banco de al lado de la columna de la peste, y como almuerzo comían pan. Cuando vieron que el señor Hyrman se precipitaba hacia atrás, se levantaron aprisa, cada una cogió el banco por un lado y lo trasladaron fuera de la ruta por la que luego pasó volando el señor Hyrman.

—Buenos días, señor —le saludaron y volvieron a sentarse en el banco y continuaron comiendo el pan que sus madres les habían untado para el

almuerzo.

El señor Hyrman atravesó un cartel publicitario sobre el que estaba escrito que todos los habitantes de la ciudad estaban invitados a la Gran Noche Veneciana^[44]. Rompió la valla que daba soporte al cartel y se cayó de espaldas, con las piernas hacia atrás, y con la punta de su zapato se dio un golpe en la frente, y con una valla metálica se dio otro en la nuca. El sombrerero, el señor Kurka, atravesó la plaza corriendo, retiró el cartel roto y preguntó:

—Amigo, ¿se ha hecho daño en la cabeza?

El señor Hyrman se sentó y se tocó la nuca.

—¡Por suerte no lo ha visto mucha gente! —le consolaba el sombrerero.

El señor Hyrman se puso de rodillas, después se levantó, cogió el palo para bajar las persianas y se fue.

—¿Aún le duele?

—¡Ya lo creo! ¡Muchísimo! —dijo el señor Hyrman.

—No se puede imaginar cómo lo lamento —el sombrerero le compadecía, pero no era capaz de esconder la picardía de su voz, y una vez más tuvo que arrodillarse y atarse el cordón de su zapato. Reía tanto que mojó su rodilla con su saliva, y con la voz ronca se burlaba, *Qué suerte...*

—No quiero ser presumido —decía en la tienda el señor Bucifal—. Mi señora, si usted me da diez millones, el Servicio de la Catedral le construirá una iglesia... ¡Llaves en mano! Sí, nosotros tenemos nuestros talleres, fábricas, donde se construyen púlpitos, talleres donde se confeccionan hábitos a medida, casullas preciosas por ocho mil doscientas coronas y cincuenta *halír*^[45], nuestros talleres de orfebrería, herrerías... —iba contando el señor Bucifal.

El señor Hyrman desenrolló el toldo, y sus listas rojas llenaron la tienda de un color rosado. El carnicero entró en la tienda, cogió una fuente de estaño, después abrió el escaparate desde la acera, cogió las cabezas de cerdo por las orejas y las fue tirando en la fuente, cerró el escaparate y volvió a entrar.

—Mi señora —proseguía el señor Bucifal—, el Servicio de la Catedral tiene sus viñas y sus bodegas, y su vino de misa... Y también tiene dos conventos de monjas que hacen sagradas formas para toda la República.

Todos se dieron la vuelta y vieron cómo el carnicero volcaba las cabezas sobre el tajo, después cogió una, la levantó haciendo y bendijo a los presentes con la cabeza, la puso sobre el tajo, y con la habilidad de un experto pasó la punta del dedo por el filo del hacha. De un solo golpe partió el cráneo del cerdo.

—¡Caramba! ¡Vaya golpe! —comentó el jefe tocándose la frente.

—¿No sería mejor que nos fuésemos de una vez? ¿Esta escena del tajo, no tendrá una oscura relación con nuestro destino? —preguntó el señor Viktor.

—¿No estará celoso su marido? —susurró el señor Bucifal.

—¡Pero señores! ¿Qué se imaginan? ¡Fanánek! ¿Celoso? ¡No tiene ninguna razón para estarlo! ¡Fanánek, dicen que estás celoso! —exclamó la carnicera con voz sonora.

El señor Hyrman cogió una cuchara, miró a los agentes, después sacó los sesos de la cavidad craneal, y los tiró con rabia en una fuente de porcelana.

—De repente me duele la cabeza —dijo el jefe poniéndose la mano sobre la raya del pelo.

El carnicero asió el rótulo del precio con un alambre puntiagudo y lo clavó en los sesos de la fuente.

—Ahora he notado un pinchazo —dijo el jefe.

El señor Bucifal se acercó al tajo y dijo:

—Maestro, ¿verdad que cuando se hacen esas salchichas lo más importante es la carne?

El señor Hyrman alineó las cuatro cabezas en el tajo y las partió con unos fuertes golpes.

—Carne, carne... —exclamó la carnicera—, señores, lo más importante son las especias. La carne no es más que un ingrediente. Señor Viktor, a usted, ¿qué es lo que más le gusta?

—¡Vaya una pregunta! —dijo en voz baja.

—Ah, sí —se ruborizó—. Me refiero además de eso. ¿Qué le gusta más comer?

—Salchichas de vino.

—Pues señores, con agua les voy a hacer unas auténticas salchichas de vino, y ni un aguador lo notaría. El agua es un regalo de Dios —decía riéndose—. Si no me creen, vengan a mirar en la trastienda. Pero señor Bucifal, ¿qué empresas suministran las estampas para las ferias?

—¡Nosotros, mi señora! —dijo el señor Bucifal dirigiéndose a la trastienda con sus amigos, en aquella penumbra brillaba la luz azulada de los fogones de gas, parecía un manojo de cardos violetas.

—En todas las ferias suministrábamos rosarios, pilas para el agua bendita, bolas de cristal con la Virgen de Stará Bolesav, y los pequeños niños Jesús de Praga, llamados *Bambini di Praga* —añadió el señor Bucifal y por la ventanita de la trastienda miraba hacia el patio iluminado donde, bajo un sol

intenso, se veía la máquina para picar la carne para hacer salchichas, y donde las moscas doradas se amontonaban sobre las vísceras malolientes.

—Y a usted, ¿qué le gusta más? —preguntó el señor Viktor.

La carnicera bajó la vista:

—Aparte de aquello, las mejillas de cerdo hervidas por la mañana... Cuando en el matadero matan el primer cerdo, yo llevo mi lechera, y corto un pedacito de corazón, uno de hígado, un poco de mejilla y morro y orejas de cerdo, meto un litro de agua, cierro la lechera herméticamente, y la tiro al depósito de agua hirviente. Y después, cuando la carne ya cuelga de los ganchos, saco la lechera, la abro, sirvo el caldo... Pongo la carne en una fuente y todos nos comemos y nos bebemos aquella fuerza.

—¿Y el pan? —preguntó Viktor.

—El pan sólo nos sirve para limpiarnos los dedos. Vean, señores, aquí está todo el secreto de nuestra empresa, aquí están los premios y las condecoraciones de ferias y exposiciones... ¡El armario de las especias! —exclamó la señora Hyrmanová y abrió la puerta de un armario lleno de cajones.

El señor Bucifal regresó a la tienda y se puso a mirar al señor Hyrman que con una cuchara iba sacando los sesos de cerdo de su cavidad. Dijo:

—Señor Hyrman, ¡no puede ni imaginarse hasta qué punto han bajado los precios de los panteones! En el cementerio de Olsany podría conseguir tres. Y el sueño de todos los checos acomodados es poder dormir el sueño eterno en Olsany. ¿No le interesaría?

—Me da miedo despertarme en la tumba —dijo el señor Hyrman mirando de reojo hacia la trastienda.

—Eso le ocurre a muy poca gente —dijo el señor Bucifal—. Basta una palabra, y dentro de una semana el panteón será suyo. Está en un lugar seco, cerca de un grifo, por encima de la pared la vista hacia los campos y una taberna es muy bonita. ¡Una ocasión única!

El señor Hyrman que con el cuchillo estaba rascando los restos de sesos del tajo y lo limpiaba en los bordes de la fuente dijo:

—¿Sabe una cosa? Yo siempre he deseado tener un panteón. Y si miro a mi mujer, aún debería desearlo con más fuerza... pero ¡si el mismo mecenas, el señor Hlávka se despertó en su tumba! Y eso es, además de mi mujer, lo que me saca de quicio.

Después el carnicero clavó el cuchillo en el tajo y entró en la trastienda donde su mujer ponía otra ración de salchichas en el agua hirviente y gritaba:

—Los cajones llenos de mejorana, pimienta, pimentón, los cajones con comino, jengibre, eso nos da fama, ¿verdad Fanánek? —Y con su pecho, por encima del delantal blanco con sus iniciales azules y rojas, dio un golpe al de su marido.

—Hmmm —ladró el señor Hyrman abriendo la cámara frigorífica.

Colgados de la barra estaban los cerdos y las terneras abiertas en canal, como los dibujos del libro *El médico en casa*, y dos enormes muslos del buey de la fábrica de cerveza^[46].

—Todo el mundo le envidiaría un panteón como el que le ofrezco —dijo el señor Bucifal dentro de la cámara frigorífica.

El señor Hyrman, con la máxima facilidad, se cargó un muslo de buey en la espalda y dijo:

—¿Pero quién puede asegurarme que no voy a despertarme en la tumba, como Hlávka? ¡Dios mío, cómo lo encontraron...! ¡Sí, la tapa apartada, el ataúd ladeado, y el mecenas Hlávka de rodillas, con la barba y los dedos roídos!

—¿Por las ratas?

—¡Por las ratas! —gritó el carnicero—. ¡Él mismo, horrorizado, se había roído los dedos y la barba! ¡Prefiero que me incineren!

Tendió el brazo y sacó el tendón del gancho y se cargó al hombro el muslo de doscientos kilos, salió de la cámara frigorífica, cerró la puerta con la barra de seguridad, y entró en la tienda. El fémur de buey le oprimía la cabeza contra el tórax.

—¿Sabe lo que podría hacer? —dijo el señor Bucifal mirándole la cara de abajo arriba—. Puede escribir en el testamento que un médico le atravesase el corazón. En las familias nobles de Praga se hace, y en los círculos aristocráticos es una costumbre habitual.

—¿Atravesarme el corazón? —dijo el señor Hyrman—. Eso ya lo hace mi mujer. ¡Fíjese!

Y la señora Hyrmanová llevaba las salchichas humeantes y gritaba:

—¡Señores! ¡Casi me olvido! ¡Hoy se celebra la *Noche Veneciana*! Vengan por la noche. Yo tocaré la mandolina en la barcaza... Ay, señor Viktor, los farolillos de papel, la luna llena... ¡Les invito a todos! Y mi marido toca el ukelele con los del club —dijo poniéndose debajo del muslo de buey y cogiendo la mano de su marido, después le fue doblando un dedo tras otro y dijo entusiasmada:

—¡Observen qué deditos! ¡Parecen morcillas! El año pasado, en la fiesta del matadero, tocó la banda de Kmoch, construyeron un entarimado, Fanánek

se subió en él, trajeron un buey de quinientos kilos, lo pasaron por debajo de unas correas..., y Fanánek lo levantó, y la música comenzó a sonar, y la multitud estalló en ovaciones... Pero hoy, señores, estos deditos que parecen morcillas rascarán el pequeño ukelele. Así pues, señores, ¿irán?

—Señor Hyrman, el panteón que le ofrezco está al lado del de un famoso poeta checo. Mi señora, ¡écheme una mano! ¡Jamás tendrá la oportunidad de comprar un panteón tan barato! —dijo el señor Bucifal.

—Dormir al lado de un poeta famoso sería sensacional —dijo la carnicera—. Mi padre también era un poeta. Y señores, ¡vaya fiestas organizaba! A la cabeza del desfile iban los aprendices, llevaban unos delantales blancos, en sus fuentes había cabezas de cerdo, vísceras y salchichas para la tómbola, después iban los oficiales con gorras blancas y chaquetas a cuadros, en sus hombros llevaban nuestra insignia, un hacha de carnicero plateada, después iba la banda, detrás de ella avanzaban, con paso pesado, los maestros carniceros, pesaban cien kilos, sobre sus cabezas una gorra con plumas de halcón, los carniceros, la flor y nata de la nación... Pero, señores, coman antes de que las salchichas se enfríen, coman —les animaba la carnicera.

El señor Bucifal dijo:

—Señor Hyrman, veo que el panteón será suyo... Pues bien, en caso de que el Servicio de la Catedral actuase como intermediario, en su interior se le podría instalar un aparato que inventó un teniente de alcalde ruso que vive en París. Es un mecanismo que se coloca en el interior del ataúd, junto a las manos. Lo fundamental son unos alambres que dominan las señales de alarma, de modo que si el ataúd se moviese sólo un poco, en el cementerio sonarían unos timbres, de un tubo saldrían cohetes, y para rematar el estruendo, sonaría un cañonazo... ¡Bummm! —gritó el señor Bucifal levantando los brazos.

El señor Hyrman se asustó, cuando se inclinó el muslo le resbaló, él perdió el equilibrio y empezó a volar hacia la puerta cerrada que en el último instante abrió la señora Hyrmanová. El carnicero salió corriendo a la acera cargado con el muslo, intentaba atrapar aquella montaña de carne, pero su centro de gravedad corría cinco metros por delante de él, y el señor Hyrman movía las piernas para dominarlo, tropezó y se cayó muy lentamente... Se trataba más de una caída anunciada que de una carrera. Las dos beatas aprendices de la casa Lydia, cuando vieron lo que ocurría, se sacudieron las migas de pan de las faldas, cogieron el banco, cada una por un lado, y lo llevaron a una distancia más segura.

—¡Buenas tardes, señor! —Se levantaron, y cuando el señor Hyrman pasó volando por delante de ellas, le hicieron una reverencia.

Después él tropezó con un listón del cartel que invitaba a la Noche Veneciana, y el muslo, como las nubes, lo sobrevoló y agujereó la valla metálica que estaba al lado de la columna de la peste, y arrancó la tierra, incluidos los rosales.

Por la plaza iba corriendo el sombrerero señor Kurka, con camisa y chaleco, en la mano tenía un sombrero de terciopelo.

—Amigo —le dijo apenado—, ¿se ha hecho mucho daño?

—Mucho —dijo el señor Hyrman.

—Yo miro por el escaparate y le veo a usted volando... ¿Pero sabe que yo creía que usted recuperaría el equilibrio? ¿Le duele mucho? —dijo el sombrerero, se levantó, se sacó un cepillo de su bolsillo, empezó a soplar sobre el sombrero de terciopelo y lo limpió con sumo cuidado.

—Me duele mucho —se quejó el carnicero.

—Lo lamento mucho. Mi mujer creía que usted se estaba entrenando para la *Noche Veneciana*... Pues, adiós, amigo —dijo el sombrerero dándose la vuelta y sin saber esconder la nota alegre de su voz.

Después llegó el señor Bucifal:

—Pero eso no es todo —dijo arrodillándose—, el teléfono principal va desde el panteón hasta la dirección del cementerio, de allí llegarían los sepultureros y lo sacarían enseguida a palazos.

—Yo a usted también hubiera tenido que sacarle a palazos... —El señor Hyrman se sentó—. Me han endosado un seguro de vida y aún me endosarán un panteón que de todas las maneras acabaré por comprar... Basta con que mire lo que está haciendo mi mujer... —Hizo visera con su mano y vio a su mujer corriendo, con una mano se levantaba la falda y con la otra cogía al señor Viktor, el agente de seguros.

—¡A mi padre le pasó algo peor! —Con un paño pequeño limpiaba el muslo de buey—. Señores, mi padre tenía el escaparate abierto y, como mi Fanánek, estaba metiendo limones en las cabezas de cerdo. Y precisamente en aquel momento pasó por delante un camión que había perdido una rueda delantera, fue a parar directamente al trasero de mi padre quien primero metió el limón en la cabeza de cerdo, después él y la cabeza rompieron el escaparate y fueron a parar al lado del tajo, ¡donde mi madre, con el hacha levantada, estaba a punto de cortar los succulentos ingredientes para un caldo de huesos de ternera!

—¿Y mató a su señor padre? —preguntó el jefe.

—No... pero se salvó por los pelos. Lo tocó con la parte plana del hacha. Pero, señores, ¡vengan, levántense y traigan el muslo a la tienda! —gritó la dueña.

Los agentes de *Ayuda a la Vejez* rodearon el bloque de carne y se agacharon. Cuando ya lo habían agarrado el jefe gritó:

—¡Haaale-hop!

Sacaron sus fuerzas, pero no lo movieron ni un milímetro.

—Nos resbala de las manos —dijo el jefe.

Cada uno sacó un pañuelo y el jefe volvió a gritar:

—¡Haaale-hop!

Pero no lo movieron ni un milímetro.

El señor Hyrman se levantó, apartó a los agentes de *Ayuda a la Vejez*, se agachó, y con una sola mano levantó el muslo del buey de la fábrica de cerveza, y se lo puso bajo el brazo, como si fuese un tablero.

La señora Hyrmenová se alegró:

—¿Lo han visto ustedes? Tiene unos deditos que parecen morcillas, pero por la noche rascaré el ukelele con los del club. ¡Señor Viktor, deme la mano, prométame que vendrá!

—¿Lo ha oído? —dijo el señor Hyrman al señor Bucifal—. Esa mujer mía me llevará a la tumba, ¡consígame el panteón! ¡Y también el mecanismo!

2

La tienda estaba a oscuras, sobre el mostrador brillaba una caja plana como la superficie de un dique.

El señor Viktor Turna, agente de *Ayuda a la Vejez*, entró, como saludo inclinó su cabeza en dirección al taller, donde cuatro muchachas estaban sentadas alrededor de una larga mesa. Cada una tenía delante un puñado de pétalos de flores artificiales que con sus dedos hábiles enrollaban en los tallos de alambre.

—¡Buenos días, preciosidades! ¿Dónde está el dueño? —preguntó haciendo una pequeña reverencia. Las jóvenes trabajadoras apartaron sus ojos de las flores artificiales y devolvieron el saludo. Cuando volvieron a agachar sus cabezas, sólo mostraron un montón de pelo, ellas, con su naricita, olían el puñado de flores inodoras de encima de la mesa.

—Hay un timbre junto a la caja, ¡tóquelo! —dijo una muchacha. Después todas reanudaron su trabajo, como si estuviesen haciendo un tapete diminuto de ganchillo o aguantasen por el ala un pajarito de colorines.

En el fondo de la tienda, bajo un tragaluz amarillo, un hombre calvo estaba caminando alrededor de grandes manojos de rosas, dalias, muguete, narcisos y prímulas artificiales que colgaban de unos ganchos como si se tratase de collares de caballo... Y el hombre llevaba unos lentes tan gruesos, que bajo los párpados se le reflejaban dos medias lunas turcas. Se paró detrás del mostrador y puso las manos sobre él, sus brazos eran artificiales, de color de tabaco, como los de la Virgen de Censtochov.

—¿El señor Krause? —preguntó Viktor.

—El mismo. ¿Qué desea el señor? —El señor Krause escuchó con su oreja peluda.

—Soy estudiante de filosofía, y el Ministerio de Asuntos Sociales me ha designado, como agente de *Ayuda a la Vejez*, para hacer la lista de todos los que quisieran cobrar una pensión. El señor ministro desea que esta acción la lleven a cabo personas honradas.

—Una acción muy bonita —dijo el comerciante—. Me interesa una pensión, es una cuestión de matemáticas, de primas... ¿Pero, qué clase de filosofía estudia usted? —preguntó intentando apretar el botón de cobre de sus prótesis. El representante le ayudó, y el pulgar artificial se abrió de golpe, como las pinzas de una langosta. El señor Krause cogió un cigarrillo.

—Conozco muy bien este mecanismo —dijo Viktor—. Cuando el bombardeo de Pardubice una mano así se quedó colgada de un clavo de un primer piso —dijo escondiendo con su palma una cerilla encendida.

El comerciante inhalaba el humo.

—Pues, joven, ¿cuál es la filosofía que usted estudia?

—Metafísica.

—¡Una ciencia muy hermosa! ¿Pero qué metafísica, *ante rem, in rebus opost rem*?

—Ante rem, las ideas de Platón.

—¡Una ciencia fabulosa!

Al oír esas palabras el señor Krause embelleció. Los reflejos de los lentes le recorrían la cara como si fuesen pececitos plateados.

—Pues joven, la holgazanería de los caldeos y el espíritu claro de Hélade transformaron la sabiduría judía de una forma preciosa... ¡Ah!, y por eso me interesa el rey Salomón y su aparente estado de fraccionamiento en dos polos, entre el libro *Eclesiastés* y el *Cantar de los Cantares*. —El comerciante iba apasionándose y mezclaba sus palabras con el perfume del tabaco, su párpado descendía más y más.

Reinaba el silencio. El único rumor que se oía salía de las manos de las muchachas, el rumor del papel. Del cigarrillo salía un humo que, debajo de la barbilla del señor Krause, se bifurcaba como un estetoscopio.

El señor Krause proseguía:

—Después de eso, ¿puede extrañar a alguien que yo me haya enamorado de Filón de Alejandría, el filósofo irracional y frágil como mis flores? ¿Alguien podría reprocharme que yo por encima de todo idolatre a Hermes Trimegisto? —exclamó el señor Krause, con la prótesis dio un golpe al canto del mostrador, y el resto del cigarrillo se cayó al suelo negro.

—Eso le honra —dijo el agente—. Pero regresemos al mundo de los fenómenos... ¿Desearía una pensión muy alta?

Después le ofreció un cigarrillo y se lo encendió.

—Claro —dijo el comerciante—. ¿Quién expresó gráficamente el substrato de esmeralda de su filosofía mucho antes que Hermes?

—El rey Salomón con su sello. Tendrá una pensión de décima clase —dijo el señor Viktor mientras escribía.

—¿No sería preferible una de séptima clase?

—Existe el candelabro de los siete brazos —dijo el agente—, pero es mejor tomar como base los Diez Mandamientos.

—Perfectamente, usted es un joven muy culto —se alegró el comerciante—. ¿Pero qué es lo que nos dice el sello del rey Salomón?

—Lo mismo que la tabla de esmeralda —dijo el agente, y con su lápiz dibujó en el aire dos triángulos imbricados, y el señor Krause cerró los ojos como si acabase de recibir un latigazo. Después, con sus prótesis, golpeó la caja plateada, y de sus entrañas simultáneamente salió un cajón marrón y sonó un timbre.

—¿Cómo lo expresa con palabras? —preguntó el señor Krause enfriándose las mejillas con la caja.

—Lo que está arriba también está abajo. Lo que está abajo también está arriba —le respondió el agente.

Y las manos de las jóvenes obreras se pararon y los puntos dobles de sus ojos se llenaron de interrogantes.

Y el señor Viktor repitió lo mismo mirando hacia el taller:

—Lo que está arriba también está abajo. Lo que está abajo también está arriba. —Y con su dedo volvió a dibujar los dos triángulos imbricados.

Por los adoquines de la ciudad se acercaba un ruido cada vez más fuerte. La tienda entera se estremeció, y por delante del escaparate pasó una máquina segadora-trilladora gigantesca, parecía un pájaro de un cuento de hadas con las alas plegadas. En el asiento metálico, bajo una sombrilla a rayas, estaba sentado un hombre, un campesino con el pelo de color pajizo y una boina, por debajo de la boina el pelo le caía sobre la oreja como el ala de un pájaro malherido. El joven cantaba, y la máquina gigante crujía y amenazaba hacerse añicos de un momento a otro, Parecía que estuviese demasiado cargada..., como si seis segadores estuviesen atados a una locomotora de vapor...

Pero el señor Krause no oía el ruido de la máquina, estaba completamente trastornado por los dos triángulos imbricados.

—Ésa es la única y auténtica imagen de la vida —murmuró.

Fue regresando al mundo de los fenómenos muy despacito, entonces vio que las jóvenes obreras lo miraban con sus manos sobre el regazo.

—¡Pero niñas! ¿Para qué os pago? —Se incorporó y con sus pies golpeó con fuerza el suelo en la entrada del taller—. ¡A trabajar! ¡A trabajar!

Y las obreras cogían los pétalos artificiales con sus deditos hábiles y los enrollaban en el tallo a una velocidad inusitada.

—Cualquier buen comerciante, aunque tenga los almacenes llenos, debe tener el aspecto de no poseer nada —se excusó el señor Krause.

—Sí. Por ello, en el marco de mis plenos poderes, tengo el derecho de cobrar por adelantado los tres primeros meses —dijo el agente—. Aquí, por favor, firme o haga una cruz —dijo el señor Viktor, y mientras le mostraba la inscripción del seguro, le ofreció un lápiz de tinta—. Y me tiene que pagar mil novecientas cincuenta coronas.

Mientras el señor Krause estaba firmando, el papel se desgarró.

—¡No se preocupe! —dijo el agente.

En la puerta de la tienda sonó un timbre, y entró una muchacha con un sombrero tirolés y un abrigo de lana gruesa. En sus dedos aguantaba una flor de nenúfar artificial entre dos hojas verdes.

—¡Cómprame! —dijo.

—¿Qué es eso? —se estremeció el señor Krause.

—La competencia —dijo el señor Viktor.

—Qué trabajo esmerado —dijo el experto señor Krause—. Querida criatura, ¿quién ha hecho este nenúfar?

—Mi madre y mi padre. Yo los vendo por el mundo.

—¿Cuánto cuesta cada pieza?

—Veinticinco coronas.

—Hay que ayudar a la competencia pobre —dijo como soñando el señor Krause—. Una muchacha tan joven y bonita y que me ofrece a mí, al comerciante de flores artificiales, un nenúfar artificial... ¿Qué le parece, joven? ¿Existe algo más fantástico que este encuentro maravilloso? Esa muchacha es la tabla de esmeralda ambulante, el sello del rey Salomón andando, mi destino viviente que ha venido a estimularme... —decía el comerciante.

Mientras tanto con la prótesis, como si se tratase de una impresora, iba dejando sobre el mostrador los billetes de cien coronas, diecinueve en total. El agente los contó, y después, con sumo cuidado, se los guardó en la cartera.

—Y aquí, querida criatura, aquí tiene las veinticinco coronas, cuelgue el nenúfar de un gancho del escaparate.

La muchacha entró en el escaparate con el nenúfar, en su espalda apareció una mochila con correas verdes. Se dio la vuelta y miró al señor Viktor, se ruborizó, y en lugar de coger el mango de la puerta cogió el del escaparate.

—¿Qué está haciendo? —El señor Krause se asustó.

La muchacha fue corriendo del escaparate a la tienda, el señor Krause abrió hacia ella sus prótesis, pero ella, antes de huir corriendo hacia la calle, las empujó con fuerza.

—Nosotros somos como las aceitunas —dijo el comerciante con tristeza—. Sólo somos capaces de dar lo mejor de nosotros mismos si nos ponen debajo de una muela de molino... Pero ¿qué le vamos a hacer...? Joven, cuando vuelva a esta ciudad, no deje de visitar a este hombre que a pesar de tener los libros de contabilidad con saldo positivo, tiene las manos cortadas para siempre, lejos de las muchachas guapas.

Y su cabeza rubia se alejó, reapareció bajo la lluvia de luz amarilla del tragaluz, y desapareció definitivamente en algún rincón del almacén, entre rosas, dalias, prímulas y narcisos artificiales.

—¡Adiós, preciosidades! —Se inclinó el agente Viktor.

Las jóvenes obreras también se inclinaron, y con sus frentes tocaron los puñados de pétalos.

El señor Viktor salió corriendo hacia la calle, miró a derecha y a izquierda, se puso de puntillas, después quiso subirse a la carrocería de un coche, pero el dueño sacó la cabeza por la ventanilla y gritó:

—¡Ni lo sueñe!

Al lado de un farol estaba una escalera atada con una cadena, el agente se subió en ella hasta llegar a la lámpara, y se puso a mirar a derecha y a izquierda, pero a la muchacha del nenúfar no se la veía en ninguna parte.

El barrendero municipal, un hombre corpulento en camiseta, lleno de polvo y pelos de cactus, limpiaba los adoquines de la calle con unos movimientos de escoba amplios, mientras iba silbando unos compases libres de una sinfonía... Después se detuvo, apoyó su espalda en la escalera del farol y empezó a lamentarse:

—La gente es tan estúúú-pida, tan estúúú-pida. ¡Pero que estúúú-pida es!

El señor Viktor descendió por la escalera y puso la suela de su zapato sobre la cabeza del barrendero. El empleado municipal primero tocó el zapato y después el tobillo. Abrió los ojos y se puso a mirar por el interior de las perneras de los pantalones.

—¡Hombre! ¿De dónde sale usted?

—¡Del cielo!

—¿Qué tal se está allí?

—Estupendamente bien.

—Pues sí que viven bien los católicos —dijo el barrendero retrocediendo.

Después cogió de nuevo la escoba, y con un movimiento amplio, como de metrónomo, fue desplazando delante de él papeles, hojas y una nubecilla de polvo.

—La gente es tan estúúú-pida, pero tan estúúú-pida. ¡Ay sí! ¡Si al menos supiesen lo que es una música de verdad...! —gritaba el barrendero, después empezó a silbar, y con la escoba, como si se tratase de un metrónomo, iba marcando el compás.

—¡Es el *adagio lamentoso* de *La patética*! —gritó el señor Viktor, el agente.

—Y yo soy Václav Juricka de Pisková Lhota —gritó el barrendero silbando, seguía desplazando delante de él, de una calle a otra, el polvo, los papeles y las hojas mustias...

Más tarde el agente del seguro *Ayuda a la Vejez* iba caminando por el lado del canal del molino que llevaba demasiada agua. Unos niños desnudos se estaban bañando, se salpicaban con el agua y gritaban de alegría. Unos cuantos niños morados, con las manos bajo la barbilla, tiritaban de frío debajo de una manta. Los huertos de las casas llegaban hasta el canal donde las mujeres se mojaban las piernas. Una estaba tendida en el agua poco profunda, al levantarse la falda se le metió entre sus nalgas.

Pero el señor Viktor seguía andando hacia el alto edificio de la fábrica de cerveza, adosada a una de sus paredes estaba la casita del requeteviejo señor Kot'atko, el carpintero. Ordenados en la pared estaban los tablones de roble y haya. Cuando entró en el taller, que también hacía de cocina, el carpintero estaba sentado en su banco y trabajaba un trozo de madera con un desbastador. Llevaba un abrigo de pieles, a través de la ventana podía oír el jaleo que hacían los niños que se bañaban en el canal.

—¿Es usted el señor Kot'atko? ¿Usted nos ha escrito por lo de la pensión? —preguntó el señor Viktor sentándose.

—Sí. Sí, yo les escribí —dijo el carpintero—. Pero veremos si me aceptan... Yo ya soy muy viejo..., y el futuro me da pavor.

El carpintero tosió, detrás de él, en la pared, brillaban unos formones colgados, en las ventanas estaban algunas piezas para el queso. En el suelo, entre las virutas y el serrín, había dos barriles inacabados.

—Justamente para esos casos sirve *Ayuda a la Vejez* —dijo el agente dejando sobre la mesa un bloc con los impresos. Y mirando hacia un viejo gramófono con una trompeta que parecía una enorme flor de mastuerzo silvestre añadió—: Ponga algún disco.

—Sí, con mucho gusto —dijo el carpintero dando cuerda con la manivela—. Este disco le gustaba mucho a mi nieto, mi ayuda a la vejez.

—Pero no la única —dijo el señor Viktor—. Para los pequeños comerciantes y artesanos sólo hay una ayuda. La vejez segura y feliz..., la pensión. Y para eso estoy yo aquí... ¡Pero qué ambiente más fresco!

Y el carpintero puso la aguja sobre el disco y empezó a oírse una banda de música un poco extraña:

—Ésta es la *Pejpus Kapelle*, de una cervecería de Munich. Esta pieza se titula *Fidele Gesellschaft*^[47]. A mi pobre nieto le gustaba mucho, ¿sabe usted? Era carpintero, y un día, mientras cortaba un tablón con la sierra circular, se le resbaló el pie y se cortó la cabeza de arriba abajo, hasta el cuello... Siempre que cobraba el anticipo o el complemento del sueldo me traía una botella de ron y me decía: «Abuelo, aquí la tiene ¡a su salud!».

Y escuchábamos este disco...

—¿Cuánto quisiera cobrar como pensionista? —preguntó el agente.

—Unas ochocientas o mil coronas al mes...

—Pues, mil coronas... Kot'atko Vilibald..., ¿pero qué clase de disco es éste? ¡Si incluso se oye cómo cantan los clientes! ¡Y alguien grita *Herr Ober*^[48]!

—Es una costumbre de Munich. Yo trabajé allí, en la Augustinerbrauerei^[49], allí la cerveza se distribuye con carros tirados por bueyes, y cada buey tiene una bolita de cobre al final de cada cuerno... Era tan bonito encontrar una carga de cerveza con las bolitas de cobre... ¿Qué?

—Aquí está, firme —dijo el señor Viktor levantándose y refregándose las manos—. Y dentro del marco de mis plenos poderes, tengo el derecho de cobrar...

—¿Cuánto? —se asustó el carpintero.

—Setecientas cincuenta coronas, las cincuenta son por la inscripción —dijo el agente, después puso de nuevo la aguja sobre el disco, enrolló el muelle hasta el final, y se puso a escuchar cómo de la trompeta, parecida a una enorme flor de mastuerzo silvestre, salía la *Pejpus Kapelle* tocando la *Fidele Gesellschaft* en una cervecería de Munich.

—Ya está firmado —dijo el carpintero. Y arrastrando sus pies entre las virutas, se acercó al aparador y sacó unos devocionarios, los abrió sobre la mesa, y comenzó a buscar entre las estampas los billetes de cien coronas que después dejó encima de la mesa.

—Me deben mucho dinero —se disculpaba el viejecito. Se llevó los devocionarios y trajo unos vasos decorados con el arco dorado de la

Exposición del Jubileo de Praga, vació su contenido encima de la mesa. Se trataba de unas monedas que el carpintero contaba de diez en diez e iba juntando sobre la mesa en forma de chimeneas.

Del canal llegaban la alegría, los salpicones de agua y las carcajadas.

El carpintero, después de contar las monedas, levantó sus ojos culpables y se excusó:

—Voy a mirar en los armarios, por favor, no se preocupe... Abrió un armario y comenzó a buscar de bolsillo en bolsillo.

—¿Por qué hace tanto frío, aquí? —Se estremeció el agente.

—Porque esta casita está adosada a la nevera de hielo de la fábrica de cerveza, a nuestras espaldas está una montaña de hielo de una altura de cuatro pisos... ¡Ahora se aguanta! Pero cuando los niños eran pequeños..., lo peor era en verano. Nos íbamos a dormir vestidos, y a pesar de ello los dientes nos castañeteaban. Además, podíamos oír que en el canal la juventud cantaba y se bañaba a la luz de la luna... —el viejecito se explicaba y llevaba a la mesa algunos billetes arrugados, los desplegaba y estiraba las puntas.

—Por favor, no se enfade, aún no está todo —dijo metiendo su mano en el bolsillo del pantalón, sacó un monedero, lo vació y se puso a contar las monedas, al final le sobraron dos coronas.

—Si me subo a un árbol, en el suelo sólo me quedarán esas dos coronas... —Sonrió el carpintero.

—Pero en contrapartida tendrá la pensión —dijo el señor Viktor contando de nuevo las chimeneas de coronas.

—Estoy contento —dijo el carpintero agradecido—. Sólo de pensar en el futuro ya me vienen escalofríos. ¿Quién va a ocuparse de mí cuando esta mano ya no pueda sujetar ninguna herramienta? ¡Dígame!

—Está todo en orden. Aquí tiene el original de la inscripción y el resto lo recibirá por correo —dijo secamente el agente Viktor Tuma, dio la punta de sus dedos al viejecito y salió.

Dejó atrás, en el frío, el gramófono con la trompeta que parecía una enorme flor de mastuerzo silvestre que reproducía la *Fidele Gesellschaft* en una cervecería de Munich. Comenzó a andar hacia el canal, donde se oían las salpicaduras de agua y las carcajadas de los niños desnudos.

3

El carrusel con sillas giratorias era una de las atracciones de la Noche Veneciana, estaba situado en la mismísima orilla del río. De las entrañas del gramófono salía, en todas las direcciones, una música espantosa similar a los cuadros con ninfas y náyades que decoraban el plafón del artilugio. Los montantes estaban llenos de bombillas multicolores, y cuando la rueda se aceleraba, las sillas y sus cadenas volaban sobre el río, y si alguien se inclinaba podía ver las vigas y los soportes del carrusel diluidos en el agua profunda, y el reflejo formado por círculos de cadenas, de piernas y de caras humanas, en la superficie del río. En el agua todo se duplica.

El agente señor Tüma cogió a la chica de los nenúfares, la empujó por detrás, y las cadenas de sus sillas se trenzaron. Después, con un movimiento potente, la muchacha se giró, estiró su brazo, el señor Viktor estiró el suyo, un poco más, un poquito más..., y sus dedos se engancharon, el agente atrajo a la muchacha, y con un movimiento intenso la llevó detrás de él, después la sujetó un momento y le decía dulces palabras al oído. La devolvió al espacio, hasta el límite permitido por la fuerza centrífuga y las cadenas del carrusel, y él se quedó casi parado. En aquel momento el jefe de *Ayuda a la Vejez*, que estaba sentado detrás de él, lo atrapó, y antes de lanzarlo al espacio le dijo:

—¡Tienes que conquistar a la muchacha!

Y Viktor, a quien un puntapié dirigió hacia arriba, cerró un ojo.

El dueño del carrusel tocó una campana, pasó la palanca a la máxima velocidad, y las sillas se alejaron más y más de la hierba pisoteada, y las caras de los viajeros desfilaban en círculo más allá de la frontera entre la luz de las bombillas y la sombra de la noche azul, como si fuesen cojinetes de bolas.

La chica de los nenúfares estaba asustada. ¿Qué ocurriría si su asiento se rompiese? ¿Hasta dónde podría llegar volando? Quizás hasta el centro del río, entonces rompería el reflejo de la luna. Pero también podría ir a parar a la barcaza decorada con farolillos de papel y animada con la música del club que navegaba en silencio. Seguro que reventaría la barcaza y que los farolillos de

papel se apagarían silenciosamente... Pero ¿qué ocurriría si la silla se rompiese sobre el río y la fuerza centrífuga la llevase a la otra orilla, sobre la lona del tenderete de golosinas? ¿O qué, si llegase hasta el puesto de tiro al blanco, justamente entre las figuras de latón, y todos los resortes escondidos se disparasen, como si hubiesen dado en el blanco...? ¿O qué, si con sus cadenas aterrizase y tirase el tenderete con el hombre de la bata blanca que alrededor de unos bastoncillos iba enrollando el algodón de azúcar rosado? ¿O si volase aún más lejos, de cabeza hacia la bota donde habían puesto a enfriar las botellas de cerveza y otros refrescos?

Pero el dueño del carrusel truncó cualquier posibilidad. Redujo la velocidad y las cadenas se fueron juntando progresivamente, como cuando alguien cierra un paraguas lentísimamente... Luego algunas suelas de zapatos tocaron el suelo de madera del carrusel que se detuvo.

—Me da vueltas la cabeza —dijo la muchacha.

—Para esos casos lo mejor es tomarse una copita —la invitó el jefe.

Y cuando ya estaban debajo de la lona sorbiendo el licor dulce, el señor director le dijo:

—¿Cómo le van los negocios?

—Fatal. La gente no compra mucho —dijo—. Pero...

—¡Malditos mosquitos! —Hizo un gesto con su brazo y tiró el anisete en la cara del agente señor Tonda.

—Lo siento —se disculpó el jefe, y se reía tanto que las lágrimas le bajaban por las mejillas, abrió la mochila de la chica y sacó un nenúfar artificial envuelto en papel de seda.

—Que bromas más pesadas —el señor Tonda lo maldecía y se limpiaba el licor pegajoso de los ojos.

—Pues, ¿señorita...?

—Úrsula Krásenská. —Se inclinó ruborizándose.

—Pues, señorita Úrsula, ¿por qué un artículo tan bonito no tiene salida?

—Será que no sé venderlo. —Se ruborizó aún más.

—¿Cuánto vale cada pieza?

—Veinticinco coronas —dijo ella vaciando el vaso.

—¡Camarero! —ordenó el jefe—. ¡Otra ronda!

—¿Qué es lo que ustedes venden? —le preguntó.

—Mis amigos y yo ofrecemos a la gente un futuro feliz —dijo el jefe.

—¡Ah sí! ¿Venden horóscopos? —Se echó a reír.

—No. ¡A que no lo adivina!

—Oraciones, jaculatorias..., ¡o leen las manos!

—Tampoco. El señor Viktor se lo contará —dijo el jefe ofreciendo a la muchacha otra copa de anís.

—Señorita Úrsula, nosotros ofrecemos a la gente una gran ilusión. Pensiones, los comerciantes creen que lo que un día les prometimos se hará realidad, así pues, tienen un futuro feliz —dijo el señor Viktor con sus ojos brillantes dentro de los de la muchacha de los nenúfares.

—¿Usted vende esperanza? —le preguntó.

—Sí —dijo el señor Viktor—. Exactamente igual que cuando Jesucristo hacía de viajante, visitaba a sus clientes alrededor del lago de Galilea con tres artículos, *fe, esperanza y caridad*... Del mismo modo... ¡Pero acompáñeme en la *Noche Veneciana*!

—Usted tiene una profesión muy bonita —dijo la muchacha.

—Sí —dijo el jefe.

Cogió un nenúfar artificial y se abrió paso entre la multitud mientras gritaba:

—¡La última novedad de París! ¡Para su mesa! ¡Un nenúfar artificial que embellecerá su hogar! ¡Una oportunidad única! —gritaba y con la mirada iba sopesando los diferentes tipos de persona.

—¡Qué bromas más pesadas, las de nuestro jefe! ¡Apesto a anís!

Tonda maldecía y se olía sus dedos.

—¡Oh, qué bonito! —La muchacha se dio la vuelta hacia Viktor y con su dedo señalaba un tenderete. Un hombre iba cogiendo de una caja unas cosas flácidas parecidas a los guantes de goma, las metía en una bomba de oxígeno, daba la vuelta a una anilla, y debajo de sus dedos crecía un precioso globo de colores, tras unos movimientos rápidos, el globo se elevaba hasta donde se lo permitía el hilillo invisible... Los niños se llevaban los globos de colores y sonreían plácidamente... Y el hombre, bajo la luz de acetileno, fabricaba más y más globos.

Y llegó el jefe cogiendo a una mujer por la mano y gritando:

—¡Úrsula, esta *madame* quiere dos nenúfares!

Abrió la mochila y sacó dos flores artificiales que puso en el bolso de la mujer gorda que argumentaba:

—¡Tal vez una me bastaría!

—Dos, dos —gritaba el jefe—. Es como si comprase un cachorro, siempre es mejor dos, porque dos cachorros juntos comen mejor. Son cincuenta coronas.

La mujer sacó el monedero, las manos le temblaban y el jefe dijo:

—Perdone, *madame*. —Cogió el monedero y sacó de él un billete de cincuenta coronas, se lo dio a Úrsula, y devolvió el monedero al bolsillo de la señora. Después sacó la mochila de la espalda de la chica, cogió un nenúfar, y se abrió paso entre los espectadores, iba gritando:

—¡Compre la última novedad de Viena, un nenúfar artificial, prácticamente indestructible, una flor artificial que se puede mojar, por eso siempre parece fresca...!

—Yo quisiera uno... —dijo la muchacha.

—¿Un nenúfar? —le preguntó el señor Tonda.

—No..., un globo...

—¿De qué color? —preguntó el señor Viktor.

—¡Verde!

—Es el color de la esperanza —dijo Viktor.

Tonda se metió una mano en el bolsillo, se dirigió hacia los globos que provocaban la alegría de los niños, y compró uno de color verde. Mientras lo llevaba del hilo haciéndolo mover, se quedó petrificado. En la sien notó el golpe de una piedrecilla.

Se paró, notó que la sangre le corría, vio a dos chicos corriendo por la penumbra de la *Noche Veneciana*, hacia los sauces llorones del río.

El vendedor dijo:

—¡Esos bandidos siempre están aquí! Les gusta reventar los globos de los chiquillos con un tirachinas... ¿Y a usted le han dado en la cabeza, no?

—¡Por suerte no me han sacado un ojo! —dijo Tonda tapándose la herida con un pañuelo.

Después dio el globo a la muchacha de los nenúfares, el señor Viktor la cogió por el brazo y se la llevó caminando hacia los columpios con barquitas. Dos mujeres se estaban columpiando con tanto ímpetu que el dueño se puso a gritar:

—¡Oh, oh, oh! —Y apretó la palanca del freno con tanta violencia que la madera se astilló.

Pero las dos mujeres tenían tanta fuerza que se izaron hasta la horizontal, como si se tratasen de banderas ondeantes. Una de ellas estaba siempre en cuclillas y hacía que la barquita fuese para arriba y para abajo, la otra, en pie, se dejaba llevar hacia el cielo azul, hasta que lo tocaba con la cabeza... Después los movimientos de las mujeres se intercambiaron, la barquita se precipitó en el sentido contrario, porque la primera mujer subía derecha hacia el cielo, y con su cabeza dejaba en la sombra unas cuantas estrellas. Los cabellos sueltos de las mujeres ondeaban hacia atrás, de golpe hacia delante, y

les tapaban la cara. Y así sucesivamente, cada una tenía detrás de ella la llama de sus cabellos, o la cara tapada...

El jefe se iba aproximando, de lejos levantó la mochila vacía, y tenía la boca llena de cacahuetes que iba masticando.

Pasó las correas por los brazos de la muchacha y le dio el dinero.

Con sus dedos hacía añicos los cacahuetes, ponía las cáscaras en el bolsillo de la gabardina de Tonda. De repente se puso a reír y a escupir trocitos de cacahuete a la cara de Tonda, le cogió por delante del brazo y lo llevó a un tenderete con una diana enorme e iluminada, con unas secciones pintadas con los colores básicos. Sobre la diana había un rótulo luminoso con las letras DUHA^[50]. Y una joven rubia gritaba:

—Señoras, ¿qué es el decolorante de la marca *Duha*? ¡Es un producto utilísimo para el hogar! —En sus dedos tenía un paquete de decolorante y lo agitaba.

—¡Usted siempre gasta bromas pesadas! —dijo Tonda sacándose del ojo una miga de cacahuete con el pañuelo sucio de sangre.

—Aquí tienes un apósito —dijo el jefe contento, metió en el bolsillo de Tonda un billete de cien coronas, y se quedó contemplando la Noche Veneciana, contempló los arpegios de la luna proyectados sobre el agua. Dijo —: Me encantan las noches así. Amigo, tengo una sensación muy agradable, como si yo fuese..., de estar en el mundo...

Y la muchacha que sobre una mesilla estaba haciendo demostraciones del uso del decolorante de la marca *Duha* gritó:

—Pero queridas señoras, algunas manchas son imposibles de sacar sin dañar el tejido.

—Muchas gracias. —La muchacha de los nenúfares se inclinó y el globo verde le lamió la cara—. Yo hubiese necesitado una semana para vender los nenúfares. ¿Cómo lo ha hecho?

El jefe dijo:

—Hay que saber vender. En Kolín veinte sastres que habían firmado la inscripción a *Ayuda a la Vejez* me pusieron una demanda judicial, alegaban que les había hipnotizado. Cuando me cedieron la palabra me defendí tan bien, que los veinte sastres retiraron su demanda, en el pasillo logré inscribir a dos personas más, dos miembros del jurado, especialistas... En cualquier caso, justo antes de abrir la puerta debe estar concentrada, lanzada, y cuando llegue el cliente tiene que doblegarlo de golpe, como si fuese un tigre..., debe presionarlo psíquicamente por el camino más corto, para que firme la

inscripción y pague..., como en un sueño hipnótico. ¡Ningún diálogo! ¡Un monólogo!

El jefe hablaba, y era evidente que estaba orgulloso de sí mismo. La muchacha de los nenúfares le hizo una reverencia y se fue con Viktor, hacia el tiro al blanco.

La rubia señalaba la gran diana con las secciones de colores y gritaba:

—Pero si no tienen ninguna posibilidad de blanquear su colada sobre el césped, ¡usen, con toda confianza, nuestra lejía doméstica, el decolorante de la marca *Duha*! Pero ya les he advertido que algunas manchas son imposibles de sacar sin dañar el tejido.

—Señorita —dijo el jefe—. Yo en mi alma tengo unas manchas imposibles de sacar fácilmente... ¿Qué debo hacer?

—Para esos casos nuestro decolorante de la marca *Duha* no sirve. Lo mejor es recortarlas con un cuchillo... —dijo la rubia.

—¡Pero eso podría significar mi fin!

—Desde mi punto de vista, no sería una gran pérdida —le contestó riéndose.

—¿Qué significa eso?

—A buen entendedor... —Seguía riéndose. El público le compraba paquetes de decolorante y ella los iba cobrando.

Y la rubia, con una mirada lánguida, miraba a la lejanía, se oía el suave sonido de las mandolinas y la barcaza iluminada navegaba por el río y se perdía tras las ramas de los sauces llorones...

—Algunos viven tan bien... —suspiró.

—¿Qué es lo que le gustaría hacer? —le preguntó el jefe.

—Un paseo por el río.

—¡La invito!

—¿Y quién va a vender en mi lugar? Debía dar una conferencia en el hotel bajo el título. ¿Qué es *Duha*?, pero como estaba la *Noche Veneciana* lo he instalado todo aquí.

—Muy bien. Se nota que usted es de Praga. ¿Cuánto vale todo junto? ¿Doscientas? ¿Trescientas? ¿Cuatrocientas? —preguntó poniéndose una mano sobre el bolsillo trasero del pantalón.

—Cuatrocientas —dijo.

—Pues aquí las tiene. Basta..., vamos, vamos. ¡Al río! A mojarnos las manos con el agua de la luna —exclamó el jefe, y de un modo romántico levantó sus manos hacia la luna. Pero al mirar entre la gente, se agachó y se escondió detrás del anuncio de *Duha*.

—¡Tonda! ¡Por compasión, sálveme! Ése es el cliente que se ha vuelto loco —susurró y clamó al cielo.

—¿Y qué debo hacer? —dijo Tonda.

—Lléveselo a cualquier parte, no le pierda de vista, ¡le recompensaré generosamente!

Un hombre con la cara chupada se iba abriendo paso entre los visitantes de la *Noche Veneciana* y se iba acercando sin perder al jefe de vista.

—Señor, ¿podría decirme qué busca? —preguntó el señor Antonín Uhde.

El hombre empezó a gritar:

—¡Dicen que está aquí! Uno de los seguros que se llama Krahulík, el que me hizo la póliza. En la estación me puse a correr detrás de él, me arrodillé delante de su vagón para que me devolviese el dinero, pero él estaba mirando por la ventanilla y me dijo que era demasiado tarde, que no se podía renunciar al seguro, que era como los curas, que no pueden salirse de la Iglesia católica... El tren se puso en marcha, yo empecé a correr y a golpear el vagón diciendo que me devolviese el dinero... Mi mujer estaba enferma.

—No se preocupe, hombre —dijo con mucha seguridad el señor Tonda—. Seguro que ese hombre terminará en la cárcel, de un modo u otro.

—Hombre, eso me tranquiliza muchísimo. Para poder recoger el dinero de la pensión yo tendría que estar afeitando a los clientes hasta la madrugada. ¡Al diablo el futuro feliz! Debería envenenarle la comida —gritó el barbero.

—¡Qué va! —dijo el señor Tonda—. A semejante cabrón no le haría el menor efecto. Ya se sabe. ¡Cuanto más canalla, más resistente! —dijo mirando a la rubia que plegaba la mesilla y los decolorantes de la marca Duha, y lo ponía todo en una maleta pequeña.

—Si le cogiese —gritaba el barbero—, ¡le daría así en la cabeza! Mientras lo estaba mostrando señalaba un poquito más lejos, al tenderete donde los jóvenes comprobaban su fuerza. Con una maza pegaban golpes en un pilón tapizado que a través de un mecanismo los transmitía a una escala graduada iluminada por una bombilla. Pero los jóvenes se marcharon desilusionados, volvieron sobre sus pasos y sacudieron el aparato, pero el dueño los empujó hacia fuera con su gran barriga.

El barbero se plantó delante del aparato en cuatro saltos, y cogió la maza.

Un campesino joven y bonachón le dijo:

—Abuelo, sería mejor que se comprase unos rosarios.

Pero el barbero dio un golpe de maza y el aparato comenzó a sonar. Los jóvenes, que ya se marchaban, se dieron la vuelta, regresaron sobre sus pasos, no se lo podían creer. Tocarón los músculos al barbero, se pusieron de

puntillas y leyeron la puntuación máxima en la escala graduada. El dueño escogió una muñeca negra y la ofreció como premio al ganador.

—Cuando uno tiene un objetivo se cansa menos —gritó el barbero—. Es así como yo pegaría a aquel tío. ¡Lo cortaría a pedacitos como si fuese una serpiente!

Cogió la muñeca por las piernas y se puso a romperla con tanto empuje que se le cayeron todos los botones del abrigo. Se fue corriendo hacia el tiro al blanco y pidió una escopeta cargada.

—¿La ha disparado alguna vez? —le preguntó la dueña.

—¡No! —gritó el barbero—. ¿Pero dónde están aquellas figuras que representan un asesinato?

—¡Aquí! —dijo la dueña señalándolas con un bastoncito—. Los cazadores furtivos disparan contra el guardabosques.

El barbero apuntó, apretó el gatillo, y derribó a los guardabosques.

A su lado estaba el señor Viktor, cogió a la muchacha de los nenúfares, la apretó por la espalda, y le aconsejó:

—En una misma línea tienen que estar el punto de mira y la mosca del blanco, ¿sabe usted?

—No, no lo sabía... —le respondió en voz baja.

—Pues así... —La cogió y con su barbilla le apretó la cabeza hasta que ella tocó el metal fresco—. ¡Así! —le murmuraba—. Pero usted es tan guapa, Úrsula, tanto que mi corazón no lo puede resistir. ¿No le oye latir?

—Sí, sí que lo oigo. Pero usted se está riendo de mí. —Giró su vista y puso su mejilla contra la mejilla de él.

La dueña les ofreció la escopeta cargada y les enseñó:

—¡Aquí está la cierva!

Y el barbero en un santiamén se llevó la escopeta a la barbilla, apretó el gatillo, y la cierva dio un salto y se cayó.

—¡Cuando le encuentre acabará así! —dijo el barbero.

—No me extrañaría en absoluto —le respondió Tonda.

El señor Viktor susurró:

—Úrsula, ¿dónde duerme usted?

—¡En la estación!

—¡Pero si no hay ningún hotel...!

—En la sala de espera, siempre duermo allí. El jefe de estación me ha prometido que hoy dormiría tranquila, que me pondría el libro de contabilidad debajo de la cabeza, que me taparía con su abrigo de ferroviario...

—¡Qué hoyitos más monos tiene usted en las mejillas! —le susurró abrazándola, los dos aguantaban la escopeta y se apoyaban en látela verde del mostrador.

—¡Qué ideas tiene usted!

—¡No...! ¿Por qué iba a decir algo que no es verdad? —le susurró en el oído.

—Y aquí están los leñadores cortando troncos. —Señaló la dueña.

El barbero cogió la escopeta y disparó a ciegas, sin apuntar..., y los dos hombres siguieron cortando leña con unos movimientos convulsivos.

—¡Eso sería lo mejor! —Se puso contento el barbero—. ¡Nada de muertes instantáneas, un poco de tortura! ¡Cortarle muy despacio! Cuanto más chillase más se alegraría mi alma.

—A mí también me parece muy buena idea —dijo el señor Tonda—. Pero jefe, cálmese, venga, vamos a dar una vuelta por la Noche Veneciana. ¿Qué le parece?

Viktor le susurraba al oído:

—Venga conmigo, dormiremos juntos.

—¿Usted me quiere? —le preguntó la chica de los nenúfares.

—Mucho. El amor es el intermediario entre el cielo y la tierra.

—Suenan bien, pero si no fuera verdad no me lo diría. ¿No es así? —Sonrió deshaciéndose del abrazo de Viktor.

El señor Viktor levantó la escopeta, contempló todas las figuras de latón, y apuntó a la cierva que estaba saltando un pino. Apretó el gatillo y tocó la diana negra. La cierva se dobló. La muchacha de los nenúfares estaba jugando con el hilo del globo verde, con la otra mano se cogía al tenderete de madera. Tenía la vista fija en el río, en la orilla había una barcaza decorada con farolillos de papel colgados, sobre ella estaba el jefe llevando sobre la espalda una diana enorme con secciones de todos los colores, el jefe ayudó a la rubia a entrar en la barcaza, ambos se sentaron en un banco y se pusieron a mirar el agua. Vio que el señor Tonda, quien le había comprado el globo verde, llegaba a la barcaza acompañado de un hombre excéntrico. Cuando ellos ya se habían embarcado, alguien empujó la barcaza y la banda de música sentada en la popa empezó a tocar.

El señor director se tapaba la cara con la diana de Duha, la rubia sonriente metió la mano en el fresco elemento, cuatro muchachas guapas tocaban con mandolina *Sobre el Elba de espuma plateada*, y el viejo arenero empujaba la embarcación con una larga pértiga. En la superficie del río se podía ver la *Noche Veneciana* invertida, otro columpio, otro carrusel con sillas giraba en

el agua profunda... Las personas que se asomaron pudieron ver otra barcaza con farolillos que navegaba con ellos, pero en el fondo, y con las caras invertidas.

—¿Qué le haría a aquel hombre si por error se le presentase en la barbería y le pidiese que lo afeitase? —le preguntó el señor Tonda.

—Lo enjabonaría, después cogería la navaja y... ¡ya sería mío! ¡Ya se enteraría de lo que es un futuro feliz! Le cogería de la oreja y le preguntaría. *¿Pues qué? ¿Qué vamos a hacer con estas orejitas?*, y lo cortaría a poquito, a poquito, poquito —gritó el barbero, mostrando sobre el agente Tonda cómo cortaría la orejita a poquito a poquito.

Y las cuatro muchachas guapas iban tocando Sobre el Elba de espuma plateada, y detrás de la barcaza, sobre la superficie con remolinos, la luna se reflejaba como un largo arpegio.

—¿Qué le parece? ¿Cuál es mi nombre? —dijo la rubia al jefe que se tapaba detrás del anuncio de *Duha*.

Él, que estaba de rodillas en el fondo de la barcaza, le puso la cabeza en el regazo y susurró:

—Si usted fuese pelirroja, si tuviese pecas en la nariz y tocase el violín se llamaría Wanda... ¡Qué nervioso me pone ese barbero!

—¡Me llamo Nad'a! —dijo.

—¡Ah!, ¡Nad'a! Eso significa esperanza, Nadézda..., decolorante de la marca *Duha*, y qué bien están estas dos cosas juntas —le dijo el jefe en voz baja.

—Y después, ¿qué le haría? —se interesaba Tonda.

—Después cogería aquel hijoputa por la nariz y diría por el agujero de la oreja cortada. *¿Qué vamos a hacer ahora con la naricita? ¡Pedacitos, pedacitos, pedacitos!* Y lo cortaría a poquitos, poquitos, poquitos, como si tocase el violín. ¡Ahora para poder pagar el futuro feliz tendré que esquilar ovejas!

—¿Usted sería capaz de hacer lo que dice? —preguntó Nad'a al barbero.

—Sí. Incluso iría más lejos. ¡Después, de una patada, le rompería el hueso de la espinilla! Así no se me escaparía. Y después lo torturaría despacito, despacito... —gritó el barbero. Y como prueba dio un fuerte golpe a una madera que estaba clavada en el fondo de la barcaza.

—Tranquilo, tranquilo —lo calmó el viejo arenero.

Y los farolillos comenzaron a balancearse, los remolinos y las olas de la superficie inquieta se alejaban de la barcaza, y la luna se estiraba en una línea larga.

El jefe seguía arrodillado en el fondo de la barcaza, con la cabeza en el regazo de la señorita Nad'a, con su mano sujetaba el rótulo publicitario de Duha.

—No me extraña que cada dos por tres haya asesinatos —dijo Nad'a.

—¡Asesinar a semejante bestia es poco! —gritó el barbero—. ¡Torturarlo poco a poco! ¡Circuncidarlo con un sacapuntas!

—Eso será un poco doloroso —dijo Nad'a riéndose.

—E irle rompiendo las costillitas de una en una, a patadas, y hundírselas bien en el tórax, y después escuchar cómo se van debilitando sus gritos. ¡Eso sí que sería un placer! —seguía deleitándose el barbero.

—¡Kupricka, para de una vez de dar puntapiés a la barcaza! —le pedía el viejo arenero.

—Y al final le pondría una navaja en la garganta y le preguntaría, *¿Y qué vamos a hacer con ese cuellecito?* —gritaba el barbero fuera de quicio.

—¡Y le cortaría un poquito, un poquito, un poquito, hasta que la cabeza se le cayese hacia atrás como la tapa de una maleta! ¡Y al final lo degollaría, dejaría su cabeza en el suelo y le daría un porrazo y saldría volando como esa luna! —gritó el barbero, y con todas sus fuerzas iba dando patadas a la madera clavada en el fondo de la barcaza. Y la madera se desprendió y el río, con toda la presión, entró en la barcaza apartando la madera, el agua entraba formando un geiser, y la barcaza se hundía lentamente.

—¿Pero que has hecho, Kupricka? —gritaba el viejo arenero.

El rectángulo de la barcaza desaparecía bajo el agua, los farolillos tocaban el río, pero las muchachas, con el agua por encima de las rodillas, seguían tocando *Sobre el Elba de espuma plateada*, el agua ya les llegaba hasta la cintura, pero ellas seguían tocando...

Algunos pasajeros saltaron al agua y nadaron hacia la orilla. Los farolillos chisporroteaban y se apagaban, algunos se habían soltado y flotaban por la superficie, las muchachas levantaron sus instrumentos hasta la barbilla, y seguían tocando, el agua ya les llegaba a los senos, ellas levantaron las mandolinas por encima de sus cabezas e intentaban seguir tocando, pero el agua subía tan deprisa que perdieron pie... Sólo entonces se paró la música, las muchachas nadaban y amorosamente empujaban los instrumentos delante de ellas, exactamente igual como hacía el jefe con el rótulo publicitario con la inscripción de *Duha*...

El barbero, que nadaba con el agente señor Tonda, gritaba:

—¡Si el tío que me trajo el futuro feliz estuviese nadando por aquí, a mi lado, lo hundiría! Cuando notase que empieza a perder los sentidos le dejaría

tomar un poquito de aire, ¡y otra vez bajo el agua! ¡Así! —Y mostraba cómo cogería el pescuezo del jefe y cómo lo ahogaría.

Pero delante de ellos nadaba una de las guapas muchachas empujando la mandolina, y su trenza ondeaba detrás de ella como una serpiente.

Y después los primeros pasajeros de la barcaza hundida comenzaron a salir del agua próxima a la orilla, les tendían manos para ayudarlos. Y las cuatro muchachas, cuando volvieron a tocar el suelo, vaciaron el agua de los instrumentos, y como habían perdido las púas, comenzaron a tocar las cuerdas con sus dedos, salían del agua hacia la orilla, a la luz plateada de la luna se distinguían sus cuerpos moldeados, no podían esconder sus senos preciosos, ni sus vientres firmes, ni, después, sus piernas fuertes y sus tobillos frágiles.

En aquel momento empezaron los fuegos artificiales, y la gente que estaba cerca de la orilla no admiraba los cohetes, ni las bengalas que explotaban al final de la curva balística y que caían en la hierba fresca entre chispas de colores. Todos admiraban a las guapas muchachas que marcaban el paso, tocaban sus instrumentos en el agua poco profunda y con sus tobillos salpicaban el agua plateada.

Y las muchachas se sentían miradas por una gran cantidad de ojos, pero no se avergonzaban de nada. Aún levantaron más el tórax moldeado por la blusa enganchada.

—Eso es la culminación de toda la noche —dijo el viejo arenero.

Después, detrás de los arbustos, se encendieron las bengalas.

El droguero, que había instalado toda la atracción pirotécnica, corría por la orilla del río y gritaba:

—Esto lo he hecho yo, yo, yo. Para la llama roja he usado estroncio, para la verde bario, para la rosa calcio, para la azul cobre y para el amarillo natrio. ¡Todo lo he mezclado con cloruro de potasio y azufre!

El cura, que con los gemelos miraba los cuerpos de las cuatro muchachas guapas, dijo:

—Yo sé que usted es un droguero materialista. ¡Pero hijos míos! —gritaba el reverendo manteniendo los gemelos delante de sus ojos—. ¡Hijos míos la belleza no está reñida con Dios, al contrario!

4

La habitación del hotel *U cerného kone* estaba toda pintada de blanco, y los muebles también eran blancos. Tres camas de cobre, dos grandes armarios, dos mesillas de noche, y en las ventanas cortinas de color celeste. Las puertas de los armarios de vidrio, detrás unas cortinillas celestes atadas con un lazo blanco.

La señorita Nad'a entró en la habitación y miró a derecha y a izquierda. Detrás de ella caminaban las huellas de sus zapatillas mojadas. Dejó la cesta con el anuncio de la casa *Duha*, un círculo con secciones de todos los colores. Apoyó el anuncio contra el lavabo, abrió el armario, y después sacó una sábana de la cama.

El señor Tonda Uhde, agente de *Ayuda a la Vejez*, estaba parado delante de la puerta abierta y miraba a la chica con mucha curiosidad.

—¡Qué buena idea! —dijo cuando Nad'a se metió en el armario.

Y avanzó hacia el otro armario, y dejó tras él unas huellas mojadas. Y cuando quiso abrir el otro armario, vio que estaba cerrado y que en la cerradura no había ninguna llave.

—¿Verdad que usted no aprecia mucho a su superior? —dijo Nad'a desde el armario, y tiró el sujetador por la puerta semiabierta.

—No mucho —dijo el señor Tonda. Se puso a abrir los cajones de las mesillas de noche, después se puso de rodillas y empezó a buscar por debajo de las camas.

—¡Yo no dejaría que me tratasen así! ¿Es que usted tiene piel de elefante?

—¿Desde cuándo da conferencias para *Duha*? —le preguntó.

—Desde hace dos años.

—Tendría que saber que los vendedores de pacotilla se aburren terriblemente, y la mejor defensa contra el aburrimiento es la diversión... ¿Es natural, no le parece?

—¡Ah, usted es naturalista...! —gritó Nad'a mirando hacia el exterior del armario, dejó su combinación sobre la puerta y preguntó—: ¿Qué está

buscando debajo de los colchones?

—Una horquilla.

—¿Y por qué no me la pide...? —Se rió ofreciéndole la cabeza desde el armario.

Tonda le sacó una horquilla, la dobló, y después metió el alambre en la cerradura, se puso a mirar el techo con mucha delicadeza, y al mismo tiempo movía la horquilla. Dijo:

—¿Sabe? Yo tengo que hacer un poco el payaso... Es que, entre nosotros..., ya no tengo fuerzas para hacer picar a los pequeños comerciantes y artesanos sin ninguna piedad con la historia del seguro, y encima, después sacarles dinero... ¿Sabe? Yo ya no sé mentir...

—¿De qué trabajaba, antes? —le preguntó Nad'a saliendo del armario envuelta en una sábana.

—¿De qué...? —dijo mirando la figura de la chica de pelo rubio que estaba de pie en el centro de la habitación. Ella metió su mano por debajo de la sábana, se bajó algo hasta los tobillos, se incorporó, marcó un poco el paso, se sacó unas braguitas, las cogió y las dejó caer sobre la puerta del armario.

—¿Por qué me mira así? —Sonrió.

—Porque pienso que usted es muy guapa.

—¿Y eso, qué significa?

—Que ya no sé mentir, ¡pero usted no se lo cree!

—Me lo creo, pero ustedes, los de los seguros... Si me dicen que hoy es jueves, prefiero mirar el calendario.

—La señorita se ha pillado los dedos muchas veces...

—¡Y el cuerpo entero!

—¡Ya está! —gritó Tonda y abrió la puerta del armario, después enderezó la ganzúa hecha con la horquilla, la pasó a Nad'a. Ella inclinó su cabeza y él se la puso en el pelo.

—Gracias —dijo.

Cuando él se sacó los zapatos y entró en el armario tropezó con algo.

—Aquí hay un gramófono —dijo.

—¿Un gramófono? —gritó Nad'a—. ¡Ojalá también hubiese un disco! Y cogió el gramófono portátil y lo puso sobre la mesa.

—¿De qué trabajaba antes? —le preguntó mientras abría la tapa.

—De pirotécnico —dijo Tonda desde el armario.

—¡Sí, hay un disco! ¿Qué es eso de... pirotécnico?

—Es el hombre que desactiva los explosivos, las bombas y las granadas.

—¡Pero si es Benjamino Gigli! ¡En una cara canta *Ave María* y en la otra... *Santa Lucia*! ¡Es una pena que yo no sea una bomba a punto de explotar!

—Por favor, sáqueme...

—¡Dios mío! ¡No querrá que le saque los calzoncillos...!

—¡No, mujer! Una sábana de la cama...

—Me había asustado... —dijo y con sumo cuidado dejó el disco sobre la mesa.

Después llevó la sábana hacia el armario, llamó a la puerta semiabierta, y pasó el lienzo a Tonda.

—¿Sabe? A mí los hombres desnudos me parecen muy ridículos —añadió.

—¿Dónde vive? —le preguntó desde el armario.

—En Liben'.^[51] ¿Por qué?

—En Liben' pocos no están muy locos.

—¡Pero allí viven las muchachas más guapas!

—Muchachas hay. Pero las más guapas...

—¿Y usted dónde vive?

—En todas partes. Tengo un abono para los trenes regionales, y cuando termino la semana laboral, que dura cuatro días, voy en el rápido hasta que encuentro alojamiento en alguna parte...

—Qué bonito...

—Usted también es muy bonita —dijo Tonda y salió del armario envuelto en la sábana.

—¡Ave! —Levantó la mano.

—María —añadió Nad'a, cogió el disco y lo puso encima del plato. Después intentó darle cuerda, pero la manivela giraba inútilmente.

—El resorte está roto —dijo desilusionada.

—¿Qué me daría si a pesar de todo Benjamino cantase?

—Un besito de amiga, un beso de amistad.

—No es mucho, pero en fin...

—Lo pequeño es lo mejor. ¿Pero usted vive en un tren rápido? Jamás he oído algo parecido. ¿Y dónde le mandan las cartas?

Tonda apretó más la aguja y puso el brazo al principio del disco, después se sentó en la silla, puso su dedo sobre el papel del centro del disco que hizo girar con el índice, y una orquesta anticuada comenzó a tocar la obertura.

—¡A la redondita de san Andrés...! —gritó Nad'a y se sentó al lado de la mesa—. ¿Usted vive en un rápido? ¿Qué le diría su padre?

—¡Me bendeciría! —dijo Tonda—. Porque soy una copia de lo que el destino hizo con él. Era jefe de estación, pero al enterarse de que su mujer, es decir mi madre, le era infiel, se trasladó a vivir en un tren...

Benjamino llenaba la habitación con su voz potente:

O dolce Napoli, o suol beato, dove sorridere volle il creato...

—¡Que triste! —dijo Nad'a.

—Cuando mi padre terminaba el servicio se subía al primer tren que pasaba, y no regresaba hasta que no volvía a estar de servicio. Lo estuvo haciendo durante años...

—¿Y luego?

—Luego se suicidó en su despacho, se pegó un tiro. Se desnudó completamente, se estampó en el cuerpo tantos sellos como pudo. Cuando entraron en el despacho lo encontraron tendido sobre la alfombra y a su lado estaba un pequeño revólver con el puño de nácar...

Benjamino Gigli cantaba alegremente:

Tu sei j'imperio dell'armonia, Santa Lucia, Santa Lucia!

Nad'a adelantó su cuerpo, Tonda levantó su cabeza mientras con el índice hacía girar el disco.

Y dos personas envueltas en una sábana se besaron.

—¡Quietas las manos! —gritó el jefe desde el umbral de la puerta abierta. Con una mano levantaba una botella de champán y con la otra el asa de un cesto de mimbre de donde salían tres cuellos de botella.

El gramófono dejó de sonar.

—¡Yo pensaba —dijo Nad'a tocando la frente de Tonda—, que aquí había una chabola y resulta que hay un palacio!

Señaló a Tonda y contó:

—¡Ha arreglado el resorte roto con el método *A la redondita de san Andrés!* —Y con su dedo imitó el método de Tonda.

—¡Muy bien! —dijo el jefe, dejó el cesto sobre la mesa y sacó la servilleta que lo cubría—. ¡Chicos, qué noche de luna llena! Podríamos organizar un *picnic* aquí mismo. ¡Nad'a, prepare las copas, están dentro de la cesta! ¿Cómo se han cambiado de ropa? Ah, sí, se han metido en el armario. Después del baño he pillado mucho frío.

Entró en el armario, y su voz potente aún seguía resonando con alegría:

—¡Con los gramófonos he tenido muchas experiencias! Un día fui a casa del herrero de Unhost'. Él estaba cortando tocino y sus chiquillos estaban al lado del gramófono cantando *Corre riachuelo, corre hacia el bosque...*, uno de los niños fue corriendo a buscar cerveza, y el herrero cantaba con el

gramófono *Corre riachuelo...* y yo le hablaba de las ventajas de la pensión, después rellené la inscripción, el herrero cantaba con el gramófono y los chiquillos *Buenas noches, querida, te deseo buenas noches...*, fue a buscar el dinero, y cuando ya lo tenía, ¡patapum!, el resorte del gramófono saltó y nos fue a dar en la cara. A mí me dio en el cuello, ¡miren!

El jefe hablaba con una voz alegre y potente, sacó la cabeza del armario, levantó la barbilla y prosiguió:

—Durante un año entero tuve una raya como las de las tórtolas, tenía que andar siempre con bufanda. ¡Deme también una sábana!

Nad'a sacó una sábana de la cama y la dejó en la puerta del armario. La voz del director resonaba:

—¡O el relojero de Mélník! Enseguida picó. Yo le di un lápiz para que firmase, pero el aprendiz, ¡qué estúpido!, estaba poniendo el resorte en un reloj de péndulo, se le escapó de las manos, y se llevó por delante todos los engranajes y relojes de las mesas, rasgó el impreso de inscripción, siguió volando por todo el taller, y sólo se calmó cuando llegó a un pequeño armario abierto donde estaban los engranajes de recambio... ¡Y el relojero renunció a su futuro feliz!

Salió del armario envuelto con una sábana y siguió hablando:

—Al día siguiente, cuando iba a coger el tren, di un vistazo al interior del taller, ¡el relojero y el aprendiz aún estaban de rodillas buscando tornillos y engranajes rodantes!

Lo dijo gritando, mientras se acercaba a las ventanas para abrirlas. En la blanca habitación entró una bocanada de aire caliente y las dos cortinas celestes se hincharon.

—Parece un romano —le dijo Nad'a.

—Sí. ¡Un pordiosero romano! ¿Y usted...? ¡Parece una romana de las que suele haber en las farmacias! —dijo el jefe. Cogió una botella de champán y aflojó el cesto de alambre de encima del tapón.

—¿Acacias?

—¡En las farmacias!

—Qué susto, había entendido acacias.

—Con una mano sujetan un mortero y con la otra una serpiente.

—Me alegro. ¿Y qué parece el señor Tonda?

—De él ya se ocupa la Sociedad Protectora de Animales. Tiene tanto empuje como un buey de tiro, ¡se le tendría que coser una piel de vaca y dejar que lo montase un buey! —exclamó el jefe y con un movimiento lento del

dedo pulgar aflojó el tapón, y un potente chorro espumoso salió del cuello de la botella y salpicó la cabeza de Tonda.

—Champú para los cabellos. —Se reía Nad’a.

—Perdón —se disculpaba el jefe—. Este *Duha* tiene muchísima fuerza.

Y llenó las copas.

—Qué bromas más pesadas —se quejaba el señor Tonda con la mitad de su cara enfadada y la otra mitad risueña.

—¿Por qué brindamos? —preguntó el jefe, y con todas sus fuerzas corrió la cortina y con su copa señaló la luna colgada encima de la plaza—. ¡Por esta noche preciosa!

—¡Por los negocios! —dijo Nad’a.

—¡Por las manchas que son imposibles de sacar sin dañar el tejido! —añadió Tonda.

—Aún no hemos brindado por el champán —dijo el jefe golpeando el cuello de la botella.

—Y mirarnos a los ojos —dijo Nada parpadeando.

Y vaciaron las copas de un trago.

Nad’a las llenó de nuevo.

El jefe se sentó:

—¡Muy bien! ¡Por los negocios! ¿Pero cuáles? Nos encontramos en el crepúsculo de nuestros seguros. A cambio del bien que ofrezco a los comerciantes, ellos me atrapan con un resorte de gramófono o de reloj de péndulo... Y si aquel barbero de la barcaza hubiera tenido una navaja a mano, yo no me hubiese podido defender.

—¿Un agente de seguros en casa? ¡Garrote en mano! —Nad’a sorbió la bebida dorada.

—¿Y ahora qué? —El jefe señaló a Nad’a.

—¡Yo tengo mucha hambre! —dijo ella.

—En el cesto hay carne de Moravia. Y tú, Tonda, ¡ocúpate de la música! —ordenó el jefe.

Y la orquesta anticuada, gracias al dedo del agente de *Ayuda a la Vejez*, tocó la obertura, y Benjamino se puso a cantar:

Ave María...

Nad’a se bebía el champán y comía carne ahumada. Aconsejó:

—Pues déjenlo. Intenten vender artículos de utilidad cotidiana. Funden una cooperativa... de escultura funeraria.

—¿Cómo se la imagina?

Nad'a se secó los labios, entró en el armario y cerró la puerta tras ella. Después llamó.

—Adelante —dijo el jefe.

Nad'a salió, hizo una pequeña reverencia y dijo:

—Excelencia, soy una agente de *Escultura funeraria*. ¿Qué clase de monumento desearía para la tumba donde reposará en el sueño eterno? ¿No lo sabe? Pues la cooperativa de *Escultura funeraria* piensa por usted. Aquí tiene el catálogo. Tenga la bondad de mirarlo... ¿Le gustaría un monumento con dos palomas con el pico hacia arriba? ¿O este monumento más pequeño con un ángel llorando?...

Él jefe se acercó a la muchacha y dijo:

—¡Excelente...! Pero debe poner la mano sobre su corazón, impresiona más. Así...

—¿O tal vez desearía que sobre el monumento estuviese un árbol artísticamente esculpido con una rama rota? —dijo Nad'a con la mano sobre su seno izquierdo.

Benjamino gritaba con mucho sentimiento:

—*Duha*.

—¿O tal vez su excelencia tiene sus propias ideas sobre el monumento? Pues bien, *Escultura funeraria* se lo hará según sus deseos y esbozos... — Nad'a quería convencer al jefe que estaba sorprendido y le cogió la mano derecha.

—No sea tan patosa, un poco más de naturalidad en el gesto... Así... Con su mano libre haga un gesto dirigido al mismísimo cielo. Será una gran agente... Una hipnotizadora con los ojos y con los gestos...

—Ya no queda —dijo Nad'a deshaciendo su postura.

—Abra el *whisky* —dijo el jefe, y con los dedos se oprimió la raíz de la nariz, como si se pusiese unos quevedos—. ¡Madre mía! —gritó sin soltarse la nariz—. ¡Con eso se podría ganar dinero! ¡Habría trabajo para diez escultores! Podríamos ponerlo en marcha yendo a un treinta por ciento. Y podríamos conseguir los clientes a partir de las esquelas.

Nad'a abrazó la botella de *whisky* con sus muslos, y antes de sacar el tapón dijo:

—Con las esquelas llegaríamos un poco tarde..., con una buena propina cualquier empleado del hospital le diría qué enfermos están en las últimas.

Después olió la botella.

—¡Esto sí que tiene nervio!

La voz de Benjamino se marchitó, Tonda sacudía la mano para que se le calentasen los dedos entumecidos.

—Los vasitos de licor están en el cesto —dijo el director.

—Éstos son para ustedes, yo beberé en un vaso grande —dijo Nad'a.

Tonda dio la vuelta al disco y con el dedo lo puso en movimiento:

O dolce Napoli, o suol beato...

—¡Tonda, está demasiado alto! —gritó el jefe.

—Me gustan los cantantes —dijo Nad'a, se dirigió hacia el armario y regresó con los calcetines mojados—. Pondremos un amortiguador —dijo.

Metió los calcetines de hombre en la trompa del gramófono y la voz de Benjamino empezó a sonar a través del filtro.

... tu sei l'imperio dell'armonía...

—¡O probar un negocio con cuadros! —dijo Nad'a con el vaso tocando su labio inferior.

—¡Deje los cuadros tranquilos! —Saltó el jefe defendiéndose con ambas manos—. Es un negocio de mala muerte. Todo el mundo tiene la casa llena de cuadros. Mire donde mire, siempre hay cuadros. ¡Si hoy en día por pocos miles de coronas se puede tener una galería privada! ¡Apuesten lo que quieran, con la *Escultura funeraria* el negocio está asegurado!

Y empezó a correr y a saltar, hizo una pirueta y se sentó en el alféizar de la ventana, y su mirada se le quedó clavada en el cielo azul adornado con la luna blanca. Después miró la columna de la peste que salía del centro de la plaza, como un geiser negro, y que al final tenía una pequeña escultura de la Virgen... Y después miró el surtidor del que emergía con fuerza un chorro vertical de agua plateada que al final aleteaba y jugaba con una pelota de *ping-pong*. Si la pelota se caía sobre la reja de donde salía el chorro, el agua volvía a elevarla hasta su cima...

—En lo que se refiere a las ideas, jamás me quedo la última —dijo Nad'a llenándose el vaso con *whisky*. Se lo bebió, respiró, y sintió un hormigueo en los labios.

La voz moribunda de Benjamino atravesaba los calcetines mojados:

... ¡Santa Lucia, Santa Lucia!

Nad'a levantó un dedo, entró en el armario y después llamó a la puerta:

—¡Adelante! —dijo el jefe.

La muchacha salió del armario e hizo una reverencia.

—¡Señor director! Como usted sabe muy bien, el poder ha sido traspasado a sus manos, y con él, las obligaciones culturales. ¡Tiempos nuevos, nuevos intereses! Ahora los pintores están trabajando para ustedes. Aquí, en la sala

del Consejo de Dirección de esta empresa, tiene que haber un cuadro. ¿Qué desea, *Grupo de mineros trabajando, o Desayuno en los altos hornos, o Colada en los altos hornos de Martín?*

El jefe saltó de la ventana y se acercó a Nad'a murmurando:

—Fantástico... Pero repítalo con gestos secos, casi imperativos.

Inmediatamente después miró las paredes para ver de dónde se podría colgar un cuadro..., con la mano hizo un gesto de director de orquesta:

—¡Obligaciones culturales! Siga usted... ¡Adelante! —La dirigía con la mano, se sirvió aguardiente y se lo paseó por la boca. Después cogió una toalla, se tendió en la cama y se tapó la cara con la toalla.

Nad'a bebió, puso su palma delante de su boca y olió su aliento. Se puso de rodillas al lado de la cama y susurró al oído del jefe:

—¡Capitán... Estamos en un pueblo! ¡Hay que adaptarse a los nuevos tiempos! A la nueva cooperativa estatal le corresponden unos cuadros completamente nuevos. Los nuevos artistas ya los han pintado. ¿Dónde colgaría el cuadro *Labrando los ribazos?*, ¿y dónde *La segadora-trilladora en un mar de trigo?* —preguntó Nad'a en voz baja.

Tonda se puso de rodillas al lado de Nad'a. A ella se le había resbalado un poco la sábana, y él le miraba los labios.

—Puede ir en coche —proseguía Nad'a—, tenemos decenas de cuadros pintados, también tenemos martillos, clavos, ganchos... Dígame, señor director, ¿dónde quiere que lo cuelgue? ¿Aquí, allí, dónde? ¡Podríamos convertirlo en una campaña estatal! ¿O sería mejor hacerlo en colaboración con la sociedad artística? ¡Tendríamos un sello de goma! Se podría pagar por giro postal...

Nad'a se incorporó y se quedó a cuatro patas. Después se puso en pie, se arregló la sábana y se llenó el vaso.

—¿Aún le gusta tanto beber? —le preguntó Tonda.

Ella negó con la cabeza, pero dijo:

—Sí, sí.

—Debería controlarse un poco —le dijo Tonda.

Ella, poniendo su cuerpo en actitud afirmativa dijo:

—No.

El señor director estaba tendido en la cama, tenía los brazos en cruz y la toalla sobre la cara. Nad'a puso un dedo delante de sus labios:

—Tonda —dijo—, tendría que ausentarme un momentito.

—Cuando llegue al pasillo verá otra habitación, después otra, y después el lugar que usted busca —le dijo señalando la pared. Nad'a salió y cerró la

puerta, por la ventana del final del pasillo entraba la luz clorosa de la luna que recortaba el perfil de un enorme cochecillo de bebés que reposaba sobre los resortes de acero. Ella se internó en la caja blanca de la luz de la luna, presionó el fondo del cochecillo, las espirales cedieron un poco, entonces ella se sentó, después se tendió. Las piernas le colgaban, como si estuviese en una pequeña bañera. Miró a derecha y a izquierda, vio otra ventana que iluminaba la escalera, la luz de la luna brillaba sobre una palmera artificial puesta sobre un pedestal. Miró hacia la dirección por donde había llegado, vio un rayo de luz plateado e inclinado que salía de la cerradura de una puerta.

Saltó en silencio, y después se arrodilló y aproximó el ojo a la cerradura.

En la habitación, también pintada de blanco, había un hombre de pie delante de la cama, llevaba una toalla atada a la cintura, entre los edredones estaba una joven desnuda que con ambas manos aguantaba un sombrero tirolés.

—Sáquese el sombrero —le dijo el joven arrodillándose junto a la cama.

—No —se defendía la muchacha—. Si me sacase el sombrero me quedaría completamente desnuda.

—Sáqueselo —le pidió el joven arrodillándose junto a la almohada.

—¡Que no! Si lo hiciese perdería todo el control sobre mí misma. Este sombrero es como el anillo de mi madre —dijo la muchacha, y con una mano sujetaba el sombrero y con la otra apagó la luz.

Nad'a acercó su oído a la puerta.

—¡Eso es lo que pensaban hacer conmigo! —se dijo.

Y con sus pies descalzos comenzó a andar silenciosamente por la alfombra de rafia y entró en su habitación.

—¿Quién está en la habitación de al lado? —preguntó.

—Viktor, otro agente —dijo Tonda.

—¿Viktor? ¿No debería llamarse *Duha*? ¡Tonda, venga, les llamaremos a la puerta!

El jefe se levantó, se sacó la toalla de la cara y bajó los pies.

—¡Vaya ocurrencia! —dijo poniéndose en pie—. ¡Pero qué mujer! Cada viernes organizamos clases de baile en casa de Némecsek, en Visegrad^[52]. Venga usted, hablaremos de los monumentos y de los cuadros que esconden una esperanza real... ¡Tonda! ¿Por qué no llamas a la puerta de Viktor?

—¡Sí, hombre, para que me hinche un ojo!

—Te digo que vayas. Te dejaremos la puerta abierta y cuando ellos salgan tú podrás entrar aquí corriendo. ¿Aún sabes correr?

—Sí. ¡Pero Nad'a, déjeme la puerta abierta!

—Por favor... —Nad'a lo miró de forma seductora por encima de la copa de champán dónde bebía el *whisky*.

Tonda salió al pasillo dando zancadas, pasos de cigüeña, avanzó hacia la puerta de Viktor, giró su cabeza, vio a Nad'a y al jefe que sacaban sus cabezas por la puerta, se puso contento. Después llamó a la puerta con el puño.

Después acercó el oído a la puerta y escuchó.

Después volvió a llamar.

Vio que Nad'a y el jefe estiraban sus cuellos fuera de la habitación, y que Nad'a le indicaba con el puño que llamase bien fuerte.

Volvió a llamar, la puerta se abrió de repente, Tonda golpeó la frente de Viktor, después se dio la vuelta y empezó a correr hacia la rendija luminosa de la puerta de su habitación que ya se había cerrado. Viktor lo derribó de un porrazo sobre la alfombra de rafia.

La puerta se abrió y Tonda cayó en el interior de la habitación. Dio un salto, cerró la puerta, y la cerró con llave.

El jefe estaba de nuevo estirado en la cama boca arriba, tenía los brazos en cruz y la toalla sobre la cara. Nad'a había desaparecido, Tonda suponía que dentro del armario, porque desde allí se podía oír el ruido de sus puños tocando la pared y sus carcajadas.

—¡Qué bromas más pesadas! —dijo Tonda sirviéndose un *whisky*.

—El sufrimiento es el camino de la sabiduría. —El jefe se había quitado el trozo de toalla que le tapaba la boca, después se la volvió a tapar.

Cuando Tonda terminó de vaciar el vaso dijo:

—¡El hijoputa había jugado a fútbol!

—No jueguen con el fuego —dijo Nad'a desde el armario. Después añadió—: Lo leí sobre la puerta del parque de bomberos.

—¿Quién ha cerrado la puerta? —gritó Tonda enfadado y colgado del pomo como si se tratase de san Wenceslao.

Acercó la silla al lavabo, se subió, se arremangó la sábana, y se miró en el espejo.

—¡Me van a salir unos cardenales fenomenales! —dijo.

—¡Señoras y señores!, para los morados utilicen, con toda garantía, el decolorante de la marca Duha —gritó Nad'a mientras salía corriendo del armario y avanzaba por el pasillo.

Regresó a la habitación con el enorme cochecillo de mimbre, cogió impulso, y saltó dentro. La sábana se le resbaló, pero Nad'a, mientras saltaba, había hecho una pirueta para caerse de espaldas en el cochecillo. Las manos y

las piernas le colgaban por fuera, y el cochecillo avanzaba movido por una gran carcajada que lo sacudía.

El director se sacó la toalla de los ojos.

—Ya empiezan a salir los cardenales —se quejó Tonda.

Nad'a se alzó sobre sus codos y movió la cabeza.

Después se secó las lágrimas y miró al hombre subido en la silla que se daba la vuelta y miraba sus piernas delgadas en el espejo. Volvió a explotar en una gran carcajada:

—Tonda, ¡algunas manchas son imposibles de sacar sin dañar el tejido! ¡Sólo se pueden recortar con un cuchillo! ¡En el quirófano! —Se desplomó y los brazos le colgaron de nuevo fuera del cochecillo que se movía al ritmo de las carcajadas. Tonda se bajó de la silla, dio el grifo, y con la mano iba recogiendo agua que se llevaba al trasero.

—¿De quién ha sido la idea? ¿De quién? —gritaba.

—Mía —dijo el jefe—. Es el precio que has pagado por haber llevado aquel barbero a la barcaza.

—¿Pero quién ha cerrado la puerta? ¿Quién? —Tonda se incorporó con la cara desencajada.

Nad'a se levantó:

—Yo. Quien bien te quiere te hará llorar —exclamó. Después se dejó caer en el cochecillo riéndose.

Tonda abrió la puerta, empujó el cochecillo con Nad'a hacia el pasillo, lo tiró por las escaleras. El cochecillo iba de escalón en escalón.

—¡Me volveré tartamuda! —gritó Nad'a.

Y el cochecillo chocó con el pedestal, y la palmera artificial se cayó al suelo y todo el hotel tembló. Tonda entró rápidamente en la habitación y apagó las luces.

El director se acercó de puntillas a la ventana, se subió al alféizar y, por encima de los tejados, se puso a contemplar los campos lejanos donde a la luz de los focos trabajaba una trilladora. Una mujer con la cabeza envuelta en un pañuelo, que estaba de pie sobre una tabla, iba cogiendo las gavillas que un hombre en camisa blanca le iba pasando desde el carro. Ella las introducía en las entrañas de la máquina que soltaba una gran polvareda. De la trilladora salía un tubo largo que lanzaba la paja al aire iluminado, una paja dorada que en la lejanía era expulsada a una gran velocidad. La escena del turno de noche de trabajo adquiría un aire fantástico. Cerca de la mujer se amontonaba la paja, y los campesinos y campesinas, cubiertos de paja hasta la cintura, con sus horcas la tiraban cada vez más arriba... El hombre de la camisa blanca

pasó la última gavilla, la máquina la trituró, de repente en el vacío se oyó un sonido alegre, como si la máquina estuviese contenta de descansar un poco, exactamente igual que la mujer que había salido del círculo luminoso, se desataba el pañuelo lleno de polvo, respiraba profundamente y se bebía una cerveza directamente de la botella verde...

—Alguien baja las escaleras —dijo Tonda entornando la puerta. Entonces vio que de la habitación contigua a la de Viktor salía un viejo con una vela, después bajó la escalera e iluminó a Nad'a que dormía desnuda en el cochecillo.

El viejo, andando sobre el reflejo de la luz de la vela, subió de nuevo. Movía la cabeza con incredulidad y antes de entrar en su habitación dijo muy bajito:

—¡Qué crío más grande!

La luna estaba colgada sobre la ciudad, y en el surtidor el chorro de agua jugaba a *ping-pong* con la pelotita...

En la bifurcación de una carretera comarcal había un carro parado. Delante del caballo estaba un hombre de rodillas, llevaba unos pantalones de montar de piel, con una cinta métrica de sastre estaba tomando las medidas del perímetro de las pezuñas, del ancho de pecho, de la altura de la pata, y desde la rodilla hasta el suelo. Se lo apuntaba todo en un bloc. Después de un mojón había un camino que conducía detrás de una casita, delante de una de sus paredes había un andamio. Detrás del andamio había una pared blanca, sobre ella, pintado con pintura de esmalte, había un caballo enorme sin las patas delanteras. Sentado en el caballo estaba un jinete en calzoncillos que levantaba un sable curvado.

Cuando el hombre de los pantalones de montar ya se había apuntado todas las medidas dijo:

—Muy bien. Quedará muy real.

Los dos agentes de *Ayuda a la Vejez* se extrañaron.

—¿Quiere hacer unos pantalones para el caballo? —preguntó el señor Bucifal.

Un cochero bajito señaló con el látigo la pared de la casa:

—¿Eso es mi Fuksa? ¡No me gusta en absoluto!

El hombre de los pantalones de montar dijo:

—Lo he elevado al cuadrado.

—Pero mi Fuksa es una yegua belga preciosa —replicó el cochero golpeando el lomo del caballo—. En la pared hay una mula que arrastra el vientre por el suelo. ¡Parece un hurón! ¡Eso no es mi Fuksa!

Y escupió, dio un latigazo en el aire, y el caballo belga se apartó un poco hacia un lado.

El hombre de los pantalones de montar gritó:

—¡Imbéciles! ¡Lo pinto para vosotros! Puedes decir a todos los cocheros y conductores que lo he pintado para que tuviesen algo para mirar desde muy

lejos. Y que al atardecer ese san Wenceslao será iluminado desde abajo exactamente igual que el Hradcany^[53]

El cochero se dio la vuelta, avanzó de espaldas señalando con el látigo:

—¡Vaya san Wenceslao! ¡Parece que se haya fugado de Beíkovice^[54]!

—Voy por el buen camino —dijo el hombre—. Si mi pintura gustase a este cochero, seguramente mis obras no tendrían ningún valor.

—Usted será el señor Nulicek...

—El mismo.

—Claro que sí —dijo el señor Tonda Uhde—. Nosotros somos los agentes de la jubilación de los pequeños comerciantes y artesanos. Nos escribió diciéndonos que le interesaba. Pues aquí estamos.

—Bueno, pues síganme —dijo el señor Nulicek, y cuando dio el primer paso brilló en su bota una mancha de sangre seca.

En el patio había una pértiga de donde colgaba una cabra despellejada. Tenía los ojos azules y vidriosos, y de la nariz le goteaba algo viscoso. Su piel vuelta al revés estaba tendida sobre los barrotes de la valla, y la sobrevolaban unas moscas negras y doradas. Unas gallinas picoteaban y estiraban por el patio los intestinos amarrados. En un rincón un perro ciego levantó la pata como si tocase el violín, y estuvo un largo rato orinando.

—¡Señores! —gritó el señor Nulicek.

—¿Qué ocurre? —Se asustó el señor Bucifal.

—¿Saben lo que voy a pintar un día? ¡El juicio final de todas las cabras blancas que he degollado en mi vida! Pero ¿dónde podría encontrar tanta pintura blanca?

—Cuando ya sea miembro de *Ayuda a la Vejez* tendrá derecho a una subvención extra.

—¡Me alegra oírle! —Se enterneció el señor Nulicek, se sacó un cuchillo de carnicero de su bota y empezó a cortarse los padrastrós.

—No me gustaría pasarme la vida sobre la bicicleta y gritando ¡*El peletero*! Pintaría un cuadro muy bonito, ya lo veo. El cuadro se titularía *El juicio final de las cabras*. Yo me pintaría en el medio con este cuchillo... ¡Ay, señores!, ¡con qué gusto clavo este cuchillo en el cuello de las cabras! Pero ¿como peletero soy un pequeño artesano?

—Sí —dijo el señor Bucifal—. Es un oficio reconocido.

—¡Esta noticia me pone muy contento! —dijo el peletero.

—Y estas pinturas también —dijo el señor Tonda.

Y todas las paredes de los establos, de los cobertizos y de toda la casa, todas las paredes, estaban pintadas con colores de esmalte, y un fresco se unía

al otro a pesar de no tener relación alguna.

El peletero estaba al lado del señor Tonda y se alimentaba de su propia admiración.

—¿Todo eso es suyo? —le preguntó el agente.

—Sí señor —dijo el señor Nulicek contento de sus frescos que veía reflejados en el entusiasmo de su huésped. Por encima de las paredes de los cobertizos se expandía un verdor de helechos y hiedras, en medio de ellos corría una mujer desnuda con su cabellera ondeante, de la izquierda salía un cuchillo de carnicero, en las ramas, por encima de ella, estaba un hombre barbudo que se estaba riendo y que doblaba un hilo de cobre. Muchos niños bajaban de una colina, sobre una tabla de planchar estaba un joven cadavérico que andaba descalzo en medio de trozos de cristal, y a su lado una muchacha con un cráneo de caballo en las manos...

—¿En serio lo ha hecho usted? —se extrañó Tonda.

—Sí señor, yo mismo —asintió el peletero sin sacar sus ojos del agente.

El señor Tonda se subió a una escalera para poder ver los frescos que tapaba el tejadito de una tribuna. Miró hacia el patio y vio una cabra despellejada, las gallinas estirando los intestinos en todas las direcciones, el viejo perro que todavía orinaba con la pata trasera levantada, como si tocara el violín, después vio una letrina abierta, en sus paredes estaban pintados unos monos pelirrojos, unas monas y unos babuinos, parecía como si el pintor hubiese mojado sus pinceles en el contenido del *water*. El señor Tonda comenzó a marearse. No tuvo tiempo de bajar los escalones, se cayó de espaldas en los brazos del peletero que le puso sus labios mojados sobre el oído y le susurró:

—Eso son variaciones sobre la clave de los sueños y sobre mis propios sueños.

—¿De dónde lo saca, eso? —le preguntó Tonda.

—Lo llevo dentro de mí, como si fuese una cabra —dijo el peletero—. Porque según la clave de los sueños, ver a los padres asesinados significa felicidad, ver a la propia mujer muerta significa alegría, estar fuera de sí ser feliz todo el año...

—¿Qué ha estudiado usted?

—Dos cursos de primaria —dijo el peletero muy contento porque el señor Bucifal andaba alrededor de la bomba de agua. En su base estaba un hombre que caminaba desnudo y llevaba un sombrero colgado del sexo, y seis mujeres desnudas se revolcaban alegremente por un estercolero.

—¿Qué significa eso? —preguntó el señor Bucifal.

—Yo también quisiera saberlo —dijo el señor Nulicek. Inmediatamente después se subió de espaldas a una escalera, puso su mano detrás de él y abrió la puerta de la tribuna—. ¡Lo mejor está por llegar! —Levantó su dedo y cedió el paso a los agentes, contempló de nuevo sus frescos diciendo—: Señores, ¡esto son variaciones sobre las queridas manos humanas, las queridas manos humanas! Aquí está un chico que va en tren a ver a su novia y le lleva un ramo de rosas. Aquí está, de pie, con una mano se aguanta al agarradero del tren y con la otra sujeta el ramo. Y aquí baja de un salto, pero, como pueden ver, se le resbala un pie y se cae de rodillas. Aquí ven una rueda de tren que le corta la mano del ramo de flores. ¡Al fondo está su novia levantando los brazos! Y aquí la mano cortada va rodando entre las vías. Y aquí ven cómo el joven estira la mano que le queda para coger la que aguanta el ramo. Pero el tren sigue en marcha y otra rueda le corta la mano que aguanta la mano del ramo... Y aquí ven al joven sin manos sentado en el escalón del tren en marcha que le rompe la cabeza, y él se cae... Quince secuencias, tal como las vi en la estación de tren.

—Quince variaciones sobre las queridas manos humanas... —gritaba el peletero recogiendo la fuerza de los ojos de sus huéspedes.

Y se dio la vuelta, andaba de espaldas a la puerta, movió el pomo y con el hombro empujó la puerta que se abrió de golpe, y los agentes se quedaron deslumbrados por la luz de un túnel inclinado.

—Señores, ¡esto es la cocina! —gritó el peletero entrando de espaldas en la habitación—. Aquí todo está pintado, no sólo la pared y el techo, sino también los armarios, y no sólo por fuera, sino también por dentro.

Y las paredes de la cocina brillaban como las paredes de una gruta. Unos hombres tristes besaban a unas mujeres embarazadas, en el fondo estaban tres bueyes blancos golpeándose con los cuernos, sobre la cama estaba una mujer de rodillas que lavaba unas vísceras en el agua del río, había un músico rodeado de sauces llorones que a su espalda tenía un helicón atado con una correa...

—Hagan el favor de mirar este aparador, las escenas continúan en los cantos, y entran en el interior del mueble, y viceversa, salen hacia fuera —dijo el señor Nulicek sonriendo—. Pues aquí, en este aparador, hay variaciones sobre desgracias, ¡unas variaciones que he llevado hasta la muerte! —exclamó señalando con ambas manos el interior del aparador—. Aquí pueden ver a un gitano que hace la colada en los altos hornos de Martin. Y aquí el gitano se cae dentro del depósito, dentro del acero hirviente, porque ha tropezado. Aquí pueden ver la grúa transportando el depósito, en el fondo

está pintado el gitano, aquí ven cómo del acero se hacen lingotes, ¡pero en cada lingote está el gitano! Aquí vemos cómo de los lingotes se hacen planchas, planchas inoxidable, y en cada plancha sigue estando el gitano todo entero, y de las planchas se prensan cucharas, cuchillos y tenedores, y como pueden ver, dentro de cada cuchara, cuchillo y tenedor está dibujado el gitano que al principio se ha caído en el hierro fundido... Y así el gitano, dentro de los cubiertos, recorre todo el mundo, en todas partes hay un trocito de él, pero yo lo pinté entero dentro de cada cuchara, de cada cuchillo y de cada tenedor, bueno... —dijo el peletero sin sacar la vista de sus huéspedes que suspiraban y se ponían nerviosos...

El señor Nulicek se puso de rodillas al lado de la cama, se tendió en el suelo y entró dentro del armario de debajo del fregadero, sólo se veían sus pantalones de montar y las botas ensangrentadas a la altura de las espinillas.

—¿Cómo va eso de la pensión? —preguntó.

El señor Bucifal se arrodilló y vio que el señor Nulicek tenía dentro del armario un pincelito y un tintero, y que estaba dibujando unas figuras pequeñas en las paredes interiores.

—Para usted lo mejor sería un seguro de quinta categoría. Así tendría una pensión de mil cien coronas aproximadamente —dijo.

La voz del peletero resonó:

—¡Apúntemelo!

Y el señor Bucifal dejó su cartera sobre el edredón, puso en el suelo una carpeta con los impresos de inscripción, puso correctamente el papel de copia, escribió el nombre, el apellido, la categoría de la pensión, las señas, después calculó las cantidades y subrayó el resultado.

—Señor Nulicek —dijo el señor Tonda—, no se inscriba a la pensión, es una estafa.

—¿Cómo dice? —El peletero sacó la cabeza del armario.

—Mire, hombre, eso, esta pensión no es para usted... Para poder cobrar las mil cien coronas hubiese tenido que empezar a pagar hace veinte años... Eso no se lo hemos dicho, señor Nulicek. Es mejor que se compre pinturas y se dedique a pintar —le aconsejó Tonda.

—¿Es decir que tendré que ir por toda la provincia gritando, ¡pieleees!? Si los obreros tienen derecho a una pensión, ¿por qué no puede tener todo el mundo? —dijo el señor Nulicek gritando—. Además, ¿a usted qué le importa? ¡Quien me está rellenando mis papeles es su compañero, no usted!

—Sí —dijo el señor Bucifal—. Aquí tiene el lápiz y...

Y de repente se levantó el edredón, la cartera resbaló, y de dentro de la cama salió una viejecita en chandal. Cogió el bloc de las inscripciones, arrancó algunas hojas, las rompió en pedacitos y después esparció el *confetti* sobre los agentes que estaban de rodillas.

—Ésta es mi madre —dijo el peletero—. Ésta es mi musa, me da ideas y después yo las pinto.

—¡Encantada! —dijo la viejecita dando la mano al señor Tonda—. ¿Qué es toda esa historia del seguro? ¡Si no tenemos dinero ni para comprar pinturas! Pero vengan ustedes, vengan a echar un vistazo a la habitación, allí está el colmo —dijo colgando sus sabios ojos azules de los del señor Tonda. Empezó a andar hacia atrás, palpó el pomo, y abrió la puerta de la habitación. Después se dirigió a la cama de matrimonio sin colchón ni edredones, con unas placas de cristal que formaban un libro muy grueso.

—Eso es pintura sobre cristal. Es una delicia ver a mi hijo pintando con un pincelito el otro lado de la placa, parece un gatito tocando un espejo —contaba la viejecita mirando a la cara al señor Tonda y hojeando de memoria aquellas páginas de cristal que crujían al mellarse.

—Por ejemplo, aquí está san Agustín en un mar de trigo, montado en una máquina segadora-trilladora. Pero de sus caras deduzco que les gustan más los temas religiosos, ¿me equivoco? —dijo riéndose.

—¡Pues aquí está! —exclamó. Con sus ojos lamió el libro de cristal antes de quedarse mirando fijamente al señor Tonda—. Aquí tienen el momento en que a san Angelo se le caen las rosas de la boca. Aquí vemos un incidente que ocurrió a san Bernardo, durante la Santa Cena, junto al vino del cáliz se bebió una araña que después le salió viva de la boca...

—¡Pobrecita araña! Y aquí hay una cosa... ¡Oiga, usted! —gritó la viejecita sin dejar de mirar a Tonda—. ¡Usted, anticristo!, ¡venga acá! —Seguía mirando al señor Tonda.

El señor Bucifal entró desde la cocina.

—¿Aún está viva su madre? —le preguntó la viejecita.

—Sí, sí —respondió el señor Bucifal en voz baja.

—Pues mire. —No dejó de fijar sus ojos en Tonda—. Aquí tiene el sueño que tuvo la madre de san Dominico, soñó que daba a luz a un perro con manchas blancas y negras, y que iluminaba el mundo con una antorcha... ¿No es cierto que ese trabajo sobre cristal está muy bien hecho? Seguro que su madre también soñaba con usted, con su papel en este mundo, y seguro que en su sueño no soñaba que su hijo sería un estafador. ¿Cómo se llama usted?

—Bucifal.

—¡Qué nombre más bonito! —dijo—. Pero mientras esté a tiempo, no se líe más, si no acabará en la cárcel.

—¿Han vendido algo? —preguntó el señor Tonda.

—Sí —dijo cerrando la puerta de golpe.

Y sobre la puerta estaba colgado un Cristo de latón, tenía los brazos en cruz, el cuerpo amarillo, y sobre los riñones llevaba un bañador listado.

—Quizás nos pasamos un poco de la raya —dijo al cabo de un rato—. Ahora me doy cuenta. El Ayuntamiento pensó que saldría más barato si nos lo encargaban a nosotros. Y yo desde el primer momento pensé que el Cristo sería amarillo, como un pollito, que llevaría un bañador con los colores nacionales, una especie de tricolor. Cuando nos dieron la paga y señal nos fuimos a la ciudad, a la casa de un hojalatero, escogí a un aprendiz bajito, lo puse sobre el latón, le dije que abriese los brazos en cruz, y con un lápiz de carpintero dibujé su silueta, después la recortamos, y al cabo de dos días ya estaba colgado en la bifurcación. Pero era desmesurado. En seis días, seis accidentes, robaba la mirada de los conductores. Sobre todo el bañador. De manera que tuvimos que sacar el Cristo y devolver el dinero.

—¡Qué bonito! —Suspiró Tonda—. ¿Pero de dónde sacan esas ideas?

—Las llevo dentro de mí, como si fuese una cabra —dijo la viejecita.

—¿Y qué van a hacer con todo ello?

—Cuando esté todo pintado —dijo como si soñase, apartó la vista, se dirigió a la ventana, y empezó a mirar la puesta de sol—. Cuando estén pintados todas las paredes, todos los armarios y todos los suelos, entonces ofreceremos esta casita a la Galería Nacional, para que a cambio nos dé otra casita, limpia. Y también la pintaremos. Aquí tendrían que instalar un telesilla para que la gente no pise las pinturas del suelo... Nosotros pintamos gratis, para la gente, para que se llene de ilusión... —dijo como en un sueño.

Después el señor Nulicek salió del armario de debajo del fregadero, se puso de pie, bostezó y se estiró.

—Me he echado una buena siesta —aulló.

La viejecita acercó una silla al armario de donde bajó un quinqué, limpió la mecha, la prendió con una cerilla, y volvió a colocar el tubo de cristal. El peletero seguía estirándose, cuando vio el quinqué encendido se quedó rígido y dijo:

—Mamá, ¿sabe qué voy a pintar? —preguntó sin dejar de mirar la mecha prendida del quinqué—. Pintaré una fila de muchachas arrodilladas, justo antes de recibir la comunión, con las lenguas un poco hacia fuera y los devocionarios debajo de la barbilla, y un monaguillo que lleve el misal, y que

al ver las lenguas de las niñas se le caiga el libro y se parta en dos... ¡Eso es lo que voy a pintar! —exclamó mirando la llamita que salía del capuchón, se quedó de pie, rígido, con las manos detrás formando una especie de palmera de pastelería.

—¡Vamos a pintar el caballo! —dijo la viejecita estirando la mecha.

En el patio, al lado de la cabra despellejada, se despidieron de los agentes de seguros.

El peletero subió a la escalera para subir al andamio, detrás de él iba el quinqué protegido por la mano de la viejecita.

Los agentes se sentaron a la cuneta y esperaron el autobús.

La luz del quinqué iluminaba la pared blanca, y la mano iba esbozando las patas delanteras del caballo.

En la carretera había un hombre montado en una bicicleta, y con una cuerda arrastraba un perrito blanco y negro que no quería caminar. El hombre le dio una patada, y el perro avanzó un poquito. Del portaequipajes de detrás colgaba un perrito muerto atado con una correa, de su hocico caían gotas de sangre...

El señor Bucifal se arremangó, pero el señor Tonda Uhde lo cogió por el codo.

—Oye —le dijo—. Algunas cosas hay que dejarlas tal como están. ¿Crees que alguien se come un perro como si comiese un plato exquisito?

6

En el extremo de la ciudad hay una valla totalmente ocupada por el anuncio:

LABORATORIO TÉCNICO, DROGRUERÍA DEL ÁNGEL BLANCO.

—Mire, Bucifal —dice el director—, todos los agentes al principio tienen que graduarse. Y, ¿cuál es el pequeño comerciante más fácil de convencer?

—El droguero —dicen los agentes señor Viktor Tüma y Tonda Uhde.

—Pues bien, vayan a ofrecer una pensión al dueño del laboratorio, ¡una pensión! —dice el director levantando el dedo índice—. Es que hay que saber usar la palabra pensión, del mismo modo que una mujer bonita tiene que saber utilizar un broche de brillantes... ¡Pen-sión, pen-sión! Señores hay que pronunciarlo como si fuesen una madre que acaricia a su hijito, como si fuesen un amante que susurra al oído de su amada la clave secreta de la prueba de amor infinito... Esta palabra hay que pronunciarla muy despacito... Se lo digo en serio, pruébenlo en sus casas, delante del espejo, ¡hay que saber pronunciar la palabra pen-sión! Han de hacerlo como si quisiesen asegurarse a ustedes mismos... PEN-SIÓN, la base de las cosas invisibles, la garantía de un futuro feliz... Y ahora, Bucifal, ¡adelante! Nosotros le miraremos a través del agujero de un nudo de la madera.

Al llegar a la puerta el señor director llama.

Alguien que arrastra sus pies avanza hacia la puerta gritando:

—¡No fijen las correas manualmente!

El señor Bucifal golpea con el puño.

—¡Suelten el vapor de la tercera caldera! —grita la voz.

El señor Bucifal acerca su ojo al agujero del nudo, pero hay alguien en el otro lado que también mira con curiosidad por el mismo orificio.

—¿Quién es? —pregunta la voz.

—Soy el agente de *Ayuda a la Vejez* —dice el señor Bucifal.

La puerta se abre, y sale un hombre polvoriento que lleva un guardapolvo largo y en la mano una espátula.

—Éste es el laboratorio técnico y droguería del *Ángel Blanco*. ¡Adelante! Estoy enseñando el oficio a mi nuevo ayudante —dice el hombre, y el señor Bucifal entra en el recinto.

Un hombre viejo bombea agua dentro de un cubo de madera.

—Nosotros, los drogueros, somos medio mártires —dice el dueño—. Señores, desde que empecé los experimentos para la fabricación de *Tancolin*, el conocido abrillantador de parqué, tengo quemada esta mano. ¡Se prendió fuego en el depósito de parafina y explotó! ¡Fantástico! ¡Y mi mano se quemó como si se tratase del Antiguo Testamento! ¡Porque un laboratorio técnico como el mío es una institución científica!

—¿Maestro, qué le ocurre en los ojos?

—Sí, eso también —dice el droguero—. Una vez estaba destilando licor de guardabosques. Mezclamos un kilo y medio de esencia de guardabosques, veinte gramos de esencia de violeta, cuarenta litros de alcohol, trece litros de jarabe y treinta y tres litros de agua. De golpe se prendió fuego, y la tapa me dio un golpe tan fuerte que desde entonces soy bisojo. Por la noche, en mi casa, cuando leo libros técnicos, me siento en la silla, pongo el libro debajo de la mesa y miro hacia un rincón. En resumen, si quiero leer algo tengo que fingir que miro hacia otro lado. Pero cuando uno tiene una droguería experimental, no puede dejarse disuadir por los pequeños detalles. ¿Y usted, qué me trae?

—Una pensión —dice el señor Bucifal mirando las ramas de los árboles.

—Son cerezos —dice el dueño—. También son víctimas de la ciencia. Por ejemplo, en el mes de mayo estos árboles ya celebran el mes de noviembre. Eso es así desde que fabricamos el veneno para ratas de la marca *Morol*, es mundialmente famoso. Cuando las hojitas de los cerezos justo empiezan a brotar, ya sirven para fabricar tabaco. Es que el cloruro de bario es muy eficaz.

Al lado de la valla se levanta un gran danés enorme, avanza con paso vacilante, y está tan pelado como los cerezos. Se acerca y lame las manos de su dueño.

—¿Qué ocurre, Anita? —El droguero lo acaricia.

»—El *Morol* es para la humanidad. Siempre que leo que antes de la vivisección los perros de laboratorio lamen las manos de los empleados, me enternezco.

»—¿Qué te ocurre, Anita? ¿Empieza a invadirte la funesta sospecha de que pronto comenzaremos?

»—Señores, cada vez ocurre lo mismo, esta perra es un gran danés de Burdeos. La compré en Bydzov, en la estación de tren de Chlumec, donde debíamos hacer transbordo, fui un momento al restaurante de la estación a tomarme una cerveza. Até este animal a una bomba de agua, a través de la ventana vi cómo la gente corría asustada... El perro me echaba de menos, arrancó la bomba de agua, y arrastró la tapa de cuatrocientos kilos hasta el restaurante donde yo estaba. Señor Josef, tener un animal tan cariñoso es agradabilísimo —añade el dueño.

—¡De ninguna de las maneras! —grita el ayudante—. Una vez fui a visitar a las señoritas, tenían tres grandes daneses, Pola, Anita y Alzig, grandes como terneros, cuando yo ya me iba empezaron a escarbar la tierra y salieron de su recinto, me llevaron a su casita y se tendieron sobre de mí, estuvieron gruñéndome a la cara hasta la mañana siguiente.

El dueño entra en el cobertizo y comienza a llenar una carretilla con harina enmohecida.

—Es que los grandes daneses son unos animalillos muy juguetones —dice—. ¿Y los san bernardo? ¡A cuánta gente habrán salvado de una muerte blanca...!

—¡Que no! —El ayudante se enfada—. Cuando yo estaba haciendo la mili en Jesníky, una vieja con esquís se perdió por las montañas nevadas. La fuimos a buscar con dos san bernardo. Por debajo de la montaña de Pradéd perdimos al alférez, y como la nieve se pegaba a los perros, al final los tuvimos que envolver con mantas. Cada uno de aquellos animales pesaba cien kilos, más los veinte kilos de carámbanos de hielo... Los bajamos por la nieve como si bajásemos pianos. Ya en el cuartel, los médicos tuvieron que ponerles cataplasmas para que la fiebre les bajara, y al alférez no lo encontramos nunca más... La vieja que se había perdido por la mañana regresó arrastrando los esquís detrás de ella. ¡Y tenía más de sesenta años...! Había salido a dar un paseo por el Pradéd...

El dueño de la droguería dice en voz baja al agente:

—¡Tengo que hacerlo enfadar..., enfadado trabaja mejor!

—¿En serio? —Se sorprende el señor Bucifal—. ¿Pero, maestro, por qué tiene una voz tan grave?, parece que esté hablando desde un sótano. ¿Le ocurre algo en la garganta?

—La tengo un poco quemada, de una vez que me bebí lejía en lugar de ron. —Asiente el dueño con su cabeza—. Hace diez años que al lado de mi

cama tenía una botella de ron con la etiqueta lejía, lo hacía para que los niños no bebiesen, porque cuando yo era pequeño me bebía el ron de mi padre. Pero mi mujer, por error, dejó allí la lejía, y yo no me di cuenta de ello hasta que me había bebido tres tragos. ¡Es la vida! Si a un droguero no le faltan algunos dedos, la mano entera, o no tiene otras marcas de sus experimentos, no es un verdadero droguero...

—Pero Josef, ¡yo en su caso me compraría un mono!

—¿Pero que está diciendo? —grita el ayudante después de pensar que a cambio de unas coronas sus ropas se van desintegrando—. ¡No puedo ver a los monos ni en pintura! El tonto de Blechtin, aquel con quien fui de excursión a Ziegenhals, se compró un chimpancé. Cuando regresó se puso a vivir con aquel animal, y como es muy buen deportista, cada mañana hacía unos ejercicios con unas correas elásticas...

—¿El chimpancé? —pregunta el dueño.

—¡No. Por favor! El tonto de Blechtin. El chimpancé, el animal, también lo hacía, pero con unos elásticos de veras. Un día fui a verle, y Blechtin, el tonto, me dice, Toma, prueba estas correas, verás que es muy agradable. Así pues, cogí las correas, pero el animal, el chimpancé, las cogió por las asas y empezamos a luchar. Cuando ya estaban estiradas al máximo, aquella puta de chimpancé las soltó. El asa niquelada me golpeó la nariz, y al cabo de tres días me volví bizco. ¡Un mono, ja, ja!

El gran danés de Burdeos avanza lentamente hacia el final del recinto y se pone a aullar.

—Este animal tan bonachón se sabe de memoria el procedimiento de fabricación de Morol —dice el droguero levantando un saco de harina enmohecida.

—Maestro —dice el señor Bucifal—, piense en la jubilación.

¿Qué va a cobrar cuando sus preciosas manos ya no puedan trabajar más?

—Paciencia —responde el dueño mientras vuelca la harina en una caldera.

Se levanta una nube amarilla que cubre todo el recinto.

—¡Apesta a elásticos de perro! —dice el ayudante tosiendo.

—Justamente se trata de eso. —Se alegra el droguero—. Cuando empecemos a removerlo un poco añadiremos tres cazuelas de grasa podrida, así la síntesis obtendrá el sabor adecuado. ¡Señor seguro!, ¿dónde se ha metido? Ah, allí, pues agárrese bien a la bomba de agua, yo le voy a contar nuestro procedimiento. Algunas empresas añaden arsénico al raticida, pero yo prefiero el carbonato de bario, porque las ratas se lo tragan como si fuese un

bombón. Y en su tripa el carbonato se transforma en cloruro de bario. Eso es lo que las mata —dice el droguero muy contento dentro de su nube—. Pero yo necesité bastante tiempo hasta encontrar la síntesis perfecta. Al principio, en una granja, envenené a dos cerdas y a todo un gallinero. Después estuve recibiendo cartas amenazadoras durante unos meses, me decían que las ratas, después de comer *Morol*, aún estaban más gordas... ¿Pero ahora? Ahora sólo recibo reconocimientos y premios honoríficos.

—¡Qué peste más insoportable! Parece que alguien esté descuartizando a un deán —dice el ayudante tosiendo dentro de la nube.

—Señor Josef, si yo estuviese en su lugar tendría una cabra —lo provoca el droguero.

—Pero yo no quiero ninguna cabra, después me quitarían la jubilación porque dirían que hago tonterías.

—Pero tendría leche. Trabaja con venenos...

—¡Que no! La cabra es un cabrón. Como siempre tengo las manos frías me daría un topetazo en el culo y saldría volando del establo, cubo incluido. Además, yo ya no tengo buena vista, y por la noche no la encontraría. También me tiembla el pulso...

—¡Pues sí que la ordeñaría bien! —dice el droguero saliendo del nubarrón.

Se dirige al cobertizo, y con un gancho arrastra la primera cazuela de grasa podrida. Cuando el gran danés de Burdeos lo ve, empieza a aullar más fuerte y a golpear con sus patas.

—Bueno, pues una cabra no, pero tener una vaca, eso estaría muy bien, ¿cuánta leche le daría? —dice el droguero cuando se da cuenta que su ayudante ha dejado de remover la caldera.

—¡Uy, no! —grita el señor Josef removiendo con la espátula deprisa y con mala leche—. Una vaca aún trae más problemas, en mi casa teníamos una, una vaca preciosa, de pura raza suiza, cuando la acompañaba para que el toro la cubriese, me arrastraba detrás de ella, como si fuese en trineo. Y eso que iba atada con una cadena en la nariz. ¡Con una vaca todo son inconvenientes! —grita el ayudante acelerando sus movimientos—. Una vez llevé a nuestra vaca al toro, el dueño no estaba en casa, y su hija, una belleza, soltó al animal, pero el toro me tomó por la vaca, comenzó a perseguirme, pasó por encima del estiércol y de los orines, desde el carro se puso a saltar, saltó el timón, se golpeó las patas delanteras, dio una voltereta. ¡Entonces la hija, la belleza, temió que el toro se rompiese sus genitales preciosos! Antes, cuando una cochina enfermaba, la ponían en la cama, si se moría la tragedia

era tan grande como si hubiese muerto un hijo. Y el toro, que pesaba una tonelada, se levantó, pero yo, que era muy valiente, me senté de un salto en el tejado, el toro hacía fuerza contra la pared con sus patas delanteras, y con los cuernos iba sacando las tejas de madera, sacaba aire por la nariz, parecía una manguera. Y usted me habla... *de una vaca*.

—Aquí están las cazuelas —dijo el droguero—. Y ahora vamos a vaciar la grasa amarilla en la caldera. —Guiña el ojo al agente, se inclina, huele la cazuela, y dice como si soñase—: Eso da a la síntesis el aroma justo.

Después echa la grasa podrida en la caldera. El ayudante la remueve rápidamente con la espátula, y desde el corazón del recinto se eleva un hedor dulce que se extiende lentamente por encima de la valla, cada vez llega más lejos.

En un determinado momento, en el cercado vecino, donde vive el señor Alfred Pivoňka, que durante un cuarto de siglo limpió las fosas sépticas de la ciudad y que una vez heredó un gramófono, se oyen unos bramidos.

Cada vez que en el laboratorio técnico de la droguería el *Ángel Blanco* se fabrica el raticida de la marca *Morol*, el señor Alfred saca el gramófono al patio y empieza a sonar la misma canción, *De Praga soy Pepík*...

Cuando ya se oye por quinta vez, el dueño se acerca a la valla y grita:

—Señor Pivoňka, ¿me siente?

—Con el oído no, con la nariz —dice el vecino, y como le duele una mano acciona la manivela con la otra.

—¡Señor Pivoňka! Pare la música. Es insoportable —grita el droguero.

—Correcto. ¡Pero ustedes han empezado antes!

—¡Señor Pivoňka, voy a quejarme a la Cámara de Comercio!

—Por mí, como si quiere usted ir a quejarse a los lavabos, ¡al quinto grifo! —grita el señor Pivoňka sin sacar el disco, *De Praga yo soy Pepík*... Después grita—: ¡Ustedes en mi contra con la mierda de las ratas, y yo contra ustedes con el gramófono!

—¡Señor Pivoňka, habrá represalias! ¡Ojo por ojo!

—¡Pues yo por un ojo ambos ojos!, ¡y por un diente, toda la mandíbula!

—¿Cómo? —aúlla el droguero—. Señor Pivoňka, si la humanidad afloja en su lucha contra la naturaleza, las ratas van a comerse a todo el mundo, a usted y a su trasto incluidos.

Pero el señor Pivoňka se hace el sordo y sigue dándole a la manivela del gramófono, como si se tratase de un molino capaz de alejar aquella peste.

—Las personas son terriblemente inconscientes —se lamenta el droguero.

El agente le responde:

—Sí, es cierto. Por ello creo que usted necesita una pensión.

—Y usted cómo puede saber lo que yo necesito o no necesito. —El droguero le mira con sus ojos bizcos.

—Yo creo que esta pensión no es para usted. A usted le basta un pequeño almacén de pinturas de anilina y...

—¿Usted cree que puede decirme lo que tengo que hacer? ¿Y si yo quiero esa jubilación...?

—Yo creo...

—¡Pues no crea nada! Sobre esas cosas sólo yo estoy autorizado a pensar —exclama el dueño—. ¡Quiero esa pensión!

—Pero cuesta dinero —dice el señor Bucifal.

—¿Tengo aspecto de pordiosero? —Se enfada el droguero—. Quiero esa pensión, la quiero, y usted va a inscribirme. Y quiero una jubilación de quinientas coronas.

El señor Pivoňka pone el disco por décima vez, él acompaña al gramófono cantando *De Praga yo soy Pepík...* Alguien se pone a dar golpes a la valla, el gran danés de Burdeos deja de aullar y empieza a saltar por la valla, con un ojo azul mira bizcamente hacia otra parte. El señor Bucifal rellena el impreso de inscripción, nombre, apellido y domicilio de la empresa.

—¡Delincuentes! ¡Paganos! —grita alguien detrás de la valla—. ¿Quién puede soportar esta peste?

—¡No podrá con nosotros! —grita el droguero—. ¡Lo tenemos patentado!

—¡Hostia! ¡El problema más difícil es imaginar a Dios como origen de todo el mal, pero eso supera el marco divino! —la voz de detrás de la valla grita y se enfada, después de cada palabra el vecino golpea con un bastón los maderos de la valla.

—¿Nacido el año? —pregunta el agente.

—1895... —dice el droguero—. Ése será Horáček, el adventista.

Y enseguida grita:

—¡Señor Horáček! ¡Nosotros somos el mal necesario!

El señor Horáček deja de golpear la valla y empieza a gritar:

—La Biblia dice que vendrán tiempos peores, pero, señores, yo me ahogo en mi casa. ¡Su Morol traspasa las paredes! ¡Se esparce por la ciudad, de una forma invisible!

En el patio del señor Pivoňka ya no se oye nada, pero de pronto la canción de siempre rompe el aire por undécima vez, *De Praga yo soy Pepík...* Y el gran danés de Burdeos empieza a saltar, y con su ojo bizco mira hacia otra

parte, hacia el punto donde el señor Horácek se ha quedado pensativo, con un dedito sobre sus labios y un palo en la otra mano.

—Señores, ¡ahora ya lo tengo claro! —grita—. ¡He tenido la revelación del papel de cada uno en este mundo! Unos son los llamados..., ¿me oyen?

—Sí —grita el droguero.

—Por favor, firme aquí. —El agente señala con el dedo.

Y el señor Horácek sigue gritando entusiasmado:

—¡Y aún voy más lejos! Aquella iglesia invisible a la que yo pertenezco tiene que tragarse todos los pecados de este mundo. Ustedes y yo somos un vivo ejemplo de lo que estoy diciendo. ¡Señores! ¡He vuelto a nacer! ¡Estoy aquí de nuevo!

El adventista iluminado desvaría, con la luz del conocimiento ve a una niña con un lazo blanco en el pelo que toca el violín acompañando al gramófono, anda bordeando la valla: *De Praga yo soy Pepík...*

Es la hija pequeña de la casita de la acera de enfrente, de la última casita, el último hijo de la familia de los Hildebrant, una familia que no se deja conmover por nada, porque en todo lo que ocurre ve buenos augurios para la familia... Cada vez que el señor Pivoňka pone en marcha el gramófono, la señora Hildebrant da rápidamente el violín a la niña y la manda a la calle con las palabras, *Rüzenka, ve, aprende y acostúmbrate a tocar con una gran orquesta...*, a pesar de que Rüzenka va por el primer libro del método de música... De forma que la niña con el lazo, y el violín bajo la barbilla, y con unos ojos preciosos y atemorizados, camina al lado de la valla y toca, *De Praga yo soy Pepík...*, y su madre, en la ventana, sueña que un día Rüzenka tocará en la sala de conciertos Smetana acompañada de la Orquesta Filarmónica Checa.

El señor Horácek mira a la niña como si se tratase de una aparición.

—¡Amigos! —grita—. ¡Vengan!

—¿Qué ocurre? —grita el droguero—. ¡Queremos trabajar en el refinamiento de *Morol*!

—Por el amor de Dios, déjelo todo y venga aquí enseguida —grita el señor Horácek.

Se suben a unas cajas y se apoyan en la valla.

El señor Bucifal y el droguero miran hacia abajo, donde un lazo blanco tiembla en el pelo de una niña.

—¡Qué bien que toca! —dice el droguero—. Con mucho sentimiento.

—No podría ser de otra forma —susurra el adventista—. Dentro del mismísimo Dios tiene que haber un abismo negro en cuyo fondo tiene que

estar un anillo de oro. Rüzenka, tú llegarás al fondo del abismo... —dice el señor Horáček acariciando a la niña que levanta su vista prematuramente sabia...

Después el ayudante se sienta apáticamente junto a la bomba de agua y se pone a mirar con indiferencia las manchas de *Morol* y al amo que con la síntesis va llenando unas cajas de latón de kilo. El señor Bucifal se despide:

—El dinero que me ha pagado es el adelanto por tres meses más las cincuenta coronas de inscripción, los demás detalles los trataremos por correo —dice el agente haciendo una pequeña reverencia.

Después bordea la valla con la inscripción LABORATORIO TÉCNICO, DROGUERÍA DEL ÁNGEL BLANCO.

—Aquí está mi certificado de graduación —dice al señor director mientras le entrega la inscripción, ya ha doblado la esquina.

El director está apoyado con ambas manos en la valla, gira su cabeza y da puñetazos a los maderos y mira al cielo.

El señor Viktor está estirado en la hierba, boca arriba, meneando sus pies y brazos y chilla con una voz apagada.

—¿Qué ocurre? —El señor Bucifal se asusta.

—Eres el primer agente de *Ayuda a la Vejez* que ha hecho picar a un droguero —dice Tonda.

En un atardecer rojo-dorado fluía por una taberna un canto de hombres subrayado por un tambor y un acordeón. En la penumbra de unas lilas unas sombras de mujeres iban arriba y abajo. Y contra el horizonte de ámbar se alzaba una pared de cementerio.

Dos mujeres trajeron unas escaleras de mano y, a través de unas cortinas, se pusieron a mirar el interior del local.

—Bozka, ¿puedes ver si el tuyo va muy trompa?

—¡Y lleva su abrigo nuevo! ¡Ah! ¡Esos canallas! ¿De dónde sacan esos modales aristocráticos?

Y del pasillo de la taberna salió una mujer sujetándose la mejilla.

—¡Un año después de la boda, y vaya!, ¡qué bofetada! —dijo.

—¿Ha ganado alguien un millón? —preguntó el agente Tonda Uhde.

Una mujer descalza que llevaba una escalera dijo:

—¡Se nota que usted no es de aquí! Nuestros hombres han organizado una fiesta.

—¡Dios mío! —gritó una mujer que se había subido al cuadro de una bicicleta, el mío se está gastando tanto dinero que durante un mes de nuevo los niños podrán comer sólo pan con mantequilla o mermelada.

—¿Dónde va con esa escalera? —preguntó Tonda.

—A la pared del cementerio. A fisgar.

—¿Podría subir yo, también?

—¿Y quién es usted?

—Soy un agente de seguros.

—Encantada. Yo soy la jefa de los viveros de peces en los estanques del príncipe. —Hizo una reverencia, y se oyó los pasos de sus pies descalzos.

—¿No se pincha, usted?

—No, no me pincho. Voy descalza incluso por el rastrojo —dijo la jefa apoyando la escalera, luego se subió al muro.

—Siéntese a mi lado —dijo la mujer—. Y vamos a ver el interior de la taberna. Allí, bajo el espejo, solía sentarse el señor príncipe, y miraba por encima de esa pared, y mirando el cementerio le venía la sed. Y todos lo aprendieron de él.

Cuando en casa un hombre empieza a decir, *¿Qué es lo que hacemos en este mundo? Hoy estamos aquí y mañana podemos estar detrás de aquel muro*, entonces su mujer se pone a llorar, porque el señor príncipe decía lo mismo, y después, en la taberna, pagaba todas las rondas.

—¡Sería un gran señor! —Sonrió Tonda.

—¡No puede ni imaginárselo! Una vez que iba montado a caballo, saltó por la ventana de la taberna con la montura, y pidió una copita de aguardiente y salió montado en el caballo. Bohous Karásek lo quiso imitar, pero con la frente se dio contra el marco de la ventana... Está enterrado allí... —Señaló la jefa.

Después empezaron a mirar hacia el interior de la taberna donde unos hombres bronceados y con las mangas de la camisa arremangadas levantaban sus manos, gritaban, se cogían por la cintura, se miraban largamente a los ojos, se besaban a la manera antigua, se felicitaban, uno se subía a la espalda de otro, se daban golpecitos en los hombros, y con un paso titubeante se acercaban a la barra.

—Aquí querían mucho al señor príncipe, ¿verdad?

—¡Muchísimo! —dijo la jefa—. El señor príncipe tenía un principio, Se robó, se roba y se seguirá robando. Yo sólo quiero que se robe de una forma razonable. Aquel que tiene la cara sobre la mesa llena de cerveza, aquél es un bastardo del señor príncipe.

Y un hombre borracho estaba tendido en medio de la taberna, dos hombres le iban vaciando unas jarras de cerveza por encima, con un chorro finísimo. Y el borracho se despertó, tendió una mano y dijo bajito, Está lloviendo. Y muy feliz puso su cara en la cerveza esparcida y siguió durmiendo.

—¡Ya veréis, hijoputas! —gritaba la mujer desde la escalera—. ¡Va con el abrigo nuevo!

Y el tabernero impregnado de sudor y de cerveza repartía la bebida. Diez jarras en cada mano, como dos lámparas prendidas. Y los hombres le pasaban los trozos de papel y el tabernero se sacaba el lápiz de detrás de la oreja y con unas rayas iba anotando la consumición de cada uno^[55]. Y el acordeonista movía su cabeza, y su compañero se lucía con un enorme tambor.

—¡Qué hombre más atractivo, ese de la camisa azul! —dijo el señor Tonda.

—¿El que acaba de beber de su zapato? Sí, sí, es nuestro farmacéutico. Siempre que tiene tiempo libre va a la taberna, pero no es nada aristocrático. ¡Huy, ése, tardará en calmarse! Comenzó bebiéndose todo el ajuar de su mujer, después se bebió todo el coñac, vino y alcohol de los enfermos... Y no encontró la paz, no pudo acostumbrarse a una pequeña ciudad, porque él es de Praga, hasta que una vieja curandera le aconsejó que cada día de mercado fuese allí en bicicleta y soltase un taco bien contundente. Y así lo hizo. La primera vez perdió los sentidos delante de todo el mundo... Pero cuando gritó en la plaza aquella palabra fea por segunda o tercera vez, ya fue distinto, parecía que la añoranza lo abandonaba... Es el hombre más guapo de todos los alrededores, pero no tiene ni una gota de sangre azul, sólo una camisa azul. Pero ¿ve aquel que se ha caído debajo de la mesa y ahora se levanta?

—¿Aquel hombre tan feo?

—Sí, aquél —dijo la jefa—. Aquél también es bastardo del señor príncipe. Un gran violinista, que se gana la vida sin tocar el instrumento. Cuando se pone el violín bajo la barbilla, todo el mundo empieza a darle dinero, como indemnización, para que no toque. Yo le oí una vez y tuve urticaria... ¡Ah! ¡Tenemos tantos pañuelos! —dijo la jefa, y se sonó con la mano, y tiró los mocos sobre un panteón—. Este violinista nació con tres generaciones de adelanto, por eso toca de una forma tan espantosa. Se llama Pepícek Habásek.

—Psst... ¿No ha oído nada? Como si alguien hablase en voz baja —dijo el señor Tonda.

—Son las voces humanas que suben del río. —Empezó a reír la jefa—. Eso significa que las muchachas se están bañando en el robledal, está a un kilómetro de aquí... ¿Las oye? Hablan de chicos. ¿No nota que el rumor de las cañas llega hasta aquí...? Cuando un pajarillo se despierta en alguna parte, el agua trae su voz hasta aquí, parece como si el pajarillo se despertase dentro de la cabeza de uno... El agua y el viento refuerzan el sonido como si fuesen un altavoz...

Y al lado del muro del cementerio había dos mujeres gesticulando y con sus manos contaban algo a un hombre gordo vestido de negro.

—Ése es el cura —dijo la jefa—, tuvo el honor de confesar al señor príncipe.

—¡Es una suerte que haya venido! —dijo la mujer que estaba subida a la escalera—. Ponga orden y hable con ellos. ¡Si no se gastarán todo el sueldo y después romperán los muebles!

—Tranquilizaos, mujeres —dijo el cura.

Pero oyó la canción y suspiró:

—Eso es la desgraciada naturaleza esclava.

—Son capaces de quemar las casas —dijo la mujer subida al cuadro de la bicicleta.

—Una cosa lleva a la otra, incluso al libertinaje —dijo el cura.

—Es cierto —dijo una de las mujeres—. El mío, cuando se emborracha, señor cura, me obliga a hacer unas cosas... Tengo que...

—No lo vaya publicando —gritó el cura—. Los secretos de alcoba son secretos de Dios. ¿Tienen alguna imagen sagrada sobre la cama?

—Sí que tenemos. Pero él es un toro. Él...

—¡Silencio! —El cura pataleó—. Mrácková, tiene que ir a confesarse más a menudo, y a recibir la santa comunión.

Del interior de la taberna empezó a oírse un canto potente, *Cuando tenía dieciséis años...*

—Monseñor, ¡vaya! —le pidió la mujer de la bicicleta—. Después de esto el mío estará tres días enfermo.

—No sé, no sé. —El cura dudaba—. No quisiera dar perlas a los puercos... Pero ¿qué hacía Nuestro Señor? Rodearse de ladrones y prostitutas. —Intentaba darse coraje.

Después la silueta negra desapareció por el pasillo y apareció en el local, en medio de los hombres que gritaban hacia el techo, se cogían por la cintura, y gesticulaban con la mano libre. El señor cura se subió a una silla, se puso una mano sobre el abrigo negro, y con la otra empezó a señalar muy lentamente el cielo... Pero lo derribaron.

—Un gran bofetón —dijo la jefa.

Al poco rato monseñor apareció por el pasillo con una mano en la mejilla.

—¿Qué les decía? —dijo.

—Monseñor, ¿qué debemos hacer? —gritaba la mujer subida a la escalera.

—Asalten la taberna —aconsejó el cura.

—¡Y nos darán bofetadas como a usted!

—Pues sólo les queda rezar —dijo el cura yéndose.

—¡Monseñor! —gritó la jefa—. Le han hecho un dibujo muy feo en la espalda.

El cura se sacó el abrigo de tela brillante y vio unos genitales femeninos dibujados con yeso. Agitó la cabeza:

—No sé, no sé, pero creo que esta generación no va por el camino de Cristo.

Y con la palma de la mano limpió los restos de yeso. Después se marchó, y el blanco de su camisa resplandecía.

—¡Paganos! ¡Más que paganos! —gritaba mientras metía un brazo en la manga—. ¡Harmagedon! —Metió el otro brazo dentro de la otra manga.

Después se marchó con una mano en la cara.

—¿Quién le ha pegado? —preguntó Tonda.

—Un bastardo del príncipe, el señor Kaspar Kroupa. ¿No distingue su noble perfil? —La jefa lo señaló—. Dicen que parece un cerdo después de recibir tres golpes de maza. Pero lo dicen porque tiene estudios. Sobre su cama hay un letrero, *¡Sé fuerte!*, y cada mañana abre la ventana, y desde la cama se tira de cabeza a la piscina... ¡Ja, ja! Una vez se emborrachó, se quedó a dormir en una taberna, y por la mañana, al despertarse, abrió la ventana y saltó de cabeza a los adoquines de la plaza, y se rompió un brazo. —La jefa empezó a reírse.

—¿Y qué hace en invierno?

—No se tira, pero se baña en el jardín, como el señor príncipe. Un día de invierno un vecino rascó la ventana helada, miró al jardín de Kroupa, ¿y qué vio?, Kaspar estaba en pie al lado de la piscina rompiendo el hielo con un palo, y después... ¡adentro! El vecino, sólo de verlo, se resfrió. Kaspar Kroupa tiene el mismo lema que su padre, el señor príncipe, *El hombre debe castigar el cuerpo, pero el cuerpo no debe castigar al hombre* —dijo la jefa, y se sonó con la mano, y el sonido era el del canto del gallo.

—¡Caramba! Sobre la mesa un hombre está bailando en ropa interior —dijo el señor Tonda.

—Es el maestro del pueblo.

—¿También es bastardo?

—Sí. También. Los vecinos quieren mucho al maestro, porque una vez dijo que si tuviese una hija que cogiese malaria y se muriese, si él tuviese un revólver, seguramente se suicidaría de la pena... Desde entonces, desde que lo dijo, no bebe, coge pítimas, todos se lo perdonan, porque nadie sería capaz de suicidarse por una hija enferma de malaria... —La jefa hizo un gesto con su mano y añadió—: ¿Sabe? Se llama Krystof Javürek, y su madre ordeñaba las vacas del señor príncipe.

—¡Ah! ¿Y aquel hombre enorme que toca el techo con el pelo, también es un bastardo? —preguntó el señor Tonda.

—¡Qué va! Es un gigante. Todos los hijos del señor príncipe tienen alguna tara aristocrática. Un ojo más bajo que el otro —la jefa se señaló a sí misma—, un hombro más alto, un careto como un hacha para romper terrones, gusto por los vicios, y cosas por el estilo. Pero el señor Silhartski es un conjunto de músculos, un hombrón que en las ferias y las fiestas exhibe su cuerpo cubierto con una piel de tigre, en el momento de subirse al podio dice, *Señoras y señores, el juego de los músculos requiere mucho esfuerzo...* Y entonces nosotras, las mujeres, nos subimos al podio, compramos unas coronas de salchichas, vamos a buscar un cubo de cerveza, y decimos al señor Silhartski que se siente sobre una caja de madera. Él nos dice cómo se llama cada músculo y para qué sirve, mientras se va comiendo las salchichas y bebiendo la cerveza, y nosotras, las mujeres, tocamos aquel conjunto de músculos. Mi marido, que en paz descanse, una vez me pilló con las manos debajo de la piel de tigre...

—Pero a ver, ¿cuántos bastardos tenía el príncipe?

—... Y me pegó con el látigo hasta que perdí los sentidos. ¿Bastardos?, en total sesenta y siete —dijo la jefa.

—¿Cuántos? —Tonda se asustó.

—En total somos sesenta y siete. Quince murieron, vivos quedamos cincuenta y dos —dijo la jefa mostrando su perfil.

—¿Usted también tiene sangre azul?

—Usted tiene el honor de estar hablando a una noble —dijo, y con su índice doblado se apretó uno de los agujeros de la nariz y se sonó de una forma muy hábil—, porque el señor príncipe sabía lo que era una mujer de verdad. La mayoría de bastardos y bastardas los tuvo con las mujeres y las hijas de los guardabosques, de los jefes de los viveros y de los capataces. Y se encargó de todos sus hijos. Pero sobre todo amaba a las vaqueras. Cada vez que bajaba del granero estaba deslumbrado, con el pelo sucio de paja o estiércol, a mí él y mi madre me hicieron en el pajar. ¿Qué más? ¡Pues el señor príncipe hablaba cinco lenguas, y a su mesa sólo se sentaban artistas! Pero mujeres, las que más le gustaban, eran las vaqueras. Del señor príncipe contaban que deseó tanto a una vaquera que la derribó, la mano de ella se quedó dentro de los orines de vaca, y también su pelo, ¡pero él no cedió! Hasta ese punto le gustaba la gente sencilla... Y después llegó al castillo sucio de estiércol, eso lo contaba su criado, y empezó a gritar ¡*He tocado la tierra!*

—¿Qué sensación se tiene cuando se es bastardo?

—Es muy agradable sentir que por mis venas late la sangre del príncipe —dijo la jefa cogiéndose con una mano la muñeca de la otra—. ¡Él valoraba mucho las buenas ideas! Una vez, en Nochevieja, regresaba del hotel Na knízeci^[56], y el suelo estaba tan helado que él se cayó algunas veces. Mi madre salía del centro católico, y cuando lo vio, anduvo sobre sus pasos, cogió tres manteles y los fue poniendo delante del príncipe y después los recogía detrás de él para ponérselos delante, y así llegaron al castillo. En su lecho de muerte aún lo recordó. Antes de morir tuvo la visión de mi madre poniéndole los manteles sobre el hielo... —A la jefa se le saltaron las lágrimas.

—¡Dios mío! —gritó el señor Tonda—. ¿Verdad que aquel hombre está tocando el tambor con su pene?

—Sí, es Karel Gajdos, también un bastardo. También lo hace durante la fiesta de carnaval —dijo la jefa y añadió enternecida—: ¿no es entrañable? El señor príncipe muriéndose y viendo cómo mi madre le va poniendo delante, sobre el hielo, los manteles, hasta el cielo...

En la taberna los hombres cantaban *En el otoño cuando las dalias florecen...*

Las mujeres, llorando, se iban dispersando, sobre el pueblo salió una luna mojada, en el local el tabernero, empapado, distribuía cerveza, llevaba diez jarras en cada mano, como dos lámparas prendidas.

De la taberna de abajo sube una música...

Todo el local estaba cantando, y el canto amenazaba con arrancar el tejado. Y uno de los cantantes, entusiasmado, tiró de la cortina de algodón, y todo el riel, con cortinas y volantes, se cayó y envolvió al borracho que estaba apoyado en la pared y que por iniciativa propia dirigía el acordeón y el tambor, que también habían desaparecido debajo de las cortinas y de los volantes, de los que salían unas manos marcando el ritmo, unas manos que tocaban el acordeón, y una mano que golpeaba el flanco de un gran tambor.

Kristof Javürek, el bastardo, salió de la taberna, avanzaba en zigzag hacia el *water* iluminado, allí se cayó y acabó tendido dentro de la canal asfaltada.

—¿Ve usted? —dijo la jefa—. Es igual que el señor príncipe. Una vez regresaba del casino aristocrático de Praga, y se cayó delante de la taberna *U bílého zajíce*, en medio de la calle Lilia. En aquel momento pasaba por allí un socialdemócrata con un gran sombrero, y le dijo, *Ciudadano, ¿puedo ayudarle?* Y el señor príncipe, a pesar de que las piernas no le aguantaban, se apoyó con los brazos en los adoquines, entre sus propios vómitos encontró su

monóculo, se lo puso, y dijo, *¿Sabe quién soy yo? ¡El príncipe Thurn el Secco Tasso! Avanti!*, y se quedó tendido en el suelo. Eso es tener sangre azul, ¿no?

—Es un ejemplo magnífico —dijo el señor Tonda—, pero si usted conoce tan bien a la gente del pueblo, conocerá a un tal Lada, correero...

—¡Claro que le conozco! ¿Por qué quiere verlo?

—Nos escribió para un seguro...

—Pues ya no se va a inscribir para ninguna jubilación —dijo la jefa—. La tiradora de cartas le dijo que se acercaban malos tiempos para los pequeños comerciantes y artesanos, y él se lo vendió todo enseguida, malgastó su dinero... Es el que está bailando en medio del local, con una jarra sobre la cabeza.

Un hombre alegre, con una camisa blanca, salió de la taberna y se puso a gritar a la luna que había salido por encima de los tejados:

—¿Quién tiene apetito? ¡En mi casa tengo una oca, un pato y un faisán asados! Sólo tenéis que decírmelo y los iré a buscar en un santiamén. ¡En mi casa incluso el perro vomita!

Pero nadie le respondió, y el hombre fue tambaleándose hasta el *water* y empezó a orinar sobre el pecho del señor maestro.

Mi juventud fue alegre, duró muy poco, desgraciadamente...

En la taberna empezó un canto con una nueva fuerza, las manos se entrelazaron de nuevo en los hombros y en las cinturas, y las venas del cuello se hincharon de nuevo y el aire del techo de la taberna vibró más intensamente, el alegre huésped del *water* cantaba, *Yo no soy tan joven...*

El correero levantaba las manos y bailaba solo, mientras que el señor maestro seguía tendido en la canal alquitranada.

Y del pasillo salió un hombrecillo quejándose y lamentándose, y pedía a Dios que se lo llevase de una vez...

—Después de una fiesta suele haber una epidemia de diarrea —dijo la jefa y añadió—: Ése es Karlícek Hemel, el trompetista de los bomberos. Una vez se declaró un incendio, él no encontró su trompeta, y se paseó por la plaza mayor tocando el violín y gritando, *¡Fuego..., fuego..., fuego...!*

El trompetista de los bomberos se cayó en medio de las ortigas, tocando al muro del cementerio, y se incorporó, y con un clavo se puso a rascar el cimientado iluminado por la luna:

—Juro que nunca jamás...

—Oye, Karlík, no escribas más aquí, ¿vale? —dijo la jefa—. No hagas más garabatos sobre la tumba de mi padre, ¿me oyes?

Pero la mano del trovador resbaló, y el clavo hizo una gran raya en el cimientto, y se oyó un ruido muy intenso, como si un relámpago entrase en la tierra. Y el trovador se quedó dormido con el clavo entre los dedos.

Las muchachas iban regresando del río. La luna las empujaba delicadamente por la espalda y las obligaba a pisarse sus propias sombras...

Era un cuento precioso, duró tan poco, desgraciadamente...

Los hombres, muy morenos, cantaban dentro del local, y lo hacían como si con esa canción cada cual se homenajeara a sí mismo...

El tabernero, empapado, iba distribuyendo las lámparas de cerveza...

8

Entre el salón de baile y la cocina había una ventanilla de vidrio traslúcido, allí se recortaba la silueta de un hombre en frac, que en sus dedos sostenía un vaso con suma elegancia, como si se tratase del anuncio de un aperitivo. Se acercó el vaso a sus labios, y se bebió hasta la última gota del delicioso aguardiente. Después la silueta desapareció, y reapareció en el salón, en frac, era el profesor de baile. Dio una palmada y se puso en medio del parqué, se pasó sus dedos por encima de los botones de la bragueta, y dijo con una voz potente:

—Bien, señores, como la última vez, las damas todavía no han llegado, ¡sólo una! —Y señaló hacia el espejo, debajo estaba sentada la señorita Hroudová con un vestido de algodón a cuadros, y con los dedos clavados en un gran pañuelo—. No han llegado, ¡pero las que no están, ya vendrán! ¡Me prometieron participar en las clases de baile para adultos y avanzados! Mientras no llegan, ¡distribúyanse, los números pares harán de lo que son, de caballeros, y los impares de damas! Enseguida repasaremos el vals. Maestro, por favor ¡Strauss!

El profesor de baile hablaba muy alto, y sus alumnos se pusieron en fila, y él avanzó diciendo, *par, impar, par, impar...*, cuando llegó al último alumno dio la orden:

—¡Caballeros, inviten a las damas!

Y el maestro de orquesta, que de joven había tocado a U Spirkü y a Staré pani^[57], hizo una pequeña reverencia, pero cuando vio que los bailarines iban con ropas muy viejas, empezó a marearse, se equivocó, y en lugar de ir hacia el piano, avanzó hacia el espejo, como si quisiese entrar dentro.

—*Verfluchete Paralyse*^[58]! —renegó y se sentó al piano, y en el salón empezó a tronar el vals *Las voces de la primavera*.

—Y enseguida el delicioso Vals del Emperador —gritó el profesor de baile—. Tengo que ir un momento a la cocina, ¡tengo que hablar por teléfono con las bellas damas!

Y se alejó de la sala muy preocupado por las bellas damas, después su silueta desapareció detrás de la ventanilla de cristal traslúcido, entre el salón y la cocina, y en el teatro de sombras chinescas, una mano le dio un vaso.

—¡Dios mío! —dijo el señor Bucifal que hacía de dama del jefe—. ¡Qué clase de gente está aquí!

—Son nuestros clientes —dijo secamente el jefe—. El carnicero sentado debajo del espejo fue el primero que picó. Escogió la pensión más alta. Bucifal, ¿ve al señor Viktor? Pues él está bailando con un maestro barnizador, el señor Timik, y también está a punto de caramelo. Si se fija verá que todos son pequeños comerciantes viejos, oficinistas, algunos solterones chiflados... Porque, ¿quién va a apuntarse a unas clases de baile en la periferia?

—¡Jesús! ¿No le he dado un golpe demasiado fuerte? —exclamó el señor Bucifal—. ¡Dios mío! ¿Quién es el tipo que baila solo?

—Un ayudante de *Parques y Jardines*, el señor Jirousek —le dijo el señor director al oído—. Durante la primera clase fue mi dama, pero al empezar a bailar la polca me dejó de golpe y se puso a bailar solo. Un carácter individualista... Tuvo dos hijos mentalmente alienados, cuando ya tenían quince años no se les podía enseñar a leer el reloj, su padre ponía las agujas en todas las posiciones posibles, les golpeaba la cabeza con el despertador... Ahora la situación ha mejorado, un hijo se ahorcó, y cuando el otro ve el reloj a las cinco y cuarto, dice que es la media... Y el ayudante de *Parques y Jardines* se siente feliz, porque a pesar de todo, va mejorando.

—¿Y a usted, quién le paga la inscripción a las clases de baile? —preguntó el señor Bucifal.

—La dirección de *Ayuda a la Vejez*. El año pasado, durante las clases de baile para adultos y avanzados, en el otro extremo de Praga, en total se inscribieron doce pensionistas nuevos —dijo el jefe mientras bailaba el *Vals de Viena* y desplazándose ligeramente hacia la izquierda.

—¿Pero sabe usted que los ayudantes de Parques y Jardines son responsables de muchos asesinatos? —preguntó el señor Bucifal poniendo suavemente su cabeza sobre el hombro de su pareja—. Parece que es consecuencia del aire fresco, te estás cinco años plantando y regando flores, y de repente se te ocurre un asesinato. Un triple asesinato bestial en Namést'nad Oslavou.

»El asesino fue un tal Filipi, un ayudante de Parques y Jardines, después de los hechos se quedó sentado en un pozo abandonado y esperó los acontecimientos... ¡Y Stépánek, en Roudnice!

»Mató a tiros a dos mujeres que iban en bicicleta, después mató a su prima, la metió en la bañera, y al final se fue a la comisaría y dijo, ¡Yo soy Stépánek, el famoso asesino, el ayudante de Parques y Jardines!, ¡pero tenga cuidado! —gritó el señor Bucifal.

Y por su lado pasó rápidamente el ayudante de Parques y Jardines, avanzaba a una pareja tras otra, las gotas de sudor brillaban en su frente, le goteaban por las cejas, y el jardinero bailaba con los ojos cerrados y los codos levantados, como si quisiese ponerse a volar...

—¡Ya ha llegado, que suerte! —dijo el jefe señalando la entrada con su barbilla—. Es mi amigo Bloudek, el vigilante del manicomio...

—¿También vienen locos?

—También, pero los que aún no han sido encerrados. —Se rió el jefe—. Bloudek está aquí para descansar un poco de los locos. ¡Pero después de la clase haremos un *picnic*! Yo pongo las botellas, y Bloudek nos llevará al jardín. ¡Ajá!

Y detrás de la ventana traslúcida la silueta terminó de beber el licor y desapareció.

Y el profesor de baile entró de prisa en la sala, se pasó los dedos por encima de los botones de la bragueta, después se arregló los gemelos, levantó la mano, y el piano empezó a sonar.

—Señoras y señores —gritó el profesor—, hoy comienza la temporada de baile y yo tengo la obligación de darles algunos consejos valiosos... Por favor, que el señor deje de bailar mientras yo hablo, ¿de acuerdo? —el profesor se mosqueó.

Y el ayudante de Parques y Jardines siguió bailando solo, por debajo de sus párpados cerrados saboreaba la maravilla del compás de tres por cuatro. Algunos alumnos los cogieron, pero él, sin ningún tipo de esfuerzo, se soltó. Al final seis de los alumnos de las clases de baile se le echaron encima y lo inmovilizaron, entonces el jardinero abrió los ojos.

—Eso, lo que va a oír, también va para usted —dijo el profesor de baile, abrochó un botón de la camisa del jardinero, y añadió—: ¡Usted también se hubiera podido poner una corbata...!

—Se dio la vuelta y gritó: —Empieza la temporada de baile, y señores, les advierto, ¡tienen que venir en frac! Un frac consiste en unos pantalones negros, un chaleco blanco con un gran escote, una camisa blanca...

—¡A mí me gusta llevar la camisa de los *boy scouts*! —dijo el jardinero.

—¿Pero usted qué se imagina? ¡Con un frac debe llevar una camisa blanca! ¡De *boy scout*! —aullaba el profesor—. ¡Una camisa blanca!

¡Almidonada! ¡Y sobre el pecho, como máximo, son aceptables dos botones de perla! ¡No deben llevar joyas! Por favor, señores, ¡tengan en cuenta este detalle! ¿Qué quiere? —El profesor se giró hacia el ayudante de Parques y Jardines.

—A mí me gusta llevar el cinturón de los *boy scouts*, porque de la hebilla cuelga la llave de mi casa —dijo el jardinero, se apartó la americana de dril y mostró la llave.

—¡Dios mío! ¡Venga como le dé la gana! Pero yo en mis clases sigo el método Gutha-Jarkovsky —empezó a gritar el profesor—. ¡Y la corbata tiene que ser blanca, y los guantes también, y el sombrero de copa deben dejarlo en guardarropía!

—¿Y con el frac no podría llevar...? —empezó el jardinero.

—¡No quiero oírle más! ¡No quiero! —El profesor de baile se tapó los oídos—. ¡Tengo que telefonear a las bellas damas! —Y se puso a correr agitando las manos alrededor de su cabeza roja. Al cabo de un momento su silueta telefoneando a las bellas damas apareció detrás del cristal traslúcido de la ventanilla, el vaso de aguardiente hacía las veces de teléfono.

El pianista, que de joven había tocado en U spirü y en U Staré paní, cogió un trozo de salami de caballo que estaba sobre las teclas más agudas, le dio un mordisco, y empezó a tocar el Vals del Emperador.

El señor Blodek, el vigilante del manicomio, se sentó al lado de la señorita Hroudová que estaba llorando.

—¿Qué le ocurre? —le preguntó.

—No tengo ninguna gana de seguir en este mundo —dijo.

—¿Pero, por qué?

—¡En cumplimiento de mi función de vicepresidenta de la Sociedad Protectora de Animales, me he enterado de que en Sadská han vuelto a pillar a un aprendiz despellejando una cabra viva! ¿Cómo es posible que la gente trate de ese modo a los animales...? —La señorita Hroudová lo explicó con palabras entrecortadas y cubriéndose el rostro con su pañuelo.

—No llore, mujer —le dijo el vigilante—. ¡Fíjese en la cicatriz que tengo en la frente! Un día una portera tiró de la cadena, en el *water* estaba un gatito vivo y, antes de que se lo llevase el agua, el animalito le miró tan acusadoramente, que ella se trastocó.

—¡Lo merecía! ¡Dios la castigó! —La señorita Hroudová pasó de las lágrimas a las carcajadas.

—¡Pero eso no es todo! —dijo el vigilante inclinándose—. Una vieja gata fue a mirar dentro del *water*, puso su patita en el agua, y miró a la portera de

una forma tan acusadora que la remató, la tuvieron que llevar al manicomio. Y cinco días más tarde rompió un *water*, y se quiso cortar las venas con un trozo de porcelana, y yo se lo quise impedir... ¡Y mire! —dijo el vigilante mostrándole la cabeza.

—Es decir que la justicia suprema todavía existe. —Se rió la señorita Hroudová, y girando su vista miró fijamente el corazón de la justicia.

—Están tocando el *Vals del Emperador*, ¿quiere bailar? —El vigilante se levantó dando un golpe de tacones.

—Otro día, aquí hay suficientes señoras... Y además... —dijo la señorita Hroudová intentando poner su mano en el bolsillo—. ¡Ay! ¡No llevo bolsillos, pero en mi casa, en un bolsillo, tengo un informe sobre unos carniceros que a menudo sacan los ojos a los toros porque no quieren descender a las minas!

—Pero por otra parte, ¡cuántos toros deben de haber matado a coces a los carniceros! —exclamó el señor Bloudek.

—¿En serio? —preguntó la señorita, se sacó el pañuelo de la cara llorosa, se sonó las lágrimas, y dijo—: Eso no lo sé, cuénteme algún caso bonito.

—Pues, por ejemplo, en el matadero de Holesovice un toro terminó con la vida de dos vaqueros. Al primero lo destrozó contra una pared. Después fingió que ya se había calmado, y el segundo vaquero, era mi cuñado, no tomó suficientes precauciones, y el toro lo embistió de golpe, empezó a correr, atrapó a mi cuñado, se dio la vuelta, y lo empotró contra una barandilla...

—¡Qué bien! ¡Qué bien! —exclamó la vicepresidenta de la Sociedad Protectora de Animales—. ¡Vamos a bailar! ¡Me ha dado una alegría! ¡Es que yo quiero tanto a los toros, pero tanto! Si fuera suficientemente fuerte me pondría en el regazo uno de aquellos toros de una tonelada, y le acariciaría el cuello y la tripita...

La señorita Hroudová se dejó llevar por sus pensamientos y movía la cabeza como si con su mejilla acariciase la tripita de un toro de una tonelada.

—Señorita —dijo el vigilante—, cierre los ojos e intente tocarse con el dedo la punta de su nariz.

La vicepresidenta se tocó con el dedo su ojo cerrado.

—Muchas gracias —dijo el vigilante—. Ahora intente estirar sus manos delante de usted y venir directamente hacia mí... —y añadió—: ¡Con los ojos cerrados!

Y la vicepresidenta lo hizo, pero con una desviación de cuarenta grados.

—Y ahora, por favor, siéntese —le dijo el vigilante—. ¡Ahora ponga una pierna encima de la otra!

Y dio un golpe al bies en la rodilla de la señorita, y después dijo:

—Reflejos casi nulos. Oscilación de los dedos de la mano casi imperceptible, ligera caída hacia un lado. Esquizofrenia, desdoblamiento de la personalidad. Un día ya no sabrá regresar y la llevarán allá... —dijo señalando con un dedo el rincón del techo donde él creía que estaba el manicomio.

Y en la sala de baile el profesor entró corriendo, durante la carrera comprobó los botones de la bragueta, con un gesto de las manos hizo que se parara la música y mientras señalaba a la señorita Hroudová dijo:

—Casi me había olvidado. ¡Entre nosotros tenemos a una dama!

Y la señorita Hroudová se sonó de forma muy ruidosa, y el vigilante se ruborizó.

—¡Una dama! —exclamó el profesor de baile—. Cuando las damas van al salón deben llevar un chal ligero llamado entré. Y normalmente llevan un pañuelo de encajes... Seguro que hace bastantes años vieron la película *El pañuelo de encajes*, con Irene Dunney y Charles Boyer... La dama debe ponerse el pañuelo de encajes en el escote. —El profesor se pasó los dedos por encima de los botones y exclamó—: Y ustedes, señores, si alguna vez tuviesen el honor de ser miembros del comité de baile, y llegase un personaje importante, no olviden darle la bienvenida, sacarle el abrigo en guardarropía, y acompañarlo con su séquito hasta el podio, mientras suena el solemne ruido de las fanfarrias. Eso se lo recomiendo de todo corazón.

—Pero yo hago el papel de dama —dijo el maestro deshollinador.

—Ahora sí, pero en la vida normal, usted es un caballero —gritó el profesor de baile—. Ya puedo darles una primera noticia, ¡tres damas han prometido participar en las próximas horas! ¡Y voy a llamar a otras!

—¡Qué pena! —dijo el maestro deshollinador.

—¿Cómo? —preguntó el profesor chillando.

—Es que me he acostumbrado a ser la dama de Jarda, y jamás de la vida había bailado tan bien. ¿Verdad Jarda? —dijo el deshollinador mirando al señor Timik, el barnizador.

—¡Dios mío! ¡Eso no debe decirlo en ninguna parte! ¡No quiero problemas con las instituciones! —exclamó el profesor de baile—. ¡Y ahora, maestro! ¡Un tango! ¡*En la lejanía, más allá del ruar, está Hawai!* Y yo voy a telefonar de nuevo —gritó gesticulando con las manos, y los puños de la camisa se le cayeron.

Al cabo de un rato su silueta apareció detrás de la ventana de cristales traslúcidos, entre la sala y la cocina. Se arregló los puños, y con una mano

aceptó un vasito.

Cuando el pianista, que de joven había tocado a *USpirü* y a *U Staré paní*, empezó a tocar un dulce tango, con su codo tiró al suelo el salami de caballo, después se arrodilló, con una mano continuó tocando, y con la otra palpaba el suelo. Cuando encontró el salami se lo puso en la boca, y siguió tocando con ambas manos, cuando tuvo que tocar las octavas más agudas con la mano derecha, se sacó enseguida el salami de su boca y lo dejó sobre el teclado.

Tres parejas estaban bailando casi en el mismo sitio, mientras tanto el ayudante de Parques y Jardines empezó a acelerar la danza.

—¡Y a mí que me cuenta! —Se enfadó el deshollinador.

—¿Por qué no intenta destacar hoy, de un modo u otro? —dijo el jefe que estaba bailando con un suboficial sin moverse del sitio.

El deshollinador puso suavemente su mano sobre el hombro de su pareja, el señor Jarda Timik, pintor y barnizador, cuyos oídos estaban llenos de manchas de todos los colores, y dijo:

—Pues señores, mi abuelo era deshollinador en Benesov. Y en la taberna de Nigrin apostó que cuando el archiduque Ferdinand de Este fuese a la iglesia con su mujer, la condesa Chotková, él, mi abuelo, tocaría la pantorrilla de la noble señora. Aquel domingo todos los pequeños comerciantes se plantaron delante de la iglesia en frac y sombrero de copa. Y cuando el archiduque llegó, mi abuelo que estaba en el tercer escalón, se santiguó, y ¡chups!, su mano bajo la falda de la condesa...

—¿Estaba fuerte, la pantorrilla? —La tercera pareja se detuvo.

—Mi abuelo siempre decía que no había tocado nunca unas pantorrillas semejantes.

—En aquellos tiempos había unas putas que nadie valoraba suficientemente. —El maestro deshollinador se santiguó—. Pero el archiduque sacó su revólver y quiso matar enseguida a mi abuelo. Pero los pequeños comerciantes vestidos de frac se pusieron de rodillas e imploraron al archiduque que cambió de idea, le dijeron que si en la ciudad hubiese dos deshollinadores podría matar a uno, pero que no era así. El archiduque le perdonó la vida, pero dijo a mi abuelo que tenía que llevar dos mil monedas de oro al castillo de Konopisté, como obsequio a las aristócratas empobrecidas. De modo que mi abuelo se las ingenió para recoger las dos mil monedas de oro, y las entregó, y después se emborrachó tanto que tuvieron que llevarlo a su casa dentro de un barril, y en el camino el barbero tuvo la idea de afeitarse la barba. Y le cortó la barba y lo afeitó a la navaja, y después lo dejaron en un canapé. Y él, por la mañana, cuando se despertó, tiró agua al

aguamanil y a su cara, y cuando se vio se quedó perplejo, y dijo, *Ese no soy yo*. ¿Y sabe dónde fue a parar, amigo? —preguntó el maestro deshollinador balanceándose dulcemente al ritmo del tango.

El señor Bloudek, el vigilante, asintió:

—Donde yo trabajo, en el manicomio...

Y el deshollinador y su pareja de baile se detuvieron.

—Y yo les pregunto: ¿podía haber alguien más famoso? ¿Quién más tocó las pantorrillas de la condesa? ¡Algo así sólo podía pasar en la época del imperio austro —húngaro!

Y cuando el señor Hurdálek, oficinista, dando vueltas con su pareja, volvió cerca de los que bailaban sin moverse de sitio, se dio la vuelta y dijo:

—¡Vayan con cuidado! ¡Yo no voy a dejar que insulten a la Primera República^[59]!

—¿Quieren una prueba? —dijo el maestro deshollinador ejecutando una figura de tango, parecía que mientras bailaba se riese.

—Bien, señores, mi padre, a los treinta años, era alférez de policía en Hostivar, la vigilancia estaba reforzada porque allí vivía el primer ministro, el señor Svehla. Cuando el señor presidente fue allí de visita, el teniente distribuyó a los policías por el jardín, debajo de los arbustos de grosella. A la puesta de sol mi padre estaba sentado debajo de un grosellero, entonces el presidente entró en el jardín con el primer ministro, mi padre oyó, *¡Pues siga adelante!*, y vio que el señor presidente se desabotonaba la bragueta, y empezaba a orinar sobre el arbusto, sobre mi padre. ¡Y aquello sí que era democracia, mi padre ni chistó! Después, cuando el teniente retiró la vigilancia del jardín, le preguntó, *¿Por qué estás mojado, Hurdálek?*, y mi padre dijo que el señor presidente había meado encima de él. Y el teniente le dio unas palmadas en el hombro y le dijo, *Hrudálek, ahora todo depende de usted, puede llegar muy lejos*, y cuando el teniente entregó el informe al primer ministro, mencionó elogiosamente la valentía de mi padre bajo los groselleros. Y cuando el primer ministro llegó al castillo presidencial^[60], lo primero que contó al señor presidente fue el incidente del grosellero. Cuando se hartaron de reír, el señor presidente dijo, *¿Pues qué vamos a hacer con el alférez? Lo ascenderemos a subteniente por su valentía*. ¡Y fue así cómo mi padre, a los treinta y un años, fue nombrado subteniente de policía! —gritó orgullosamente el señor Hurdálek, después bailó a paso ligero con su pareja.

—¡Yo también dejaría que se me measen encima! —dijo un suboficial jubilado.

Pero el profesor de baile, muy enfadado y con la cara roja, entró deprisa en la sala gritando:

—¿Éstos son temas para tratar en una clase de baile? ¡Guárdenselo para cuando vayan a bailar a locales como *Na Vejtoni*! ¿Y por qué no están bailando? ¿Y quién está durmiendo debajo del espejo? ¿Por qué no pasean cogidos por el brazo?

Y sacudió al carnicero dormido.

—¿Quién es usted?

—Josef Cuc, carnicero y tocinerero, calle Vysehradská...

—¿Una dama, o un caballero?

—Una dama...

—¡Dios mío! ¿Pues por qué se duerme con las piernas separadas? ¿Dónde tiene usted sus modales? —gritó el profesor mientras pasaba sus dedos por los botones de la bragueta—. ¿Quién ha fumado? Noto vuestro olor. ¡Las clases de baile no son una cura de sueño!

Entró corriendo en los lavabos y al rato se oyeron sus gritos. Dos cocheros que habían ido a fumar un puro salieron compungidos y avergonzados.

El señor Bucifal llevó su pareja hasta medio camino y dio la vuelta.

—¡Tienen que girar, tienen que girar! —gritó el profesor desde la puerta—. ¿Es así como ustedes acompañan a sus damas? ¡Señor maestro, música! ¡Y ustedes dos, venga, al centro de la sala!

Y el pianista, que de joven había tocado en *USpirü* y en *U Staré paní*, palpó el piano, se sentó, y suspiró:

—*Verfluchte Paralyse!*

Y se puso a tocar el vals *Tesoro mío*^[61].

El señor Bucifal ofreció su brazo a su dama, un tratante de ganado, y cuando ya había captado el ritmo, se abandonó al compás de tres por cuatro. Y ambos estaban rojos porque los demás alumnos los miraban boquiabiertos, mientras el ayudante de Parques y Jardines movía sus manos y cogía una velocidad vertiginosa.

—¡Eso es! —dijo dulcemente el profesor—. Que pare la música. ¿Y cómo hay que acompañar a una dama hasta su mesa, cómo? Con su mano dirigía los buenos modales, con un gesto atrajo a la pareja que estaba bailando, les hizo caminar cogidos por el brazo hacia su mesa, después puso su mano detrás del oído, y escuchó al señor Bucifal que mientras hacía una reverencia decía:

—Querida dama, ha sido maravilloso, le ruego que me conceda el honor de otro baile.

Y el tratante de ganado bizco, que en Eslovaquia había metido veinticinco vacas en un vagón, en lugar de dieciocho, de las cuales cinco o seis murieron de sed o hambre durante el camino de Praga, a pesar de ello el negocio había merecido la pena, bajó su mirada y dijo muy bajito:

—Estoy comprometida.

Al profesor de baile le saltaron las lágrimas:

—Soy muy buen profesor..., compréndanlo, el caballero debe ser siempre galante. Señor maestro, ahora vamos a bailar el vals *El jardín azul florecerá*... —exclamó emocionado pasando su dedo por encima de los botones.

El ayudante de Parques y Jardines, empapado de sudor, se detuvo y dijo:

—¡Oh! ¡Qué delicia de baile! —Se retorció las manos como si se tratasen de un cordel y añadió—: Señor profesor, ¿podría mandar un telegrama de agradecimiento al comité de baile?

—Mándelo —dijo el profesor—. Pero diga quién le da las clases de baile. —Después levantó sus dedos—. ¡Señores, voy a llamar por teléfono a las bellas damas!

Se fue con su cabecita decantada, impresionado por el reconocimiento, desapareció en el pasillo, y una vez más su silueta se recortó detrás del cristal traslúcido con un vaso entre sus dedos.

Y de golpe se abrió la puerta de entrada, el barnizador, señor Timik, entró corriendo y gritando:

—¡Eh! ¡Eh! ¡Ha llegado una gran personalidad! ¡Deprisa! Que alguien vaya a recibirle, le saque el abrigo, y...

Nad'a entró en la sala arrastrando por la manga, detrás de ella, un abrigo de falso visón, se estaba riendo, se detuvo al lado de la puerta, esperó a que en la sala, donde todo el mundo estaba petrificado, entrase el señor Tonda Uhde, el agente de seguros, que llevaba una gabardina echada sobre los hombros con indolencia, y una rosa en sus dedos.

El profesor de baile levantó la ventanilla de la cocina y sacó su cabeza.

—Señores —exclamó—. ¿Qué les había dicho yo? ¡Ya ha llegado una bella dama, y llamo a las demás! ¡Señor maestro! ¡*El jardín azul florecerá*! —Y bajó la ventanilla, y su silueta levantó de nuevo un vaso.

—*Verfluchte Paralyse!* —dijo el pianista antes de hundir sus dedos en el teclado, y con la mano derecha tocaba las octavas más agudas, y cuando llegó a la última no pudo tocar el salami. El señor Tonda se sacó la gabardina, después hizo una reverencia a Nad'a, y tenía una rosa preciosa en sus dedos, y con unos pasos largos componía figuras elegantes y daba vueltas, y cantaba

con el piano, *En el corazón de quién entró la belleza de los pensamientos azules...*

—¡Qué bien que canta usted! —dijo Nad'a apartándose un poco y mirando la cara noble del señor Tonda.

El ayudante de Parques y Jardines, en éxtasis, avanzaba a todos los bailarines, y el pianista tenía su mirada bizca fijada en el suelo, y sin perder el control de los dedos murmuró:

—Creo que ya me he comido todo el salami...

9

Por encima del muro del manicomio iluminado por la luna se inclinaban unas ramas sinfónicas, el señor Bloudek, el vigilante, abrió la puertecilla lateral de hierro, y los agentes de Ayuda a la Vejez entraron en el jardín de la institución. La señorita Nad'a llevaba un cesto tapado con una servilleta.

—La paranoia juvenil es algo muy malo —decía el vigilante señor Bloudek—, el paciente recibe de repente una marca negativa y retrocede rápidamente hacia el chimpancé.

—¡Pues vaya perspectivas! —dijo el jefe.

—A veces enloquecer es agradable —dijo el señor Viktor—. Sobre ese tema Erasmo de Rotterdam escribió el libro *Elogio de la locura*.

—Es cierto. —El señor Bloudek levantó su mano—. Pero sólo se pueden hacer travesuras mientras se pueda regresar al estado original. Pero ocurre que de repente ya no saben regresar y aparece el desdoblamiento, y los traen aquí, a esta casa...

Y el grupo se detuvo al final del parque, a través de los árboles brillaba un edificio de cinco plantas pintado con la luz de la luna, y sólo una ventana iluminada velaba la casa.

Se sentaron en un banco protegido por las ramas de las hayas centenarias, y se deleitaban con el panorama del huerto de la institución, en los bancales el rocío brillaba sobre las hojas de col, y bordeando el muro había un invernadero alargado con un tejado brillante como una enorme navaja.

El vestido blanco de Nad'a blanqueaba en las sombras profundas del parque.

—Señorita, ¡destape la botella! —dijo el jefe paseando por el jardín su vista admirada—. Amigos, ¿lo ven? A mí las noches de luna llena me gustan mucho. Pero tengo la impresión de que las noches de luna llena ya no son como eran. En aquellas noches uno podía encontrar una aguja. Y todo el mundo tapaba las ventanas con mantas y bajaba las persianas, porque en

aquellas noches algunas personas se volvían sonámbulas. ¿Han oído alguna vez que hoy en día alguien padezca de sonambulismo?

—Usted —dijo Nad'a, abrazó la botella con sus rodillas y sacó el tapón.

—¡Qué sonido tan agradable! —se deleitaba el vigilante.

—Soy sonámbulo —dijo el jefe—. Pero actualmente, ¿de qué me sirve? ¡Si sólo tengo dinero...! Antes, durante las noches de luna llena, me gustaba tanto pasear con muchachas..., cuando era joven, pero... ¿qué le vamos a hacer?

—Nada —dijo el vigilante—. Cada cosa tiene su tiempo. No me diga que sufre de amores, como nuestra dama. —Señaló la ventana iluminada—. Allí arriba está sentada la señora Masa, tiene el corazón y el cerebro rotos, una gran señora que olvidó que ya tenía cuarenta años, y que el amor siempre hace daño.

Nad'a limpió las copas con una servilleta. Después las llenó de aguardiente.

El jefe levantó su copa:

—¿Por qué vamos a brindar? ¡Por esta noche de luna llena!

—¡Por el amor que rompió el corazón de la señora Masa! —dijo Viktor.

—¡Por las noches que aún no han llegado! —dijo Nad'a.

—¡Porque estamos en un manicomio! —dijo el señor Tonda.

—¡Porque algunas manchas son imposibles de sacar sin dañar el tejido! —dijo el señor Bucifal.

—¡Por las manos doradas de la casa Krohn Brothers que destilaron este aguardiente! —dijo el vigilante.

Después levantaron las copas y bebieron.

Y alguien de dentro del edificio se lamentó terriblemente.

—¡No ocurre nada! —gritó el vigilante sirviéndose—. Será el señor Kilius. Herrgott! ¡Los de la casa Krohn Brothers son expertos! Lo que ocurre es que la gente cree que esto es una especie de taller donde se repara a los descentrados, como si se cambiasen neumáticos pinchados..., que ponemos parches en el alma. ¡Y el hombre tiene un alma tan delicada...! El señor Kilius está aquí por quinta vez. Su suegra cada noche dejaba la dentadura postiza en una taza distinta, y cuando el señor Kilius regresaba de la taberna, ¿no es cierto que después de beber cerveza se despierta un gran apetito?, pues él se comía y bebía todo lo que encontraba, y en total se bebió cinco veces la dentadura de su suegra, cada vez gritaba, *¡Mi suegra se ríe de mí dentro de la taza!*, y se le cruzaron los cables y lo trajeron aquí.

—Señor Bloudek, ¿por qué sabe tantas cosas? —preguntó Nad'a.

—¿Por qué? Pues para el agua están las bombas *Zikmund*, pero para los descentrados está Sigmund Freud —dijo el vigilante—. Les obligamos a practicar la escritura automática, es algo parecido a la confesión de los católicos... Y le sacamos todo al paciente. Y después, con agua fría, y *shocs*, y otros medicamentos borramos de la cabeza del paciente todo lo que estorba. Y devolvemos al paciente a la familia con la advertencia, *¡Tengan cuidado! ¡Que la suegra no ponga su dentadura postiza en las tazas! ¡Lo mejor sería que la suegra se marchase!* Pero la gente se cree que nosotros aquí reparamos a sus familiares para la eternidad. Y un año más tarde el paciente vuelve a estar aquí. Los de la casa Krohn Brothers son expertos, ¿no es cierto? —El vigilante, después de elogiarlo, sirvió el aguardiente.

El señor Viktor estaba tendido en el césped, a la luz del claro de luna, con la espalda apoyada en el tronco de una vieja haya roja, tenía las piernas separadas.

Sobre una rama Nad'a descubrió una bola atada a una cadena, justo debajo, por el suelo, estaba empotrada una reja de hierro.

Y nueve bolos dispersos. Los alineó, cogió la bola con sus dedos, y la dirigió hacia la fase extrema del péndulo.

El señor Tonda se apoyaba en las sombras del parque, con sus dedos hacía girar la copa, en cuyo interior, como si se tratase de un anillo de ámbar, brillaba el aguardiente. Los demás miraban el tejado inclinado del invernadero, desde donde la luna mandaba reflejos como los del agua en un molino.

—¿Quiénes son los demás pacientes? —preguntó el jefe.

—Además del señor Kilius, está también un virtuoso del violín, Golián. —El vigilante chascó la lengua—. Su mujer se escapó con el ayudante de un barbero que también tocaba el violín, pero sólo se había aprendido las cinco primeras lecciones...

—Qué razones tiene la gente para volverse loca... —suspiró Tonda.

—¡El señor Golián es un caso totalmente contrario! Que su mujer lo abandonase le hizo muy feliz. ¡Pero las glándulas, las glándulas, las malditas glándulas! —lamentaba el vigilante—. El señor Golián empezó a ver a una maestra de labores que con su idealismo acabó con él. Iba a pasear con el virtuoso a la orilla del Moldava, y le pintaba un futuro tan precioso, que el señor Golián prefirió ir a la era terciaria y volverse loco. La maestra de labores, bajo la impresión de la puesta de sol, explicaba al virtuoso con entusiasmo que cuando tuvieran sesenta años, y las pasiones se hubiesen calmado, sería fantástico, que en verano comprarían trescientos kilos de

carbón, y que después en invierno prenderían fuego en la estufa, y que la maestra de labores se metería en la cama con el virtuoso y le leería Jirásek^[62] en voz alta... Y al señor Golián, pensando en ese futuro feliz, empezaron a temblarle las manos, hasta el punto de no poder sostener el arco, después no pudo contener ni la saliva ni la orina, y después se le paralizaron las piernas... Pero ¡mi enhorabuena para los de la casa *Krohn Brothers*, son expertos! — exclamó el vigilante chasqueando la lengua como si se dirigiese a un caballo.

Después sirvió el resto de aguardiente.

Nad'a arrojó la bola, y los bolos estallaron como una bomba en un atentado. Se puso la otra botella de champán entre los muslos y la destapó.

—¡Qué sonido tan agradable! —se deleitaba el vigilante—. Esta mañana he barrido las hojas del parque con los señores Kilius y Golián. Dicen que el trabajo hace poner nerviosa a la gente sana, pero que tranquiliza a los descentrados. Así, pues, hemos barrido las hojas, pero soplaba un viento tan fuerte que todo el rato las sacaba del carro donde las habían amontonado con una pala los señores Golián y Kilius. Justo después de recoger el montón de hojas y tirarlas en el carro, el viento volvía a esparcirlas. Y después han empezado a decir tacos, una vez dirigidos a las hojas, otra al viento, han empezado a perseguir las hojas dando saltitos. Y yo he tocado el pito, han llegado los enfermeros, y les hemos tenido que poner una camisa de fuerza porque empezaban a sacar espuma por la boca. Y enseguida les han hecho electroshocs. Después el señor Golián se ha puesto de rodillas y ha pedido, ¡Háganme otro electroshoquito, sólo uno! Y le hemos complacido —dijo el vigilante levantándose.

Se puso de rodillas debajo de la bola atada con la cadena y colocó de nuevo los bolos esparcidos.

—Viktor —dijo el jefe—. ¿Qué te ocurre hoy? Pareces un lirio mustio. Oye, ¿por qué no me recitas aquel poema mío? *Los atardeceres de luna llena, los atardeceres lívidos, cuando yo era joven y todo era distinto...*

—¡No puedo!, jefe. Hoy mi alma está triste, como muerta —dijo el señor Viktor.

—Pero..., ¿por qué? —balbuceó el jefe.

—Hoy la realidad conspira en mi contra, hasta tal punto, que he entendido perfectamente por qué los antiguos escitas celebraban los nacimientos llorando y las muertes con alegría...

—¡Ah, ya lo entiendo! Será otra pensión alimenticia... —soltó el jefe.

—¡Sí, la tercera pensión alimenticia está en camino! ¡Señores, mis glándulas me salen muy caras! ¡Son un castigo de Dios! —El señor Viktor

movía su cabeza.

—¡Es como nuestra gran señora Masa! —Sollozó el vigilante—. ¡También es una gran belleza! ¡Y por su amor infeliz se cortó las venas! —dijo señalando la ventana iluminada.

Después se sintió inspirado:

—¿Saben lo que podemos hacer? Podemos subirnos a esta haya roja, y desde la copa podremos ver perfectamente el interior de la habitación de la señora Masa. Normalmente me da vértigo, pero hoy... —exclamó subiéndose a una rama donde empezó a balancearse.

Después saltó sobre el césped, se puso en pie con diligencia, y empezó a correr hacia el pabellón próximo. Regresó con una cuerda.

—Nosotros llevaremos las bebidas —dijo—. Allí arriba estaremos como en una glorieta. ¡Hay un lugar precioso para sentarse!

Se subió a la primera rama, después fue subiendo de rama en rama, y más tarde, con una escalera, se subió hasta la cima del haya, cuando estuvo allí dejó caer la cuerda.

—¡Muy buena idea! —El jefe se alegró y ató el cesto a la cuerda—. ¡Quien quiera subir, que suba!

Y empezaron a subirse a las ramas de la centenaria haya roja.

Y el señor Bucifal y el señor Viktor le siguieron.

—¿Usted también se subirá? —preguntó Nad'a mientras miraba cómo el cesto subía hacia arriba.

El señor Tonda dijo:

—¡No! ¿Y usted?

—¡Hombre! ¡No es de buena educación mirar por las ventanas de los demás!

—¡No, no lo es!

—Pero a mí usted me miró dentro del cochecillo, ¿verdad?

—Sí. ¡La miré y admiré!

—Claro, ¡yo no soy una muchacha decente...! ¿Pero sabe usted? Desde el cochecillo pude ver cómo el señor Fik Tor, al salir de la habitación de la muchacha del sombrero tirolés, le dio a usted la llave para que también fuese.

—Sí, cogí la llave y fui...

—¿A la habitación? ¿Fue a rezar?

—No, eso no. Pero hice una tontería. Dije a la muchacha de los nenúfares quién era Viktor, que pagaba dos pensiones alimenticias, y que me había dado la llave... Pero la joven se enfadó conmigo, me dijo que yo era un sinvergüenza y un hijoputa, porque se lo había dicho, porque a partir de aquel

momento no podría ir por el mundo, había perdido la fe, no... Mientras el señor Tonda hablaba se iba paseando por el camino del huerto, hacia el invernadero, se dio la vuelta y esperó que Nad'a lo atrapase, después estuvo un rato mirándole la cara enmarcada por el peinado que brillaba a la luz de la luna. Siguió caminando hasta entrar en el invernadero, allí se notaba un olor a tomates podridos, y apoyada contra la pared estaba una máquina de hacer helados rota. Sobre unas largas mesas había unas macetas con miles de crisantemos, con capullos verdes, cerrados.

Nad'a andaba en silencio detrás de Tonda, acariciando las hojas pilosas de las plantas. Al final del invernadero había una balsa llena de agua. Sobre una mesita estaban un pulverizador y un montoncito de tierra de cultivo que olía a abono.

—¿Verdad que me habían preparado una trampa, como a aquella chica?
—Se dio la vuelta.

—También —dijo Tonda, y cogió un puñado de tierra, la desmenuzó, y después la olió.

—¿Pero me hubieran tenido que violar, sabe?, ni el carnicero ha conseguido violarme.

Cogió el pulverizador, lo llenó de agua de la balsa y mojó el techo de cristal sobre el que la luna brillaba como un puñado de algodón. Los límites de la nubecita de agua estaban bordeados por un espectro de colores.

—*Duha* —dijo—. Ustedes, los hombres, son todos iguales. ¿Y después se extrañan que si nos dicen que hoy es jueves nos lo creamos, pero antes consultemos el calendario? —Se apoyó contra la jamba de la puerta—. A veces, si se sabe lo que es estar abandonado, es difícil vivir. No quiero que alguien me abandone, es decir, abandonar en general. Seguro que usted también lo sabe, porque eso lo sabe cualquiera que hace la vida de un agente de pacotilla.

Después levantó su mano y la puso detrás de su cabeza, y se cogió a la jamba. La nubecilla de agua creaba una aureola alrededor de la luna, y las finas gotitas, convertidas en un polvo de brillantes, reposaban sobre el pelo de la muchacha.

Después habló como si se escuchase a sí misma:

—¿Sabe usted? Si te quedas empapado, si los negocios no te funcionan, y si la gente te trata de una forma vulgar, sólo porque tú no eres tan vulgar como ellos... y después te alojas en *U modré hvezdy*, en *Pansky dum* en *U zeleného stromu* y en otros hoteles y pensiones... Y te sientes solo en una habitación fría donde sólo hay una percha que se parece a una horca y un

espejo que se parece a un reproche... Y estás en una cama fría y escuchas y analizas todos los sonidos y todas las voces... ¡Ay, de repente me siento abandonadísima! Y cualquier sinvergüenza que te ve entrar en la pensión cree que eres una cualquiera y que se lo puede permitir todo, ¡ay, ay, ay! ¿Sabe de qué le estoy hablando? Estás tendida boca abajo en tu habitación, colgando del travesero de la cama como una toalla en una estufa, y tiritas de frío, y tiembblas de angustia...

—Un hombre lo puede soportar mejor...

—¿Es decir que al menos me entiende? —dijo—. Entiende que usted y yo podríamos acercarnos más. ¡Más que acercarnos!

Por eso estoy impaciente por saber qué rondaba por la cabeza del jefe cuando en *Ucerného kone* me dijo, *Será una hipnotizadora con los ojos y con los gestos...*

—¿Eso le dijo?

—Sí... ¿No se acuerda? ¿No se acuerda cómo le maravillé con mi idea de fundar conjuntamente una cooperativa de escultura funeraria?

—¡Ah! ¡Sí, ya me acuerdo!

—¡Por fin! Me gustaría empezarlo, pero conjuntamente, con ustedes. Sobre todo no quiero ir sola por los pueblos. ¡Ya estoy harta de la soledad y el abandono!

—Lo que ocurre es que el jefe promete muchas cosas. ¡Cuántas perspectivas se ha fijado en la vida! ¡Cuántas propuestas preciosas nos ha puesto ante el horizonte! Pero después se olvida. ¡Es un romántico!

—Pero yo me lo tomé al pie de la letra.

—Si alguien le dice que es jueves, diga que sí, pero mire el calendario.

—¿Es decir que el lunes tendré que ir sola otra vez...? En Letohrad tendré que dar la conferencia ¿*Qué es el decolorante de la marca Duha?*

—Dígame, Duha, ¿dónde va a dormir el lunes?

—En la habitación de huéspedes de detrás del teatrillo, en la habitación que el sábado o el domingo sirve de camerino. ¡No está mal...! ¡Es agradable dormir entre espejos y mesas repletas de maquillajes y pelucas! La última vez que dormí allí estaban ensayando *Los cuarteles de Újezd*, y yo me tendí en el sofá, las horquillas del pelo me molestaban, entorné la puerta, y desde la oscuridad miré hacia el escenario donde estaban dos amantes, de ficción, y el director estaba ensayando con ellos el dúo de los amantes... Y alguien tocaba el piano, y ambos cantaban, *En la falda de Petrin hay unos cuarteles, el vestido militar atrae a las jóvenes... Cuando al anochecer se pone el sol,*

tocan a retreta, en un rinconcillo oscuro sueñan dos almas... —Nad'a se había puesto a cantar.

—¡Vaya memoria tiene!

—¡Lo estuvieron ensayando durante dos horas! —Se puso a reír—. ¡Y después aún estuvo mejor! Seis jóvenes alineados, con bastones con puños plateados, y sombrero de copa en la cabeza. Hasta la media noche el director no pudo enseñarles a levantar alternativamente las piernas, como las *girls*, siguiendo el canto y el compás. Y al mismo tiempo tenían que levantar sus bastones, siguiendo meticulosamente el compás, y tocarse la cara con un dedo, con un gesto lleno de coquetería..., y además tenían que cantar, *Y como besaba a su amiga Minka sobre la rodilla, acabó muy tristemente, acabó muy tristemente...* Les costó muchísimo... Y yo estaba en la oscuridad, y tenía la puerta entornada, y con mi mano hacía dibujos sobre la pared sucia...

—¡Precioso! —dijo el señor Tonda—. ¡Es una lástima que no pueda acompañarla a Letohrad!

—¿Por qué no puede? ¡Venga conmigo! Además, juntos podremos comenzar una vida nueva y distinta. Sé de un buen trabajo para nosotros...

—¿De qué se trata?

—Una campaña llamada *Alas para la patria*. Los dos juntos iremos a visitar empresas y pequeños comerciantes y artesanos para que nos den dinero, se inscriban, y pongan su sello en un libro precioso con la inscripción *Alas para la patria*, dentro de uno o dos años será comprado un avión y será regalado a los soldados como obsequio de la nación...

—¿A qué porcentaje?

—Al diez por ciento —dijo, y sus ojos se hicieron más grandes—. Además tendríamos que añadir la publicidad. La Junta Gubernamental de Precios quiere hacer un libro grueso sobre los impuestos, destinado a los administradores de los bienes nacionales. Y una tercera parte del libro estaría dedicada a la publicidad. Nosotros contrataríamos los anuncios —hablaba moviendo los dedos, después cogió a Tonda por el cuello de la gabardina y le dijo en voz muy baja—: Llegamos a la Administración Nacional y preguntamos, *¿Dónde está el administrador nacional?*, y el funcionario dice, *¿A quién debo anunciar?*, y nosotros respondemos, *A la Junta Gubernamental de Precios*. Y al cabo de un momento aparece el administrador nacional, pálido y nervioso. ¿Qué administrador nacional no se asustaría ante la Junta Nacional de Precios? Y nosotros le diríamos que estamos allí para presentarle un manual que le facilitará su trabajo con los impuestos..., que cómo quisiera su anuncio, un octavo, un cuarto, o media

página. Y tal vez como el administrador nacional estaría contento porque no haríamos ninguna revisión, pagaría un anuncio de media página. Y de cada anuncio sacaríamos el treinta por ciento. Pero lo más importante es que no me sentiría abandonada, ¿sabe usted? Nad'a desvió la vista, y Tonda vio una carita honesta enmarcada por un peinado en el que se reflejaba la luz de la luna. Puso su cara junto a la de ella, en la palma de su mano crujió el pelo de la joven. Tonda, a través de la puerta del invernadero y por encima del huerto, miraba el parque, donde en la copa de un árbol, en sus ramas, estaban cuatro hombres sentados que miraban hacia una habitación iluminada. Con una mano se agarraban a las ramas de encima de sus cabezas, con la otra aguantaban los vasos con aguardiente.

—Señores —dijo el vigilante—, las mujeres son capaces de sufrir unas emociones muy fuertes. Llevaron a la señora Masa al doctor Jirásek, y después de curarla la mandaron aquí, porque todas las suicidas, a su manera, son unas descentradas. ¡Los de la casa *Krohn Brothers* son expertos! ¡Huy! ¡Casi me caigo! Con la ayuda del psicoanálisis abrimos el corazón de la gran señora. ¡Un amor desgraciado! —gritó el vigilante, y siguió mirando hacia la habitación donde una mujer muy guapa estaba sentada en una silla, una mujer que parecía una estatua y que fumaba un pitillo tras otro y que tenía la falda llena de ceniza.

—Me gustaría vivirlo otra vez, antes de morir... —dijo el jefe—. Un amor como una catedral. ¡Por algo así pagaría todo el dinero del mundo! Y no me importaría terminar en un manicomio... ¿Y de quién se enamoró?

—De un guardagujas del tranvía.

—¿De un guardagujas del tranvía?

—De un guardagujas del tranvía. La mujer de un abogado praguense, una mujer que habla con fluidez tres lenguas, doctora en estética, madre de dos hijos, enloqueció por un guardagujas del tranvía. Llamamos a su marido, y se lo contamos todo con suma delicadeza. Y el señor doctor abogado dijo, *Eso ya hace mucho tiempo que lo sé. Cuando aquel tío dejó a mi mujer yo fui a verle y me puse de rodillas y le rogué que en interés de mi felicidad familiar continuase aquella relación adúltera. Pero aquel tío me dijo que no podía ser, que mi mujer ya no le gustaba y que andaba con una profesora de gimnasia* —dijo el vigilante y los agentes, aguantándose a las ramas con una mano, se inclinaron un poquito más para poder leer mejor el rostro inmóvil de aquella mujer.

Y las ramitas del haya roja tocaban los cristales de la habitación de la mujer, y cuando se levantó aire las ramitas llamaron a la ventana, pero la

señora Masa no oyó nada, y en su falda seguía cayendo la ceniza de los cigarrillos.

—A los hombres enamorados les encanta escribir —dijo el vigilante—. ¡Huy! ¡Casi me caigo! Es que tengo vértigo. Un paciente me hizo una buena jugada. Un tal Hloucal que durante diez años se hizo la cama cada día, se ponía una gorra y se quedaba de pie al lado del lecho hasta la noche. Un profesor hizo una ronda con un grupo de alumnos contando los casos de los pacientes, y cuando salieron yo me añadí al grupo, y el señor Hloucal, con una fuerza terrible, arrancó la mesilla de noche que estaba fijada con tornillos a la pared y me la rompió en la cabeza mientras me decía, *¡Y eso te lo manda el arcángel Gabriel!* Tardé medio año en empezar la convalecencia. Y una vez se nos perdió un paciente, en una noche de temporal, soplaban un fuerte viento... Y lo buscamos por todas partes, incluso por aquí, por el parque, y en la copa de esta haya roja oímos una especie de golpes apagados. Enfocamos la linterna, y el paciente estaba colgando de una rama, y a su lado, en el lugar que ahora ocupa este cesto, colgaba una maleta atada con un cordel, el viento la balanceaba y la maleta golpeaba el tronco del árbol. Así pues, bajamos todos, abrimos la maleta, y ¡no van a creérselo!, estaba llena de cuadernos de caligrafía, en todos estaba escrito lo mismo, *te quiero, te quiero...* En todas las páginas de las libretas no había nada más que *te quiero...* Esas dos palabras escritas cinco millones de veces, como si lo hubiese escrito un niño que después de la clase debe hacer un castigo... Unas palabras que salían de aquella maleta como quinientos kilos de hormigas...

Desde el edificio principal alguien andaba a tientas, y un cono de luz iluminó las copas de los árboles, como si se tratase de un aparato de proyección en una sala de cine oscura.

—¿Quién anda por aquí? —gritó una voz cuando la linterna iluminó al grupo de hombres reunidos en la copa del haya roja.

—¡No seas tonto, Franc, soy yo! —dijo el vigilante deslumbrado.

—¡Yo me llamo Frantisek, no Franc! En nombre de la ley, ¿qué están haciendo ustedes ahí arriba?

—Un *picnic* —dijo el jefe.

—¡Pues en nombre de la ley, bajen ustedes y preparen sus carnés de identidad! —gritó la voz del guardián—. ¡Si no les haré bajar a tiros!

—¡Bajemos!, Franc sería capaz de dispararnos sin apuntar —dijo el señor Bloudek bajando ligero de rama en rama.

Después bajaron el cesto. Y el señor Bucifal cogió un vaso e iba a llenarlo con aguardiente, pero el guardián le apuntó con el revólver:

—¡Manos arriba! ¡Si no disparo! ¿Qué hacen ustedes aquí?

—Nada —dijo el jefe—. Estamos sentados en un banco bebiendo y contemplando esta preciosa noche de luna llena.

—¡Yo diría que ustedes están celebrando algo! —exclamó el guardián.

—No... ¡Dejamos que la naturaleza nos deje boquiabiertos! —dijo el jefe—. ¿Nunca ha salido en una noche como ésta, sólo porque sí...?

—No... —respondió el guardián y gritó—: Están celebrando el santo de alguien, ¿no es cierto? ¡Los carnés de identidad!

Y repasó los carnés y la fecha del día no correspondía con el santo ni el cumpleaños de nadie.

Muy triste les devolvió los carnés.

Después tuvo otra idea:

—¡Quizás a alguien le ha caído el gordo, o una herencia!

—Franc, toma, bebe —dijo el vigilante.

—Me llamo Frantisek —insistió el guardián.

—Ni loterías ni herencias —dijo el jefe—. ¡Mire! Nos hemos sentado aquí, en el banco, estamos bebiendo y divirtiéndonos y esperamos el alba. ¡Acéptelo! —Y acercó un vaso al guardián. Primero dudó, después olió el aguardiente y dijo:

—¿No habrán robado víveres?

El vigilante llenó su vaso y se sentó en el suelo.

—Saben, señores, desde que Frantisek tuvo un lío con Enri, un ladrón de cajas fuertes, se ha vuelto muy honrado. Ya no cree en nadie.

—Abran la última botella —dijo el jefe.

El vigilante se alegró y dijo:

—Enri estuvo en la cárcel de la fortaleza de Terezín, imitaba tan bien a los paranoicos que lo trajeron aquí. Una semana más tarde Enri ya era el centro de atención del manicomio. Era muy atractivo, sabía idiomas, pero un día fue imposible encontrarlo, decían que se había quedado dormido en aquella glorieta. Al día siguiente llegó la policía y dijo, Oigan, creemos que Enri fue visto en *Vaclavské náměstí*^[63]. ¡Vigílenlo bien! Así pues, a cada hora en punto controlábamos a Enri, hasta que su cama quedó vacía. Y lo denunciamos a la policía, a la mañana siguiente Enri llegó al jardín, bostezó, y dijo que se había quedado de nuevo dormido en la glorieta. Y llegó la policía y dijo, ¡*Enri ha robado una caja fuerte en Brno*^[64]!

—Señores —gritó el guardián—. ¿Ustedes también son ladrones de cajas fuertes?

El jefe destapó la botella y sirvió los vasos.

—Tal como le he dicho, aquí sólo estamos haciendo un *picnic* nocturno —dijo—. ¿Es que sólo es posible divertirse en los locales nocturnos? ¿Llenos de humo? ¿No ve esa luna? ¿No ve el rocío sobre las hojas de las coles? ¿Y no oye el murmullo de los pájaros en las copas de los árboles?

—Llegó la policía y dijo, *¡Enri ha robado una caja fuerte en Brno!*

—¿Y qué ocurrió después? —preguntó el jefe dando un vaso al guardián que lo sorbió despacito, y se preguntaba inútilmente qué estaba haciendo allí aquel grupo.

El vigilante estaba apoyado en el tronco del haya roja, separó sus piernas y empezó a jugar con el vaso.

—Querían cazar a Enri. ¿Es decir que anoche usted vació una caja fuerte en Brno? Y la señorita doctora tenía sus dudas, pero el comisario dijo, *Ese tipo de trabajo sólo puede haberlo hecho Enri. Enri no es chapucero, Enri trabaja muy fino* —proseguía el vigilante—. *Los chapuceros son los ladrones de cajas fuertes que revientan las paredes, que lo dejan todo sucio, que se ensucian ellos mismos...* Y después la brigada hizo una inspección, y aquí, en esa glorieta, encontraron un traje de color claro, exactamente igual como el que le habían visto en *Vaclavské náměstí* —dijo el vigilante, después se arrodilló, se levantó de nuevo, y fue dando tientos hasta la glorieta, abrió la puerta de cristal y señaló hacia el interior—. Aquí encontraron el traje... Y después en el jardín, allí, desenterraron una piel muy fina con los instrumentos de los ladrones de cajas fuertes... eran de acero niquelado..., y Enri estaba aquí, al lado del árbol, y un detective dio un salto y lo esposó con un solo movimiento, y se lo llevaron. Medio año después nos mandó una postal, *Felices Pascuas os desea vuestro Enri...*

—¿Por qué se dejó esposar tan fácilmente? —dudó el jefe.

—Es muy fácil —dijo el señor Bucifal.

—¡Pero a mí no me esposarían tan fácilmente! —gritó el jefe.

El vigilante llenó todos los vasos y después aguantó la botella boca abajo y dijo:

—*¡É morta!*

Y todos brindaron de nuevo.

Y bebieron.

—¡Digo que no me esposarían tan fácilmente! —dijo el jefe.

—Claro que sí —dijo el señor Bucifal, y con una agilidad increíble dio un salto y puso las esposas de acero al jefe.

Todos se quedaron callados, parecía como si la luz de la luna, a través de una lente, se hubiese concentrado sobre las esposas.

—¡Y ya está detenido! —dijo el señor Bucifal.

—Eso se lo dirás a Enri... —dijo el jefe tranquilamente.

—También... —dijo el señor Bucifal—. Jefe, no se lo tome mal, aquí tiene mi placa de policía, y aquí la orden de detención. A Viktor..., al señor Viktor vendremos a buscarle mañana. No hay peligro de que él ponga trabas a la justicia. Durante diez días he trabajado con ustedes ofreciendo un futuro feliz. Han tenido tiempo de enseñarme su técnica. Muchísimas gracias, de parte de la policía. Jefe, naturalmente le echaré de menos en las noches de luna llena...

—¿Y Tonda? —preguntó Viktor.

—Contamos con él como testigo —dijo el detective.

—¡Pero usted hizo picar al droguero! —gritó Viktor.

—Es cierto. Lo hice para despistarles. Aquella misma tarde le devolví el dinero por giro postal —dijo el detective.

Mientras se iban la luna llenaba los troncos de las hayas centenarias con manchas de cal, y con unas rayas parecidas a las de las cebras. El detective cogía al jefe por la manga.

—¡Jefe! ¿Se ha enfadado conmigo? Pero si es mi trabajo... Es la distribución de los papeles en este mundo, lo que el adventista Horácek dijo desde detrás de la valla... Y contra usted pesan cargos. Con el corazón en la mano. Grandes sobornos, y estafa sobre estafa, de millones de millones. ¿Se ha enfadado conmigo? ¡Vamos, hombre! Créame, si *Ayuda a la Vejez* hubiese tenido una base real, enseguida me hubiera unido al grupo... ¿Me cree? Espero que no se enfade conmigo. Me pesaría... Palabra de honor...

A través de las ramas la luna iluminaba las manos esposadas.

El vigilante estaba al lado del banco manchado con la luz blanca, y gritaba:

—¡No se vayan todavía! ¡Miren que preciosidad de noche!

¡Esta luna, y las coles llenas de rocío! ¡Vuelvan ustedes!

¡Miren que noche tan fantástica!

En el corazón del edificio alguien se quejó de un modo terrible.

LOS PALABRISTAS

1

Delante de la puerta de la fábrica de cemento estaban dos viejos sentados en un banco, se levantaban la voz mutuamente, se cogían por las solapas, y se gritaban palabras al oído.

Sobre aquel paisaje lloviznaba un polvo de cemento, y todos los huertos y casitas estaban cubiertos con polvo de calcio finamente molido.

Debajo de un peral aislado un hombre bajito estaba segando la hierba con una hoz.

Le dije:

—¿Qué hacen allí, al lado de la portería, aquellos viejos chillones?

—¿Ah, los de la puerta principal? Son nuestros jubilados —dijo el hombre bajito, y siguió segando.

—Que vejez más bonita, la suya —dije.

—¿Verdad que sí? —respondió el hombre—. Me hace muchísima ilusión pensar que dentro de un par de años también pasaré allí largos ratos.

—¡Eso será si llega!

—¡Ya lo creo que llegaré! Esta región es muy saludable. La media de esperanza de vida es de setenta años —dijo el hombrecillo, y con una sola mano segaba la hierba de la que salía polvo de cemento, exactamente igual como de un fuego con ramas húmedas sale humo.

—Por favor —dije—, ¿por qué discuten tanto, aquellos viejos? ¿Por qué se gritan tanto, mutuamente, continuamente?

—Es que se interesan por el funcionamiento de la fábrica de cemento. Creen que ellos lo harían mejor. Y después, por la noche, cuando ya se han hartado de gritar, ¡tienen más sed! Ya se lo puede imaginar, han trabajado allí toda su vida, o sea que ya forman parte de ella, no pueden vivir sin ella.

—Pero ¿por qué no prefieren ir a buscar setas? O mejor..., ¿por qué no se trasladan a algún punto de los bosques fronterizos? ¡Allí les darían una casa con un huerto! —dije, y pasé mi mano sobre la nariz, y apareció una raya negra y viscosa.

—¡Qué va! —dijo el hombrecillo dejando de segar—. Un jubilado llamado Marecek se mudó más allá de Klatovy a los bosques... Quince días después tuvieron que traerlo en ambulancia. Con el aire sano había cogido asma. Pero dos días más tarde volvió a ser el hombrón de siempre. El que grita justo delante de la puerta principal, es precisamente Marecek. Ya lo sabe, aquí el aire es tan fuerte como un muslo, como una sopa de guisantes.

—A mí la sopa de guisantes no me gusta —dije retrocediendo debajo del peral.

Por un senderito polvoriento trotaban dos caballos, con sus pezuñas levantaban una polvareda tan espesa, que el carro, escondido por el polvo, era invisible. Y en medio de aquel nubarrón el carretero cantaba felizmente, y un caballo tiró de las riendas y arrancó una rama del peral, y todas las ramas se sacudieron el polvo de cemento.

Al cabo de un rato me di cuenta de que yo había empezado el camino con un traje oscuro que ya se había vuelto gris.

Dije:

—Señor, por favor, ¿dónde vive Jirka Burgán?

El hombrecillo siguió segando y con el otro brazo equilibraba el centro de gravedad de su cuerpo.

Entonces clavó la hoz en una madriguera de topos, dio un salto, y empezó a correr por los campos, asustado.

—¡Avispas! —gritó.

Y esgrimía la hoz alrededor de su cabeza.

Lo atrapé.

—¡Señor! —le dije—. ¿Dónde vive Jirka Burgán?

—Soy su padre —gritó el hombrecillo sin parar de correr ni de esgrimir la hoz afilada sobre las avispas que atacaban.

—¡Encantado de conocerle! Soy el amigo de Jirka —me presenté.

—¡Que alegría tendrá mi hijo! ¡Ya lo está esperando! —gritó el señor Burgán y aceleró su carrera.

Y por desgracia, moviendo y esgrimiendo la hoz contra las avispas, se la clavó en su cabeza.

Me adelantó con facilidad, y la hoz le salía del cráneo como si se tratase de las plumas de un sombrero.

Nos paramos delante de la puertecilla de su casa.

El señor Burgán ni se inmutó. Dos hilillos de sangre resbalaban por el lado de sus orejas, por el pelo polvoriento y, bajo su barbilla, se juntaban y se transformaban en gotas rápidas.

—Voy a sacarle la hoz —le dije.

—No, después. Quizás a nuestro hijo le gustaría pintarme así. ¡Ah! ¡Y aquí está mi mujer!

Y de la puertecilla salió una mujer gorda, con las mangas arremangadas y las manos grasientas, como si en aquel momento hubiese acabado de vaciar una oca. Tenía un párpado más bajo que el otro, y el labio inferior caído.

—¡Hace un rato que le espero! —dijo apretándome la palma de la mano —. ¡Bienvenido a nuestra casa!

De la puertecilla salió corriendo Jirka, un joven de cara rosada, y me dio la mano derecha mientras con la otra me indicaba el paisaje de los alrededores:

—¡Amigo! ¡Qué belleza! ¿Verdad que no le mentía? ¡Qué colores! ¡Esto es una *Landschaft*^[65] ¡Eso *esplein air*!^[66]!

—¡Qué belleza! ¡Pero mire qué le ha ocurrido a su padre! —dije.

—¿Qué? —dijo Jirka mirando a su alrededor.

—¿Qué? ¡Esto! —dije moviendo la hoz que salía de la cabeza del señor Burgán como un enorme pico.

—¡Ay! —dijo el señor Burgán.

—¡Ah!, ¡eso...! —dijo mi amigo moviendo la mano con despreocupación —. Yo pensaba que le había ocurrido algo mucho peor. ¡Mamá, fíjese, papá ha vuelto a perseguir a las avispas! ¡Papá, papá! —le amenazaba Jirka riéndose y añadió—: En esta casa somos muy guasones. Una vez que nos robaban los conejos, como era de esperar, papá, el inventor, preparó trampas sobre el pozo negro, de forma tan hábil, que quien lo pisase durante la noche, aunque sólo fuera un poquito, se cayese dentro. Es que la conejera está al lado del depósito fecal.

Pero tal como era de esperar, papá lo olvidó, y a la mañana siguiente se cayó él en el pozo.

—No es muy profundo —dijo el señor Burgán.

—¿Qué profundidad tiene? —Se hizo todo oídos.

—Así —dijo el señor Burgán pasándose la mano por debajo del cuello.

—¡Mira si no es profundo! —Se moría de risa Jirka, y después dijo—: Un día papá representaba el papel de empleado de higiene. Tiró un cubo de carburo en el *water* y poco después vació en él su pipa. Salgo, y ¿qué veo? ¡Una explosión como un cañonazo, cinco toneladas de excrementos volando, y en medio a papá dando volteretas a seis metros de altura! ¡Por suerte cayó sobre las heces!

—Ja, ja, ja, ja... —La señora Burgánová se reía tanto que su barriga empezó a dar sacudidas.

—¡No es verdad! No eran seis metros sobre el estiércol. —El señor Burgán se iluminó, y la abundante sangre de las orejas, ya seca, brillaba como el esmalte.

—¿Pues cuántos? —Jirka volvió a ser todo oídos.

—Como máximo unos cinco metros... Y como máximo cuatro toneladas de excrementos —dijo el señor Burgán y añadió—: Nuestro chico, que es un artista, siempre exagera.

—Seguro que sí —dije—. Pero señores, no se lo tomen a mal, ¡pero esa hoz dentro de esta cabeza me pone muy nervioso!

—Dios mío, pero si es una minucia insignificante —dijo la señora Burgánová y cogió el mango, lo movió de un lado a otro, y arrancó la hoz de la herida.

—¿No podría coger una infección, el señor Burgán? —dije haciendo muecas de preocupación.

—No, aquí todo lo curamos con aire sano —dijo la señora y, amorosamente, dio un puñetazo en la frente del señor Burgán mientras decía —: lo mejor es, de buena mañana, dar a papá un golpe entre los cuernos. Y, ¿por qué? Porque es un travieso.

Y cogió a su marido por el pelo y lo arrastró hacia el patio, y con una mano apretaba la cabeza sangrienta debajo de la bomba de agua, y con la otra bombeaba.

—¡Desde luego! —dijo Jirka—. Papá es un travieso. Durante las últimas vacaciones estaba arreglando el canalón y sin atarse andaba riendo por el mismo borde del tejado. Mamá patrullaba en la acera de cemento por si papá se caía, para correr a buscar la ambulancia. El catorceavo día papá se había atado y se cayó del tejado y se quedó colgando por un pie. Desde el despacho le dábamos de beber mientras mamá amontonaba los edredones de plumas en la acera de cemento. Y cuando corté la cuerda, ¿cómo pudo ocurrir?, se cayó de cabeza al lado de los edredones. ¡Sobre el cemento!

—Ja, ja, ja, ja... —Se reía la señora Burgánová—. Sobre el cemento, ¡pero aquella misma noche ya volvía a estar en la taberna! —añadió mientras seguía bombeando.

—Papá también va en moto —seguía Jirka en voz alta para que incluso su padre lo oyese—. Los chóferes conocidos nos decían: *¡No os lo toméis a mal, pero vuestro padre cuando va en moto sigue tan bien el código de circulación y de seguridad viaria, que un día lo llevaréis a casa dentro de un cesto!*

—¡Je, je, je, je! Y una vez papá no llegó, pues cogimos el cesto y fuimos a buscarlo. Y en la curva, tal como caminábamos, al lado de un montón de arándanos, de pronto, como si el arbusto balase... Miramos... ¡Y madre mía! ¿Qué vimos?

—Ja, ja, ja, ja... —Se reía la señora Burgánová y seguía sujetando la cabeza de su marido debajo de la bomba de agua.

—¡Papá y la moto estaban empotrados en los arándanos! —Jirka se ahogaba de risa—. No pudo coger bien la curva y fue a parar directamente dentro de aquellos arbustos... Y estaba sentado sobre la moto, las manos en el manillar, y durante dos horas no pudo ni moverse, porque estaba rodeado de pinchos, agujones y puntas por todas partes...

—Y tenía un pincho dentro de la nariz, y otro que me levantaba el párpado... ¡Y yo tenía ganas de estornudar! —gritaba el señor Burgán levantando la cabeza, pero la señora Burgánová lo cogía del pelo y le ponía la cabeza debajo de la bomba.

—¿Y cómo consiguieron sacarlo de los arbustos? —Me preocupé temblando.

—Primero traje las tijeras de esquila las ovejas, después las del jardín, y dentro del arbusto efectué el llamado corte de Preisler, y cortando, cortando, al cabo de una hora recorté su silueta —dijo Jirka.

El señor Burgán quería añadir algo, pero cuando levantó la cabeza se dio en la nuca con el tubo de hierro de la bomba.

En la colina próxima relampagueó y se oyó una detonación.

—Son las diez —dijo Jirka.

—¡Hijos de perra! —dijo tiernamente la madre mirando hacia la colina, en uno de cuyos claros crecía una nubecilla blanca.

Y entre los pinos llenos de polvo, allí, en la colina, se veía a unos soldados, uno de ellos salió al claro y después de una señal con una banderita desbloqueó una granada de mano, la tiró en medio del claro del bosque y él mismo se tiró al suelo...

Y primero la explosión, después la nubecilla blanca. La presión del aire cuando llegó al valle sacudió el polvo de cemento de los avellanos y los girasoles.

—¡Hijos de perra! —dijo suavemente la señora Burgánová.

Y se llevó al hombre cogido por el pelo, lo retiró de la bomba, le levantó el pelo, y miró con preocupación la herida.

—El aire sano te la secará perfectamente —dijo, y moviendo la mano con un gesto educado me invitó a entrar...

2

En la cocina estaban colgados docenas de cuadros polvorientos.

La señora Burgánová colocó una silla debajo de cada uno, se subió con dificultad y después, con un paño mojado, limpió la tela, y de pronto en la cocina empezaron a brillar unos colores alegres y deslumbrantes.

Cada cinco minutos una detonación del campo de maniobras sacudía la casa, y dentro de la vitrina resonaban todos los platitos y vasitos. La cama de cobre, a cada granada, avanzaba un poco sobre sus ruedecillas y la señora Burgánová siempre miraba en dirección a la explosión y siempre decía tiernamente:

—¡Hijos de perra...!

El señor Burgán con la hoz señalaba los cuadros y explicaba:

—Fíjese, cuando nuestro chico pintaba esta puesta de sol en un estanque del sur de Bohemia calzaba un zapato de un número más pequeño, cuando hacía este *Tema de Karlstejn*^[67], pues se clavó en el talón, a través del tacón del zapato, un clavo de medio centímetro... Aquí cuando nuestro chico trabajaba en el bosque de hayas, cerca de Litomysl, pues se estuvo un día sin ir de vientre... Y aquí, cuando nuestro chico creó los *Caballos pastando cerca de Pribyslav*, pues estaba de pie en una marisma apestosa, cubierto hasta la cintura... Cuando tenía que pintar *En la cima de la montaña*, pues tres días antes se los pasó en ayunas...

Contaba el señor Burgán, y la señora Burgánová iba poniendo una silla debajo de cada cuadro, se subía con dificultad y con un paño mojado limpiaba cada cuadro, y cada cinco minutos miraba a través de la pared en dirección a la explosión, y cada vez decía con ternura:

—¡Hijos de perra...!

Después tocaron las doce del mediodía y la cama de cobre atravesó la habitación, de parte a parte, con sus ruedecillas de cobre.

El señor Burgán señaló el último cuadro.

—Fíjese, por favor, nuestro chico lo tituló Estado de ánimo invernal y cuando estaba creando este cuadro se sacó los zapatos, se remangó las perneras de los pantalones y durante una hora entera estuvo delante del paisaje, en pleno mes de enero, de pie, en un riachuelo helado...

—¡Hijos de perra! —dijo la señora Burgánová y se bajó de la silla.

Después se hizo un silencio opresivo.

La señora Burgánová empujó la cama de cobre a través de toda la cocina.

—Unos cuadros preciosos y con mucho sentimiento —dije—. Pero ¿por qué Jirka calza zapatos pequeños, por qué mientras pinta se clava un clavo en el talón, por qué se mete descalzo en un riachuelo helado, por qué?

Jirka miraba al suelo y parecía que estaba ardiendo.

—Sabe —dijo el señor Burgán—. Nuestro chico no tiene estudios de Bellas Artes..., y así compensa con vivencias fuertes su formación insuficiente... Es, para que lo sepa..., nosotros le hemos invitado porque... Nos gustaría saber si nuestro chico podría tener éxito en Praga...

—Jirka —dije—. ¿Tú estos paisajes los pintas *in situ*? ¿Cómo haces para llegar a unos colores tan extraordinarios, y de dónde los sacas? ¿Cómo sabes poner el azul al lado del rojo? Los impresionistas no se avergonzarían en absoluto de tus colores. ¿De dónde los sacas?

El señor Burgán apartó con la hoz la cortina, de ella se desprendió un polvo finísimo.

—¿No lo ve? —exclamó—. ¿No ve estos colores? Casi todos los cuadros que están en la cocina, todos éstos, los pintó por los alrededores. ¡Fíjese en la explosión de colores!

El señor Burgán mantenía la cortina retirada y yo le acompañaba mirando el paisaje completamente gris, como una manada de elefantes viejos, donde el más mínimo movimiento provocaba unas largas cortinas de polvo de cemento, donde a través del campo de alfalfa gris un tractor arrastraba una segadora, detrás de ella se formaba una nube gris, como detrás de una carroza que fuera por una carretera llena de polvo, donde tres o cuatro campos más lejos había un carro con barandillas y un mozo lo llenaba con haces de trigo y cada vez que levantaba un haz parecía que se incendiaba, tan grande era la cantidad de humo y polvo gris que desprendía...

—¡Ve estos colores! —El señor Burgán y la hoz temblaban.

Y sobre el claro del bosque salió un soldado de infantería, desbloqueó una granada y la lanzó lejos de él.

La cama de cobre volvió a desplazarse.

Por primera vez la señora Burgánová se calló.

—¡Hijos de perra! —dije.

Me puso la mano sobre la manga, un párpado caído como una crepé y me aleccionó maternalmente:

—Usted no, usted, señor, nunca. Aquí sólo nosotros tenemos el derecho a insultar. Y nosotros no insultamos, nosotros sólo nos desahogamos. Se trata de un juego tácito. Si se trata de nuestros soldados. Señor, eso es igual aquí que en todas partes. Dentro de una familia se permiten muchas cosas, insultarse y mandarse a un sitio, y darse consejos. Pero sólo entre los miembros de la familia. Nadie puede hacerlo excepto ellos, eso sí que no. Sólo Jirka y yo podemos reírnos del padre... Y nadie más... ¿Pero qué le parece? ¿Nuestro chico debería ir a Praga? ¿Podría aportar algo a la pintura checa? —preguntó la señora Burgánová y me miraba con unos ojos sabios capaces de adivinar si en el fondo de mi alma se movía la más mínima brizna.

—En Praga se dirige el cotarro —dije bajando los ojos—. Y estos cuadros ya no son una promesa, son una obra de arte. Pienso que podría ir a buscar la fama...

—Veremos —dijo la señora Burgánová.

—El señor Burgán abrió una puerta y con la hoz señaló el interior de una habitación.

—Nuestro chico también hace escultura. ¿Ve? —exclamó, y con la hoz golpeó una escultura de yeso llena de músculos gigantes.

—Éste es *Bivoj*^[68] sin el jabalí —dijo.

—¡Fantástico! ¡Qué bíceps! —dije—. Jirka, amigo, ¿quién te sirvió de modelo? ¿Algún levantador de pesos, un boxeador peso pesado?

Jirka miraba hacia el suelo y parecía que ardiese.

—Ni un levantador de pesos, ni un peso pesado —dijo el señor Burgán—. Yo mismo —dijo señalándose con la hoz.

—¿Usted?

—El mismo. —Se alegró el diminuto señor Burgán—. Nuestro chico siempre lo adivina todo. Cuando nuestro chico oye gotear un grifo, enseguida coge un lápiz y dibuja las cataratas del Niágara, cuando nuestro chico se da un pinchazo en un dedo va a preguntar cuánto vale un entierro de tercera categoría. Las causas mínimas y los efectos máximos —añadió el señor Burgán parpadeando con sus ojitos.

—Señor Burgán, ¿cómo es posible que usted entienda tanto? —dije.

—¡Pero si soy de Vrsovice^[69]! —exclamó rascándose el pelo con la hoz—, ¿ha visto *Troiloy Cresida* de Shakespeare? Pues hace un cuarto de siglo yo era figurante en el teatro de Vinohrady, exactamente en esta comedia. En

el acto quinto el director necesitaba dos esculturas desnudas y preciosas. Una era yo pintado de cobre, y la otra una chica, así es que en cada función, en el acto quinto, estábamos tendidos e inmóviles sobre una cornisa, los focos nos iluminaban, los tramoyistas nos miraban desde arriba, sobre todo a la chica guapa... Y después, cuando sacaron del programa *Troilo y Cresida*, pedí la mano de la chica desnuda pintada de cobre y ella dijo: Sí... Y así pues, ya hace un cuarto de siglo que estamos juntos...

—¿Ella es la estatua pintada de cobre? —dije.

El señor Burgán sonreía y asentía.

—¿La que en el acto quinto estaba tendida sobre la cornisa? —dije.

El señor Burgán sonreía y asentía.

—Que le parece, ¿dejamos entrar un poco de aire fresco? —dijo la señora Burgánová.

Sobre la alfombra caía una llovizna de polvo de cemento.

—Si algún día quiere que reposen sus nervios desbaratados —dijo la señora Burgánová—, venga a vernos, aunque sea una semana entera.

—¿Siempre andan tirando granadas? —dije.

—No —dijo la señora. Y del armario sacó un aspirador—. Sólo de lunes a sábado, y sólo de diez a tres. Pero aquí los domingos son muy tristes. Hay un silencio majestuoso, hasta que llega el barullo. Aquel silencio... Pues escuchamos la radio y Jirka desde buena mañana toca la trompeta. Nos alegra pensar que sólo dormiremos una noche y nuestros soldados volverán a estar aquí... —me contó la señora Burgánová.

—¿Es cierto que los dos estaban tendidos desnudos sobre la cornisa? ¿Es verdad? —dije.

—Es verdad —dijo la señora Burgánová y se balanceaba con dificultad hacia su marido y le pasó el enchufe y el cable enrollado.

—Papá —dijo la señora—. ¿Por qué no pasas el aspirador por el parterre de los ásteres del lado de la pared? ¡Yo después haré un ramo muy bonito para el señor! ¡Hijos de perra! —añadió con ternura y a través de la ventana miraba la pendiente de la montaña, el claro donde crecía una nubecilla blanca como un espino albar florido...

EL SELF-SERVICE SVÉT

Por la pared de cristal del *self-service* resbalaban los riachuelos plateados de una lluvia vespertina, por la plaza, cogiéndose el sombrero o el paraguas, caminaban algunos transeúntes encorvados.

Y dentro del *self-service*, desde el saloncito del primer piso, se filtraba una música alegre y una conversación animada que se transformaba en una gran carcajada.

La señora *vycepní*^[70] llenó algunas jarras de cerveza y se fue al lavabo.

Cuando abrió la puerta, a un metro del suelo colgaban unos zapatos con agujeritos en la lengüeta, encima unas piernas metidas en una falda de cuadros rojos y amarillos, un abrigo con unos brazos inertes dentro de las mangas y la cabeza de la chica caída sobre la solapa... Una chica ahorcada en la manilla de la ventana de ventilación con el cinturón de una gabardina.

—¡No! —exclamó la *vycepní*, después de llevar una escalera, una dependienta alzó a la chica ahorcada y la *vycepní* cortó el cinturón con el cuchillo largo de los embutidos. Y puso a la muchacha sobre un hombre y se la llevó detrás del *vycep*^[71], en la trastienda, la tendió sobre una mesa auxiliar y le aflojó el cinturón que le rodeaba el cuello.

Y levantó la vista.

Al otro lado de la pared de cristal del *self-service*, debajo de la lluvia, había un hombre mirando fijamente hacia la mesa auxiliar.

La señora *vycepní* corrió la cortina de algodón.

Después llegó la ambulancia.

Un médico joven entró corriendo en el *self-service*, dos ayudantes sacaron la camilla. El médico puso su oído sobre el pecho de la chica, le cogió la muñeca y entreabrió la cortina y con las manos indicó a los auxiliares que no hacía falta que fuesen.

—Aquí ya no se puede hacer nada —dijo.

—¿Y nosotros qué tenemos que hacer con la chica? —preguntó la señora *vycepní*.

—Vendrán los de patología —dijo.

—¡Pues que vengan pronto! Aquí se sirven comidas y bebidas.

—Pues lo mejor sería que cerrasen un momentito —dijo el médico adentrándose en la lluvia, y la ambulancia arrancó haciendo sonar la sirena.

Y dentro del *self-service*, desde el saloncito del primer piso, se filtraba una música alegre y una conversación animada que se transformaba en una gran carcajada. Delante de la pared de cristal, apretando las palmas y mostrando unas manos blancas extremadamente grandes, había un grupo de fisgones con los ojos brillantes y llenos de curiosidad.

Después un joven alto se acercó a la puerta. Estaba empapado y llevaba las dos mangas sucias de blanco por haberse arrimado a las paredes. Cogió la manilla de la puerta y enseguida pensó dar media vuelta.

La señora vycepní abrió la puerta.

—Entre, hombre, entre, distraígame un poco —dijo, y cuando él ya había entrado se llevó las manos a la cabeza—. ¿Lo ha atropellado un tranvía?, o, ¿se ha caído de encima de una roca?

—Mucho peor —dijo—. Anteayer huyó mi novia.

Y se tocaba los ojos con las manos sucias.

—¿Usted tiene novia? Si aún no le he visto nunca con una mujer... —se extrañó, y sumergía las jarras vacías en el fregadero y cuando terminó de llenar las jarras de cerveza las puso dentro del pequeño ascensor que estaba detrás de ella, cerró la puertecita y pulsó el botón, cogió una jarra y la hizo resbalar por el mostrador de zinc húmedo, y la jarra avanzó y se paró bajo las manos del joven.

Bebió un poco, se limpió el zapato con la barra de bronce y miraba el agua que goteaba del zapato.

—Huyó —dijo—. Cuando para cenar partíamos el pan duro ella se acordó de que venía de una familia de barones y se puso a gritar: —*Karlík, ¡me encantaría poner una granada de mano en la garganta de tu madre! Y yo la tranquilicé: ¡Chica, no me hables así antes del matrimonio!* Pero ella cogió una navaja de matar ranas y la clavó en la puerta, y la navaja se cerró, y la muchacha se cortó. Enseguida cerré la ventana para que no saltara por ella. Es que la chica estaba obsesionada con la idea del suicidio como un barrendero está obsesionado con las colillas.

—¿Partían pan seco para la cena? —se extrañó la señora vycepní.

—Sí, sí. Pero ella también quería que nos matásemos juntos —prosiguió—. Me dijo: *Eh, Karlík, abriremos la ventana, nos cogeremos de la mano y saltaremos al vacío.* Ya estábamos bañados, vestíamos los trajes más bonitos,

y yo de pronto miro hacia abajo, hacia el patio, para no caer sobre un niño, y miro, y en el primer piso había una antena puesta de forma tan estúpida, que si hubiésemos saltado desde nuestro tercer piso, seguro que el cable nos hubiera cortado la nariz, o una oreja, y hubiéramos quedado feos —dijo, y la cerveza se le caía alrededor de la boca como si fuera una barba poco poblada.

—¡Si da igual el aspecto que hubiesen tenido luego! —dijo la *vycepní* cruzándose de brazos.

—Y estaba preciosa, como una de las estatuas de delante del Ministerio de Agricultura.

Y dentro del *self-service*, desde el saloncito del primer piso, se filtraba una música alegre y una conversación animada que se transformaba en una gran carcajada.

—Yo soy un esteta, ya está dicho todo —dijo—. A mi novia le daba igual. Una vez ya se quiso ahogar con el cinturón de su gabardina, y la salvé por los pelos. Y ella gritaba: *¡Tú, idiota, por qué me has hecho regresar, si ya estaba en el limbo!* Y los vecinos golpeaban la puerta y gritaban: *Señor Karlícek, ¿qué están haciendo? ¡Aquí hay niños!* Y mi novia gritaba: *¡A estos hijos vuestros los masacraría con mucho gusto, y después pegaría fuego a la casa!* Y para tranquilizarla la cogí de una mano y una pierna, y quería hacerla girar por el aire, pero me equivoqué en los cálculos, y con su cabeza rompió la puerta, y derribó a la vecina que estaba de rodillas mirando por el ojo de la cerradura. Y mi novia dijo: *¡Señora, nosotros, Karlík y yo, podemos hacer en nuestra casa lo que nos venga en gana! ¿No es así, Karlík?*

El joven sonreía y tenía los ojos enmarcados de rojo a causa de una conjuntivitis, parecía una receta de la Seguridad Social.

—Es horrible —dijo la señora *vycepní*—. ¡Fíjese, la chusma incluso ha venido con sus sillas! —Y añadió cerveza a las jarras, y salió de la barra dirigiéndose hacia la pared de cristal donde, al otro lado, aguantando el chaparrón, había decenas de fisgones, susurraban, algunos de ellos ya estaban sentados en sus sillas, y apretaban sus palmas contra el cristal, como si quisieran que éste los calentase. Y parecían monstruos.

La señora *vycepní* se bebió un trago de cerveza, se inclinó apretando su cara contra la pared de cristal, y desde el exterior parecía que llevase gafas, después retrocedió y tiró el resto de la cerveza sobre la pared transparente. La espuma descendió sobre los retratos de las personas de detrás del cristal.

—¡Praguenses! —dijo encogiéndose de hombros.

Y regresó detrás de la barra, terminó de llenar las jarras y cogió una y la hizo resbalar por el mostrador de zinc húmedo, y la jarra avanzó y se paró

bajo las manos del joven.

—Hombre —dijo—. Yo siempre tengo que estar en medio de los líos. El año pasado iba caminando al lado de la vía, al otro lado iba andando una muchacha, y cuando pasó el tren, se tiró bajo la máquina, ¡y su cabeza parpadeando fue a dar con mis pies!

El joven estaba encogido como una máquina de coser plegable.

—No dejaré a mi novia de ninguna de las maneras —dijo—, aunque sólo sea porque con su frigidez ha hecho famoso el grafismo checo. Si tuviera una mujer normal, ¿qué? Haríamos el amor pero el grafismo absoluto se habría esfumado.

Levantó la jarra y la cerveza se le cayó dentro de la camisa.

Y dentro del *self-service*, desde el saloncito del primer piso, se filtraba una música alegre y una conversación animada que se transformaba en una gran carcajada. Por el pequeño ascensor bajaban desde arriba unas fuentes con jarras vacías y espuma seca.

—Mi chica también siempre me echaba en cara que yo estaba loco, ¿pero cómo puedo estar loco y al mismo tiempo ir a la fábrica, y con estas manos dibujar con una exactitud de centésima de milímetro los perfiles del fuselaje, los frenos de cañón de los reactores...?

—¡Basta! —Se enfadó la señora *vycepní*.

Y algunos fisgones se balanceaban sentados en las ramas resbaladizas, y, como en el tranvía, con las manos se aguantaban en la copa de los tilos, y desde aquella perspectiva de pájaro miraban directamente hacia abajo, hacia el *self-service*, la cortina de algodón ligeramente entreabierta, y la ahorcada que yacía sobre una mesa auxiliar.

—Yo siempre tengo que estar en medio de los líos —se lamentó la señora *vycepní*—. En una noche oscura yo iba por Krcák, me aparté del camino, fui a tientas como el ciego Hanus del *Orloj*^[72]... y cogí la mano fría de alguien, encendí una cerilla, la levanté... y me encontré a un hombre ahorcado que me sacaba la lengua. ¡Qué manera de llover...! —dijo, y por encima de las cabezas de los fisgones miraba hacia las lámparas de sodio, detrás de ellas el viento descubría las ramas de las acacias y el reloj iluminado del pequeño castillo.

Y dentro del *self-service*, desde el saloncito del primer piso, se filtraba una música alegre y una conversación animada que se transformaba en una gran carcajada.

En la puerta de cristal apareció un joven con un mono empapado y señaló una caja con jarras de cerveza vacías.

La señora vycepní abrió la puerta, después tomó las jarras, las llenó de cerveza y dijo extrañada:

—Hombre, con tan buena planta, ¿por qué vas tan disfrazado?

—Esto está de moda en nuestra fábrica —dijo el mecánico—. Los chicos que salen muy bien vestidos del trabajo, pues, para trabajar se disfrazan. ¡Madre mía! Durante un tiempo estuvieron de moda los monos remendados. Entonces los talleres estaban llenos de remiendos de payaso, como en un baile de pordioseros. Después empezaron a llevarse los monos cosidos con hilos metálicos, entonces en la fábrica se oía ruido de marionetas. Pero hoy en día se llevan los zapatos rotos —dijo el joven mostrando su zapato de trabajo sin suela, y que en lugar de cordones tenía hilo de cobre—. Y los pantalones deben tener una pernera cortada o deshilachada por un engranaje —dijo el joven mecánico y se alejó para que lo viesen.

—¡Guapazo! —le piropeó la vycepní e iba metiendo las jarras llenas de cerveza en la caja.

—Y las muchachas que van a la fábrica como si fuesen estrellas de cine, hoy en día en el trabajo llevan unas botas de goma con unos agujeros terribles —dijo el joven, y su pelo mojado y pelirojo formaba ondas y brillaba como las virutas de cobre—. Pero, señora vycepní, ¿a qué espera toda esa gente bajo la lluvia?

—En el piso de arriba hay una boda importante. —Giró la mirada hacia el techo. Después con una mirada experta observó al guapo mecánico que con el dedo pulgar se subía el tirante único que continuamente se le resbalaba. Cuando se marchó ella preguntó al joven—: ¿Y a usted, le sigue gustando la fábrica?

—Sí, aún me gusta —dijo el joven—. Sin la fábrica, como sin mi chica, no podría vivir. ¡Si allí hice mi primera exposición! —Se enterneció—. ¡Allí la hice! Pero antes tuve que pelearme con el comisario de cultura, que me había aconsejado que colgase mis grabados en la sala durante la noche. Así, pues, entré a escondidas y enganché en un tabique mis artefactos sobre el tema *las vivencias del tacto*. Cuando por la mañana el comisario los vio se quedó espeluznado y durante un breve rato nos peleamos, yo le desgarré un poco su abrigo..., pero el *vernissage* tuvo lugar. A los obreros les encantó. Como acompañamiento cultural cantaron unos niños ciegos, sobre ellos, a lo largo del balcón, había una pancarta: *No debemos perder de vista nuestra unidad*. Y hoy en día la fábrica se vanagloria de que yo hiciese en casa, en la..., la empresa, mi primera exposición...

Y dentro del *self-service*, desde el saloncito del primer piso, se filtraba una música alegre y una conversación animada que se transformaba en una gran carcajada.

Primero bajó la novia con un velo blanco, era joven, sus ojos brillaban por el alcohol y se dio la vuelta y mientras bajaba la escalera seducía al novio. Las damas y los caballeros de honor se cogían de la barandilla y se tropezaban con el velo. La novia cantaba y siguiendo el ritmo daba golpes con el ramo, y desde la diagonal de las escaleras fue corriendo hacia la entrada de cristal, alborotando a los fisgones, y después salió corriendo hacia las ramas plateadas por la lluvia, abrió los brazos, miró hacia arriba y sus cabellos y su sombrerito se quedaron flácidos y el agua moldeó su cuerpo precioso. El novio y otros invitados se añadieron con entusiasmo a la carrera debajo de la lluvia. Después caminaron por la otra acera, en fila india, la novia se dio la vuelta y con los tallos del ramo marcaba el paso y el ritmo de la canción.

—Una boda muy alegre, tal como debe ser —dijo la señora *vycepní* y bajó de la caja de cervezas—. ¿Pero su novia huyó ayer?

—No, anteayer —dijo refregándose el ojo enrojecido—, no me extraña de ella. Leía muchas novelas rosas y autobiografías de hombres famosos. Y quería que yo tuviese dos salones y que tuviese invitados, y que hiciese mis grabados absolutos por las tardes, en casa, como un *hobby*. Por eso también siempre me amenazaba con el pasado o el futuro, o con sus amantes, lo que cada uno hacía o sólo pretendía hacer con ella, o me decía que huiría y que regresaría a la casa de sus padres, que tenían un árbol genealógico de setecientos años de antigüedad, y que uno de sus antepasados fue camarlengo del papa, pero ¿de qué sirvió si yo me gastaba en ella, en dos días, el anticipo y el complemento del sueldo? Después, para cenar partíamos el pan duro con un martillo, o ella iba a devolver cascos, o recortaba sus vestidos a retales que iba a vender al encante, como ropa vieja. Era sugestivo de verdad, hubiéramos vivido en el absoluto.

A la puerta de cristal llegaron dos policías nacionales.

—Ya era hora de que viniesen —dijo la señora *vycepní* y los policías se sacaron el agua de las botas.

—Estos chalados han convertido esto en un panóptico. —Y señalaba a los curiosos que se habían callado y tenían los ojos brillantes por la espera—. Toda esta gente me hará volver loca —dijo—. ¿Pero qué hacen? ¡De espectadores de ejecuciones!

Y cuando miró hacia arriba, hacia el policía más joven, se estremeció:

—¿Ha tenido algún problema?

El policía se sacó un espejito del bolsillo, y cuando vio el cardenal de debajo del ojo dijo:

—Me han dado una coz.

Su superior añadió:

—¿Qué te he dicho? *No empieces a discutir con una boda borracha*. Y una palabra trae otra y nuestro joven ha recibido del novio un monóculo muy bonito.

—¡Pero lo he arrestado!, ¡cerrado a cal y canto! —contó el policía imitando el gesto y palpándose de nuevo la ceja con un dedo.

—Pero ¿dónde está la muchacha? —preguntó el superior.

—Aquí —dijo la señora vycepní y entreabrió la cortina de algodón. Y la pared de cristal del *self-service* estaba llena de palmas blancas; sobre la espalda de los que estaban cerca del cristal se apoyaban los que estaban detrás, algunos fisgones bajo la lluvia estaban colgados de las farolas, y un abuelo estaba de pie dentro de la copa de un tilo, como un babuino, y el viento empujaba la lluvia en forma de telones y cortinas...

El joven policía sacó un bloc y puso papel de calcar.

La señora vycepní caminaba a ras de pared, escupió a la cara de un fisgón que ni se inmutó, y el escupitajo resbaló sobre la pared de cristal como una lágrima de leche.

—¿Acaso he matado a mi padre con una cadena? —exclamó la señora vycepní dando un golpe a la frente de un curioso, y se puso a andar furiosa, se sacó el delantal y tapó los caños de cerveza, después se soltó los cabellos voluminosos que estaban enrollados formando una madriguera de termitas, se puso las horquillas en la boca y se peinó de nuevo, como si enrollase una vanocka^[73] de cinco kilos, hizo girar sus cabellos hacia arriba, en forma de serpentina, y cuando ya los tenía fijados con las horquillas, entró en la trastienda y se sentó en una silla.

—Suerte que ha venido —le dijo el superior—. Desabróchele la blusa. Esta muchacha va indocumentada y sólo lleva 30 *halir*... Después, a codazos, la novia llegó a la pared de cristal y llamó con su dedito sumiso. El joven le abrió. La novia entró, se sacó el zapato plateado y vació el agua de su interior. Su sombrero de boda y sus ojos estaban descoloridos.

—¿Pues qué? —dijo—. ¿Me lo soltará, sí o no?

—No, no lo soltaré —dijo el policía.

—¿Por qué no lo soltará?

—Porque me ha insultado mientras estaba de servicio.

—¡Pero si el cardenal no es muy grande! —dijo la novia inclinándose y bebiendo del grifo que sin cesar echaba agua sobre la pila.

—Tengo un ojo a la virulé, como el papel carbón —dijo el policía contemplándose en un espejito redondo.

—Pues hubiera hecho mejor dejándonos en paz. Usted ha empezado. Ahora tiene que acabarlo. ¿Cuándo me lo soltará?

—¡Mañana!

—Pues le esperaré aquí, y usted dormirá conmigo, porque yo, en mi noche de bodas, no voy a dormir sola.

—No es mi tipo —dijo el policía levantándose.

—Me da igual, aquí hay más —exclamó la novia dando una vuelta de vals y preguntó al joven:

—¿Y a usted qué?, ¿le gusto?

—Me gusta —dijo—. Se parece mucho a la chica que ha huido. Tiene la misma cara que cuando ella, por primera vez, vino corriendo a mi sótano, llevaba una maletita, como las que tienen la muchachas para las muñecas, también iba medio descalza, llevaba unos zapatos con la lengüeta llena de agujeritos, tenía el pelo cortado como las chicas del correccional de Kostomlaty. ¡Y además! También tiene un tintineo azul en los ojos, como un trocito de calcedonia. Usted me gusta. Es mi tipo.

—Y usted a mí también me gusta —dijo la novia y llenó de agua el zapato plateado, levantó el tacón transparente como una copa y bebió con mucho gusto.

—Contra gustos no hay nada escrito —dijo saboreando el agua. El joven policía se sentó, el superior retiró la cortina y empezó a dictar:

—La desconocida mide unos ciento sesenta centímetros, va vestida con un traje chaqueta a cuadros rojos y amarillos. En los pies lleva unos zapatos negros con la lengüeta llena de agujeritos. La blusa, de color rosa, está ornamentada con un cuello de encaje con unas rosas al final...

El joven policía se levantó para ir a cerrar la puerta por donde habían salido el joven y la novia que se adentraban en las perlas de la lluvia vespertina. Cuando se sentó siguió escribiendo lo que su superior le dictaba...

Después llegó el coche de patología.

—Mi chica, cuando llegó por primera vez, corriendo, a mi casa... —decía el joven.

—¡No le oigo, no oigo nada! —gritaba la novia y el viento se llevaba las palabras de su boca.

—Mi chica —le dijo al oído—, cuando llegó, corriendo, a mi casa, era precisamente cuando yo estaba terminando la máscara mortuoria de un amigo. Y quiso que le hiciese una parecida porque después iba a empezar una vida nueva. La tumbé sobre la mesa, la pinté con vaselina, en la nariz le puse un par de papelinas y después, sobre la cara, le puse un chorro de yeso líquido... en el cuello llevaba una toalla como después de un asesinato... Y yo le cogía la mano y sentía los latidos sismográficos de su corazón...

—¡Qué bonito! —gritaba la novia y el viento le arrancó el sombrerito y rápidamente se lo llevó por el cielo negro.

Después el joven se paró para mirar, bajo las luces de sodio, el pequeño parque donde el viento separaba a los jóvenes chopos de sus tutores y sus ramitas se enjugaban en los charcos.

—Sujete este arbolito —gritó el joven, se desgarró la corbata y ató con fuerza los troncos con cada una de las mitades.

—¿Y a usted que le importan estos arbolitos? —gritó.

—¡Aguante fuerte!

—Digo, que qué le importan estos arbolitos.

—Se romperían.

—Pues que se rompan. ¿A usted qué le importa?

—Estos árboles públicos son míos, del mismo modo que lo que yo pienso y hago pertenece a la sociedad. ¡Señorita! Yo ya soy tan público como unos urinarios públicos, tan público como un parque público —gritó y arrancó el velo mojado y sucio de barro de la novia y con unos movimientos decididos, como si dirigiese una orquesta, rasgó la seda en tiras que después convirtió en cordones.

—Y cuando el yeso se secó —gritó—, no pude separar el yeso de la cara de mi chica, sólo con el escalpelo. Tuve que recortarle el pelo hasta la mitad de la cabeza y eso nos aproximó. Ella me dijo que con aquella máscara mortuoria empezaría una nueva vida. Durante tres días me hizo confesiones, y yo de tantas confesiones me daba golpes contra la pared. Suerte que tenía preparado un barril de alquitrán para aislar las paredes del sótano... En funciones de confesor yo mojaba la brocha en el alquitrán, y bajo las impresiones de sus palabras iba pintando sobre la pared blanca, mientras ella me contaba cómo la llevaban al *water* para vomitar colgada por los brazos, sin tocar con los pies en el suelo, cómo uno la había abandonado y ella se pasó las noches estirada en el parque *Stromovka*, y de tanta pena comía tierra... etcétera. Durante tanto tiempo me confesó tantas negruras que se volvió blanca, y yo, sobre la pared blanca del sótano, gasté pintando todo el

alquitrán. ¿Podría darme otro pedazo de vestido? ¡Los cordones se han terminado!

—Usted mismo —dijo acercándole el hombro.

La cogió y con un movimiento brusco, como cuando se arranca una rama, o cuando el revisor toca el cordón para que el tranvía se ponga en marcha, arrancó el resto del vestido de novia. Relampagueaba y la novia estaba medio desnuda en el parque público.

—Oiga —dijo—. Hágame también una máscara mortuoria.

¿QUIERE USTED VER PRAGA, LA CIUDAD DORADA?

El señor Bamba, un hombre bajito, propietario de una funeraria, salió de la ciudad y descendió hacia el río. Después se adentró por el robledal.

—¡Señor Bamba!

Se dio la vuelta.

—¡Ah!, es usted, señor Kytka —dijo el señor Bamba—. ¿Qué anda buscando por la orilla del agua? ¿Inspiración?

—No —dijo el señor Kytka—. En realidad he ido a su casa, pero no he encontrado su físico. Señor Bamba, ¿no tendría un poco de tiempo para mí?

—Para un poeta siempre —dijo el señor Bamba.

—Es que el grupo surrealista querría alquilar su almacén por una noche.

—¡Caramba!, hombre, ¿qué dice? ¿Quieren montar un *cabaret* en mi almacén de ataúdes?

—Nada de juergas, señor Bamba, por si no lo sabía, nosotros no somos sólo devotos de Bretón y Elouard, sino también de Karel Hynek Macha^[74].

—Sí, ¿y...?

—En su almacén se daría una conferencia conmemorativa del aniversario de su muerte, y la conferencia la daría Jan z Wojkowic.

—¿Jan z Wojkowic? ¡Pero si hace veinte años que está encadenado al catre!

—Precisamente por ello recorreremos a usted —dijo el poeta—. Para que sepa que llevamos a su almacén de ataúdes al viejo poeta y a su lecho.

—¡Eso sí que causaría sensación! —declaró el señor Bamba.

—¡Exactamente! —dijo el poeta Kytka caminando y mirando por encima de un pequeño muro de piedra detrás del que pastaban dos toros jóvenes.

—¿Se sacarán fotografías de todo, verdad? —preguntó el señor Bamba poniéndose de puntillas.

—Exactamente. Y mandaremos las pornografías a París, llegarán a las manos del mismísimo André Bretón. Estas vacas parecen toros —añadió el

poeta.

—¿Dónde? —preguntó el señor Bamba poniéndose de puntillas.

—Si me lo permite, ¡yo le levantaré!

Y el dueño de la funeraria alzó sus manitas como alas y el poeta gigante lo levantó sin esfuerzo.

Cuando el señor Bamba ya estaba harto de mirar por encima del muro de piedra exclamó.

—¡Eso no son toros, son vacas!

—¿Qué? ¿Ya quiere bajar al suelo?

—Ya tengo bastante —dijo el señor Bamba mientras seguía andando—. Veremos si el viejo poeta está de acuerdo con la conferencia. Él sólo cree en la transmisión de las ideas.

—Ya está todo listo —dijo el poeta—. Mi último objeto sexual es una bella empleada de correos. Está delicada de los pulmones, y se cura con la imposición de manos del viejo poeta. Ellos ya han hablado de la conferencia.

—Señor Kytka, ¿no me estará tomando el pelo? ¿No está bromeando?

—¿Yo?, ¿hacer recortes?

—Pues bien. Le creo.

De este modo iban andando por el robledal y en la otra orilla los bomberos hacían prácticas. Sus cascos de latón brillaban y jugaban al escardillo. Dos bomberos estaban de rodillas y tenían la manguera, uno, con las piernas muy separadas cogía el caño esperando un chorro muy potente de agua. El trompetista tenía una mano en la cintura y con la otra se apretaba la trompeta hacia la boca y miraba de reojo a su jefe que en aquel momento le dio una señal y el trompetista se puso a tocar, pero de la manguera no salía ni una gota de agua.

—La libido no les funcionará muy bien —dijo el poeta.

—Pero mi almacén de ataúdes está en el sótano. Y el carbón voy a buscarlo en el primer piso —dijo el señor Bamba.

—Pues así aún será más paranoico. —Se alegró el señor Kytka, se dio la vuelta y gritó por encima del agua—: ¡Les deseo que sus mangueras funcionen!

—¡Tu bastardo, puerco! —gritó el bombero—. Anda con cuidado, que la tuya te funcione.

—A ver si conseguimos trasladar la cama al sótano. —Se preocupaba el señor Bamba—. ¿Y si llueve? ¿No sería conveniente llevar en un coche funerario la cama con el poeta dentro? ¿Y llevarlo por delante de las arcadas? Mientras el viejo poeta golpearía el cristal del coche y haría reverencias.

—¡Exacto! —exclamó el poeta—. Sería esquizofrénico. Pero señor Bamba, ¡qué ideas más buenas tiene! ¿No le gustaría formar parte del grupo surrealista?

—No, no me gustaría —dijo el señor Bamba con modestia—. Soy miembro del Club de la Belleza.

—Sobre todo que no falte de aquel terciopelo con el que decora los ataúdes. Con tela de esa adornaremos el sótano.

—Es verdad —añadió el señor Bamba—. Si se toca el terciopelo los cadáveres pueden colarse como por una criba.

—Exactamente. ¿Y qué le parecería si se imprimiesen las invitaciones de la conferencia sobre Macha... sobre aquellas cintas moradas de la funeraria? —preguntó el poeta y gritó por encima del agua—: ¡Les deseo que sus mangueras funcionen!

—Tú, bastardo, puerco, ¿quieres recibir una paliza? —gritaban los bomberos, y con una actitud amenazadora se adentraron en el río hasta que el agua les llegó a las rodillas.

—Así que las fotografías de mi almacén llegarán al mismísimo París... —Se alegró el dueño de la funeraria.

—Eso mismo. Es que nosotros, los surrealistas, somos un movimiento intercontinental —dijo el poeta señalándose a sí mismo con orgullo—. Somos hombres tocados por el rayo, hombres postrados a los pies de la esfinge. —Dándose la vuelta gritó por encima del agua—: ¡Les deseo que sus mangueras funcionen!

Los bomberos dejaron de montar las mangueras y con su jefe corrieron hacia el agua hasta que ésta les llegó a las rodillas y con destornilladores y llaves lo amenazaban:

—Tú, Bamba, puerco, ¿quieres caerte de cuatro patas en el Elba?

El señor Bamba se asustó:

—¡Pero si yo no he dicho nada! —gritó.

—Cuando vayas detrás de un ataúd por fin sabrás los chichones que puede hacer una cruz —ronqueó el jefe de los bomberos.

—¡Fíjese, hombre, la que ha armado! —dijo el señor Bamba cejijunto—. Hay muchos bomberos y encargarán los funerales a la competencia. Y los funerales de los bomberos son de primera categoría.

—Nosotros hacemos que la vida de esas buenas gentes sea distraída —proclamó el poeta poniéndose las manos en forma de trompeta y gritando—: ¡el que ha gritado soy yo, Kytka!

—¡Tú, Kytka, bastardo! —tronó la voz del jefe—. ¡Tú también vas a recibir!

El señor Bamba se frotó sus manecitas.

—Señor Kytka, usted no sólo es un poeta, sino también todo un carácter. ¿Qué le parecería si sacásemos el ángel blanco de la droguería y lo colgásemos en mi almacén, sobre la cama? ¿O que el relojero Sercha nos dejase descolgar aquel gran reloj que está sobre su tienda y lo instalásemos sobre el viejo poeta mientras éste leyese? Sería enternecedor que la segundera, gorda como mi pierna, acompañase con su tictac nuestra velada de Macha...

El señor Bamba se ahogaba y el poeta tragaba saliva.

—Señor Bamba —dijo al cabo de un rato—, por su interior transita una doble delta maniaca, yo me esfuerzo recogiendo las ideas de una en una con una aguja, y usted se las saca de la manga.

El señor Kytka dirigió la mirada hacia el cielo y dijo:

—No yo, si no él es el poeta. —Y señaló al dueño de la funeraria.

—Usted exagera —dijo modestamente el señor Bamba.

—No, no —dijo el poeta—. ¡Claro! ¡Los paganos, sin ninguna religión, llegaron a la verdad...! ¿Pues, señor Bamba, estamos de acuerdo? —Alargó su mano inmensa.

—De acuerdo —dijo el señor Bamba introduciendo su palma en la manaza del poeta.

El señor Kytka se sacó el reloj del bolsillo.

—Bien —dijo sacándose unas postales del bolsillo interior de la americana—, dentro de un momento echaré estos aspectos en el vagón de correos del tren de Praga. El jefe de estación excluyó del correo estos artefactos, decía que eran pornográficos.

El señor Bamba desplegó las postales como si fuesen un abanico y después se llevó las manos a la cabeza.

—¿Cómo los hace? —dijo atemorizado.

—Recorto *La vida sexual sana de mi madre*, después una lista de precios de productos de *toilette* íntima femenina, después la Biblia de Kralice —dijo el poeta y con una mano detuvo al amo de la funeraria—. Después me siento en un lugar especialmente alejado y me abandono a los cuchicheos automáticos. Y me pongo a pegar los recortes mezclados sobre unas fotografías modernistas de mujeres desnudas...

—¿Y en el vagón de correos qué dicen?

—Anteayer, ayer, y hoy volverá a ser igual. Echo los aspectos por una rendija del vagón y golpeo con la mano. El empleado recoge las postales y mata los sellos. Yo retrocedo entre las vías del tren y observo cómo se lleva las manos a la cabeza. El de la visera verde se sube a la máquina que está llenando sus depósitos de agua. El maquinista se limpia las manos con un manojo de hilachas, también mira los aspectos y también se lleva las manos a la cabeza. Señor Bamba, ¡el atractivo de los objetos surrealistas es monumental!

—Si yo soy miembro del Club de la Belleza. —Se defendía el señor Bamba—. Pero ¿a quién manda todo eso?

—A unas señoritas preciosas que no quieren vivir en la esclavitud sexual —dijo el poeta y añadió premonitoriamente—: Porque la realidad es alcohólica.

—Exacto —asintió el señor Bamba levantando su cabecita—. Pero cuando usted me ha levantado delante del pequeño muro de piedra para que viese aquellos dos toros, he recordado aquel caso, cuando una niñera enseñaba Praga, la ciudad dorada, al niño que cuidaba, cuando lo volvió a dejar al suelo el niño estiró la pata. ¿Oyó hablar de ello?

—No, no —contestó con interés el poeta.

—Y eso no es todo. El colmo fue el juicio, cuando el juez gritó: ¿Cómo puede haber ocurrido una cosa semejante? Y aquella niñera gigantesca, como usted, preguntó al juez que era bajito: ¿Quiere usted ver Praga, la ciudad dorada?, y el juez respondió: Sí, quiero. Y la niñera apretó con sus manos la cabeza del juez y lo levantó hacia el techo. ¡Y cuando lo volvió al suelo también estiró la pata!

—¡Qué macabro! —dijo el poeta dirigiendo la vista hacia el cielo y lamentándose—: Yo lo busco con una aguja, busco en las plazas y él —señalando al dueño de la funeraria—, ¡él se lo saca de la manga!

—Señor Kytka. —Se le arrimó afectuosamente el señor Bamba—. Este caso no me deja dormir en paz, tantas veces que mi padre me enseñó la bella Praga, y nunca pasó nada: ¿es que las personas de hoy en día son más frágiles? Venga, ¡lo probaremos!

—Si usted no podrá conmigo —dijo el poeta.

—Pero usted conmigo sí. A su lado parezco un niño —dijo el señor Bamba.

En la otra orilla del río el motor ya funcionaba. El trompetista se acercaba otra vez el instrumento dorado a la boca, el bombero aguantaba la boca dorada de la manguera y tenía las piernas separadas para que el potente chorro

de agua no le hiciese perder el equilibrio. Y los cascos de todos los bomberos brillaban como si fuesen de oro. El jefe dio la señal y la trompeta comenzó a oírse por los prados. El potente choro de agua zarandeó al bombero de un lado para otro.

—¿Y ahora qué les parece...? —gritaba el jefe de los bomberos y con un gesto teatral señalaba el arco de agua que la manguera vomitaba y que llegaba hasta el centro del río—. ¿Sale o no sale...?

—Ahora sí —gritó el poeta—, ¿pero, y cuando tuvieron que apagar el incendio en Drahelice?

—¡Tú, puerco, bastardo, espera, ya verás cuando nos crucemos! —gritaba el jefe de los bomberos y se sacó del cinturón una hacha y corrió por dentro del agua y algunos bomberos que estaban de rodillas al lado de la manguera también se sacaron el hacha, corrían detrás del jefe y los tres amenazaban con sus hachas doradas que también jugaban al escardillo y gritaban:

—¡Te vamos a hacer una cara nueva!

—Al lado de usted yo soy como un niño pequeño —le recordó el señor Bamba, y sus ojos brillaban.

—¿Quiere usted ver Praga, la ciudad dorada? —preguntó el poeta.

—Sí, quiero —dijo el señor Bamba cerrando los ojos.

IONTOFORESIS

Las placas de zinc y las vendas apretaban la cabeza del señor Félix. Además, unos pequeños cables verdes, rojos y azules le envolvían el cuerpo como si se tratase de un mapa plástico con señales de senderismo.

Después sintió cómo dentro de su cabeza le pasaban corrientes eléctricas y dentro de su boca notó un olor a relámpago y a huesos quemados.

—Enfermera —gritó el señor Félix.

—¿Qué le ocurre? —Se oyó detrás de las blancas cortinas.

—Enfermera, no sería posible... si en lugar de la iontoforesis me recetasen un muslo de buey de una fábrica de cerveza^[75].

Las anillas de cobre resonaron.

—¿Sabe cómo se curaban los nervios en la Edad Media? ¡A garrotazos en la cabeza! ¡Y eso es lo que usted necesitaría! ¿Cuál es su oficio? —le preguntó la enfermera.

—Agente, pero ahora estoy en Kladno.

—Espero que no sea un agente provocador... —Se reía mientras mojaba el algodón con agua de calcio.

—No —dijo el señor Félix—. Agente de poca monta, representante de artículos de pirotecnia, ruegos artificiales, petardos, bengalas y artículos de mercería.

La enfermera desapareció detrás de las sábanas blancas.

—Enfermera, ¿me oye? —preguntó el señor Félix.

—Le oigo.

—Un día llego a Trutnov y digo en una tienda: ¿Dónde está el señor interventor nacional? La vendedora señala el techo con la cabeza y dice: en el primer piso. Pues voy allí, me presento y digo que entre otros artículos también tengo cohetes. El señor interventor nacional duda: ¡Veamos si explotan! Digo:

Explotan y mueven la cola. ¡Pruébelo usted mismo! Y el interventor enciende uno, se le escapa de la mano y después de describir un arco termina

en el cochecillo de las muñecas y de pronto todo el departamento de juguetería se llena de llamas. Cuando más tarde llevábamos al interventor en ambulancia, porque se había chamuscado un poco, susurró: *¡Quién me ha mandado que no lo creyese!* Qué hartón de risa, ¡enfermera!

Las anillas de cobre resonaron.

—¿Y eso le da risa? Parece que la corriente no está lo suficientemente alta. —Se enfadó la blanca enfermera.

—¿No está suficientemente alta? —dijo el señor Félix—. Un poquito más y estaría no con una, sino con las dos piernas en el Edén.

—¡No diga disparates, boca-mentirosa! —exclamó, y en broma le dio un cachete en la boca.

Y se dio cuenta que la palma de la mano de la enfermera olía a electricidad.

Después él se movió.

Ella salvó por los pelos un aparato que se estaba cayendo.

—¡Ostras! —Se asustó—. ¿Sabe cuánto vale esto?

—Unas seguro... Sesenta coronas —dijo el señor Félix.

—Seguro que un día el señor le castigará —proclamó la enfermera saliendo del bosquecillo de cortinitas y sábanas blancas.

En la cabina de al lado del señor Félix se entreabrió la cortina y vio a una mujer desnuda que estaba boca abajo, la masajista le trabajaba la espalda.

—Enfermera —preguntó el señor Félix—, ¿se acuerda de cuando la radio emitió por primera vez? ¿Se acuerda de Krystal?

—¡Si yo aún no estaba en ese mundo! —La enfermera se molestó en algún lugar de la sala—. ¡Que Dios no le castigue aún más!

—Me castigará, porque quiero casarme —dijo el señor Félix—, pero cuando empezó la radio, pues todos los alumnos nos pusimos un auricular en el oído y delante del hotel donde esperaba toda la escuela andaban arriba y abajo el cura y el director y movían la cabeza incrédulos y decían: *No sé, no sé, pero ese invento revolucionario no aportará nada nuevo a la humanidad.* Y así fue. Nosotros fuimos los primeros que tuvimos una Krystal en casa. Pero el abuelo se olvidó de que llevaba los auriculares en los oídos y un día, cuando fue a buscar una jarra de cerveza que estaba en la ventana, tiró la Krystal al suelo y la rompió. Mi padre, que no podía calentar al abuelo, nos calentó a nosotros. Así es la justicia de ese mundo.

—Su mujer tendrá una buena cruz con usted. —Se reía la enfermera mientras enrollaba una venda de la cabeza de alguien que estaba sentado y escondido entre las cortinas. Y como la enfermera estaba de pie delante de la

ventana que daba paso al sol de la mañana, y como no llevaba nada debajo de la bata, el señor Félix se dio cuenta de lo que siempre le había gustado, que las mujeres allá arriba tienen las piernas separadas unos cuantos centímetros.

Y la enfermera seguía de pie y él sol la dibujaba.

Y después se abrió la blanca puerta.

Primero entró una rosa roja, después una mano que llevaba la rosa, después un hombre en un chándal azul.

—Pero señor St’astny, ¿ya desfila solo? —exclamó la enfermera sin soltar la venda en cuyo final había un paciente, y como estiraban de la venda él se levantó, encorvado como un perro san bernardo.

—¡Qué progresos! —Se alegró la enfermera.

—Aquí —dijo el señor St’astny—, una flor. Le doy las gracias porque existo.

Y su voz le salía potente como el agua por el cuello de una botella.

—Que buen detalle de su parte —dijo la enfermera que seguía enrollando la venda y el paciente que estaba en su final cada vez daba un paso al frente—. Ya lo sabe, señor St’astny, ¡nosotros aquí hacemos lo que podemos! Pero tendrá que esperarse un momentito, ¡enseguida le atiendo!

El señor Félix giró la cabeza y vio que la cara del recién llegado parecía haber sido deformada por una garra, y las mejillas estiradas unos dos centímetros hacia abajo. Su párpado derecho era de color rojo brillante como la rosa que la enfermera había dejado en la ventana dentro de una jarra de medio litro.

Terminó de desenrollar la venda de la cabeza y la placa de zinc resbaló.

—Vuelva de nuevo el próximo martes —dijo la enfermera y se arrodilló delante del señor St’astny, jugaba con los labios, silbaba y se reía.

—¿Que le parece, intentamos silbar a dúo? —le preguntó.

Y el señor St’astny obligaba a moverse a los músculos de alrededor de la boca.

Después la enfermera silbaba despacito.

A continuación juntó los labios para que el paciente viese lo que se debe hacer antes de silbar.

Y la enfermera silbaba, pero los músculos de alrededor de la boca del señor St’astny no.

Después lo intentaron de nuevo, los dos tiraban de los labios y enseñaban los dientes, al cabo de un momento ella, con su dedito, le ordenaba los músculos de alrededor de la boca.

Pero no podía silbar y se desanimaba.

—Esto no funciona —dijo.

Detrás de las cortinitas blancas sonó un despertador.

—No se preocupe, señor St’astny, ya funcionará, seguro que funcionará, yo sé que esto tiene que funcionar, ¡acuérdesse de su aspecto al ingresar aquí!

Y detrás de ella resonaron las anillas de cobre.

—Hace veinte años que trabajo en la serradora, y ahora eso —dijo el señor St’astny—. Lo que ocurría es que el aire que salía de la sierra era demasiado fuerte..., ¿o tal vez me picó una corriente de alta tensión? Pero yo ya sé que jamás volverá a ser como antes, que un día no sobreviviré al ataque, y fiii, y adiós... —dijo el señor St’astny amargamente.

El señor Félix le preguntó:

—¿Cómo ha dicho?

—Fiii —silbó el señor St’astny—, y adiós.

—¿Cómo? —El señor Félix hizo girar su cabeza.

—Fiii —repetía el señor St’astny—, y adiós.

La enfermera salió y se puso a bailar:

—Señor St’astny, ¡los músculos de alrededor de su boca se han movido!

Y el señor St’astny, sentado, repetía y silbaba:

—Fiii, y adiós.

El despertador empezó a tocar al lado del señor Félix.

La enfermera cerró la corriente.

—En casa tengo exactamente el mismo despertador de la marca año-de-maría-castaña. Enfermera, yo que no soportaba ni el tictac de un reloj soy el propietario de un trasto semejante. Pero de noche lo envuelvo con una bufanda y luego lo guardo en un armario cerrado. Y a pesar de ello suena tanto que incluso los vecinos se levantan. Un despertador como ése... —dijo el señor Félix y enmudeció.

La enfermera le estaba desenrollando la venda de la cabeza, pero con la mirada acariciaba al señor St’astny, y silbaba, y el señor St’astny también silbaba.

Después llegó un viejo pálido que llevaba el brazo dentro de un caparazón rojo. Detrás de él caminaba su mujer, quizás, que mantenía sus palmas a unos pocos centímetros de la espalda del viejo colérico.

De detrás del telón salió la masajista. Sudaba la gota gorda y suspiraba. Movía rítmicamente un botón de la bata blanca a la altura del pecho.

El señor Félix se puso la camisa al lado de la ventana.

Abajo Praga brillaba como una cuna de cobre. Por la callecita de debajo del hospital caminaba un hombre muy delgado sujetado, tal vez, por su mujer

que llevaba un cojín de color rosa que continuamente iba repicando. Se pararon. Una tos asfixiante sacudía al hombre. Y la mujer repicaba el cojín de color rosa. *Tal vez, pensó el señor Félix, son marido y mujer, en este instante se han enamorado en ésa callejuela, ahora están unidísimos, ahora sí que podrían vivir juntos y felices.* Pensó el señor Félix, pero la herida cicatrizada de su cabeza empezó a dolerle, hasta los ayes y los uyes.

Después vio que el señor St'astny no sólo llevaba la cabeza vendada, sino también las piernas y los brazos. Y uno cables de colores iban hasta cada una de sus extremidades. El señor St'astny, sentado en una silla eléctrica, parecía una central telefónica.

Había otra enfermera.

Se inclinó de arriba abajo como si quisiese beber de una fuente, dijo:

—Señor St'astny, a continuación irá a la máscara de yodo, ¿de acuerdo?

Él señor St'astny silbó y dijo:

—Fiii, y adiós.

Las anillas de cobre sonaron alegremente, como riéndose.

De camino hacia su casa el señor Félix consideró que con los últimos cupones de racionamiento se podía comprar medio kilo de ternera. Herviría la carne y se la comería tal cual, con sal y mostaza, o nabo picante.

Se paró delante del escaparate. Allí había una palangana con corazones de cerdo y embutido cortado. En la tienda estaba un carnicero malcarado. Encima de él colgaban de un gancho los pulmones de ternera. El señor Félix entró.

—¡Puf, que asco! —dijo el carnicero relajando sus cejas—. ¡A las carnicerías llevan la carne en coche, y yo debo ir a buscarla al matadero! —resopló hacia los corazones de ternera.

—Corren malos tiempos, y también mala gente —dijo con cuidado el señor Félix—, ¿pero no tendría un poco de costilla, o de panza?

—Por equivocación me han dado un trozo de carne muy majo, ¡aprovéchese! —dijo el carnicero cogiendo un trozo de chicha. Después tiró la carne sobre la balanza.

El señor Félix recordó que en los últimos tiempos la carne apestaba. Dudó un momento, después se puso de puntillas y se inclinó y olió la panza de ternera.

Cuando se incorporó se dio cuenta de que no debía haberlo hecho.

El carnicero parecía un búho.

Con la carne grasienta dio al señor Félix en la cara, e incluso le quedó un ojo enganchado. Y empezó a afilar el cuchillo de carnicero con la muela que

le colgaba de la cintura. El señor Félix empezó a correr por la calle y el carnicero gritaba detrás de él blandiendo el cuchillo en el aire calentado por el sol:

—¡Huélete el pándelo!

El *pandelo* porque el viejo carnicero en vez de r decía l.

LA DAMA DE LAS CAMELIAS

En un bloque de pisos bastante alto de la periferia se entra directamente a los pisos desde unas galerías interiores, detrás de cada puerta hay un pequeño recibidor que parece una caja de madera, da la impresión de que los inquilinos entran y salen de unos armarios, hasta tal punto se parecen los pasillos a los armarios. Y la escalera de caracol sube hacia las galerías y de vez en cuando la blanquean con cal, para ahorrar la luz en el crepúsculo. En la hornacina de la escalera hay una imagen de Cristo que en vez de una corona de espinas lleva una corona de rosas de plástico que una vez, en una feria, un inquilino ganó en el tenderete de tiro al blanco, y bajo este Cristo estaba arrodillada la portera, con un cubo al lado, y fregaba el suelo con unos movimientos enérgicos.

—Buenas noches, mamá —saludó la decoradora Rosetka.

—Buenas —dijo la madre recogiendo la suciedad con la bayeta.

—Mamá, ¡cuántas veces le tengo dicho que se ponga una estera debajo de las rodillas. O un saco doblado!

—¡Ay, sí! —dijo la madre dejando su mano dentro del cubo.

—Lo ve, lo ve, después tiene reuma y se pasa las noches quejándose —dijo Rosetka y con la punta del zapatito, con asco, retiró el cubo mojado y se puso un escalón por encima de su madre. Por un hilo dorado aguantaba con los dedos una caja blanca que se movía como un péndulo.

—¡Ay, Dios mío! —se lamentaba la madre y mojó el cepillo en el agua sucia—. ¿Traes dinero?

—El mes próximo —dijo la hija.

—Es decir que deberé alimentarte hasta que te mueras —se quejó la madre y movía el cepillo como si ventilase su desgracia.

—Mamá, basta. Si no le gusta, pues recogeré mis trastos y me iré. ¿Es que sólo sirvo para oír sus quejas? —dijo Rosetka.

—¿Y qué hay en esa caja? —preguntó la madre.

—Si usted lo sabe perfectamente —dijo Rosetka y levantó el dedo y el paquete atado con un hilo dorado se balanceaba y la chica bajó la cabeza y añadió—: ¡Ojalá alguna vez me tocara ir a trabajar fuera!

Y subió a la galería.

En el pasamanos había dos viejecitas apoyadas.

—Yo —dijo una de ellas—, si estuviese en el lugar de la señora Simpson, pues yo diría al príncipe de Gales, *como amante sí, pero como esposa, nunca. Porque con ello el imperio británico se iría al garete...*

—Buenas noches —dijo Rosetka.

—Buenas, buenas —dijo dulcemente la otra viejecita y añadió—: Parece que va a llover, las cloacas apestan.

Rosetka entró en el recibidor y enseguida estuvo en la cocina. Dejó la caja blanca sobre la cama llena de edredones y después entró en la habitación oscura. A través de las ventanas se podía ver, al otro lado de la calle, el interior de la taberna iluminada.

—¿Estás aquí? —preguntó.

—Sí que estoy, Rosetka, ¿mi gatito no estaba en la galería?

—No lo he visto, pero, buenas noches, papá —dijo y después apoyó los codos en el respaldo de la butaca donde estaba sentado su padre que miraba el interior de la taberna, alrededor de cuyo billar verde andaban los jugadores con los tacos, y los marcos de las ventanas les cortaban las cabezas y las piernas.

—¿Por qué Lad'a no hace una jugada por la espalda? —se extrañó el padre.

Rosetka se desabrochó el sujetador.

—¿Qué decía yo? —dijo el padre contento—. ¡Y además ahora Kamil hará una carambola!

—¿Sí? —dijo Rosetka bajándose las braguitas, se le engancharon con el empeine y ella dio saltitos hasta caerse de lado sobre el sofá.

Pero el padre empezó a toser y a ahogarse.

Rosetka acercó el cubo a su padre, después abrió un armario, sacó de él un vestido blanco, se lo puso acariciando el frío satén y mirando lo bien que le sentaba.

—¡Ojalá vomitase de una vez por todas esta maldita vida! —dijo el padre.

Después se acurrucó en forma de ovillo y escuchaba los golpes suaves de las bolas de billar.

—¡Si al menos mi gatito estuviese aquí! —se quejó.

—Ya volverá. Seguro que ha encontrado una gata o algo por el estilo —dijo la hija y se abrochó el sujetador.

Después entró en la cocina.

La madre estaba delante del espejo y entre sus dedos llevaba una rama con una camelia preciosa. Sobre los edredones de la cama estaban el hilo dorado y la caja blanca abierta.

—¡Mamá, sáquese enseguida ese saco! —dijo Rosetka y añadió en voz baja—: Ha vuelto a encontrarse mal.

La madre dejó con cuidado la camelia sobre la cama, después se desató el saco que llevaba en vez de delantal cuando fregaba la escalera, y señaló la ramita diciendo:

—¡Yo siempre llevaba una camelia como ésa en el baile de Parques y Jardines! —Y susurró—: Quería la ternera rellena, y parece que ya no digiere...

—Mamá, ¡ayúdeme! —dijo Rosetka. Y añadió en voz baja—: Siempre pregunta por su gatito.

La madre sacó del armario los zapatos plateados con los tacones de cristal, miró a su hija inclinada sobre una palangana y dijo:

—¡Con unos zapatos así yo me torcería el tobillo! —y añadió en voz baja—: Se tropezaba con el animal, y el médico dijo que teníamos que deshacernos del gato.

Rosetka se limpiaba los oídos con la punta de la toalla y la madre llevó desde la habitación el vestido de satén, lo levantó delante del espejo y miraba lo bien que le sentaba.

—¡Mamá, lávese las manos, me lo ensuciará! —dijo Rosetka y en voz baja—: ¿Dónde lo llevó?

—Rosetka, todo el mundo va a envidiarte —dijo la madre y añadió en voz baja—: Llevé aquel monstruo al barranco del diablo.

—¡Mamá, pásame ahora el vestido por la cabeza! —dijo Rosetka.

Y después:

—Mañana lo iré a buscar, pues sí que la ha hecho buena...

—¡Ay!, qué vestido más elegante —dijo la madre y en voz baja—: Ayer papá lloró por primera vez en su vida. Ya no vino ninguno de sus amigos, nadie le mandó un mensaje, un saludo...

Rosetka se pintaba los labios haciéndoselos más provocadores, después fijó la camelia en el vestido.

La madre se secó una lágrima y suspiró.

Después abrió la puerta de la habitación, encendió la luz y con ambas manos señalaba a la hija que entraba.

—¡Fíjate, papá! ¡La dama de las camelias!

De detrás de la butaca dio un vistazo una cara chupada.

—Estás muy guapa, hijita, muy guapa —dijo el padre que levantó hacia su cara un espejo de bolsillo redondo, se miró en él, y después señaló con el dedo la fotografía entre las ventanas, una fotografía de un hombre fuerte, al lado del billar, con la camisa desabrochada, poniendo yeso al taco. Señaló la fotografía y dijo:

—¡Qué principio y qué final! —Y miraba el espejito y se pasó el dedo por las arrugas de alrededor de la boca.

—Papá —dijo Rosetka dando una vuelta como las modelos para que pudiera verla de todas partes.

—Estás muy guapa, hijita —decía el padre en voz baja—. Que te diviertas tanto como a mí me gustaba divertirme, y te aconsejo que siempre quieras ser alguien mejor, tal como yo hacía... Yo que hoy ya sé por qué los amigos del billar ya no vienen ni vendrán. Yo mismo tampoco vendría a verme —dijo el padre sonriente y volvía a mirar el espejo redondo. Y añadió—: ¡Ojalá estuviese aquí mi gatito, mi gato, que siempre me ve como si fuese joven y guapo y agradable y etc.! ¿Sabes?

Debajo de las ventanas sonó un claxon.

—El taxi ya está aquí —gritó Rosetka—. ¡Papá, buenas noches! —Y le mandó un beso.

—Vete, hijita y diviértete tanto como yo solía divertirme en mis tiempos —susurró el padre apoyándose en el marco de la ventana y vio cómo los jugadores de billar corrían hacia las ventanas de la taberna y miraban quién se iba y quién llegaba. En la cocina la madre echó el abrigo de falso visón sobre los hombros de Rosetka.

—Mamá, deme un billete de cincuenta, deprisa —dijo Rosetka. La madre abrió un aparador desconchado y suspiró:

—¡Ay, Dios mío!

Después el vestido de satén salió a la galería.

La madre apoyaba un brazo en el pasamanos, y el otro en la cadera dolorida. Y miraba cómo bajaba por la escalera de caracol hacia el patio el abrigo blanco de falso visón y los tacones de vidrio eran como arpegios de un mundo mejor. Rosetka salió hacia el patio, se paró sobre la cloaca, saludó a su madre con la mano y le sonrió cariñosamente. La madre asintió con la cabeza y cerró los ojos.

Una de las viejecillas dijo con malicia:
—Va a llover, las cloacas apestan.

OJO DE DIAMANTE

El viajero puso su zapato en el estribo del vagón y alguien le cogió por el hombro. Se dio la vuelta y en el andén estaba un hombre maduro.

—Señor, por favor, ¿va usted a Praga? —le preguntó.

—A Praga —dijo el viajero.

—Pues, por favor, tome a mi hija menor, Vendulka. En la estación de Praga la espera un ferroviario —dijo el padre, y puso en la mano del viajero la palma de una muchacha de unos dieciséis años.

El jefe de estación tocó el silbato, y la revisora ayudó a la muchacha por la plataforma exterior del vagón, y después con su mano dio la señal de que el tren ya estaba preparado para partir. Y el jefe de estación levantó la banderola.

El padre corría cerca del vagón y recomendaba:

—Vendulka, ¡buena suerte! Y cuando todo haya pasado mándanos enseguida un telegrama ¿me oyes?

—Sí, papá —gritaba la muchacha—, ¡enseguida mandaré un telegrama!

Y cuando el tren ya había pasado los semáforos de salida, el viajero abrió la puerta y, dentro de la corriente, se llevó a la muchacha hacia el pasillo del vagón. Seguía cogiéndole la mano, desconcertado.

Desde el compartimento se oía una conversación:

—En serio, todavía estábamos solteros y quería comprarme una camisa, pero no me la compró porque no sabía mi talla. De repente en la puerta se acordó y en medio de la tienda gritó: ¡Cuando quiero asfixiarlo, la mano se me queda así! Y el dependiente coge la cinta métrica y mide alrededor de sus manos y dice: ¡Talla cuarenta! Y la camisa, como ustedes pueden ver, me sienta requetebien...

La puerta corredera se desplazó y del compartimento salió deprisa un viajero que gritaba risueño:

—¡Matarla es poco! —gritaba, y con el puño iba golpeando la pared de madera del vagón. Cuando se hubo desquitado regresó al compartimento

donde la misma voz proseguía:

—Y yo me digo: si el día de san Nicolás^[76] me sorprendió con la camisa, por Navidades la sorprenderé con un sombrero. Y pues voy a la tienda Nueva Moda y digo: ¡Quisiera aquel sombrero tan elegante del escaparate! Y Nueva Moda dice:

¿Por favor, qué talla? Y yo no la sabía pero hago memoria y digo: una vez que nos peleábamos di un cachete a mi novia, sobre la cabeza, ¡e incluso ahora me acuerdo de la medida! Y Nueva Moda va sacando sombreros durante un rato y me los va poniendo debajo de mi palma hasta que digo: ¡Éste! Y lo puse debajo del árbol de Navidad y le sentaba como un culo a un orinal.

Y del compartimento salió de prisa el viajero calvo apretándose un pañuelo en la boca y ahogándose de la risa. Apartó a la muchacha y se colgó de la ventana un rato, como una toalla sobre una estufa, después volvió a golpear con el puño la pared del vagón y exclamó:

—¡Matar a ese tío es poco! —Se secó los ojos y regresó al compartimento.

El viajero que todavía tenía a la muchacha cogida de la mano se decidió a entrar tras el calvo.

—Señores —dijo la muchacha al entrar—, ¡me llamo Vendulka Kristová, y voy a Praga! —Y tendió las manos y palpó delante de ella, tocó la cabeza rizada del bromista que también se presentó:

—Yo me llamo Krása, Emil.

—Y yo Václav Kohoutek —dijo el viajero calvo.

El hombre que había llevado a la muchacha quiso tirar su cartera en el portaequipajes, pero tocó la cabeza del calvo.

—¡Cono! ¿No podría andar con más cuidado?

—Perdón.

—¿Han dado un golpe a alguien? —exclamó la muchacha. En eso mi padre es un experto. Yo suelo llevar las cartas al buzón y conozco mi camino como la palma de mi mano pero los malditos carteros pusieron el buzón dos casas antes, y yo me di un golpe en la frente con el ángulo de la caja metálica y me herí. ¡Pero enseguida di dos golpes al buzón con mi bastón blanco!

—Siéntese aquí, cerca de la ventana —recomendó el hombre calvo secándose los ojos—, podrá ver el paisaje.

La muchacha palpó el asiento, después la ventana. Sacó la palma horizontalmente como si quisiera comprobar si llovía, dijo contenta:

—¡Que sol más hermoso!

Y los viajeros callaron.

—¿El señor de la estación era su padre? —le preguntó el viajero que la había llevado.

—Sí, papá —asintió la muchacha—. Pero señores, ¡mi padre sí que es un caso! Todo el mundo tendría que envidiármelo. Mi padre es fruticultor y una vez, con su furgoneta, pasó por encima de una vecina coja, la señora Dymácková, y tuvo que ir ajuicio. Los enemigos de mi padre estaban contentos, *Gracias a Dios el viejo Krista acabará en la cárcel o lo pagará caro*.

Pero la vieja Dymácková llegó corriendo al juicio, sin muletas, tan fresca y besó la mano de papá y le dio las gracias porque le había pasado por encima de una manera tan bonita que ya no estaba coja. *Sólo es una pena, dijo, que no me hubiese pasado por encima treinta años antes, seguro que me hubiera casado*.

—¡Qué padre más espabilado! —alabó el del pelo rizado.

—¿Verdad? —Se reía Vendulka, y sacó la palma por la ventana, pero el tren entró en una curva y transportó el sol desde la ventana del compartimento a la del pasillo—. Se ha escondido el sol —dijo.

Los viajeros se miraron entre sí y asintieron con sus cabezas.

—¿Pero cómo es su padre? —preguntó poniendo su mano sobre la rodilla del bromista de pelo rizado.

—Mi padre hace quince años que está jubilado, porque tiene el corazón más grande de toda Europa —dijo el rizado—, un corazón como un cubo, y desplazado hacia el centro del tórax...

—Sólo que... —dudó el calvo.

—¡Qué maravilla! —exclamó Vendulka.

—Sí, papá tiene un contrato con la facultad, cuando muera su corazón pertenecerá a la universidad —proseguía el rizado—. Y eso que el corazón de mi padre lo querían comprar unos extranjeros, pero mi padre es patriota, y dijo que no. Mi padre tiene prohibido irse a bañar, coger aviones, viajar en trenes rápidos...

—¡Ya sé! —gritó la muchacha—. Es para que el corazón famoso no se rompa ni se extravíe, ¿verdad? —gritaba palpando y apretando la mano del narrador rizado—. ¡Los padres como el suyo saben andar por la vida, como el mío!

—Sí —dijo el viajero volviéndose más guapo—. A veces acompaño a papá a la facultad, allí lo desnudan y el señor profesor le hace rayas con lápices rojos y azules...

—¡Sí, sí! —Se alegró Vendulka—. Porque los lápices rojos son las arterias y los azules las venas, ¿no es así?

—Sí —dijo el rizado escondiendo la mano de la muchacha entre sus palmas y prosiguió—: y después llevan a papá a la sala y sobre él se inclinan los estudiantes y el profesor señala con un puntero a mi padre como si se tratase de una mapa hidrográfico, y explica y enseña, y después el profesor conecta a un megáfono el corazón de un estudiante... Pero eso no es nada, es como si tocasen un tamborcillo o como si la guardia con sus botas caminase por un pasillo de cuartel, pero después, cuando conectan el megáfono al corazón de mi padre...

—¡Es como si se alejase la tempestad! —exclamó la muchacha—, ¡como si una roca rodase! Como si descargasen un camión de patatas en un sótano, como si tocase Emil Gilels, ¿verdad?

—Exactamente —se extrañó el rizado y se pasó el dedo entre el cuello y la camisa.

—¡Ay, queridos señores! —Se alegró Vendulka—. Estoy muy contenta de estar aquí, con ustedes. ¿Verdad que alguien más tiene un padre famoso?

Y el tren avanzaba paralelamente a la carretera y los viajeros miraban por la ventana, y allí, en la cuneta, vieron un anuncio, un gran corazón azul del cual salían dos fuentes con una inscripción debajo: *Para el corazón está Podébrady*^[77], el aire del compartimento se impregnó de misterio.

—El señor profesor Vondráček ya no puede esperar el momento de entrar con el escalpelo al interior de un corazón tan extraordinario —dijo el rizado.

—Me lo imagino. —Se reía la muchacha—. ¡Vaya por donde, otro corazón checo que se hará famoso!

—Pero nadie llega a la suela del zapato de mi padre —dijo el calvo y bajó su cartera del portaequipajes.

—Tiene toda la razón, pero hay que ver a mi padre. Estimados señores, ¡qué bien baila! —Vendulka aplaudió—. En la fiesta mayor bailamos de punta a punta, y toda la sala nos rodea. Y papá obliga a tocar únicamente para él. ¡Pero lo que le ocurrió una vez!

Cuando aún era pequeña papa había pedido que tocasen *Blanco y rojo*, porque con aquella melodía él canta *Blanco y verde* porque nuestros futbolistas tienen el uniforme y la bandera verdes, como el *Slávia*, pero sólo de color verde. Y llegó un policía y dijo: ¡no se tocará *Blanco y rojo*! Y papá se sacó un billete de cien y se lo dio al director diciéndole:

¡*Blanco y rojo* se tocará! Y el policía: ¡*Blanco y rojo* no se tocará! Y de esta manera fueron subiendo de tono. Y papá lo terminó: ¡*Blanco y rojo* se

tocará! Y bum en la nariz del policía. Para que lo sepan, queridos señores, aquel policía antes del golpe era muy feo, porque tenía la nariz desviada hacia la derecha. ¡Y que sangría! Y después papá bailó *Blanco y rojo* y cantaba: *Blanco y verde*, ése, ése quiero, y el vecindario estaba contento porque el viejo Krísta ¡aquella vez sí que había metido la pata! Pero cuatro meses más tarde, cuando se celebró el juicio, llegó un policía guapísimo y proclamó que deseaba aquel golpe en la nariz, que incluso lo había encargado y que daba las gracias a papá por el porrazo, porque le había desplazado la nariz hacia la izquierda y de ese modo la nariz le quedó en medio de su cara y que una rica heredera de buena familia se había enamorado del policía y todo terminó con una boda. Hasta hoy en día, durante la fiesta mayor, papá recibe una cesta de pasteles de parte del policía, y en invierno carne de la matanza del cerdo, ¡es una especie de carta de agradecimiento! —gritó Vendulka emocionadísima.

—¿Quién lo diría? —consideró el viajero calvo—, un golpe en la nariz ha creado la felicidad de un hogar.

Y se puso el abrigo.

—¿A qué se dedica su padre? —le preguntó Vendulka.

—Jovencita, ya no está en este mundo —dijo el calvo—, era un padre tan fabuloso, que hasta este momento no me he dado cuenta de lo fabuloso que era, en este momento en que ya no está en este mundo... Siempre trabajó en el turno de noche...

Por la mañana la puerta chirriaba, mamá llenaba una palangana con agua hirviente y papá dejaba el casón en el patio...

—¿Qué es el *casón*? —preguntó.

—Era un gran pedazo de carbón que los mineros se llevaban a sus casas, en el abrigo tenían un gran bolsillo... Y después papá entraba, se desnudaba, mamá dejaba sobre el taburete un tazón de café, papá se lavaba, después se sentaba y se comía un pedazo de pan, se bebía el café y al mismo tiempo se sacaba los zapatos, y se calzaba los más nuevos, se vestía... Siempre lo hacía de tal manera que al terminarse el café se ponía la gorra e iba a jugar a cartas con sus amigos en *Modrá hvezda*, y yo al mediodía le llevaba la comida, él comía y seguía jugando. A las cuatro regresaba a casa, se tendía en el suelo para que se le estirase el esqueleto, tal como él decía. Y cuando ya había dormido suficientemente volvía al trabajo. Pero una vez mamá había preparado el agua hirviente...

El tren iba al ralentí y el viajero calvo dio la mano a Vendulka.

—Jovencita, te deseo mucha suerte en la vida, pero yo me tengo que bajar. —Y salió al pasillo.

El tren se paró. Vendulka palpó el pasador de cobre de la ventana y la abrió hacia abajo y gritaba hacia el andén de la estación de tren de pueblo:

—¡Querido señor, termine de contármelo, querido señor!

El viajero calvo se paró debajo de la ventana y prosiguió:

—Mamá volvió a preparar el agua caliente, pero papá no llegó. Cuando el agua se enfrió salió a ver dónde estaba papá, y cuando abrió la puerta la pipa de mi padre se cayó al suelo...

El tren retomaba su marcha y el viajero calvo corría al lado del vagón y contaba:

—Y mamá cogió la pipa y se echó a llorar, cogió un abrigo y se fue corriendo hacia la mina... Papá había sido enterrado por una roca... Sus amigos habían venido a decírnoslo... pero habían tenido miedo... así es que pusieron la pipa contra la puerta y luego huyeron... pero, jovencita, ¿sabes que yo no he visto nunca a mamá durmiendo? Cuando yo me despertaba ella ya se había levantado... Cuando me iba a dormir aún estaba arreglando algo... La vi durmiendo... mucho más tarde... —gritaba el viajero calvo, se paró y resopló.

Vendulka gritaba:

—Estimado señor, perdóneme porque mi padre aún está en el mundo, ¡perdóneme, perdóneme!

Y el tren cogió una curva y transportó el sol desde la ventana del pasillo hasta la del compartimento.

Después de un rato el viajero que había llevado a la muchacha dijo:

—Mi padre era curtidor de pieles y tenía una enfermedad que en aquellos tiempos era llamada gangrena de viejos, así pues, año tras año le cortaban un trocito de pierna, de forma que andaba en silla de ruedas, su distracción era cultivar rosas que se esparcían a lo largo de la pared del taller y aquellas rosas se llamaban *marsalka* y eran amarillas. Y papá las contaba y sólo él las podía cortar, y sólo para la iglesia o para las señoritas. Pero abrieron una calle que atravesaba nuestra pared y arrancaron las *marsalka* y papá casi se muere del disgusto. Pero encontró otra distracción. Iba a la curva de la muerte y dirigía el tráfico. Al principio con las manos, y después con una banderita. Desde la mañana hasta la noche, incluso cuando llovía. Yo, con un alambre, tenía que atar un paraguas a su silla.

Y así durante ocho años... Cuando se murió, al lado de la pared del cementerio había un centenar de camiones aparcados y la curva de la muerte estaba cubierta de flores hasta esta altura.

—¿Hasta qué altura? —preguntó Vendulka.

—Hasta aquí —dijo el viajero y levantó la palma de la muchacha y añadió —: y cuando en aquella curva hubo de nuevo accidentes, pues instalaron dos grandes espejos...

—¡Dios mío! ¡Usted también tiene un padre famoso! —exclamó—. ¡Un padre que se ha transformado en dos espejos!

Y los viajeros se miraron entre sí y después miraron por la ventana y el tren entraba en una ciudad, y de las esquinas de las calles colgaban dos espejos grandes y redondos, como unos quevedos gigantescos, y los espejos pasaban de un lado a otro la imagen de la curva con poca visibilidad.

El aire del compartimento se llenó de misterio.

—Su padre allí, en la estación, estaba muy delgado... —dijo tosiendo el viajero que había acompañado a la muchacha.

—Ya lo creo —exclamó—, ¡pero si lo hubiesen visto hace un año!, ¡estaba gordo como un globo! Y tenía el corazón rodeado de grasa, el hígado roto y también el estómago y los riñones. Mamá decía: Las consecuencias de una vida desenfrenada. Y el médico le prescribió un régimen, pero papá estaba débil porque le gustaba mucho la manduca. Una herbolaria le dijo que si no tenía voluntad, sólo podía conseguirlo injuriando muy gravemente a la policía. Y ¡qué suerte!, detuvieron a papá y, mientras hacían el informe, papá iba dictando todas las injurias que había dicho, y además lo firmó. Y le cayó medio año, y los enemigos de papá estaban contentos porque *gracias a Dios Krísta, el dandy, ya no nos provocará más*. Pero papá regresó medio año después, delgado como un estudiante y enseguida convocó una conferencia en *U Vence* e invitó a todo el mundo y dijo: *¡Eh!, vosotros, gilipollas, ¡estar en chirona supera a todos los balnearios del mundo! ¡Fijaos, y encima me he ganado dos mil coronas! ¡Y estoy sano como un buey!* Y papá cogió un botón de su abrigo e hizo así, para demostrar lo grande que le iba, y los vecinos, gordos como globos, tuvieron que reconocer que nadie le llegaba a la suela del zapato... Pero, queridos señores, si no les ofende, les invito a nuestro pueblo, Hradcana, cada jueves hay baile, ¡vengan a mover el esqueleto! Pero dentro de dos meses, ¿de acuerdo?

—¿A bailar? —Se asustó el rizado.

—A bailar, ¡porque yo ya soy mayor de edad! Y el médico me dijo que cuando tuviese dieciséis años me operaría. ¡Y va a operarme esta semana! Y después incluso yo veré ese mundo tan maravilloso. Veré a las personas, y las cosas, y los paisajes, y mi trabajo. ¿Serán bonitas las cestas de mimbre que hago? Estimados señores, ¡el mundo tiene que ser una maravilla!

—¿Usted lo cree? —Hizo una mueca el hombre que la había acompañado.

—¡Ya lo creo! ¡Tiene que ser maravilloso! —gritó Vendulka—. Porque en el instituto trabaja un muchacho llamado Ludvík y justamente antes de llegar allí estaba desgraciadamente enamorado y con un bolígrafo se rascaba por debajo de los párpados, hasta que el médico le dijo: Oye, si lo vuelves a hacer, ya no verás nunca más este mundo tan maravilloso. Y Ludvík dijo que ya no quería tener nada en común con ningún mundo maravilloso. Y volvió a rascarse con el bolígrafo por debajo de los párpados. Ahora hace cestas de mimbre, pero echa muchísimo de menos el mundo y aúlla como un perro cerca de su casita... ¡Ay, este mundo tiene que ser tan maravilloso como el corazón de su padre, un corazón tan grande como un cubo! Tan maravilloso como su padre, que se transformó en dos espejos redondos en la curva de la muerte. Queridos señores, dentro de dos meses veré, ¿vendrán a bailar conmigo para celebrarlo?

La puerta del compartimento se abrió:

—Billetes, por favor, dijo la joven revisora bostezando de aburrimiento.

ROMANCE

1

Hace ya un rato que Gastón Kosilka está parado delante de un supermercado iluminado, mira de nuevo su cara en el escaparate, y se le confirma una vez más algo que sabe desde hace ya tiempo, que no se gusta en absoluto, que es un joven completamente anodino, que ha salido del cine aún más deprimido que cuando entró. Ve su cara reflejada en el cristal del escaparate, y se le confirma que con su figura nunca podrá ser quien le gustaría ser, *Fanfan la tulipe*.

Se tortura con su imagen reflejada en la puerta del supermercado, de repente aparece una gitana, abre la puerta, y sale a la Hlavní Trida, en su mano lleva media hogaza. A Gastón le extraña el vestido de la muchacha. Dos mandiles, uno delante, otro detrás, unidos por imperdibles. Cuando ella está al borde de la acera, y mira a derecha e izquierda para que no la atropelle ningún coche ni tranvía, Gastón no sabe dónde está la espalda de la muchacha, ni dónde sus senos diminutos.

Se seca el sudor de la frente y dice:

—¡Vaya por Dios!

Y la gitana se da la vuelta y le enseña el blanco de sus ojos, y sus labios pintados. Y quiere decir algo, pero le falla la voz. Después, con el paso ondeante de los nómadas, atraviesa la calle con la media hogaza en la palma de su mano vuelta hacia el cielo, muy cerca de su pelo, y la corteza emblanquecida del pan esboza su camino de aquel atardecer. Se para delante de un escaparate iluminado de Tep, disloca su cuerpo y mira a Gastón de reojo.

Él se arma de valor y también atraviesa.

—¡Dame un cigarrillo! —dice ella.

Muestra sus dedos índice y corazón separados.

Él pone un cigarrillo entre sus dedos, y cuando se lo enciende dice con aire mundano:

—Tu pelo huele bien.

—Y a ti te tiemblan las manos.

—Tengo un trabajo muy pesado —dice parpadeando.

—¿Qué haces?

—Soy ayudante de lampista. —Se ruboriza.

—¡Oh! ¡Eres un gran señor! Pero ¿cuánto valdrá aquel jersey? —pregunta con su voz grave.

—¿Cuál? ¿Ése?

—¡No, aquél, el de color rosa!

—Cuarenta y cinco coronas.

—Pues cómpramelo. Yo voy a dejar el pan en casa de mi hermana y después saldremos juntos. Y vas a ver... —le promete, y a cada calada las mejillas se le hunden y los ojos se le encienden.

—¿Qué es lo que voy a ver? —Se asusta Gastón.

—Vas a verlo. Primero me lo compras, y después vas a ver. Juro por Dios que voy a quererte —dice ella, y como juramento levanta sus dedos con el cigarrillo.

—¿Por un jersey? —Se extraña.

—¡Por un jersey!

—Pero ya está cerrado.

—¡Da igual!

—Dame el *parné*, y yo mañana me lo compro.

—¿El *parné*?

—Sí, el *parné* —dice, y escupe la colilla, y con los dedos hace el gesto del dinero.

—¡Ah! ¡Eso! ¡El *parné*! —Cae en la cuenta—. ¡Palabra de honor que te voy a dar el dinero!

—Juro por Dios que si no me lo das, por la noche vendrá la Virgen María a darte miedo. ¡Sí, sí, que vendrá! —le amenaza y se pone seria, sin ninguna arruga, mira de cerca los ojos de Gastón, y los de ella ocupan la mitad de su cara, como la Lollobrigida. Y de repente, como quien acaba de hacer un descubrimiento, proclama—: ¡Tus ojos son así! —Y dibuja una o con sus dedos pulgar e índice, y la pone encima de su propio ojo.

—¡Y tú como dos manantiales!

Ella responde con naturalidad:

—Sí, como dos manantiales. Las gitanas, cuando somos jóvenes, lo tenemos todo precioso. Y yo soy joven —dijo abriendo sus dedos.

Gastón muy delicadamente le pone un cigarrillo entre sus dedos. Después él se prende otro. Durante un momento mira el escaparate, estira su cuerpo, y

mira con valentía a las multitudes que circulan por la *Hlavní Trida*, las gentes le miran, y él, Gastón Kosilka, de repente desea que sus conocidos, chicos y chicas, y todos sus parientes pasen en ese momento por la *Hlavní Trida*, y que le vean tan cerca de aquella gitana preciosa que mientras fuma le mira a los ojos.

Y ahora están caminando uno al lado de otro, y la gitana, a pesar de llevar los zapatos agujereados, anda con pasos cortos, como una dama.

—Está muy bien —dice él dando un pequeño salto.

—¿Qué es lo que está bien?

—Todo, todo está muy bien —exclama cogiendo a la gitana porque una vecina cargada de víveres está a punto de cruzarse con ellos.

—Buenas noches, señora Fundérová —le saluda Gastón por si acaso, para que la vecina los vea.

Y la señora Fundérová, al ver a Gastón cogiendo a la muchacha por el codo, deja el cesto en el suelo, y lo atraviesa con la mirada, y hace un comentario:

—¡Pobre mamá!

Pero la gitana da la vuelta por una bocacalle que conduce al río, y sigue fumando, como si suspirase. Y el callejón está silencioso y destartado, y promete que allí puede ocurrir, puede suceder, cualquier cosa. Delante de una casa en ruinas de estilo tirolés, hay una farola de gas muy alta. La escalera de madera desaparece en el primer piso. Por un lado la vetusta barandilla está derribada, cuelga torcida, como una escalera de mano.

La corteza blanqueada de la hogaza brilla, la gitana la rompe y se la come, y los trocitos de corteza blanqueada brillan como el blanco de sus ojos árabes.

Gastón le confía:

—Una vez..., una vez yo estaba aquí, no me encontraba muy bien, y llovía a cántaros. Y aquí, debajo de la luz de esta farola de gas, estaban tres chiquillos gitanos cantando y bailando, el agua los mojaba... Pero los chiquillos cantaban, no dejaban de cantar, cantaban sus *ay, ay, ay...*, y se entregaban y se desentregaban al baile..., y llovía a mares y de repente los chiquillos hicieron que me sintiese mejor.

—Eran los chiquillos de mi hermana —dice y pone su zapato en el primer escalón—. ¿Subes conmigo?

—Pues claro..., pero está tu hermana...

—Ha ido con los críos a la cosecha de lúpulo.

—¿Pues para quién es ese pan?

—Para mi hermano, pero ya se ha ido a trabajar —dice y empieza a correr por las escaleras, se para arriba y aconseja a Gastón—: ¡Párate! Aquí falta un madero... ¡No pises aquel escalón!

Y Gastón se coge de la barandilla que con gran estrépito se hunde hacia el patio. Al llegar arriba, ve que hay un agujero en el tejado, y se pueden ver las estrellas. Y la gitana da saltos de alegría, y se oye cómo el suelo de madera se va desmenuzando y cayendo al patio. Coge a Gastón por la mano y da una patada a la puerta que gruñe durante un buen rato. Después pasan por un pasillo oscuro, ella abre la puerta, Gastón entra y se lleva las manos a la cabeza.

—¡Caramba! —exclama.

Y en una de las ventanas brilla la farola de gas que crece desde la acera, y sus rayos inclinados iluminan el suelo de una gran habitación vacía, y la luz del farol se rompe en el espejo que está en el alféizar de la ventana, y salpica un rectángulo plateado en el techo, desde allí una luz fina y tierna cae en forma de llovizna, y se esparce por la habitación, y provoca la música de los abalorios de la araña de Venecia que está colgada del techo, y que brilla como una joyería. El techo es abovedado, y cuando se une a las paredes de la habitación parece un paraguas blanco y abierto, con cuatro varillas.

—¿De dónde ha salido esta lámpara..., eso...? —pregunta.

—¿Robado, piensas? —dice haciendo con la mano el gesto de robar.

—Sí..., robado —dice.

—¡Que se mueran mis hijos si no la hemos comprado en el bazar! —dice dejando el pan en el alféizar de otra ventana—. Mi hermana se hubiese podido comprar una cocina, pero prefirió comprarse ese espejo —grita y empieza a correr pegada a una pared de la que cuelga un espejo muy largo, va desde el techo hasta el suelo.

Gastón se da la vuelta, y la araña se refleja en el espejo, y emite un resplandor como el de un árbol de Navidad iluminado.

—¡Nosotros no somos unos gitanos cualesquiera! —dice ella poniendo sus pies en la posición básica de *ballet*—. ¡Nuestro abuelo era el patriarca de los gitanos! Iba con americana, y un bastón de bambú, y una de mis hermanas siempre le abría la puerta, y otra le limpiaba los zapatos. ¡Para que te enteres! —Levanta la cabeza y se pone a toser.

—Bueno, bueno..., ¿pero por qué estás tan resfriada?

—Nosotros, los gitanos, siempre. Fuimos al teatro a ver Carmen, Carmen era una gitana, y también cantaba como si estuviese resfriada.

—¿Dónde trabajas?

—¿Yo? Allí donde duermo, allí arriba, en la tejería, hago de comer y limpio. —Suspira, y coge el periódico y se pone a leerlo a la luz del farol.

Gastón toca la cara de ella en el reflejo del espejo, de su propia cabeza sale la araña, como si fuese un surtidor de agua, y salpica en forma de arco trocitos de cristal diamantino. A través del espejo Gastón ve cómo la gitana se sienta sobre el alféizar, y lee un periódico resplandeciente..., y se pone a pensar que si alguno de sus conocidos le viese allí, seguro que se volvería loco y se moriría de celos. Gastón abre sus brazos, se da la vuelta contento, y grita dulcemente.

—¡Oye, checo! —dice la gitana bajando de un salto—. Dame cuarenta coronas, no lo lamentarás. Nosotras, las gitanas, también somos limpias.

Para demostrarlo se levanta los dos mandiles unidos con imperdibles, y señala el espejo donde se iluminan unas braguitas blancas.

—¡O sea que me vas a dar cuarenta! —exclama arrimándosele.

Él la abraza como en las películas, le acaricia los omoplatos prominentes, se contiene y dice:

—¡Qué va! ¡Treinta y cinco y basta! ¡Ni esta pizca más! —Le muestra un trocito de uña.

—¡Pues treinta y cinco, pero ahora mismo!

—¡No, después. Cuando haya visto lo que me has prometido!

—Ya lo sé... ¡Todos sois iguales! Al principio prometéis mucho, y al final dais una patada a la muchacha.

—¡Pero yo no! —Gastón se señala a sí mismo y crece—. Yo, chica, siempre que prometo algo lo cumplo.

—Bueno, bueno —dijo con la voz ronca—. ¡Al menos muéstrame el parné!

Y la gitana con su dedo empieza a hacer dibujos sobre el pecho de Gastón y levanta la vista.

—¿Y por qué? Te he dado mi palabra... ¡Y aquí tienes mi mano!

—¡La palabra y la mano! Es mucho mejor ver el parné. ¡Es que a mí me gustaría mucho tener aquel jersey...! —Coge la mano que le ofrecen y se la pone sobre el pecho—. ¿Sabes lo bien que quedaría mi cuerpo con el jersey?

Después de la pregunta lo abraza, y junta sus manos detrás de la nuca de Gastón.

Él pone su mano en el bolsillo interior de la americana, separa los billetes con sumo cuidado, le da miedo sacar uno de cien, y saca cincuenta.

—Tú tienes parné. —Se alegra y se pone de puntillas y unen sus frentes, y ella abre bien los ojos, y gira la cabeza de tal manera que los extremos de sus

ojos coinciden, mueve la cabeza, y parece que sus ojos se calquen, después parpadea con sus pestañas dentro de las del muchacho y grita—: ¡Tienes, tienes! ¿Pues qué, vamos? ¿O prefieres que nos quedemos aquí?

—¡No! —Traga saliva, y se saca un largo cabello de los labios—. No, mi madre no está en casa, ¿qué te parece, vamos? Nos vamos a preparar un café, escucharemos música de *jazz*... y... —No concluyó la frase.

Y la gitana lo besa, y cada beso huele a almendra amarga, y Gastón con un ojo se mira al espejo, y el espejo parece una pantalla de cine. Y su otro ojo se deja atraer por la boca pintada que le dice:

—¡Eso sería muy elegante!

—En casa no habrá nadie, nadie, ¡sólo nosotros dos, el café y el *jazz*!

La abraza, se repasa en el espejo, y dice:

—Eres adorable, Julinka.

—No me llamo Julinka, ¿verdad que me darás el *parné*?

—¡Aquí está tu dinero!

Y se mira en el espejo que es una pantalla de cine, y ofrece el dinero a la muchacha.

Ella lo coge, y para atraer la buena suerte escupe sobre él. Después, con sumo cuidado, lo dobla en ocho partes, se levanta el mandil, y se mete el billete de cincuenta coronas debajo del elástico de sus braguitas blancas.

Gastón, bajo la impresión de la corteza blanqueada del pan, del periódico resplandeciente, de las braguitas, y de la luz del farol de gas que el espejo echa hacia el techo, abraza a la gitana, la besa, después pasa su mano por los muslos de ella, como solía hacerlo Gérard Philippe. Se da cuenta de que la gitana, con su mano, está atenta al billete de debajo del elástico.

Después salen al pasillo, por el agujero del techo brillan las estrellas, Gastón sonríe y dice:

—¡Quién lo hubiera dicho! —Y añade—: Mi tía dice que cuando en una habitación hay menos de quince gitanos, todos se sienten solos... ¿Es cierto?

2

El ojito verde de la radio, y la luz difuminada por la parte posterior del aparato, iluminaban la habitación. De allí salía la afligida música de *jazz*, un poco más cerca de los micrófonos ronqueaba Louis Armstrong. Parecía que mantuviese la trompeta en su regazo, y que con su voz resfriada tarareara más que cantase, parecía como si después del décimo vaso de grog se hubiese puesto a contar cosas que habían sucedido mucho tiempo antes...

—¡Oye! —dijo la gitana tapada con unos edredones limpios—. ¡Oye! ¡Guapito! ¡Dame un pitillo!

—Los pitillos están sobre la mesa, y las cerillas también —dijo Gastón.

Y Louis Armstrong dejó de cantar, entonces sus garras negras cogieron el tubo con una servilleta, como si cogiesen una copa de champán, y siguió rasgando la melodía sobre una muchacha con el pelo de color de zarzamora, y al mismo tiempo ponía aquella cara, como si le estuviesen raspando el hígado o él comiese cristales triturados.

—¡No quemes la cama! —le advirtió.

—No. ¿Y si lo hiciese? Ése canta como yo hablo.

—Es un negro como tú. Y no tires la ceniza en la cama —le ordenó.

—No, bonito, ¡pero ven acá!

—¿Doy la luz?

—No, las personas son más guapas a oscuras, pero...

—Pero ¿qué? —Gastón se mosqueó—. ¡Si tú no querías que te sacase los imperdibles de los mandiles! ¡Y yo me he pinchado! Pero ¿qué?

—Es que yo siempre pienso que quieren deshacerse de mí.

—Tendría que hacerlo...

—¡Ven, bonito! —Le seducía desde la cama—. Déjame dormir aquí, contigo... ¿Sabes? Nosotras, las gitanas, si dormimos con alguien nos enamoramos enseguida.

—¡No quemes la cama!

Ella levantó la punta del cigarrillo tan arriba como le fue posible.

—¿Y así? Pues mira, ahora sólo pienso en ti. Te lo pido por favor, deja que duerma aquí. No te arrepentirás...

—Tengo que ir a trabajar muy temprano.

—¿Es decir que crees que soy capaz de robarte?

—No exactamente, pero...

—¿Y qué quieres que te robe? ¡Sois unos sinvergüenzas!

¿Crees que no sé que aquí, en esta casa, vive Ilonka? ¿Y que aquí mismo, por ti, se cortó las venas?

—¡Se las cortó! ¡Se las cortó! —Dio un salto y se sentó enseguida—. ¡Pero no en mi casa! En casa de los vecinos. Franta salía con ella. Pero ¿dónde has dejado el pitillo?

—¡Heja, heja, sverige^[78]! ¿Qué mirabas? He apagado la colilla en la cajita de cerillas. Pero te aseguro que mi familia va a esperar a Franta y se va a vengar. ¡Juro por Dios que se va a vengar!

—¡No te muevas tanto por la cama!

—Y tú, checo, ¿qué piensas? ¿Quién soy yo? ¡Yo no soy una muchacha pobre! Tengo dos juegos de edredones y cortinas para dos ventanas. Y mi abuelo era el patriarca del clan, iba con un bastón de bambú y una americana azul. ¡Seguro que mis cortinas aquí quedarían muy bien!

—¡Es posible! ¿Pero por qué no querías que te quitase los mandiles? ¿Por qué? ¿Y por qué querías que mantuviese mis manos alrededor de tu cuello? ¿Por qué?

—¿Quieres saber por qué? Porque pensaba que me podías..., eso... —dijo, y con su mano hizo el gesto de robar.

—¿Que yo te robaría el billete de cincuenta? —Dio un salto—. ¿Por eso no querías que te desabrochase los mandiles?

—Vamos con cuidado..., pero, bonito, ven, siéntate acá, en la cama, a mi lado, mira ¿qué te parecería si los dos empezásemos una nueva vida?

—¡No lo he intentado nunca...!

—¡No importa...! Te lo enseñaré todo. Nos pondremos a vivir juntos, y si no te gusta, pues me podrás echar. Pero sólo después. Yo sé cocinar, ordenar la casa, lavaría tus ropas, cosería, te llevaría la comida. Y sería totalmente tuya. Lo único que no podrías hacer sería ir con otras chicas.

—¡Tampoco voy!

—¡Eso me gusta! Yo lo notaría enseguida y me tiraría al Moldava. Pero, si los dos fuésemos a bailar a Svét, y alguien quisiera bailar conmigo, ¿qué harías?

—¿Que qué haría?

—¿Es decir que me dejarías bailar con otro? —Saltó fuera de la cama.

—Antes de regresar a la cama, límpiate los pies. Seguro que los llevas sucios.

—¡Muy bien! —dijo sacudiendo las plantas de sus pies—. ¡Te gusta estar en casa! ¿Pero tú me dejarías bailar con otro sin ningún motivo? —exclamó, y cuando él bostezó y se quedó mirándola sin entender nada, gritó—: ¿No me abofetearías? —Y volvió a tenderse sobre el edredón limpio.

Gastón cerró sus ojos, y con ambas manos se refregó las sienes, y volvió a ver su cara en el escaparate del supermercado, se vio en el espejo, recordó lo bien que lo había tratado la gitana, al principio, en la cama, estaba asustada, turbada, poco hábil... Después de esa valoración dijo:

—¡Te daría un par de tortas de padre y muy señor mío!

—¡Lo sabía! ¡Es decir que me quieres! —Se alegró.

Y por encima del edredón se dio la vuelta rápidamente, y quedó boca abajo. Y movía sus piernas descalzas.

—Pero yo soy más bien solitario —dijo.

—Me parece bien. Es como debe ser. ¿Sabes, bonito? Si alguna vez estamos los dos en casa, será como si yo no estuviese. Si nuestro hombre así lo quiere, las gitanas somos muy discretas.

—¡Pero como siempre ocurre, llegan los hijos y los problemas!

—¿Qué problemas? Yo tengo una hijita que se llama Margitka.

—¡Qué lástima! Yo siempre había querido tener hijos rubios.

—¡Los tendrás! ¡Seguro! Margitka es rubia. La tuve con un checo rubio... Pero después empezó a beber demasiado, y lo eché a la calle. ¡Es tan guapa!

—Bueno, ¿pero dónde va a dormir? —Se rascó la cabeza.

—Pues donde yo dormía. ¡Dormirá en el cajón del sofá, o del armario! Y cuando Margitka ya tenga tres años iré a por tus cigarrillos, tu cerveza, te pondrá las zapatillas... ¿Cuál es el ancho de estas ventanas?

—Un metro veinte.

Rápidamente se puso boca arriba y dijo contenta:

—¡Qué suerte! Mis cortinas tienen el mismo ancho. ¡Qué bien van a quedar aquí!, para que lo sepas... —Bajó los pies de la cama, y se levantó el mandil—. Aquí está el billete de cincuenta. Ya tenemos algo para empezar, ¿no?

Y de debajo del elástico de las braguitas blancas sacó el billete doblado en ocho partes, y lo dejó en la mesilla con salpicaduras de la luz verde del ojito mágico.

—¿Qué edad tienes? —le preguntó.

—Dieciocho. Y para ti, dentro de diez años todavía seré más guapa. Y tú te conservarás atractivo quince años más. ¿Pero verdad que si fuese a bailar con otro me darías una paliza?

—¡Te daría una buena paliza!

—¡Júramelo!

—¡Te lo juro!

—Pues ahora ya te creo. Y tú verás lo que es capaz de conseguir una gitana cuando quiere a alguien. Todo el mundo va a envidiarte. Tú eres mi hombre, es decir, mi dueño, a partir de ahora lo serás todo para mí.

Hablaba en serio, y con su cabeza iba asintiendo.

Gastón miró toda la habitación, y le pareció triste y poco vistosa. Recordó la habitación con la araña de Venecia, y el farol de gas delante de la ventana. Sólo deseaba recoger sus cosas y salir para siempre de su casa, ir a vivir en la judería, en aquella casa que se caía a pedazos, pero que en el pasillo tenía un techo que por la noche permitía ver las estrellas, y donde se podía leer el periódico a la luz del farol de la calle.

—¿Pero qué va a decir mi madre? —preguntó.

—De eso me ocupo yo. Le diré, *Señora, yo también soy humana*. Pero qué ocurriría si tu madre dijese, *Antes de casarte con una gitana deberás pasar por encima de mi cadáver*. ¿Qué harías?

—Yo le diría, *Madre, tiéndete. ¡Que yo pueda pasar por encima de ti!*

Ella le ofreció sus labios. Y dijo:

—¡Ahora por amor!

Después, con manos temblorosas, abrió un imperdible tras otro, y los dos mandiles separados se cayeron al suelo como la casulla de un obispo...

De la radio, detrás de ellos, salía el canto de *jazz*. Tres mujeres negras cantaban con su voz atronadora... *O Johnny...* Tres negras atronadoras que parecía que estuviesen en el fondo de un pozo profundo y resonante, y que desde cada una de las gargantas se abriese camino una canción sobre la propia felicidad de aquel amor tan infelizmente feliz... *O Johnny, my darling...*

Entre los arbustos de delante del pequeño castillo comenzó a cantar el primer pájaro. Después se añadieron otros, y el aire matutino se llenó de gorjeos. Gastón caminaba cogiendo a la gitana por el brazo, y se paró delante de una vitrineta con imágenes de películas. En un cartel Gérard Philippe tenía un sable y llevaba la camisa desabotonada.

—Algún día me gustaría ser *Fanfan*. Sólo por un día se quejó Gastón.

—¿Ése? —Lo señaló.

—No es un ése, es Gérard Philippe en el papel de *Fanfan la tulipe*.

—¿Y a mí qué me importa? Voy a decirte algo. Tú eres ayudante de lampista, y cuando en una casa no sale agua del *water*, ¿quién va? ¡Tú! Cuando no sale agua del grifo, ¿a quién llaman? ¡A ti! Tendrían que hacer una película sobre tú y yo.

Tú tienes un empleo seguro, y eres útil a los demás, ¿por qué quieres saltar por los tejados con un sable en la mano? Ya lo verás cuando lleguemos a la tejería. La mitad de los gitanos son Fanfan la tulipe, pero fabrican ladrillos. Y con los ladrillos se hacen las casas.

—¡Es que Gérard es tan atractivo...!

—Atractivo, atractivo... —dijo la gitana, y cogió una punta del cartel y lo arrancó con un movimiento brusco—. Cuando nos casemos invitaremos a mis primos, descargan carbón. ¡Verás a cuatro Gérards! E incluso vendrá mi abuelo, con la americana azul y el bastón de bambú —explicó muy seria.

Después empezaron a caminar alrededor de la estatua de Podlipny que parecía que con su dedo estuviese llamando hacia sus pies a todos los perros perdidos.

—Eres el mismo tipo de hombre atractivo que mi padre, se llamaba Demeter, me llevaba a cuestras y fumaba, mamá siempre caminaba detrás de él, y papá de vez en cuando le pasaba el pitillo para que también diese una calada. Descargaba carbón en Zizkov, y todo el mundo decía que parecía el patriarca de la tribu.

La gitana no paraba de hablar, se pusieron a caminar por el antiguo brazo del Moldava, y por primera vez Gastón comprobó que la mano de una mujer puede inyectar confianza directamente en el corazón. Los primeros rayos del sol ya anunciaban la madrugada, algunos pescadores tenían la espalda encorvada exactamente igual que sus cañas de pescar. En la punta de la isla Manin unos pastores alemanes aullaban dentro de jaulas, y los árboles y los arbustos tiritaban con el canto de los pájaros.

—En pocas palabras. Tú eres ayudante de lampista. ¿Quién es más que tú? —dijo la gitana al final.

Gastón se le confió:

—¿Sabes? Mi maestro es un caso. Siempre me dice que le tutee, pero, chica, ¿cómo voy a tutearlo si es mayor que yo? Y como no quiero tutearlo porque es mayor, en plena taberna me señala y grita, Señores, ¿han visto alguna vez un muchacho tan estúpido como ése?

—¡Pues vaya! —dijo la gitana.

—Pues ya ves. —Se rió Gastón—. ¿Sabes? Yo sé que mi maestro lleva razón cuando me dice, *Mira, si durante el trabajo nos tuteamos, yo, gracias a*

la confianza del tuteo, puedo contarte muchos secretos del oficio, cómo se adquiere maña... Pero si me tratas de usted... Y yo le miro y le digo, Maestro, no se enfade conmigo, pero sus hijos ya son mayores, y además, en el trabajo, no puedo ni compararme con usted. Usted es muy mañoso, y yo no le llego a la suela del zapato... Y otra vez el maestro me señaló en la taberna y dijo, Fijaos, amigos, Gastón quiere mantener las distancias con su maestro. ¿Habéis visto alguna vez una persona tan estúpida? Eso es lo que gritó, y después me quería convencer, Gastón tú tienes que conseguir ser mejor que yo, tienes que mirar mis manos con atención, porque así podrás ser mejor. Gastón, cuando el potro exprime a la yegua, ella le da una coz. —Es decir que a partir de hoy se ha terminado. Si no me quieres tutear, a mi lado no te sentirás como en el trabajo, te sentirás como en la mili. ¡Y ni como en la mili! ¡Para ti esto será como un campo de concentración! Y además, Gastón, ¡ya no compartiremos la bolsa de la comida! Eso me lo dijo gritando, y tiró al suelo mi fiambarrera con el almuerzo y la cuchara. Y cuando yo me agaché para recoger la fiambarrera, me dio una patada e hizo que me volara de las manos.

—¿Es decir que te llamas Gastón? ¡Gastón! ¡Gastón! Gastón, quiero decirte algo, ¡ese nombre es más bonito que Fanfan! Pero Gastón, ¿por qué no tuteas a tu maestro? ¿No eres su ayudante? —dijo a la entrada del puente de Troja.

Se detuvieron y ella comenzó a acariciar la estructura rugosa de la barandilla.

—¡Tócala! Aún se nota el sol de ayer... Pero ¿por qué no tratas de tú a tu maestro?

Gastón se inclinó sobre la barandilla, después abrazó a la gitana y dijo en voz baja:

—Soy tímido. —Y con el índice señaló hacia abajo.

En la orilla del río estaba un gitano estirado bajo unos edredones, era enorme, iba desnudo, boca arriba, y tenía todo el cuerpo destapado, tatuado, como un cuento para niños. Tenía una mano doblada bajo su cabeza, y su bíceps eran tan grande que la carne le hacía de almohada. Sus bigotes parecían colas de caballo. Y aquel gigante fumaba tranquilamente con su mano libre, miraba la última estrella del cielo azul y fumaba. A su lado descansaba una cabeza con una cabellera abundante y con la cara contra la almohada. Y de debajo del arco del puente salía la vara de un carro de vela, y las posaderas de un caballo marrón, que movía la cola de un lado a otro.

La gitana contó llena de orgullo:

—Mi familia también llegó desde muy lejos en un carro de vela. Seguramente empezarán a buscar trabajo como hicimos nosotros hace un año.

—¿Por qué han dejado el caballo bajo el puente mientras que ellos duermen sobre el rocío?

—Están acostumbrados, como nosotros. Nosotros cuando hace buen tiempo preferimos dormir fuera. Dentro de casa nos ahogamos... Demeter, mi padre, también iba tatuado. Todos los domingos nos metíamos en su cama y con el dedo le reseguíamos el pecho, como si fuese un libro con dibujos, y papá se reía porque le hacíamos cosquillas.

—¡Es maravilloso que en el mundo todavía haya personas así! —dijo Gastón.

Y la cabellera abundante vecina al tatuado de los bigotes se dio la vuelta, con las manos se separó el pelo, como un sauce llorón. Era una gitana que se estiraba y bostezaba. Después el gitano, sin dejar de mirar al cielo, le pasó el pitillo que estaba fumando, y la gitana también se puso a mirar el cielo de la mañana, y fumaba, y después devolvió el cigarrillo al hombre, y el gitano saboreó de nuevo el humo azul. Los que estaban esperando el tranvía se inclinaron por encima de la barandilla del puente, y los gitanos seguían dejándose y devolviéndose el pitillo, fumaban y contemplaban el cielo rosado. La última estrella parpadeó. Después llegó el tranvía.

La pareja saltó al estribo y se detuvo en la plataforma. Y la gitana se sentía orgullosa, y se incorporó, y comenzó a mirar los ojos de las personas que habían mirado a los gitanos de la orilla. Y la gente, que se había despertado prematuramente, daba cabezadas, o miraba al suelo, inexpresivamente. Una mujer que llevaba un bastón de bambú, con el que apagaba los faroles de gas, iba bordeando las rejas de los jardines.

—Mi abuelo tenía un bastón de bambú y una americana azul, y cuando iba por la calle y se encontraba a familias peleándose y escupiéndose, mi abuelo, tenía tanto ascendente que haciendo sólo así con el bastón —la gitana dibujó una línea vertical en el aire— terminaba la pelea. Y si alguien de aquella familia seguía murmurando, mi abuelo hacía así con la mano —la gitana hizo un gesto como si llamase a alguien—, y el gitano tenía que aproximársele, y mi abuelo, como patriarca de los gitanos, le daba un golpe de bastón en la cabeza... Y ya está.

—Si tú me lo dices... —dijo Gastón.

—Gastón ¡que se mueran nuestros hijos si te miento! —Se chupó un dedo y lo levantó para hacer el juramento—. Mi abuelo, como patriarca, también

era árbitro de fútbol. En Rozdelov jugaban veinte gitanos contra veinte, y mi abuelo...

—Pero, chica, ¡si a fútbol sólo juegan once! —exclamó Gastón.

El maestro de Gastón se levantó de un asiento, el tranvía estaba en marcha, y él, con paso vacilante, se acercó a su ayudante. Gastón se asustó. El maestro primero le miró a él y después a la gitana que pataleaba y decía:

—¡Eran veinte contra veinte! Yo estaba allí. Y mi abuelo hacía de arbitro con su bastón de bambú, del cuello le colgaba un pito atado con un cordón plateado, y si alguien daba un golpe demasiado fuerte a otro, mi abuelo tocaba el pito y hacía así con el dedo. —Y la gitana hizo parpadear sus dedos—. Y si alguien jugaba demasiado sucio, mi abuelo se le acercaba corriendo, y como patriarca de los gitanos le golpeaba la cabeza con el bastón, y el otro se estaba un rato gritando, ay, ay, ay..., y cuando se le pasaba el dolor, volvía a jugar.

—Tal como debe ser, incluso en nuestros campos, y en el trabajo... ¿verdad Gastón? —dijo el maestro.

—Oiga señor, usted está borracho, y no se meta donde no le importa, ¿me oye? —Los ojos de la gitana relampaguearon.

—Es mi maestro —lo presentó Gastón.

—Ah, ¿es usted? —Se dio la vuelta la gitana.

—Y ésta es mi... novia —dijo Gastón.

—Gastón, Gastón. —El maestro movía su cabeza—. A partir de ahora volveremos a compartir la comida... Me podrás tratar de tú o de usted, como quieras... El maestro eres tú, eres un campeón... *Gitana pequeña, gitana preciosa...* —cantaba el borracho.

El maestro estaba de pie en la plataforma, y la brisa de la mañana levantaba sus escasos cabellos. El tranvía se iba parando.

—Señorita, ¿ha visto alguna vez a alguien tan estúpido como éste? —Y se señalaba a sí mismo, se inclinó, estiró un pie, y bajó dando un salto.

—Maestro, ¿de dónde vienes? —Gastón se asomó fuera del tranvía—. ¿No quieres que te acompañe a tu casa?

El maestro levantó sus manos como si se rindiese, como si reconociese la superioridad de la juventud...

Después de bajar del tranvía Gastón y la gitana iban por la colina cogidos del brazo, él le confiaba:

—¿Sabes? Mi maestro es bueno. Incluso cuando bebe demasiado. Pero ya no tiene a nadie. Estuvo casado, y tenía hijos, pero cuando fueron mayores su mujer le dijo que no eran de él, y que ella le abandonaba por el padre de sus hijos, y que le daba las gracias por su buena educación... Cuando el maestro

tiene una jarra de cerveza sobre la mesa y recuerda estas cosas, se pasa la mano por el pelo, se restriega los ojos, y cuando ya me lo ha contado todo me pregunta, *Gastón, ¿has oído alguna vez algo parecido? Yo no. Y eso tenía que pasarme precisamente a mí...*

Al final del camino salieron a la ciudad, y fueron bordeando la valla de la tejería. Bajo una acacia estaba un viejo con una escopeta de perdigones en las manos.

—¿Quién está ahí? —preguntó.

—Soy yo, abuelo —dijo la gitana con su voz ronca.

—¡Por aquí rondan unos hijoputas! ¡Ocurrirá alguna desgracia! Yo, después del tercer aviso, no esperaré a que se rindan, ¡les llenaré la cara de perdigones! —Se torturaba el viejo vigilante.

—¡Padre! —gritó Gastón—. ¡Traigo a la gitanilla!

El viejo avanzó hasta la valla y se puso la escopeta en el hombro.

—Y tú, traviesa, ¡hace mucho rato que deberías estar durmiendo! ¿Y ése, qué...?

—Es mi enamorado —dijo.

—¿Enamorado? ¿Sabe tu nombre?

—Eso sí que no lo sé —dijo Gastón—. ¡Y me he acostado con ella!

—Es igual que cuando yo era joven. —Se contentó el vigilante. Abrió la verja, cogió a Gastón por los hombros y le dijo—: ¡Así me gusta! Sólo hay que persistir en el amor. Yo también iba hacia Zverínek por el camino del bosque, y encontré a una mujer, y antes de llegar al pueblo ya le había ofrecido mi mano, y ella me había dicho que sí. Sólo después nos presentamos. Vivimos dos años juntos, pero después nos casamos... ¿No han oído nada? —El vigilante se quedó rígido, con un pie en el aire, como si fuese un perro conejero.

—Nada —dijo Gastón en voz baja.

—¡Qué bien! Yo oigo más de lo que veo, siempre sueño que los ladrones terminan conmigo y con la caja fuerte —contaba el viejo mientras andaban por la niebla rosada y el césped azul.

—Abuelo, tiene un trabajo difícil —dijo Gastón.

El vigilante suspiró:

—Demasiado difícil, pero me satisface. ¿Es decir que usted sale con una gitana? ¡Usted es un hombre muy valiente! Pero le aseguro que no se arrepentirá, sólo tiene que tenerla bien atada... Y su casa será un paraíso. La mía también provenía de un carro..., había corrido mundo. ¿Pero como

esposa? —Con su mano hizo un gesto negativo—. Pero tú tienes frío, ¿verdad traviesa? Pues venga joven, verá dónde duerme Margit, su prometida.

—¡Es decir que se llama Margit! —exclamó Gastón—. ¡Que nombre más precioso!

Y la gitana tiritaba de frío, pero se reía, y roncaba un poquito. Después el viejo vigilante señaló el bosquecillo de acacias donde dormían los gitanos cubiertos con edredones, algunos tenían su brazo sobre la almohada como si nadasen en crol a través del prado, otros estaban enrollados como un ovillo, otros parecía que los habían matado de un tiro... Pero todos respiraban en un sueño saludable. Algunas cabecitas con rizos y tirabuzones decoraban el albergue de la tejería.

—Sus casas están allá, pero es típico en ellos que, cuando llega el verano con sus noches cálidas, se ahoguen en las casas. ¡Ya sabe, la sangre caliente! —El vigilante se reía.

Y más abajo, desde la bruma azulada, surgía Praga, las bombillas aún estaban encendidas, y decoraban la ciudad con guirnaldas de luces, como en un circo donde se hubiesen olvidado de apagar las luces. La torre de Petrín aún brillaba con sus señales de precaución rojas, y sobre el pararrayos de la chimenea de Strésóvice brillaba un rubí. Pero los trabajadores de la tejería dormían, encima de ellos caían las flores mustias de las acacias... Los gitanos, los antiguos nómadas que no hacía mucho que habían llegado a Praga en carros, con pendientes, y con sombreros de cazador, habían cambiado el nomadismo romántico por un trabajo corriente.

—Yo no puedo dormir debajo de un árbol. —Tosía la gitana—. Cuando las flores se me caen en la cara sueño que las falenas reposan sobre mi cabeza, o que está nevando encima de mí... —Saltaba de un pie a otro—. Gastón, ¡adiós! Mañana estaré en Svét, delante de la vitrina con Fanfan la tulipe... O, ¿sabes? Es mejor que vengas a nuestra casa, en la judería... —gritó saltando por encima de la gente dormida.

Después, al lado de un saúco en flor, saludó con una mano, y los dos mandiles unidos con imperdibles se desplomaron, y ella se metió debajo del edredón, al lado de los niños dormidos.

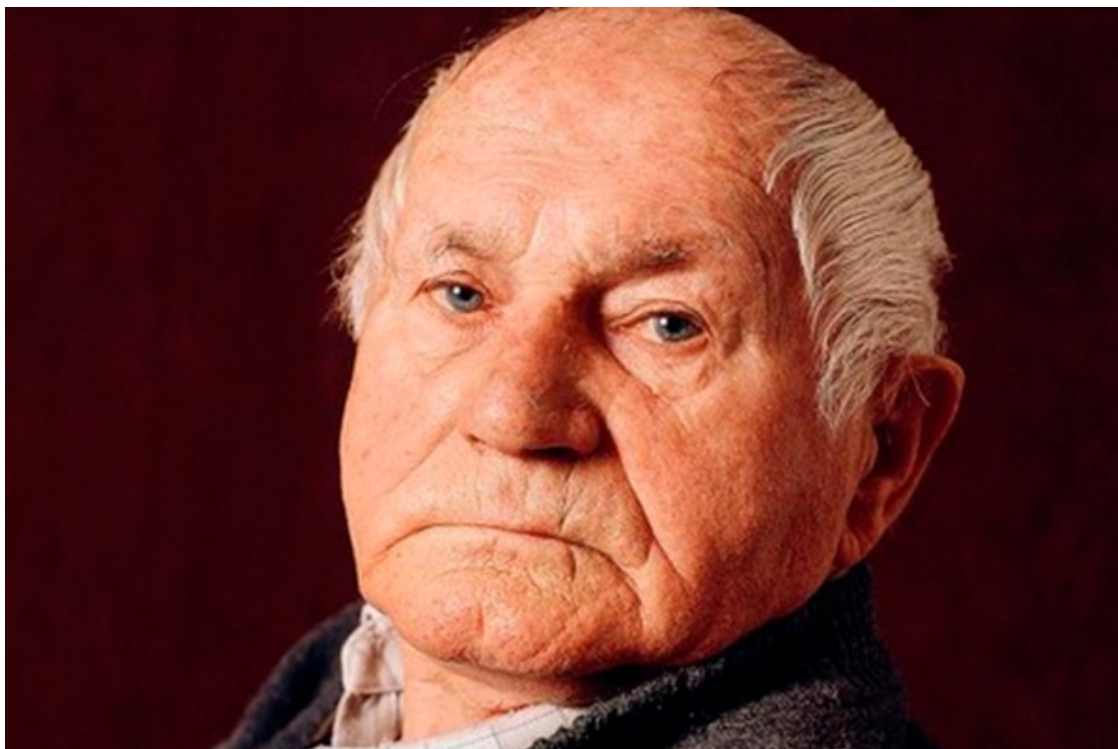
—¡Otra ronda! —El vigilante nocturno levantó sus pies sin moverse del lugar—. Por aquí rondan unos hijoputas que, si no tienen más remedio, son capaces de llegar a la caja fuerte agujereando el techo... Pero, naturalmente, ¡si yo no vigilase! Yo no espero a que nadie se rinda, disparo enseguida. ¿Tú sales con una gitana? —preguntó.

Pero Gastón miraba a un gitanillo que salía a gatas de debajo de un edredón, llevaba una camisa de dormir con plisados, llegó hasta el límite del bosquecillo, y con su minina se puso a hacer pipí sobre toda la ciudad de Praga que se extendía bajo la colina.

—¡Atención! —exclamó el viejo vigilante señalando al niño—. Quizás es el futuro presidente... ¿Quién puede saberlo? —y añadió—: ¡Usted sale con una gitanilla! Y en su casa, ¿qué? ¿Qué ocurrirá si su madre le dice, Antes de casarte con una gitana deberás pasar por encima de mi cadáver? ¿Qué le dirá usted?

—Le diré, *Madre, tiéndete. ¡Que yo pueda pasar por encima de ti! ¡Esa gitana, madre, me ha espabilado!* —dijo Gastón poniéndose la mano en la cintura. Y miró hacia abajo, por encima de un puente blanco pasaba un tranvía como una armónica, y el sol de la mañana se reflejaba en las ventanas...

F I N



BOHUMIL HRABAL (Brno, Moravia, Checoslovaquia, 1914 - Praga, República Checa, 1997). Hijo de un gerente de una fábrica de cerveza, era licenciado en Derecho, aunque trabajó en los años cincuenta como obrero en la industria siderúrgica de Kladno. Este trabajo le proporcionó la inspiración para los textos hiperrealistas que escribió en aquella época. Está considerado como uno de los grandes escritores checos del siglo xx, y tal vez el más importante del periodo de posguerra.

Maestro del humor y la ironía, era capaz de ver lo genial del absurdo de la vida y de las situaciones cotidianas. Inició su obra con un conjunto de poemas, publicado en 1948 y prohibido unos meses más tarde cuando el comunismo llegó al poder en Checoslovaquia. No pudo publicar su primer libro, *Una perla en el fondo*, hasta 1963 año en que decidió dedicarse únicamente a escribir. Junto a las ya mencionadas, destacan sus novelas *Yo serví al rey de Inglaterra*, *Bodas en casa* y *La pequeña ciudad donde se detuvo el tiempo*, escritas casi todas ellas en la década de los setenta, cuando su obra fue de nuevo prohibida.

Murió al caer desde su habitación en el quinto piso del hospital Bulovka en Praga. En sus obras reflexionó a menudo sobre la idea del suicidio. Como era su voluntad, fue enterrado en una caja de roble con la inscripción *Pivovar Polná* (Fábrica de cerveza de Polná), lugar donde se conocieron sus padres.

Notas

[1] Apelativo usado por los checos y que no necesariamente implica parentesco. (N. de las T.). <<

[2] Abreviación de Jaroslav. (N. de las T.). <<

[3] En alemán, escribiente. (N. de las T.). <<

[4] En alemán, baile del oso. (N. de las T.). <<

[5] En alemán, fila india. (N. de las T.). <<

[6] En alemán literalmente La vaca ciega, corresponde a nuestra gallinita ciega. (N. de las T.). <<

[7] En alemán, prisioneros. (N. de las T.). <<

[8] En alemán, el Gustavo de hierro. (N. de las T.). <<

[9] En alemán, Vaya, ¿ese perro aún está vivo? (N. de las T.). <<

[10] En alemán, ¡Oh, usted aún es joven y fuerte! (N. de las T.). <<

[11] En alemán, recoger hierbas. (N. de las T.). <<

[12] En alemán, Testigos de Jehová. (N. de las T). <<

[13] En alemán, ¿Qué les había dicho? (N. de las T.). <<

[14] En alemán, no. (N. de las T.). <<

[15] En alemán, delito de alta traición. (N. de las T.). <<

[16] En alemán, campo. (N. de las T.). <<

[17] Ciudad minera cerca de Praga. (N. de las T.). <<

[18] Maldición alemana. (N. de las T.). <<

[19] Durante el régimen comunista en muchas ciudades y grandes empresas de Checoslovaquia había unos amplificadores al aire libre para poder emitir discursos, consignas, música, etc. (N. de las T.). <<

[20] Alta jerarquía dentro de las SS. (N. de las T.). <<

[21] En alemán, ropa interior. (N. de las T.). <<

[22] En alemán, región pantanosa. (N. de las T). <<

[23] En alemán, Somos soldados... regresamos asustados, para nosotros no hay primavera. (N. de las T.). <<

[24] En alemán, El trabajo es interminable... (N. de las T.). <<

[25] En alemán, Comando del sol. (N. de las T.). <<

[26] En alemán, Cuerpo a tierra. (N. de las T.). <<

[27] En alemán, En pie. (N. de las T.). <<

[28] En alemán, comandante del campo. (N. de las T.). <<

[29] En alemán, ¿Nacido cuándo? ¿Nacido dónde? (N. de las T.). <<

[30] En alemán, ¿Está usted sano? (N. de las T.). <<

[31] En alemán, Sí. (N. de las T.). <<

[32] Nombre de una calle céntrica de Praga. (N. de las T.). <<

[33] Uno de los equipos de la quiniela de fútbol checa. (N. de las T.). <<

[34] Expresión checa que significa tener un escalofrío. (N. de las T.). <<

[35] Población conocida porque es la sede de una institución psiquiátrica. (N. de las T.). <<

[36] Organización deportiva checa. (N. de las T.). <<

[37] La Sportka es una lotería checa en la que a cada número le corresponde un deporte determinado, las apuestas se hacen simultáneamente para números y deportes. (N. de las T.). <<

[38] Estación de metro de Praga. (N. de las T.). <<

[39] Modelo de coche checo. (N. de las T.). <<

[40] Barrios de Praga. (N. de las T.). <<

[41] Modelo de camión checo. (N. de las T.). <<

[42] Barrio de Praga. (N. de las T.). <<

[43] Abreviación de Antonín. (N. de las T.). <<

[44] Fiesta que se celebra al aire libre durante una noche de verano. Normalmente con fuegos artificiales. (N. de las T.). <<

[45] Moneda fraccionaria checa, céntimo de corona. (N. de las T.). <<

[46] En las fábricas de cerveza los bueyes se utilizaban como animales de tiro.
(N. de las T.). <<

[47] En alemán, grupo alegre. (N. de las T.). <<

[48] En alemán, camarero. (N. de las T.). <<

[49] Nombre de una fábrica de cerveza. (N. de las T.). <<

[50] En checo, Arco iris. (N. de las T.). <<

[51] Barrio de Praga. (N. de las T.). <<

[52] Barrio de Praga. (N. de las T.). <<

[53] Castillo de Praga. (N. de las T.). <<

[54] Población checa donde hay una institución psiquiátrica. (N. de las T.). <<

[55] Sistema habitual de los checos para anotar las consumiciones en una taberna o restaurante popular. (N. de las T.). <<

[56] En checo, en casa del príncipe. (N. de las T.). <<

[57] Nombre de locales. (N. de las T.). <<

[58] En alemán, maldita parálisis. (N. de las T.). <<

[59] De 1918 a 1938. (N. de las T.). <<

[60] Castillo de Praga. (N. de las T.). <<

[61] En español en el original. (N. de las T.). <<

[62] Escritor e historiador checo. (N. de las T.). <<

[63] Plaza de San Wenceslao, en Praga. (N. de las T.). <<

[64] Capital de Moravia. (N. de las T.). <<

[65] Paisaje en alemán. (N. de las T.). <<

[66] Aire libre en francés. (N. de las T.). <<

[67] Castillo de cerca de Praga. (N. de las T.). <<

[68] Héroe de la mitología checa, famoso por su fuerza. (N. de las T.). <<

[69] Barrio de Praga. (N. de las T.). <<

[70] Persona encargada de llenar las jarras con cerveza de barril. (N. de las T.).

<<

[71] Lugar de detrás del mostrador donde está el aparato que hace subir la cerveza. (N. de las T.). <<

[72] Reloj del Ayuntamiento de Praga. (N. de las T.). <<

[73] Dulce típico de Navidad trabajado en forma de trenza. (N. de las T.). <<

[74] Poeta y prosista romántico checo. (N. de las T.). <<

[75] En las fábricas de cerveza los bueyes se utilizaban como animales de tiro.
(N. de las T.). <<

[76] El 6 de diciembre. (N. de las T.). <<

[77] Ciudad-balneario checa para enfermedades cardiovasculares. (N. de las T.). <<

[78] En sueco, grito de ánimos en los acontecimientos deportivos. (N. de las T.). <<